



IMANOL CANEYADA

**LAS
PAREDES
DESNUDAS**

Lectulandia

Los cuadros, las fotos y demás objetos que decoran nuestros muros revelan mucho acerca de las personas. Pero ¿qué podemos decir de aquellos que tienen las paredes desnudas?

Jeremías, Jerry, trabaja como enfermero en un hospital en la frontera norte del país. Una noche, llega en ambulancia Jaqueline, La Perra Saldívar, joven boxeadora y gloria deportiva de una ciudad devastada, escenario constante de la nota roja y episodios marcados por la crudeza. Mientras está internada, Jeremías la visita e inician una relación, en la que pronto salen a la luz las confesiones y los secretos que habían sido celosamente guardados por ambos. ¿Cómo una chica joven llega a convertirse en campeona pugilista? ¿Cuál era la oscura vida que él llevaba antes de convertirse en enfermero? ¿Qué hay detrás de cada uno de los personajes?

Cuando la Perra es dada de alta, se entera de que su joven hermana ha desaparecido. Ser mujer, joven y pobre es demasiado peligroso en esa ciudad sórdida. La boxeadora no se detendrá ante ningún peligro hasta averiguar qué ocurrió con la única persona que ha querido, y Jeremías la acompañará a buscar a la chica, aunque tenga que adentrarse en el infierno.

Una novela negra que nos sumerge en lo más oscuro del México actual: el suspenso y la acción son los ingredientes, la denuncia y la crítica social el resultado.

Lectulandia

Imanol Caneyada

Las paredes desnudas

ePub r1.0

Titivillus 07.06.15

Título original: *Las paredes desnudas*

Imanol Caneyada, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Mariel Fernanda.

En memoria de Marisela Escobedo, asesinada frente al Palacio de Gobierno de Chihuahua, después de dos años de exigir justicia y luchar por el esclarecimiento del homicidio de su hija.

Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.

Cesare Pavese

No voy a parar de buscar a mi hija, no les tengo miedo a las mafias.

Susana Trimarco, Madre coraje

I

LOS CARNICEROS DEL OLVIDO

Un poco antes de que Marcia llegara a la cita, terminé de leer *Oryx y Crake*. Cerré el libro con nostalgia, desolación, asombro. Levanté la vista. Recorrí con la mirada las mesitas del café, los parroquianos despreocupados, las palomas que defecaban alrededor de la fuente en medio de la plaza. El sol todavía no embestía con la fuerza del verano. Abril es un buen mes para estar en la terraza de un café en una plaza moderna de un *mall* moderno, al sur de la ciudad, donde todo es progreso y esperanza. Marcia me había citado en esa franquicia gringa cara y esnob en respuesta a mi solicitud de vernos. Eran las siete de la tarde de un sábado: mi día de descanso. Entraría a trabajar el domingo a las ocho de la noche. La Perra Saldívar me había pedido que le llevara un pay de queso con mango de la pastelería La Espiga, en el centro, muy cerca de mi casa. Yo le dije que no podía romper la dieta del hospital. Me había mandado a la mierda.

Marcia continuaba subiendo fotos de Richard al Facebook. Había emprendido una campaña de difamación en mi contra. Me parecía macabro que le insuflara una vida virtual a alguien que estaba muerto. Me parecían más macabros los cuarenta o cincuenta *likes* que se acumulaban en un instante cada vez que Richard se desplegaba en la pantalla en diferentes etapas de sus últimos años. Comenzaban a molestarme los comentarios que Marcia agregaba a las imágenes. En ellos insinuaba (a veces de forma muy explícita) que yo era el culpable de la muerte de Richard. Esa era la causa por la que le pedí que nos viéramos. Pretendía ponerle fin al acoso cibernético.

Pedí otro capuchino a una mesera joven, delgada, simpática. Me sonrió. Ruborizado, desvié la mirada incapaz de sostener esa ola de calor que emanaba de la muchacha. Para mí una mujer siempre ha sido un abismo. A Marcia ya no la veía como a una mujer.

Llegó al fin (tarde, malhumorada, adiviné que a la defensiva) y se sentó. Echaba pestes del tráfico, de lo imbécil que era la gente para manejar en esa ciudad. Concordé con ella. Gesticulaba con una violencia que iba más allá de la consuetudinaria estupidez de los conductores. Bufaba como un caballo después de una carrera. Su cuerpecito blanco y rechoncho se agitaba en la silla acojinada. Vestía una larga y holgada falda negra y un suéter verde que marcaba sus lonjas. Yo llevaba una camiseta gris demasiado grande aun para mi cuerpo desmedido en la que podía leerse: *I'm a geek*. Marcia hizo una pausa para pedir un té chai caliente. Le pregunté si no tenía calor con ese suéter. Me contestó que no. Luego reparó en la novela de la Atwood sobre la mesa. Volvió a la carga con su amargura, ahora contra los libros. Desde la preparatoria, dijo con orgullo, no había vuelto a leer uno. Yo también estaría

orgullosa de una hazaña de ese calibre. La mesera me trajo el capuchino. Ya no me sonreía, detecté incluso un dejo de lástima. El té chai iba a demorarse, la muchacha no supo decirnos por qué. Marcia volvió a hacer gala de su mal humor y regañó a la mesera. Le preguntó algo así como: ¿fueron hasta la India a recoger el té y se quedaron en una producción de Bollywood? La muchacha bonita, idiotamente, contestó que no. A mí me pareció todo un cliché.

—¿Y eso que querías verme? Imagino que no es para ponernos al día —dijo Marcia.

—Mira, no sé cómo decirte esto sin que lo tomes a mal, pero quisiera que me dejaras en paz con ese rollo que te traes en el Face de mantener la memoria de Richard viva, pero sobre todo, que dejes de mencionarme a cada rato insinuando quién sabe qué.

Marcia me observó risueña. Se encogió de hombros.

—Sorry, Jerry, pero no te entiendo.

—No me llames Jerry, en serio, no me gusta ni madres.

—Uy, cuánta violencia.

Había querido evitar ese escenario en el que poco a poco perdía los estribos. Sabía que con gritos y amenazas no iba a detener a esa tipa dañada en lo más íntimo de su ser. Seguramente empeoraría las cosas. Solo tendría que llegar a su casa y continuar con más encono su campaña.

La mesera apareció con el té chai y lo depositó desdeñosamente frente a mi acompañante. Preguntó si se nos ofrecía algo más. Lo hizo con un tono en el que podía adivinarse que era preferible que no se nos ofreciera nada. Ahora yo era el que sonreía, tan solo se trataba de una disculpa. La mesera me dio la espalda y se alejó.

—Espero que no le dejes propina a la muy perra. Ahora sí, ¿qué estabas diciendo?

—No sé por qué lo haces, no sé que buscas, pero he recibido *inbox* insultándome y comentarios ofensivos en mi muro de casi todos tus pinches amiguitos, y la verdad, no está suave.

—¿Y yo qué culpa tengo?

Marcia, que ensayaba una inocencia y un candor infantiles, me miró triunfal. Sentí una furia que podía desbordarse como una llamarada al abrir una puerta en un incendio.

—¿No pusiste que su socio y mejor amigo lo abandonó, que le dio la espalda y que cuando le pediste que lo ayudara se negó? ¿No pusiste que su muerte podría haberse evitado si los que se decían sus amigos le hubieran echado la mano? Y en todas las pinches fotos aparezo yo abrazándolo, riéndonos, inaugurando el Pierrot, celebrado el primer aniversario, qué sé yo. ¿Cómo chingaos me preguntas qué culpa tienes?

Terminé alzando la voz. Lo suficiente para que algunos clientes voltearan discretamente. Marcia, sin embargo, se mantenía inalterable. Ya no había candor en su rostro. Lo substituyó por una sonrisa sin mayor significado.

—Nada de lo que he puesto en el Face es mentira. Y pues, la verdad, no sé cómo puedo controlar los comentarios que hacen mis contactos. Esa es su bronca.

—No te hagas pendeja, que no te queda. Si tú no hubieras empezado con esta campaña mamona, no estarían insultándome ni deseándome que me muera. ¿De veras crees que mataron a Richard por mi culpa?

—¿Qué quieres que te diga, que no? Sinceramente, creo que podías haberlo evitado, o al menos, haberlo intentado.

El rencor con que Marcia acababa de pronunciar la frase me hizo ver que estaba perdiendo el tiempo sentado en ese café, con la fuente al fondo arrullando la noche recién estrenada, con la gente que entraba y salía de *boutiques* y tiendas de aparatos electrónicos, con la vida montada en escaleras mecánicas que subían y bajaban. De pronto, sin pretenderlo, me calmé.

—¿Y tú, Marcia, cuánta culpa tienes?

Respondió de inmediato, demasiado rápido.

—¿Yo? Yo traté de protegerlo de tus arreglos con la Muñeca, del cochinerito que hiciste y que nos dejaste cuando ya no tenía remedio, cobarde; yo lo quería, hijo de la chingada.

Me incorporé mientras sacaba la cartera del bolsillo trasero. Deposité un billete de cien pesos sobre la mesa. La cara de Marcia, habitualmente congelada en una expresión gelatinosa, estaba roja y mostraba un ligero tic en el labio superior. No olvidé el libro.

—¿Eso es lo que te dices todas las noches para poder dormir, cabrona? ¿Eso es lo que les dices a todos?

Me alejé del café muy despacio, dejando que los parroquianos me siguieran con la vista y se deleitaran con la escenita que acabábamos de dar. Me alejé despacio porque me descubrí cansado, como si estos últimos días hubieran sido una maraña de yedras que se me enredaban en los pies. Ahora tenía que aprender a vivir con la acusación de haber enviado a Richard a la muerte. Una acusación que se multiplicaba en las redes sociales donde cientos de personas se erigían en implacables jueces. Tenían un teclado por martillo y me daban lecciones sobre la amistad, el amor, la lealtad. Algunos eran mucho más demoledores y optaban por la ejecución: deberían haberte matado a ti, escribían. Deberían violarte con un tubo como al pobre Richard, escribían. Luego seguían satisfechos con su existencia.

Al llegar a casa, lo primero que hice fue prender mi laptop y cancelar mi cuenta de Facebook. Sabía que el linchamiento seguiría flotando en el ciberespacio durante un tiempo, pero al menos podría ignorarlo. Lo que no sabía era cómo apagar ese murmullo agazapado en alguna parte que, de pronto, cuando menos lo esperaba, subía de intensidad y perforaba un hueco en la boca del estómago. No en forma de pregunta, sino como una posibilidad.

Sonó el celular. Era mi madre.

—Hola, amá.

A mi madre, que vivía en una época sin celulares ni internet, siempre le desconcertaba que al contestar supiera que era ella.

—¿Bueno, bueno? ¿Hijo? Soy yo, tu mamá.

—Sí, amá, ya sé que eres tú.

Un breve silencio, el tiempo en que mi voz llegaba a cualquier satélite sobre nuestras cabezas, rebotaba y descendía al aparato de mi madre, que no era un celular, era el teléfono fijo de su hermana, mi tía.

—¿Cómo estás, hijo? Hace rato que no sé de ti.

Había pasado al menos un mes desde la última vez que hablamos. El guión casi siempre era el mismo. Ella se interesaba por mi salud, yo por la suya. Me preguntaba por el trabajo, por la casa. Yo le preguntaba por mi tía. Me insistía en que fuera a vivir con ellas al otro lado. Le decía que los gringos me caían gordísimos. Ella decía ay, hijo, y colgábamos.

Esta vez me invitó a pasar el puente del Día del Trabajo con ella. Pensé en la colonia Primero de Mayo, en la Perra Saldívar. Recordé que al día siguiente, antes de ir al hospital, debía comprarle un pay de queso con mango.

—¿En qué cae? —le pregunté a mi madre.

—En martes, pensé que tal vez...

—Yo te aviso con tiempo, no creo que pueda librar turno —mentí. Después de tres años en el hospital, uno adquiría ciertos privilegios.

—Bueno, corazón, ojalá te des el tiempo y nos acompañes unos días.

—Haré todo lo posible.

Mi tía se había casado con un emigrado que puso un *car wash* en un pequeño pueblo cercano a la frontera. Cuando murió, mis primos heredaron el negocio. Todos vivían en el mismo suburbio, incluida mi tía. En la misma calle. Todos tenían espaciosas casas con un jardín verde y una cochera. Hablaban spanglish y los domingos, después de ir a misa, asaban carne en aparatos ultramodernos. Veían partidos de fútbol americano en la tele y decían envidiarme porque vivía en México, donde los valores familiares todavía no se perdían. Cuando sus hijos, mis sobrinos, cumplían años, rompían piñatas y cantaban el *Happy Birthday*. Habitualmente las conversaciones de mis primos giraban en torno al precio de las casas del suburbio que habitaban, al precio de las camionetas que manejaban en su versión más reciente. A veces bebían tequila y cantaban canciones de Los Tigres del Norte sobre mojados y patrullas fronterizas. Siempre tenía un pretexto para no ir a visitarlos. Creo que mi madre así lo prefería. Creo que era feliz allá. Al menos, tan feliz como podía serlo de este lado, no sé.

Abrí el refrigerador en busca de algo para cenar. Me topé con una cerveza. Desistí de la idea de comer. Me senté en la sala con la cerveza en la mano. Encendí un cigarro, el primero del día, intentaba fumar menos. Pinche vieja hija de su chingada madre, le dije a la televisión apagada. Me refería a Marcia. Le di un trago a la cerveza intentando borrar el sabor a derrota y culpa. Prendí la consola del Xbox 360. Me puse

a jugar *The Walkind Dead*.

Nunca hubiera pensado que Jaqueline la Perra Saldívar tendría una debilidad tan específica, pero más que nada, tan femenina. La Espiga era una pastelería famosa en la ciudad por su variedad de pays de queso cubiertos con cajeta, fresa, chocolate, frambuesa, ciruela y el preferido de la Perra, mango. Se trataba de un pequeño negocio con hornos de adobe y leña que había resistido el embate de los grandes supermercados. Como era domingo, tuve que hacer fila ante la única caja registradora existente. Frente a ella, una mujer mayor, muy gorda y sonrosada, atendía con mucha calma a la decena de clientes que me antecedía. Llevaba sobre la charola de estaño un solo triángulo de pay de queso bañado en mango. Los otros clientes atiborraban sus charolas de una variedad de pan dulce para mí desconocida. Todas las geometrías desfilaban ante mis ojos y salvo tres o cuatro clases, no tenía idea de cómo nombrarlas. La mayoría de las personas que se formaba para pagar era obesa. Algunas, mucho más obesas que yo. Siempre me había causado una repulsión irracional la cercanía de la gente. Sus humores, sus voces, la promiscuidad con que convivían en tiendas, cines, bancos o restaurantes. Sus conversaciones casuales, innecesarias. Trámites contra el silencio. No estaba orgulloso de ello, incluso de vez en cuando me censuraba, pero no podía evitarlo. Un reloj alógeno, redondo, con números romanos negros sobre una carátula blanca, situado encima de la cabeza de la dependienta, marcaba las siete de la tarde. Me impacienté y liberé en un susurro mi desprecio por la gente de la fila. Pretendía llegar con suficiente tiempo al hospital para charlar un rato con Jaqueline antes de entrar a mi turno. Por fin la dependienta me cobró. Trató de conversar conmigo mientras envolvía el pastel. Pero mi cara y la sequedad de mis respuestas sobre si ya había estado antes en la pastelería y lo delicioso que era el mango, la persuadieron de guardar silencio.

Apuré el paso hasta el Chevy, estacionado a unos ochenta metros de La Espiga. Lo abordé, arranqué y emprendí el camino hacia el cerro sobre el que se encontraba el hospital. Afortunadamente los domingos el tráfico era escaso en esa parte de la ciudad. Mientras serpenteaba por la carretera pensaba en la cara que pondría la Perra Saldívar cuando me viera llegar con el pay de queso. Sentí un cosquilleo indefinible, podría decir que nuevo. Imaginé que era la misma emoción que embargaba a los amantes minutos antes de encontrarse en la habitación de un hotel. No iba a decirle que la extrañé, no nos expresábamos ese tipo de sentimientos. El hecho era que había pasado buena parte del domingo pensando en ella, proyectando el encuentro después de un día y medio sin vernos, adelantándome a sus reacciones cuando le contara mi entrevista con Marcia.

Estacioné en el área destinada a los empleados. Descendí del carro con el pastel en una mano y la mochila en la que había echado el uniforme en la otra. Crucé el estacionamiento con paso urgente. Al llegar a la entrada del hospital me obligué a

caminar despacio. Atravesé taciturno la recepción, saludé, me saludaron. Alcancé el elevador. Apreté el botón de llamado. Pasaron unos segundos. Se abrieron las puertas. Una auxiliar empujaba una silla de ruedas con un joven pálido y cadavérico. Impaciente, les cedí el paso. La auxiliar quiso comentarme algo pero le dije que llevaba prisa y le cerré las puertas del elevador en su cara boquiabierta en la que se amontonaron las palabras. Apreté el botón con el número tres. El área de observación estaba en el tercer piso. Sentí un vahído en el estómago cuando la cápsula se detuvo. Se abrieron las puertas. Al salir, observé que el pay de queso había manchado un poco el papel de estraza que lo envolvía. Torcí a la derecha, recorrí unos diez metros y llegué a la habitación 314. Me extrañó que la puerta estuviera abierta. Me asomé. Dos afanadoras cambiaban las sábanas. Pensé que Jacqueline estaba en el baño. Pensé que la habían llevado a realizarle algún estudio.

—¿Buscas a la campeona? —quiso saber una de las afanadoras. Me pareció que había sorna en la pregunta, tal vez no—. La dieron de alta al mediodía.

Sonreí de la única manera en que podía sonreír alguien parado bajo el marco de la puerta de una habitación de hospital con un pay de queso con mango en la mano. Musité un ah, sí, es cierto, qué menso. Di media vuelta y eché a andar por el pasillo sin tener muy claro a dónde ir, sin saber el rumbo que debía tomar. Un pensamiento fijo, un pensamiento que no permitía que otros pensamientos prácticos me orientaran, no me dejaba en paz: nunca habíamos intercambiado direcciones ni teléfonos ni *emails* ni nada semejante.

(a)

Jaqueline la Perra Saldívar llegó al área de urgencias semiinconsciente, en medio de convulsiones. Fue algo insólito encontrarla en la camilla, pálida, bañada en sudor, orines y sangre. Menos de una hora antes la estaba viendo en la tele y de pronto aparecía ahí, a dos metros, a punto para la muerte. En vivo no era tan tosca, incluso poseía cierta belleza. En la pantalla, a un lado de Sandra Maniquí Rojas, parecía un pequeño gorila, un simio implacable. La Maniquí bailaba grácil sobre el *ring* perseguida por la Perra Saldívar que caminaba frontal, encajando *jabs*, *opers* y directos. No daba la impresión de que le afectaran. Marchaba al frente como un robot, tirando bombazos que se perdían en los guantes de la Maniquí o en la nada. Eso decían los comentaristas.

Me encontraba solo a un extremo del comedor. El resto de mis compañeros se arremolinaba en torno a la pantalla jalonando a Jaqueline Saldívar. Era la primera vez en la historia de esta ciudad que surgía una gloria deportiva. Secuestradores, narcotraficantes, violadores, asaltantes, padrotes, alguna estrella porno, mucha puta. Nunca un orgullo del cuadrilátero ni de nada. Acababa de empezar el turno, se presentaba tranquilo. Me había servido un café y comía una torta de pierna. Intentaba concentrarme en el primer capítulo de *Oryx y Crake*. Rara vez convivía con mis compañeros. Me evitaban con el fervor con que se evita a los leprosos. Yo lo hacía porque sus vidas apestaban a pañal, hipoteca y prejuicio. Además, el boxeo me parecía infame, que fuera femenino no cambiaba la cosa. Pero el griterío de los demás fue empujándome al espectáculo. Con la cara ensangrentada, la Perra Saldívar caminaba al frente presentando un blanco fácil, decían los expertos. La Maniquí Rojas lucía una sonrisa burlona y sucia. Retrocedía con estilo mientras tiraba golpes precisos que estallaban en los pómulos, en la quijada, en las orejas, en la nariz de Jaqueline. Le estaba poniendo una paliza. Segundos antes de finalizar el octavo asalto, uno de los bombazos de la Perra encontró el mentón de su oponente. La Maniquí cayó sobre la lona. Se incorporó sobre piernas tambaleantes no bien el réferi terminaba el conteo de protección. La salvó la campana. En el comedor para empleados del hospital San Rafael, los congregados alrededor del televisor comenzaron a brincar en sus asientos. Chíngatela, chíngatela, chíngatela, gritaban incrédulos. Hasta ese momento, ningún habitante de esta ciudad harapienta había creído en el triunfo de Jaqueline Saldívar. Me envolvió el entusiasmo. Por un instante pensamos que todo era posible, aunque tuviéramos en contra al universo entero. Al iniciar el noveno asalto, la Maniquí Rojas se mostró más cauta. El volado de derecha de la Perra la había lastimado. Y cuando todos, incluido yo, anhelábamos que

Jaqueline terminara lo que había empezado, los guantes rosas se le volvieron engrudo y las piernas, unas raíces que se hundían en la tierra. Gracias a un preciso *close up* a los ojos, pude apreciar su mirada perdida, esa mirada que después iba a arrastrarme al infierno. La guardia de la Perra Saldívar comenzó a desmayarse inexplicablemente. El brutal gancho de izquierda en el parietal derecho la mandó a la lona grogui. Al caer, la cabeza de Jaqueline golpeó en el piso y rebotó en él un par de veces. En el límite del conteo de protección, la Perra se puso en pie. El réferi sopesó sus guantes. Le dijo algo. La boxeadora afirmó. El réferi dio la señal de continuar la pelea. La Maniquí bailó unos segundos alrededor de su oponente. Luego encontró un hueco en la frágil guardia de la Perra. Una andanada de combinaciones hizo que la cabeza de la Perra se sacudiera de izquierda a derecha. Los comentaristas pedían a gritos que el tercero en la superficie detuviera la pelea. Sandra Rojas siguió tirando golpes que entraban a placer en el rostro de Jaqueline Saldívar. La Perra volvió a besar la lona. Comenzó a convulsionarse. El silencio en el comedor fue casi un llanto. Solo se escuchaban las voces de los comentaristas. Decían que el réferi debía haber parado antes la pelea. También decían que el volado de derecha que tumbó a Sandra Rojas un asalto antes había llegado demasiado tarde, que la Perra Saldívar, cuando salió al noveno *round*, estaba ya muy lastimada y no pudo completar el milagro. Así dijeron, completar el milagro.

Me levanté de la mesa, arrojé al bote de basura los restos de la torta y el vaso de cartón, guardé en mi casillero la novela de Atwood y comencé mi primera ronda. La excitación había durado unos minutos, los suficientes para que la rutina supiera de nuevo a cobre. Hacía por lo menos dos años que cubría el turno de noche. Todos en el hospital buscaban la manera de evadir ese horario. Residentes e internos esperaban la madrugada atrincherados en los pasillos soñando con una cama caliente y una mujer o un hombre a su lado. Sabían que solo era cuestión de tiempo. En mi caso, a pesar de los tres años que tenía trabajando en el San Rafael, solicité permanentemente el turno de noche. Había renunciado a la ciudad, a su vocación de caos y violencia, a su nocturnidad ejemplar, para contemplarla desde los ventanales de un edificio que se hallaba sobre una loma como un andrajoso vigía. La luz blanca de sus pasillos, el sueño dopado de los enfermos, el olor a células cancerígenas, el café de máquina, la agonía de los pacientes, el silencio de la muerte eran un laberinto en el que me adentraba cada noche mientras en mi epidermis latía esta ciudad de putas y padrotes. Una ciudad a la que habían olvidado a su suerte. La ciudad que vio nacer a la Perra Saldívar. Había otras razones: en el turno de noche, los enfermos no me volvían loco con sus exigencias, sus reclamos, sus insultos, sus quejas, su agonía, su terror a morir en una cama de hospital viendo un techo azul, sin otra compañía que un hombre o una mujer de uniforme verde claro. En el turno de noche, por norma, aumentábamos la dosis de analgésicos y tranquilizantes hasta sumergir a los pacientes en un sueño poblado de pesadillas. El mayor inconveniente era cuando despertaban en plena madrugada, extraviados en el espacio y el tiempo, buscando desorientados un rostro

familiar. Se topaban con el mío. Los tranquilizaba, les aumentaba el coctel de drogas que la intravenosa llevaba a su cuerpo y caían de nuevo en su pozo oscuro.

Otra razón más: el insomnio.

De noche no sabía dormir. En cuanto daba con los huesos en la cama se abría una puerta en mi cerebro y entraba una imagen, una idea, un recuerdo, una palabra. Entraban y se alojaban como parientes indeseables. Cuando lograba que se fueran, se colaban otras imágenes, otras ideas, otros recuerdos, otras palabras. Su insignificancia no evitaba que me obsesionara menos. Un ejemplo: tenía quince años cuando mi madre —católica devota—, encontró bajo el colchón de mi cama una revista de porno duro. Página tras página, mujeres cachondas de grandes tetas practicaban sexo oral, anal y vaginal con grandes penes de hule, y yo me masturbaba con ellas. Mi madre, sin decirme nada, la arrojó al bote de la basura. El día que no la hallé en su escondite, supe que había sido ella. Durante meses dejamos de mirarnos a la cara. El silencio fue desplazando a las palabras más banales. Años después, la imagen de mi madre hojeando la revista en medio de mi habitación podía mantenerme despierto hasta la madrugada. Otro ejemplo: una compañera de trabajo, en el momento en que yo pasaba cerca, decía al azar algo como quién sabe por qué es así. La frase caía en el olvido hasta que llegaba la noche. En cuanto cerraba los párpados, me atrapaba en todas sus minucias, todos sus significados, todas sus consecuencias. Quién sabe por qué es así.

Acostumbraba a dormir unas tres horas al terminar el turno y un par más después de comer. Era suficiente.

Trabajar en el piso de cuidados paliativos me convertía en un ángel de la muerte. Me había especializado en enfermos terminales. Consolar a los pacientes y a los familiares de los pacientes ante la proximidad del último aliento era parte sustancial de mi labor. Pocos enfermos ingresaban en esa área y salían para contarla. Cuando lo hacían, normalmente era porque habían comprado un poco de tiempo.

Esa noche en que conocí a la Perra Saldívar, el turno se presentaba tranquilo. Después de la primera ronda, tomé el elevador, descendí a la planta baja, me dirigí a la entrada del hospital, eché unas monedas a la máquina de café, seleccioné un capuchino sin azúcar y salí al estacionamiento a fumarme un cigarro. Caminé hacia el área de urgencias. Lo mismo podía haber caminado hacia el estacionamiento. La ambulancia llegó con su fanfarria cotidiana en esta ciudad de cadáveres anónimos. Siempre me había desagradado la anarquía propia del área de urgencias. Prefería la solemnidad del último estertor, la queja lastimera de los enfermos a quienes se les iba la existencia irremediadamente. Se abrieron las puertas de la ambulancia, saltaron los paramédicos y de inmediato bajaron la camilla. No me costó mucho reconocerla. La Perra Saldívar pasó a mi lado semiinconsciente, pálida, bañada en sudor, orines y sangre. La prontitud con que los médicos y enfermeros del área salieron al encuentro de la boxeadora marcaba las jerarquías. A otros pobres diablos con un balazo en el vientre, una cuchillada en el pecho, las piernas partidas en dos, los dejaban agonizar

en la sala de espera mientras llenaban el papeleo del seguro, terminaban la cena o de cogerse a una enfermera. No tardó en ir llegando una corte de representantes, entrenadores, periodistas, promotores, sanguijuelas trajeadas del nuevo gran negocio: dos mujeres arriba de un cuadrilátero rompiéndose la cara. Carne tierna de prostíbulo y maquiladora.

La Perra Saldívar pasó a mi lado como pasan las corazonadas. Todavía hoy desconozco si realmente me vio o sus pupilas dilatadas me encontraron al azar en su orbitar desmayado. Me sonrió. No sé cómo nombrar aquel gesto que fue abriéndose paso entre cardenales y sangre seca. Digamos que me sonrió. Yo le devolví la sonrisa. Perdió la conciencia, como si solo estuviera esperando que alguien le sonriera para hacerlo, y desapareció en el interior de la sala de urgencias. Me quedé ahí parado con el cigarro entre los dedos. A lo lejos, la ciudad iniciaba su ritual. Dirigí mis pasos al punto en que la colina comenzaba su declive y la carretera descendía sinuosa al corazón de la urbe. Un millón de luces se extendían a mis pies. Un millón de almas trataban de satisfacer los caprichos de esa vieja prematura, una hija de la gran puta que engendraba todo tipo de espejismos. Apagué el cigarro, regresé al edificio y continué con mi trabajo.

Cuando terminé el turno, me dirigí al área de observación. Fue la primera de las constantes visitas que le haría desde esa noche a la Perra Saldívar. El alba iba aplacándolo todo. Al aproximarme a su cama, Jaqueline abrió los ojos, me miró y me dijo:

—Dame agua, cabrón, me estoy muriendo de sed.

(b)

Mi madre llegó del sur mucho antes de que yo naciera, me contó una mañana Jaqueline la Perra Saldívar.

Llegó como muchos de los habitantes de esta ciudad, siguiendo la ruta del hambre.

Eran los ochenta y el país se abría virginal a otros países. En el norte comenzaba a construirse un espejismo de dólares y primer mundo. El rumor iba abriéndose paso entre los pueblos nacidos en la demagogia de la reforma agraria. En el norte bárbaro el paraíso se llamaba maquiladora. Estaba justo a las puertas del verdadero paraíso. Reina Saldívar llegó del sur como la mayoría de los fantasmas que fue poblando este pedazo de tierra sin cartografía. Pronto descubrió que una vez más le habían mentido.

Reina Saldívar era una mujer macha, de esas mujeres de ovarios rotundos. Su problema, me dijo aquella vez la Perra, era que no podía vivir sin un hombre al lado. Pero los hombres en la vida de Reina Saldívar solo sabían ser islas, promesas en altamar, encantadores de serpientes. Atareada siempre en dejar atrás su destino, la madre de Jaqueline nunca terminaba de acomodarse en los brazos de esos hombres pájaro. Apenas iba acostumbrándose al calor de sus cuerpos cuando partían. Reina Saldívar jamás les siguió los pasos. Sabía que su casa era su única certeza. Una casa de cartón, letrina y coladeras. Al principio se llamó invasión. Así nacieron la mayoría de los barrios al norte de la ciudad.

Durante diez o doce horas al día, confinada en un rincón húmedo y oscuro, Reina Saldívar tomaba de una pila un pantalón de mezclilla recién lavado en las rocas, ponía una pernera en un tubo de veinte centímetros de diámetro, apretaba un botón rojo y un golpe de aire caliente volteaba la pernera del derecho. Repetía la operación con la otra y dejaba el pantalón en un contenedor que una sombra se llevaba a alguna parte. Seis días por semana, cuatro semanas al mes, doce meses al año. Reina Saldívar pasaba dos tercios de su tiempo volteando pantalones de mezclilla. Llegaban húmedos a sus manos, por lo que la piel iba adquiriendo un tono azulado que ya era parte de su piel. La mujer no se quejaba. Apretaba los dientes cada amanecer y encaminaba sus pasos a un pabellón de aire viciado y vapores artificiales. Eran los ochenta. Esas cuestiones de la seguridad laboral, la equidad de género y los derechos de la mujer sucedían en otra parte, en un mundo que había encontrado en esta ciudad la manera de negarse a sí mismo. Reina Saldívar no era bella, pero tenía apenas veinticinco años en la piel, así que los trabajadores la acosaban como perros. A ella y al resto de las muchachas que laboraban más por menos.

Un día se le acercó el jefe de línea y le habló de unos terrenos en un antiguo

basural al norte de la ciudad. Un ecosistema de ratas, cucarachas y alacranes. Se lo dijo al oído, con una mano casual rozándole la nalga derecha y la otra en el hombro, los dedos callosos derramándose hacia el nacimiento de las tetas. Reina Saldívar no se movió de su lugar. El asco se le anudó entre los muslos pero aguantó el embate sin perder la calma. Incluso con cierta dignidad que alejó al hombre unos centímetros. Le miró a los ojos y le dijo va, me interesa. El hombre, ufano, llena la entropierna de consignas, le confesó que al siguiente sábado invadirían los terrenos. Toda esa semana el jefe de línea la visitó en su rincón oscuro de botón rojo y aire caliente. Reina Saldívar descubrió que aquel tipo tenía las manos ligeras y la labia de un vendedor de autos, pero no le urgía llevársela a la cama. Tal vez porque la mujer supo dejarle en claro que solo le abriría las piernas sobre el pedazo de tierra prometido. Aprendió a administrarle el deseo, a cobrarse con ciertos privilegios, a gobernar esa extraña alianza con los ojos en el piso y la cabeza fría.

Se cumplió el plazo. La madrugada del sábado, un ejército macilento conquistó un reino de polvo seco y llanta quemada. Trabajaron diligentes en cercar los lotes con alambre, madera, hule, plástico, cartón. La basura se levantó orgullosa en propiedad privada, imitando a aquellos otros muros que resguardaban otras vidas inimaginables. Trabajaron todo el domingo con la presteza aprendida en las maquiladoras. Hormigas sucias que en unas horas construyeron cercos y jacales con los desechos de los dueños de las fábricas donde se rajaban el lomo. El lote de Reina Saldívar quedó contiguo al del jefe de línea y líder de la invasión. Esa noche durmió, todavía sola, envuelta en una cobija y bajo una ramada sin terminar. Cuando el sol siguió su camino y dejó de castigar a los habitantes de la invasión, las fogatas fueron iluminando el cielo estrellado y limpio del desierto. Ahora les tocaba defender su conquista con la pasiva resistencia de los que no tienen nada.

El líder de la invasión le fue explicando a Reina Saldívar cómo funcionaba aquello. Primero vendrían amenazantes a querer echarlos. Después, habría que negociar. Pero recuerda, nada es gratis, le dijo.

No fue casualidad que invadieran aquellas tierras baldías dos meses antes de las elecciones municipales. Al día siguiente de instalarse en el antiguo basurero, llegaron unos funcionarios del ayuntamiento acompañados de la policía municipal. O se iban o los sacaban. Esos terrenos tenían un dueño. No iban a permitir que nadie actuara al margen de la ley y atentara contra la certeza jurídica de la debida propiedad. El líder de la invasión se subió al auto del funcionario más funcionario y desapareció todo el día. Regresó en la noche.

No solo poseían un pequeño lote, les anunció triunfal, también un candidato por el que votar, un mitin al que ir, unas camisetas que ponerse con la foto de un sujeto al que nunca habían visto. Una vida, un futuro, una ideología.

Después, el espermatozoide de un hombre que era un enigma fue abriéndose paso en el vientre de Reina Saldívar hasta el óvulo fresco. Una travesía incierta, llena de peligros. Afuera, la ramada tuvo paredes de cartón y lámina. El patio, una letrina. El

piso fue tierra mucho tiempo, sobre la tierra, una cama de madera carcomida rescatada de otro o de ese mismo basurero. En esa cama el líder de la invasión y jefe de línea se cogió muchas noches a Reina Saldívar sin mayor gracia que la de su pene rutinario. El derecho de pernada duró el tiempo suficiente para que la casa de Reina se ganara ese nombre. La mujer se convirtió en una especie de primera dama de los despojados. El óvulo se hizo feto. El feto un bulto incontenible que asustó al hombre. Reina Saldívar supo que el líder de la invasión nunca más se treparía a su cuerpo. El feto ya no quiso estar en ese vientre ni esperar ninguna misericordia. Saltó al mundo en la misma cama apolillada en la que había sido concebido.

Jaqueline Saldívar nació sin llorar, consciente de su inutilidad. A la nalgada que le propinó una vecina vieja respondió con un gruñido. La Perra, cuyo apodo llegaría mucho tiempo después, en realidad parecía un pequeño chimpancé. Reina Saldívar le dio teta y la acostó a su lado. No hubo arrumacos ni besos ni caricias. Solo un pacto silencioso.

Jaqueline no conoció a su padre porque este se adentró en la frontera a los pocos días de nacida. Otros hombres usurparon el lugar. A todos los llamó por su nombre. Solo eran sombras que se cruzaban en el terregal en el que jugaba, en la mesa coja en la que comían.

Con la niña chango en brazos, Reina Saldívar se presentó con el funcionario que alguna vez había aparecido en la invasión y le dijo que el padre de su hija se había largado, pero que ella tomaría su lugar. De esta forma, la mujer, que durante el parto en esa casa de tierra y cartón había descubierto que nada podía ser más incierto y culposo que expulsar un pedazo de carne vivo, regresó a la invasión con una voz nueva. Había que hacer de ese pedazo de tierra un hogar. La solidaridad de los habitantes de la invasión era sucia, torpe, descuidada. Una tortilla es una tortilla y un kilo de frijoles una razón para matar. Pero había un sentido de manada en todos ellos que les permitía no ceder. Una suerte compartida superior a sus sueños. Reina Saldívar tuvo que reintegrarse a la maquiladora al término del permiso por maternidad. Jaqueline se volvió un cachorro hambriento y vago. Siempre había una puerta abierta, un taco o un vaso de agua de jamaica. Una vieja cansada que, a cambio de unos pesos, podía mecerla, tenerla en un rincón como se tiene una foto descolorida. Jaqueline conoció muchos brazos en sus primeros años, muchos rostros que al final eran el mismo.

Sus recuerdos de aquella época no eran recuerdos, sino un armar un rompecabezas de frases y comentarios al azar. Fragmentos que en esa cama del hospital San Rafael fue recuperando a pesar de no tener más de veintiséis años. Tal vez necesitaba entender cómo había llegado ahí, aunque su tiempo fuera el tiempo de no voltear nunca la vista a atrás.

No sé por qué (ni importa mucho) me eligió como su confidente. Más que contarme su historia, me arrastró a un viaje del que nadie saldría indemne.

La noche transcurrió sin que me diera cuenta. Después de tanto tiempo podía ejecutar las labores propias de mi trabajo de forma mecánica. La perplejidad aún seguía ahí. Mis manos, mis piernas, como si fueran las de otra persona, se movían y me trasladaban gracias a esa memoria motriz que nos permite realizar múltiples acciones sin reparar en ellas. Pero mis ojos, cuando se encontraban conmigo en los espejos que se cruzaban en los recovecos del hospital, me devolvían una inquietud infantil, un miedo al destino que anteriormente no tenía. A una parte de mí le quedaba claro que antes del ingreso de la Perra Saldívar en el hospital, mi vida era una vida sin ella. Una existencia que recurría a su propia memoria motriz. Sujeta a tiempos y espacios inalterables. Esa parte de mí insistió toda la noche en volver al minuto anterior en que contemplé a Jaqueline en esa pantalla de televisión y posteriormente en la camilla que la llevó a urgencias. Pero estaba esa otra parte, la que se negaba a prescindir del ritual de la desnudez sistemática a la que nos habíamos entregado. Era probable, me repetí buena parte de la noche, que la impudicia con que ambos nos habíamos sincerado era la misma impudicia que la del sujeto que confiesa sus peores pecados al hueco oscuro de un confesionario. Un confesionario hediondo en el que se agazapa un sacerdote hediondo y desconocido. Por lo tanto, si me empeñaba en que Jaqueline siguiera en mi vida, se haría pedazos ese clima confidencial y terminaríamos siendo quienes éramos sin el otro. Pero había algo en mí, una intuición tenaz, que persistía en la idea de que la boxeadora, después de su paso por el hospital, ya no sería la misma persona. Jaqueline, me convencí poco a poco, emprendería un camino que yo había contribuido a trazar y que sin mí no podría recorrer sana y salva. Esta vez, me justifiqué cuando entré a la base de datos del hospital para buscar la dirección y el teléfono de la Perra, nadie podría acusarme de haber huido.

No hubiera sido necesario hurgar en la computadora del San Rafael: la casa de las Saldívar destacaba visiblemente sobre el resto de casas de la colonia Primero de Mayo. Era una construcción a la que le habían ido agregando estancias, escaleras y bardas con ostentoso mal gusto. Un ojo experto podría adivinar la carrera de la boxeadora, su paulatina ascensión, a partir de la arquitectura del edificio que tenía frente a mí. De aquel jacal que me contó Jaqueline que habitaron durante muchos años solo quedaba el aliento de su modestia. Ahora era una casa de dos pisos rodeada de un cerco de hierro forjado con diseños neogóticos. En el extremo superior de la valla, que terminaba en puntas de lanza, se enredaba una hilera de alambres de púa. Parecía un castillo feudal en medio de un villorrio de siervos de la gleba.

Las verjas de la fachada estaban separadas por un arco de media punta de ladrillo. Los goznes sostenían una puerta de madera gruesa y barnizada. ¿Sería roble? En el extremo superior de la jamba derecha localicé un timbre de plástico que rompía con la atmósfera rústica que pretendía la casa. Llamé. Mientras esperaba, me imaginé a un arquitecto pedante ordeñando a las Saldívar a golpe de planos indescifrables y tecnicismos. La casa en ese barrio era un exceso. A través del cerco alcancé a distinguir un montón de arena y otro de grava junto a media docena de sacos de cemento. Aún no terminaban de remodelar o lo que fuera que estuvieran haciendo. Volví a llamar. Por fin ladró un perro, un perro con una inmensa flojera de ladrar, como si al segundo timbrado hubiera recordado su deber. Caminó hacia la puerta atarantado. A intervalos anunciaba mi llegada con gruñidos graves y rutinarios. Era un perro muy viejo de una raza indefinida. Jaqueline nunca me había hablado de él. Detrás del animal apareció Reina Saldívar. Todo esto lo pude ver a través de la valla. Me había situado a un lado de la puerta. La mujer no me reconoció. A medida que se acercaba a la verja, me preguntó quién era, qué se me ofrecía.

—Buenos días, señora Saldívar. ¿Se acuerda de mí? Soy Jeremías, el amigo de su hija. ¿No se encuentra Jaqueline?

Reina se detuvo justo en frente de mí. Nos separaban los barrotes de hierro del cerco. A media altura, un poco por encima de mi cabeza, los barrotes estaban unidos por rombos remachados con pequeñas pirámides. No sabía si Reina estaba tratando de reconocermme o si ya lo había hecho pero se negaba a dar muestras de ello. Su rostro comprimido por el campo visual que dejaban los barrotes parecía un globo a punto de estallar.

—Nos conocimos en el hospital San Rafael —insistí.

Entrecerró los ojos. Caí en cuenta de que no veía bien. De su cuello colgaban unos lentes astrosos. Una de las patillas se sostenía gracias a un pedazo de cinta adhesiva. Reina Saldívar no tuvo más remedio que ponérselos para enfocar me.

—Ah, ya me acordé, eres el enfermero.

La expresión de su cara, en cuanto cerró la boca, había pasado del recelo de la presbicia al desdén. Una boca de bagre.

—¿Se encuentra su hija? —pregunté de nuevo.

—¿Jaqueline? Jaqueline no vive con nosotras —de inmediato se arrepintió de haber utilizado el pronombre en plural—. Vivo sola.

Una casa demasiado grande para una mujer que ha envejecido demasiado rápido, pensé. No me sorprendió mucho enterarme de que la Perra no vivía con su madre. Me desconcertaba que en el hospital la hubieran registrado con esa dirección.

—¿Podría decirme dónde vive o darme su celular?

—¿Cómo es que si son tan cuates no sabes dónde encontrarla?

No me esperaba la pregunta. Lo cierto es que no sabía cómo explicarle la urgencia que tenía de hallarla precisamente porque no sabía cómo ni dónde. Tampoco estaba muy seguro de que esa mujer atrincherada en la verja de su casa, en el

resentimiento que le despertaban sus hijas, pudiera entenderlo. Pero ya había llegado hasta ahí, no tenía caso que me echara para atrás.

—Fíjese, señora Saldívar, que en el hospital le adelantaron el alta a su hija y coincidió con que se fue el día que me tocaba descansar, ya no tuvimos chance de intercambiar teléfonos ni direcciones.

No era suficiente. Los lentes astrosos aumentaban considerablemente los ojos marrones oscuros de Reina que me observaban con una chispa de ironía. No me quedó más remedio que seguir improvisando.

—Es en serio, señora. Su hija y yo hicimos muy buena amistad y quisiera seguir en contacto con ella. Fue mala suerte que se fuera el día que yo libraba.

—Mi hija no tiene amigos, nunca los ha tenido. ¿Por qué sería diferente contigo? —me interrogó Reina. No era una pregunta, era un enigma que la mujer estaba convencida que no podría resolver. Había una parte de mí que también lo creía así—. Te aconsejo que te olvides de ella.

—Mire, Reina, ¿la puedo llamar Reina?, le voy a decir la verdad: su hija me preocupa y creo que puedo ayudarla. Deje que sea ella la que se niegue a verme, ¿le parece?

La mujer consultó su reloj de pulsera. Luego me pidió que la esperara un momento. Regresó al interior de la casa con una zancada más ágil de la que había utilizado para venir a mi encuentro. No me invitó a pasar. Pretendía que la aguardara en la banqueta. El perro viejo de raza indefinida se sentó sobre sus cuatros traseros, me observó, abrió las fauces y emitió un sonido agudo. ¿Estaba bostezando? Luego inclinó la cabeza a la derecha. Cuando los perros hacen ese gesto, siempre he tenido la sensación de que están preguntándose algo. El perro era blanco con algunas manchas dispersas de color café. Su pelo parecía hirsuto y áspero. Reapareció la mujer en el zaguán de la casa. Un bolso colgaba del antebrazo; de él extrajo un manojito de llaves con el que cerró la puerta con doble cerradura y doble vuelta de llave en cada una. Los cerrojos produjeron un ruido que alcancé a escuchar desde el cerco, como un tren poniéndose en marcha. Demasiada seguridad para la reina de la Primero de Mayo, pensé. Por fin abrió el portón de arco de media punta, pero no para dejarme entrar, sino para salir ella.

—Hace quince minutos que tenía que estar en el parque, por tu culpa voy a llegar tarde. Vamos, qué esperas, acompáñame.

—¿A dónde? —le pregunté desconcertado.

—Ah que la... ¿quieres saber dónde encontrar a mi Jaqui o no?

Reina Saldívar no esperó mi respuesta, echó a andar con una premura grotesca. Terminé por seguirla y alcanzarla unos metros después.

—¿Está lejos? Ahí traigo el carro, si quiere le doy raite.

—Es aquí mero, a tres cuadras, pero ya han de haber empezado. Apúrale.

Sonreí ante la exigencia de que me apresurase. Debía frenar mi zancada para no aventajarla.

—¿Podría decirme a dónde vamos, doña Reina?

Me respondió con ese tono de obviedad que suele apelar a nuestra estupidez.

—Pues con el diputado.

—¿Pero de qué habla, con cuál diputado?

Reina Saldívar comenzó a respirar por la boca. Las palabras brotaban entrecortadas, escasas de aliento. Me costaba entenderle.

—A la caravana de la salud del diputado ese Porter. Exámenes de la vista y lentes gratis. ¿Ya viste cómo traigo los míos?

Dimos vuelta en una bocacalle y apareció un pequeño parque de tierra, con no más de cuatro yucatecos frondosos y una plancha de cemento en la que se dibujaba una cancha de basquetbol. Una de las canastas estaba doblada, la otra carecía de aro.

—¿Me va a decir que necesita que le regalen lentes, doña Reina? Ni modo que Jaqueline no pueda comprarle unos.

Se detuvo en seco, como si una fuerza invisible opuesta a la suya la hubiera chocado de frente. Se detuvo tan bruscamente que la escasa inercia de la marcha hizo que se tambalara. No volteó a verme, tenía la mirada perdida en el barullo del parque. Al principio pensé que Reina había advertido algo que la obligó a pararse de esa forma.

—A mi Jaqui yo no le pido nunca nada, ¿ok? Si ella quiere darme algo, se lo acepto, pero de mí no sale nunca, nunca.

Por un instante, en el perfil cansado de Reina Saldívar detecté la sombra de la mujer altiva que fue cuando llegó a ese basurero. La mujer que con sus manos levantó un jacal, luego una casa, alimentado a dos hijas, puesto un negocio. Que intentó por todos los medios, unas veces con mejor suerte que otras, no perder la dignidad ni la vergüenza. Solo fue un instante.

Reanudó la caminata. La seguí sin ganas de alcanzarla. Pensé que debía marcharme. Sin embargo, continué andando tras los pasos de Reina Saldívar con la esperanza de encontrar a Jaqueline.

En el centro de la plancha de cemento habían instalado una carpa blanca que partía de una casa rodante también blanca. En una lona que colgaba a lo largo del vehículo podía leerse: *Con el diputado Sócrates Porter, la salud es cosa de todos.* Bajo la carpa, dos mesas de plástico sostenían sendos oftalmoscopios. Frente a cada uno se sentaba una mujer en bata blanca. Se habían formado dos hileras, una de niños y otra de ancianos. Nos pusimos en la segunda. Detrás de los aparatos, una tercera mesa alargada exhibía más de un centenar de lentes. Desde donde estaba no distinguía si eran de buena o mala calidad. Casi todos los presentes, al ver llegar a Reina, la saludaron. Algunos se acercaron para preguntar por la campeona. La mujer contestaba con más cortesía de la que podría suponerse que ya la habían dado de alta y que se encontraba bien. Hubo quien se aventuró a saber si volvería a pelear. Reina aseguraba que sí, que pronto le darían la revancha contra la Maniquí Rojas.

—¿Usted sabe algo que yo no sé? —le pregunté—. Hasta donde me quedé,

Jaqueline aún no firma la revancha.

—En cuanto se recupere del todo, mi Jaqui le va a dar en su madre a esa pinche vieja —me dijo altiva, como si fuera dueña de los destinos de la gente.

Tal vez no se merecía mi conmiseración, pero qué otra cosa podía darle en ese momento, en esa fila que aguardaba un examen gratis de la vista cortesía de un diputado que, para colmo, se llamaba Sócrates Porter.

—¿Está segura? —insistí.

La señora Saldívar dejó escapar el aire a través de sus labios de bagre apretados. Era casi un bufido. Luego pretendió interesarse en lo que pasaba bajo la carpa. Iban a ser las diez de la mañana y el sol de abril ya tenía edad para abochornarnos. Quienes instalaron la carpa no habían pensado en la sombra. Los yucatecos quedaban lejos de las hileras y su follaje era un espejismo. El sueño me picaba en los ojos. De todas formas me resigné, sabía que iba a ser un largo día. Tenía algo de penitencia mi presencia en la caravana de la salud del diputado Sócrates Porter.

—¿Por qué me preguntas si estoy segura? ¿No se supone que ya está pactada la pelea? —Reina Saldívar ahora hablaba en voz baja.

—No me haga mucho caso, no sé muy bien cómo funciona esto, pero el día que el representante de Jaqueline fue a que le firmara el contrato, su hija no quiso, le dijo que luego le avisaba. No parecía muy convencida de querer la revancha.

Yo también hablaba en voz baja. La mujer me miró ofendida. Iba a decir algo pero de pronto la hilera se agitó nerviosa, como si la hubiera atravesado una descarga eléctrica. Se trataba del diputado Porter que había llegado en una camioneta negra, de esas que usan los hombres de poder para reafirmar lo que sea que tengan que reafirmar. Una camioneta extraña en el paisaje de ese barrio. Un enjambre de reporteros lo asediaba mientras caminaba hacia nuestra hilera. Le preguntaban cosas de su trabajo de diputado y él respondía con frases de diputado. Cuando llegó a la altura de los viejos que aguardaban la caridad de Sócrates Porter, Sócrates Porter en persona les estrechó la mano uno a uno y se interesó por su salud. Los fotógrafos disparaban sus cámaras. El diputado sonreía. Poco a poco se acercó a nosotros. Ya podía escuchar su voz taimada, algo nasal, educada en el timbre y en los tonos, un poco ofidia. Llevaba un traje azul de corte exclusivo, el peinado relamido y un bigotito recortado con exactitud meridiana. Este tipo es gay, pensé cuando me estrechó la mano. Era fina, delicada, de manicura reciente. Me estrechó la mano como por descuido, sin hacer contacto visual. Su interés estaba en Reina Saldívar.

—Deseo de todo corazón que su hija se recupere y vuelva triunfal al encordado. Es un orgullo y un ejemplo de superación para todos nosotros, para todo México.

En ese momento las fotos arreciaron. El diputado Sócrates Porter sonreía mientras abrazaba a doña Reina, que también sonreía. ¿Estaba conmovida? ¿Aún podía conmoverse después de todos esos años y todos esos diputados? Sócrates Porter continuó con el baño de pueblo. Luego acudió con las especialistas que realizaban los exámenes, se sacó más fotos con ellas y pareció interesarse en el trabajo que hacían.

De vuelta en la camioneta, desapareció tras un reguero de polvo que el sol subrayó inclemente.

En el aire quedó una maldita sensación de esperanza que solo yo parecía detectar que se trataba de una descomunal mentira. Aunque tal vez no sabía darle el enfoque correcto. Yo no necesitaba unos lentes graduados que en cualquier parte costaban lo que esos viejos oscuros y cansados recibían con suerte en un mes.

—Toma, enfermero, espero que la convenzas de volver a pelear —me dijo Reina Saldívar mientras me tendía un papel que había arrancado de una vieja libreta, una especie de agenda gastada. En él había apuntado una dirección y un número de teléfono.

(c)

Después de mojarle los labios, la Perra Saldívar me tomó de la mano y sonrió al vacío. Representantes, managers, promotores, periodistas, curiosos hacía rato que habían abandonado el hospital. Estaba sola. Estaba exhausta. Perdida en un duermevela en el que se confundían las horas y los rostros, el pasado remoto, el inmediato, el presente. Se aferró a mi mano como un niño lo hace a la mano de su madre en medio de una multitud: un frágil vínculo entre perderse en el gentío o regresar a salvo a casa. Creo que Jaqueline no recordaba haberse cruzado conmigo en urgencias. Mi mano, en ese momento, era la mano de alguien que le impedía sumergirse en un río subterráneo de corriente vertiginosa. El tacto la mantenía atada a esa cama. Pasaron unos minutos. No sé cuántos. Mi turno había terminado y lo único que deseaba era largarme a casa. El sudor de sus dedos toscos y hombrunos escurría entre mis dedos. Aún no lo sabía pero podía intuir que a la Perra Saldívar le soltaron la mano muchas veces. ¿Por qué me importaba? Un paciente siempre está en tránsito.

—¿Qué hace aquí? —dijo una voz a mis espaldas.

—Es una vieja conocida, vine a ver cómo estaba —mentí.

—Pero usted no está asignado a esta área, ¿verdad?

—No, no, estoy en cuidados paliativos. Ya terminé mi turno, ya me iba.

—Mejor, necesita descansar —dijo el médico mientras revisaba el historial clínico—. Jaqueline, ¿me escucha? En media hora le haremos otra resonancia magnética. Parece que no es grave la contusión, pero tendrá que estar unos días en observación. Con las lesiones en la cabeza nunca se sabe.

La muchacha asintió.

El médico, con la mirada, me invitó a salir del cuarto. Me desprendí de la mano de Jaqueline y seguí los pasos del doctor hasta el pasillo. Antes, le susurré a la boxeadora que en la noche le daría una vuelta. No supe si alcanzó a escucharme. En el pasillo, el doctor me confirmó el diagnóstico de que el traumatismo era leve. Había perdido la conciencia menos de veinte minutos y presentaba una ligera inflamación en el lóbulo temporal. No tenía por qué darme esa información. Lo hacía en deferencia a mi uniforme de enfermero. Sentí una punzada de pudor. Pero no tenía ni idea de cómo explicarle a ese médico que en mi vida había visto a Jaqueline Saldívar hasta esa noche en que llegó al San Rafael. Había cedido a un impulso, eso era todo.

Decidido a olvidar el asunto, a no volver a esa habitación, a seguir con mis rutinas que me mantenían a salvo de la ciudad, de mí, de los otros, abordé mi Chevy. Empecé el descenso por la carretera incrustada en el cerro a mordiscos irregulares. El hospital encumbraba una ladera salpicada de villas opulentas. Los dueños de

algunos de esos chalets, los menos, eran políticos y empresarios. La mayoría de las casas pertenecía a los traficantes. De sexo, de armas, de personas, de droga. Aquella colina los había reunido en una feliz simbiosis. Hacía tiempo habíamos dejado de saber quién era qué. Reyezuelos feudales metidos en sus castillos cuidados por un ejército de matones sanguinarios. Era parte del atractivo del lugar: un tour que prometía un discreto asomo a la impunidad de la muerte. Un recorrido que terminaba a las puertas del San Rafael, famoso por haberle salvado la vida a varios de los dueños de la ciudad. Entré de lleno al tráfico alocado del centro, que a esas horas se vestía de comerciantes, amas de casa, desempleados, mendigos, *ninis*, ancianos aburridos, limpiavidrios, malabaristas del subsidio, burócratas que tragaban tortas y tacos en horas de oficina. El bullicio matutino de la urbe era una simulación. Todos sabíamos en esa ciudad de arlequines y colombinas que al caer la noche aparecía su verdadera vocación: un hedonismo fatuo y desenfrenado. Yo lo sabía mejor que nadie. Mi piel, mis entrañas, mi conciencia, un hilito de conciencia, no tenían la menor duda. En aquellos días en que conocí a Jaqueline Saldívar, al salir del trabajo me encaminaba a mi casa sin hacer paradas innecesarias, como si un toque de queda me esperara en alguna parte. Me exponía justo el tiempo en que duraba mi traslado. La casa era la misma casa de mi madre que había cruzado la frontera hacía un lustro ya. Una tía la había emigrado. Mi madre pasaba sus últimos años aislada en la impecable postal de un suburbio gringo. La última vez que la visité, ya era parte de la postal, como si se hubiera detenido en el tiempo. Mi padre fue un daño colateral. Yo tenía doce años cuando se cruzó en el camino de un proyectil que no quiso reventarle la cabeza a quien iba dirigido. Un lamentable accidente. Una tragedia. Un incidente que no debía ocurrir de nuevo, dijeron. Pero volvería a pasar tantas veces que prefirieron dejárselo a las estadísticas. La casa era una vieja casona del centro. Paredes de adobe gruesas y altas, ventanas estrechas y vigas de madera. Una casa para el desierto. Una casa que sabía mantenerse fresca cuando los cuarenta y cinco grados del verano nos convertían en lagartos en espera de la noche. Lúgubre, sus rincones acumulaban días que pudieron ser mejores, cierto, pero que superaban a esos que vivía cuando conocí a la Perra Saldívar.

Unté mayonesa en dos rebanadas de pan y puse una rebanada de jamón en medio. Ese fue mi desayuno. Luego me acosté en la cama revuelta que olía a sudor, a cabello desprendido, a célula muerta. Traté de dormir. Normalmente caía agotado, sin tiempo para pensar en nada. No pude. Jaqueline se adueñó de mi desvelo. La imagen de Jaqueline en la cama del hospital. En la camilla que pasó junto a mí rumbo a urgencias. En el monitor del televisor cayendo grogui como una muñeca de trapo. La hemorragia de la nariz, los pómulos inflamados, el cabello negro recogido en una cola tirante brillando por el sudor y las luces del *show*. Y el tacto estropajo de su mano.

Sonó mi celular. Había olvidado ponerlo en silencio. Sonó sin descanso.

—¿Bueno?

—¿Jerry?

—Él habla.

Sabía quién era. Su timbre de voz aún lo llevaba marcado en el escroto.

—Quiero verte.

—No.

—Un café, media hora nada más, necesito hablarte de Ricardo.

—Tú y Ricardo ya saben a dónde pueden irse.

—Jeremías, no seas cabrón, te necesitamos. Ricardo anda muy mal...

—No vuelvas a marcarme, Marcia, no vuelvas a hacerlo, no tiene caso.

Colgué y apagué el celular. Debía estar localizable las veinticuatro horas. Me importó un carajo.

Era inútil invocar al sueño. Llevaba al menos dieciséis horas sin dormir. Tal vez después de comer lograba echarme una siesta antes de emprender el regreso al hospital. En el buró de noche descansaba la primera edición completa de *Watchmen*. La compré por ochenta dólares en una subasta en línea. Los doce números reunidos en un solo volumen por Ediciones Zinco. La hojeé con desgana. Los *Relatos del navío negro* me remitían a esa infancia que nadie ha vivido realmente. Tuve un repentino impulso de limpiar y ordenar un poco la casa. El impulso me llevó hasta la sala. Me tiré en el sillón, tomé el control y prendí la tele. No tenía cable, así que la oferta era bastante limitada. Me detuve en un canal de la ciudad, de esos de producción pobre y conductores con acento exageradamente, orgullosamente, infumablemente norteño. Lo hice porque el noticiero daba cuenta del estado de salud de la boxeadora Jaqueline la Perra Saldívar, retadora al título mundial gallo, orgullo de la ciudad, que a punto había estado de arrebatarle el cetro a la bella y hasta ahora imbatida Sandra Rojas. Se reportaba estable pero bajo observación. De cuatro a cinco días permanecería en el hospital, informaba el mismo médico que me había encontrado en la habitación de Jaqueline. No sabría precisar, dijo, si podría volver a boxear, dependía de cómo evolucionaba. Al regresar al estudio, los conductores cambiaron de tema. Yo seguí buscando en la programación. Di con una película de ficheras. El Caballo Rojas, Sasha Montenegro, Rafael Inclán, Chatanuga, lo mejor de aquel cine barato, simple y descolorido que exaltaba la imbecilidad nacional y que Televisa seguía transmitiendo treinta años después. Los albures ya no causaban risa. Igual me quedé viendo la cinta. Eran las películas que mi padre iba a ver al cine cuando había cines grandes y engolados en esa ciudad. Antes de que los hermanos Almada nos enseñaran a matar.

La belleza eslava de la Montenegro, de puta cara de *cabaret* antiguo, terminó por cerrarme los párpados.

(d)

—Ni mi madre ni nadie sabían quiénes eran esos cabrones, pero igual le pusieron así a la invasión: Primero de Mayo. Es que el tipo tenía un pico de oro.

Yo mismo desconocía que ese barrio al norte de la ciudad se llamara Primero de Mayo por los mártires de Chicago, esos cabrones.

Jaqueline se había convertido en una fuente de imágenes fragmentadas. Era como si el golpe en la cabeza hubiera abierto un abismo en el que debía sumergirse una y otra vez hasta recuperar un instante preciso que le quemaba las entrañas. Yo quería que me hablara de su carrera de boxeadora. A fin de cuentas se trataba de una celebridad. Los habitantes de la Primero de Mayo habían colocado flores y veladoras en la capilla del barrio. Rezaban por su pronta recuperación. Su madre, a quien la vida parecía haberle pasado por encima como una apisonadora y aparentaba veinte años más de los que tenía, fue entrevistada por la televisora local. Dijo que todas las noches le pedía a Dios por su hija. Mentía. Lo supe porque a Jaqueline se le enturbió la mirada y me pidió que cambiara de canal en cuanto apareció a cuadro. Yo deseaba que me contara por qué esa mujer no había venido aún al hospital a visitarla. Pero a la Perra se le antojó recordar al hombre del pico de oro, el responsable de que la invasión dejara de conocerse como el antiguo basurero y se convirtiera en la colonia Primero de Mayo.

De los postes de luz más cercanos brotaban garras de cables que se ramificaban por la tierra seca como un arcoíris hasta llegar a cada jacal. Iluminaban focos ennegrecidos, grabadoras y televisiones robadas o compradas en un tianguis, viejos refrigeradores. A medio kilómetro de la invasión, los hombres habían encontrado la forma de cavar un pozo que surtía de agua a los invasores. A partir de los nueve años, cada mañana, por órdenes de su madre, Jaqueline acarreaba media docena de cubetas hasta su casa. Reina Saldívar solo sabía hablarle a su hija con mandatos sin réplica; era como si a esa mujer se le hubieran olvidado otros modos que no fueran el imperativo. Al amanecer, Jaqueline y Reina debían rellenar un tinaco negro de plástico ubicado en la parte de atrás del jacal. La madre con una cubeta en cada mano. La hija estibaba solo una que nunca podía llenar del todo.

La memoria de Jaqueline carecía de matices. En la narración no había rabia ni derrota ni orgullo. Solo una mujer y una niña viniendo de un pozo todas las mañanas. Era yo el que colmaba de indignación aquellas palabras. La indignación de quien toda su vida ha abierto una llave para que corra el agua a raudales. Una indignación de andar por casa.

En el pozo lo conocieron.

Clareaba en el oriente llano: un pentagrama de cables de alta tensión, pájaros carroñeros y una luz gris que apenas despertaba las cosas. El sudor empapaba la espalda de Reina Saldívar, era su tercer viaje. Jaqueline se preparaba para su segundo. La manguera era un hilito de agua, una lágrima constante que volvía la espera tediosa. Ensimismadas como estaban en el pozo, lo primero que les llegó fue la voz.

—Está fácil llevar el agua hasta las casas. Sería cosa de conseguir unos tubos PVC de quince pulgadas y unos cuantos codos.

El hombre se recortaba en el horizonte. Era espigado, seco, musculoso, de entradas en el cráneo y mirada serena. La camisa remangada, el pecho abierto, la tez morena de campo. Un viajero en busca de una cama. El último se había largado al menos un año atrás. Le había plantado dos cachetadas a Reina una noche que llegó borracho. Al día siguiente, la mujer puso las cosas del sujeto en la puerta del jacal. Los vecinos merodearon por si las moscas. Jaqueline hizo lo que su madre le enseñó en esos casos: escabullirse con la vieja de al lado, la que la cuidaba de vez en cuando. El tipo, con la cruda a cuestras, ni chistó. Cogió sus chivas y desapareció dando un largo rodeo por la invasión.

Este parecía de otra índole. Jaqueline no podía quitarle los ojos de las manos. En su vida había visto unas tenazas de ese tamaño. A sus siete años, la niña era montuna, pero igual las dimensiones tenían el parámetro de lo fantástico.

—¿Y qué hacemos con la presión? —preguntó Reina.

—Un motor a gasoil de dos tiempos. Entre todos hacen coperacha para pagar el combustible. O se roba, qué caray.

—No somos ladrones. Lo otro, no suena mal.

—Si les bajamos el gasoil a los tráiler de las grandes compañías no es robar, mujer, es hacer justicia.

—Hablas mucho para no ser de aquí. Vámonos, hija.

Jaqueline, usando las dos manos, levantó la cubeta a medio llenar del asa y emprendió el regreso al jacal. Tenía más fuerza de la que su cuerpo magro presumía. Sus pasos eran cortos, titubeantes, inciertos. Reina portaba ambas cubetas con la espalda encorvada, los dientes apretados y la zancada pesada. El hombre las alcanzó en dos trancos.

—Permítanme ayudarlas.

Le arrebató la cubeta a la niña. Luego, se hizo de una de las dos que acarrea la madre. Caminó como si las cargara vacías, un par de estorbos nada más. Jaqueline, sin el peso del agua, trató de emparejarse al hombre. Era casi un correr, un brincar silvestre. Reina Saldívar la llamaba a gritos. En un instante había dejado de estar al mando y por más que intentaba seguirle el paso al hombre, este se le escurría.

Al llegar a la entrada de la casa, encontró al desconocido revisando con ojo experto el cerco de cartón, lámina y madera podrida.

—Necesita una buena reparada, no te va a aguantar la temporada de lluvias. Te propongo un trato, te lo arreglo a cambio de una buena comida caliente. ¿Cómo te

caería un menudo, plebe?

Jaqueline sonrió para esquivar la manaza que le arrancaba un pellizco de la nariz. Le sorprendió que esos dedos de gorila pudieran ser cálidos y gentiles. También sonrió porque se le antojaba un plato humeante y un señor capaz de extraer pellizcos tibios de su nariz.

—¿Y de dónde voy a sacar yo menudo a estas horas?

El desconocido se encogió de hombros. Luego, trituró entre sus manazas un tablón del cerco ennegrecido por la humedad. Le enseñó a la mujer los pedazos agusanados mientras sonreía con brutal suficiencia.

Reina Saldívar no sabía preparar menudo, pero se las ingenió para conseguir entre las vecinas los ingredientes para un pozole. Nadie acostumbraba a negarle nada. De una u otra forma siempre les devolvía el favor. Reina Saldívar, de lunes a viernes, se ocupaba de la invasión. El fin de semana cargaba hasta el tope un vocho oxidado y naranja con ropa de segunda mano y se instalaba en el tianguis La Bola, el más grande de aquellos rumbos. El último hombre en pasar por su vida le había conseguido el puesto en el mercadillo y vendido el vocho en cinco mil pesos. Nunca terminó de pagarle. Reina Saldívar prosperaba. El trabajo en la maquila se redujo a un mito dudoso de su propio origen, aunque solo habían pasado siete años. Y ahora aquel sujeto se ofrecía a repararle el cerco del jacal. Por primera vez, la mujer se enfrentaba a un hombre sin rastros de vileza, y eso la inquietaba.

De cualquier forma, el cerco necesitaba ser reparado.

El desconocido trabajó toda la mañana en fortificar una verja que nada más servía para marcar un territorio, difícilmente para defenderlo. El hombre puso empeño. Trabajaba sin dejar la sonrisa. Jaqueline revoloteaba a su alrededor con el silencio espeso con el que se relacionaba con el mundo. Los monosílabos con que respondía a las preguntas del desconocido eran una medida de tiempo como cualquier otra. A Reina Saldívar el pozole se le fue convirtiendo en un caldo de granos insípido. Los ojos no estaban en la cocineta de dos fuegos conectada a una pequeña mina de gas, justo a la entrada del jacal. Preferían la espalda sudorosa del hombre, sus manos como mazas, sorprendentemente precisas con el alambre, el cartón y la madera. No porque las soñara entre sus muslos o en sus senos o en sus nalgas. Trataba de reinventar al sujeto, de ubicarlo en un futuro, en todos los futuros sin descartar ninguno.

El cerco resistió las lluvias. Ese año fueron escasas. Los platos calientes comenzaron a repetirse en la mesa contrahecha de las Saldívar. Y la mesa dejó de bailar, gracias a las manazas de ese hombre capaz de arreglarlo todo. No pasó mucho tiempo desde el día en que lo encontraron en el pozo para que se instalara en la cama de Reina. Al menos, en el recuerdo de Jaqueline fue un parpadeo. De pronto, el universo de la mujer y la niña comenzó a girar en torno de Rigoberto Hernández. Así dijo llamarse. En la invasión no acostumbraban a averiguar sobre el pasado de nadie. Quien más quien menos, tenía su historia. Así que Rigoberto Hernández simplemente

fue Rigoberto, y su presente, un torbellino que arrastraba a los habitantes del lugar sin que se dieran cuenta. Rigoberto empezó a tener soluciones para todo. Su verbo no era el verbo precario de los invasores. Cuando hablaba, todo parecía claro y preciso. Reina Saldívar fue abandonándose al arrullo de su voz. Jaqueline se enamoró de él con amor de niña precoz. Ese hombre era una manifestación incorruptible de la naturaleza. Cuando Reina le abrió las piernas por primera vez, supo que a diferencia de otros, este se quedaría para siempre en su piel. Tal vez debió dejarlo ir en cuanto lo conoció. Ni Reina ni Jaqueline habían tenido antes en su vida una luz como la que irradiaba Rigoberto, tampoco la tendrían después.

Rigoberto fue convirtiéndose en una especie de líder mesiánico. ¿Y quién no se adhiere a una religión que pone el destino en tus manos?

Con el tiempo, el hombre consiguió que el Ayuntamiento regularizara la invasión y se convirtiera en colonia, como ya dije. Lo de llamarla Primero de Mayo fue una puntada encantadora: la mayoría de los colonos eran obreros maquiladores. Con el nuevo estatus llegó la electricidad y el agua. Y aunque siguió siendo una barriada polvorienta al norte de la ciudad, pronto olvidaron que había nacido en un basurero y que engordaba como engordan las sanguijuelas.

Soñé con Sócrates Porter. No se parecía al diputado pero sabía que era él. Yo estaba sentado en la banca de un parque, un parque del primer mundo. El césped parecía una alfombra verde. Los árboles crecían sanos y fuertes, frondosos. Las jardineras criaban flores multicolores que no sabía cómo nombrar, no tenía vocabulario para tanta fecundidad. Los caminos de arcilla trazados alrededor y a través del parque se veían uniformes, limpios, deseables. Había gente corriendo, caminando, jugando con una pelota, paseando perros lustrosos y bien alimentados, todos con sus correspondientes correas. Las personas lucían despreocupadas. El sol había alcanzado su cénit pero era bondadoso. Había carteles que prohibían cosas como tirar basura o dejar libres a las mascotas y todo mundo los respetaba. Los gritos de los niños en el área de juegos infantiles llegaban a mí amortiguados por el silencio con que los adultos realizaban sus actividades, como si únicamente los más pequeños tuvieran permitido gritar. Frente a la banca en la que me encontraba pasaba una ciclovía. Por ella circulaban hombres, mujeres y niños montados en bicicletas. Cruzaban frente a mis ojos a intervalos regulares. Parecían ponerse de acuerdo. Uno de los ciclistas iba y venía constantemente. Conducía una bicicleta de mujer color fucsia con una cesta blanca al frente. Cada vez que atravesaba mi campo visual me saludaba con una mano al viento. Al principio no lo reconocí. De repente me di cuenta de que se trataba de Sócrates Porter, aunque no tenía su aspecto. Había pasado ya por cuarta ocasión ante la banca en la que estaba sentado. Lo hacía en lapsos de cinco minutos. Hasta ese momento me sentía relajado, una cierta paz me rodeaba. Entonces, Sócrates Porter, después de los cinco minutos de rigor, no cruzó frente a mí. Oteé a izquierda y derecha, traté de distinguir a lo lejos las manchas borrosas que poco a poco se agigantaban hasta convertirse en alguien que no era el diputado. Comencé a inquietarme. Algo me decía que la interrupción en el paseo del político me traería problemas. Entonces surgió en lontananza una figura que me resultó familiar. Un sujeto que montaba la bicicleta de Sócrates Porter, pero que no se trataba de él, ni el de la vida real ni el de mi sueño. Cuando llegó a mi altura no tuve duda de quién era: el mismo tipo vestido a la usanza de los gánster de Chicago que, en un sueño anterior, le había disparado en la frente al hombre que me entrevistaba. Y como en el sueño anterior, al pasar frente a mí, volteó a verme y se llevó el dedo índice al rostro embozado sugiriéndome silencio.

En ese instante desperté.

¡Putra madre!, exclamé en voz alta con los ojos abiertos como las piernas de una mujer gorda y vieja, clavados en el techo de mi habitación. No hay mayor soledad en

el mundo que la de despertar solo en una cama después de tener una pesadilla. Soñar dos veces con el mismo personaje en situaciones tan disímiles debía tener algún significado. No era muy propenso al pensamiento mágico. De todas formas, la idea de la premonición se apoderó de mí durante el tiempo en que me deshice de las sábanas, me calcé unas pantuflas amarillas con la cara de Bob Esponja en la punta y me dirigí al baño. ¿Habría augurios en los sueños, advertencias en misteriosos códigos indescifrables para un descreído como yo? Con el chorro de orina se fueron los temores y los presagios. Observé mi pene mientras lo sacudía de las gotas insidiosas que insistían en permanecer. No había tenido acción en mucho tiempo. Sentí lástima por él y por mí. Regresé a mi cuarto y tomé el celular que estaba sobre el buró de noche. Ni una llamada, ni un mensaje. Pinche Perra puta. Desde el momento en que Reina Saldívar me había dado su número, le mandé varios mensajes de texto y marcado no sé cuántas veces sin resultado. La voz que me invitaba a dejar un mensaje en el buzón era la de Jaqueline. Yo grababa el mismo recado: Habla Jeremías, repórtate, por favor.

Había dormido toda la mañana. Ya en la cocina, preparé café y observé cómo el líquido escurría en la cafetera. Era una máquina blanca, vieja y lenta que apenas calentaba el agua. Esperé con la mirada perdida en el recipiente de vidrio ribeteado con pequeños números: 2, 3, 4, 5. Me costaba entender la lógica de las medidas de las cafeteras, nunca correspondían a las medidas de las tazas. Si quería una taza, tenía que llenarla hasta el número dos; si quería dos, hasta el tres. La cafetera exhaló un suspiro cuando terminó de filtrar todo el líquido. Me serví una taza y quedó para media. Otra vez había vuelto a equivocarme en la medida.

Me senté en la mesa de la cocina.

¿Tenía hambre?

Tenía hambre.

Por enésima vez en ese mes me exigí hacer la despensa, no podía seguir comiendo pizza, hamburguesas, tacos, tortas, sushi, burros, qué sé yo. Sobre la mesa de la cocina estaban dispersos media docena de folletos que publicitaban changarros de comida rápida con servicio a domicilio. Descarté todos una vez, descarté todos otra vez más y otra. Aburrido, por fin me decidí por un teriyaki de pollo y me prometí ir al supermercado antes de reportarme al hospital. Marqué, me respondieron, di mi teléfono, mi dirección, ordené, colgué. Otra vez no supe muy bien qué hacer. Revisé de nuevo el celular estúpidamente. Pinche Perra. En el trabajo, durante todo el turno, le había dado vueltas a una posibilidad: ir a la dirección que me proporcionó Reina Saldívar y tocar a la puerta hasta que me abriera. Sentarme en la entrada a esperar a que Jaqui saliera. Gritar su nombre al grado de que la vergüenza la obligase a escucharme. ¿Qué? A escucharme ¿qué? Perra, perrita, perra, vengo a salvarte de ti misma, a salvarnos de nosotros. Me empezaba a joder bastante esa necesidad de verla, pero sobre todo, su aparente deseo de no verme. ¿Era posible que los días en el hospital no hubieran significado nada para ella?

El teriyaki de pollo tocó a mi puerta. Abrí, pagué, cerré. Me puse a comer.

¿Era posible?

Debía averiguarlo.

Terminé de comer y todos los engranajes de mi cuerpo entraron en acción. Cada parte hizo su parte y logré bañarme, lavarme los dientes, vestirme, salir de casa, bloquear el bullicio del centro de la ciudad para que no me devorara. Había tomado algunas decisiones que afectaron la rutina de mis últimos años: hospital, casa, hospital, casa, hospital, casa. De momento, nada había sido tan terrible como para querer volver a ese itinerario que me mantuvo a salvo de la ciudad. Salí indemne del caos de calles estrechas y sofocantes, voces que vendían, compraban, ofrecían, rechazaban, obligaban, seducían. Salí bien librado y enfilé un largo y ancho bulevar que me llevaría al sur, a las afueras, al fraccionamiento Valle del Marqués. La otra cara de la ciudad, la de los esforzados burócratas y proveedores de todos los gobiernos existentes en la urbe que conformaban una clase media acomodada, con casitas de dos pisos, cochera y jardín, todas iguales. Con niños y adolescentes que iban a escuelas y muy seguramente a la universidad para trabajar de burócratas y proveedores de los gobiernos, incluso algunos de ellos para dirigir esos gobiernos. Iba al sur, en donde otros fraccionamientos como ese fraccionamiento formaban un conglomerado de fraccionamientos que desde un avión eran imposibles de distinguir. En donde la vida aparentaba ser como la vida en otras partes, como la vida que los vendedores de todo se habían empeñado en moldear.

Un hombre muy flaco con un uniforme blanco y azul muy grande me hizo el alto y se acercó a la ventanilla del auto para preguntarme a quién visitaba. Del cinturón colgaban unas esposas y un spray pimienta. Me dio mucha ternura que colgaran de esa cinturita desnutrida. Le di la dirección y el nombre de la Perra. Apuntó mi nombre y mis placas en un cuaderno y levantó la pluma de la entrada. Antes me explicó que iba a un edificio de condominios de tres pisos a cien metros de ahí, justo enfrente de un parque. Era la única construcción con esas características, el resto eran pequeñas villas.

Avancé despacio. Di con el lugar fácilmente. Conté tres departamentos de cada lado, uno por piso, separados por unas escaleras anchas. El edificio era beige con acabados en azules y rosas pálidos. Buscaba el 3 A. Estacioné en un cajón en el que decía visitantes. Había dos de esos, los demás tenían escrito en una placa de latón la letra de la casa asignada. El 3 A lo ocupaba un Honda Civic de modelo muy reciente color negro. De que el box deja, deja, pensé envidiosamente. Subí las escaleras hasta el tercer piso. Eran anchas, espaciosas, sin mucha distancia entre los escalones. La puerta con la letra A estaba a la derecha. No había timbre. Sí una aldaba sencilla aunque elegante. Todo era elegante o pretendía serlo al menos. Todavía no llamaba. De pronto me dio miedo tocar a la puerta de una desconocida que había entrado y salido de mi vida como del baño de un aeropuerto. Entonces encontré valor en un recuerdo específico: la última vez que estuve con ella, cuando me acosté a su lado en

la cama del hospital para continuar remontándonos en nuestros pasados sin saber muy bien por qué, pero con la vaga certeza de que era necesario. Por más dañada que esté la Perra, pensé, ese momento tenía forzosamente que significar algo... entonces se abrió la puerta y apareció Jaqueline. Eres tú, dijo y se quedó detenida bajo el dintel. No supe si había decepción en el tono de voz, molestia o una alegría secreta que reprimía, como yo reprimía las ganas de abrazarla. Dio media vuelta y me indicó que la siguiera al interior del departamento. Para mi sorpresa, estaba farfullando una disculpa por no haberme regresado las llamadas. Iba a hacerlo, confesó, pero algo relacionado con muchas ocupaciones se lo había impedido. Supe que mentía pero no me importó. El hecho de que tratara de justificar su conducta y que me hubiera abierto las puertas de su casa me tranquilizó. Era obvio que su casa no era su casa. Se trataba de un departamento amueblado de forma impersonal, un clásico condominio en renta para ejecutivos de paso. Muy masculino. Todos los objetos olían a nuevo y a ajeno. Jaqueline se movía entre los muebles como si fuera una extraña. La tele estaba prendida sin volumen. Un sillón negro de piel sintética conservaba aún la huella de las nalgas de la Perra. Se sentó en el mismo lugar. Un ventanal ocupaba toda la pared del fondo. Por él entraban los rayos oblicuos de un sol que buscaba el horizonte, inundando la sala de una luz tardía. Todo parecía brillar como si el tiempo se hubiera cansado. No tuve la confianza de sentarme, así que esperé a que me lo indicara. Por fin lo hizo, lo hizo bruscamente, algo avergonzada de haberse olvidado de invitarme a tomar asiento. El silencio para mí era embarazoso. A ella parecía no importarle.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó.

—Tu mamá —le dije y me sentí un soplón, un chivato de mierda.

Puso una gran y frágil cara de extrañeza.

—Vaya casita que le mandaste hacer —añadí un poco más valiente.

—¿Fuiste al barrio? —me preguntó alarmada.

—Y conocí a tu perro y al diputado Sócrates Porter.

—¿A quién?

—A un cabrón político que andaba por ahí. No me dijiste que tenías perro.

Se encogió de hombros.

—¿Por qué tendría que decírtelo?

—Nomás. Está horrible.

Jaqueline sonrió y se arrebujó en el sillón. Sentía que la estaba recuperando. Tal vez nunca la había perdido, no sé.

—Rencor —dijo sin más.

—¿Cómo?

—Así se llama, Rencor. El nombre se lo puso Marina, lo encontró afuera de la casa cuando era un cachorro. No sabemos de dónde vino ni cómo llegó. Mi hermana lo adoptó. —Hizo una pausa para añadir algo más sobre el chucho pero no halló qué. Mejor preguntó—: ¿Quieres un café?

—No, gracias. Si tienes agua...

Se levantó de un brinco y huyó a la cocina, ubicada al otro extremo de la sala. Un desayuno separaba las dos estancias. Abrió el refrigerador, extrajo una jarra de cristal con agua y de una alacena de acero cromado un vaso largo y estrecho. No dijimos nada. De vuelta en la sala, Jaqueline me extendió el vaso y recuperó su lugar en el sillón. Yo era un mar (agitado y con crestas blancas) de dudas. Me decía que era un pendejo por haber venido, me decía que lo que pasó en el hospital para Jaqueline no tenía ningún significado, me decía que tampoco debería tenerlo para mí.

—¿Por qué viniste?

La pregunta cruzó la sala como un cuchillo de circo y se clavó a dos centímetros de mi oreja. Al principio fue un zumbido que interfería en mis pensamientos. Poco a poco logré entender su significado. Desde que conocía a la Perra, ningún eufemismo había funcionado.

—Vine a ayudarte.

Suspiró como la vi suspirar alguna vez en el hospital, como si el mundo estuviera a punto de acabarse y no hubiera nada que hacer.

—¿De veras quieres ayudarme? ¿Estás seguro? Porque lo que te voy a pedir está cabrón.

Estiró la mano y cogió una laptop que estaba sobre la mesa de centro, una mesa de cristal con soporte plateado. Manipuló el teclado y me la tendió. En la pantalla aparecía una muchacha de piel cobriza y cabello azabache hasta la cintura. Una muchacha de una belleza estremecedora. Al fondo de la foto se apreciaba la fachada de la casa de la Primero de Mayo.

—Esta es mi hermana de la que te platicué. No contesta las llamadas ni los mensajes. En su muro del Face, lo último que aparece es una foto con unas amigas de hace dos meses, desde entonces, nada. Tampoco responde los *mails*. Necesito encontrarla.

(e)

Esa noche tuve que llamar a la hija mayor de doña Mercedes. Del otro lado del auricular escuché un suspiro cargado de remordimientos. Nadie en esas circunstancias se permitía externar la alegría de terminar con los turnos al cuidado del enfermo, las entrevistas estériles con los médicos, las horas en un cuarto de hospital viendo cómo se iba la vida de un cuerpo decrepito y egoísta. Los pañales y los baños nauseabundos. El chantaje de quien está muriéndose y acusa al mundo de su agonía. En general, si habían pasado tres o cuatro meses desde el ingreso, los familiares lanzaban ese suspiro de satisfacción culposa cuando se les comunicaba la noticia. Luego venían las frases: por fin va a descansar, es mejor así, terminó el sufrimiento, es que ya al final no era vida. Nueve de cada diez pacientes del piso de cuidados paliativos desmentían con rencor estas afirmaciones. No importaba la inmovilidad, las manos extrañas manipulando su cuerpo, la comida insípida, las horas en un duermevela tortuoso. No importaba la mierda en el pañal, el dolor de las agujas de los catéteres, los tratamientos infructuosos, las pesadillas que provocaba el coctel de drogas nocturno. No importaba la indiferencia del personal que maniobrábamos como autómatas, la soledad de las horas, incluso con las visitas alrededor del lecho asqueadas de tanta podredumbre. Nada era más fuerte que respirar cada día. Nada era peor que la incertidumbre de la muerte. Cada noche, en sus ojos me encontraba con la súplica: haz algo, todavía no ha llegado mi hora. Hombres y mujeres dispuestos a prolongar el trance, sin fuerzas para la dignidad. Solo el puro deseo de un latido más.

Nadie más falleció esa noche en el piso de cuidados paliativos. A doña Mercedes se la llevaron en la madrugada. En unas horas más otro paciente ocuparía la cama.

El turno siguió su marcha como de costumbre. Antes del inicio había pasado por el cuarto de Jacqueline. Dormía. No quise insistir. Dudaba si regresar al término de la jornada. Seguía sin saber qué me impulsaba a visitarla. Estaba el morbo de la celebridad en una ciudad de famas efímeras y sangrientas. Pero había algo más. ¿El encuentro fortuito en la entrada de urgencias? ¿La mirada dislocada de la boxeadora? ¿La ridiculez de sus guantes rosas? ¿Las cicatrices abiertas, más antiguas e invisibles que los hematomas y escoriaciones del combate? ¿La certeza de sus pupilas fotografiando mi rostro antes de desmayarse?

Cuando dieron las ocho de la mañana, dejé de hacerme preguntas y resolví acudir una vez más con la Perra Saldívar. Era posible que aún durmiera. Por un momento lo deseé. La encontré viendo la tele mientras comía un yogur. Me miró recelosa. Mi uniforme la desconcertó.

—¿Y ahora qué chingaos quieren? Pero si acaba de estar una enfermera.

Mentir era una opción. Pero lo complicaría todo.

—Trabajo en este hospital pero en otra área. No vengo como enfermero, vengo a visitarte, la verdad es que soy —trastabillé con el término, ¿una deportista tenía fans? — tu admirador.

Me miró de arriba abajo.

—¿Tú mi admirador? ¿Con esa facha? Ni madres.

—¿Por qué no?

—Los batos que van a mis peleas no chambean de enfermeros.

—¿En dónde dice que a los enfermeros no nos pueda gustar el box?

Sonrió un instante. Luego, una punzada en el cráneo hizo que se sujetara la cabeza como si fuera a caérsele.

—¿Ya has estado aquí antes, no? —me preguntó.

—Soy el que ayer te mojó los labios. ¿Te acuerdas? Estabas muerta de sed.

—Ey, sí, sí me acuerdo —parecía que iba a seguir hablando pero le asaltó una duda. Calló un momento—. ¿Me porté muy mula?

—Algo.

—Seguro que te dije hasta de lo que te ibas a morir.

—No fue para tanto. No pasó de cabrón la cosa. Me suelen decir cosas peores.

Entró con el celular pegado a la oreja y una sonrisa asqueada. Era moreno, con cara de sabueso, muy gordo. Vestía una camisa blanca de seda Versace, un pantalón negro de mezclilla Levi's y botas vaqueras. El pelo rapado, el bigote en tiralíneas sobre unos labios vesánicos que mostraban una mueca que supuse era una sonrisa permanente y asqueada.

—Al rato te marco, ya estoy con la campeona.

Colgó, pasó a mi lado como si no existiera.

—¿Cómo está mi princesa? ¡Qué susto nos diste, chamaca! Tienes a todo el pinche rancho rezando por ti.

Jaqueline detuvo el beso con una oreja todavía inflamada, a tiempo de esquivar los labios carnosos del sujeto. Vi cómo crispaba los párpados una fracción de segundo.

—Mejor —dijo la Perra.

El recién llegado se dio cuenta de que estaba ahí parado sin hacer nada. Me interrogó con la mirada. Simulé revisar el suero. El sujeto se tranquilizó.

—¿Cuándo la darán de alta? —quiso saber.

—Solo su médico puede darle esa información —dije con mi tono de enfermero.

—¿Podrá volver a boxear?

No me esperaba la pregunta. La violencia de la pregunta. Jaqueline era mercancía dañada. La muchacha buscó la ventana con la mirada y se encontró con un sol implacable que empezaba a calentar la ciudad.

—Creo que eso es lo de menos ahora. Lo importante es que está respondiendo bien al tratamiento —respondí.

—Por supuesto, y más les vale que la curen, me está costando un ojo de la cara el chistecito.

No hice caso del comentario. Fui al extremo de la cama y accioné el interruptor que elevaba la cabecera.

—¿Más cómoda así? —le pregunté a Jaqueline. La boxeadora me observó recelosa. Me pareció que era un desconcierto tímido y agradecido.

—Bueno, campeona, vine de pasada a ver si se te ofrecía algo. Ya veo que estás muy bien atendida. A echarle ganas que ya estamos negociando la revancha. Me doy una vuelta a la hora de la comida y te platico los detalles.

—No hace falta que vengas, en serio. Yo te aviso cuando me suelten.

Esa fue la primera vez que la escuché hablar con ese tono de voz. Surgía de las entrañas como un machetazo certero. El sujeto titubeó bajo la puerta. De repente parecía un niño torpe e imbécil. Quiso decir algo. Se encogió de hombros.

—Bueno, pues como quieras. Con permiso, eh; mañana te echo un fon —dijo y abandonó el cuarto.

Estuve a punto de seguir sus pasos. Pero un segundo después Jaqueline tenía de nuevo el talante socarrón con que me había recibido.

—¡Vaya pendejo! —dije.

Jaqueline sonrió.

Observé su mano sostenida en el aire por el codo. Recordé su tacto bruto. Duró unos segundos. Ella la dejó caer a un costado, pesadamente. Impactó en el colchón y el sonido llenó el cuarto. Me preguntó cómo me llamaba, cuánto tiempo tenía trabajando en el hospital. De pronto, como si yo hubiera desaparecido, se soltó insultando al sujeto que acababa de largarse. Un rosario hilvanado con un repertorio machacón y florido. Calló por un momento. Luego empezó a contarme cómo lo había conocido. La historia, como todas las historias que iba a relatarme desde esa cama, era una sucesión de hechos irremediables. Terminó agotada. Iban a ser las diez de la mañana y yo estaba al borde de la histeria. La convencí de que tenía que descansar. Le prometí que vendría un par de horas antes del inicio de mi turno para estar con ella. No me lo pidió, era la consecuencia lógica de haber escuchado el relato de cómo conoció a su apoderado o mánager o representante o lo que fuera.

Jaqueline se encogió de hombros.

La ciudad se fue estrellando contra mis ojos arenosos. Quería llegar a casa y dormir. Era una sensación que hacía tiempo no sentía. Mi cerebro y mi cuerpo estaban empantanados. Las calles dejaron de tener rostros, olores y ruidos. Se convirtieron en túneles sombríos. Al final me esperaba una cama y la promesa del sueño. Los músculos del cuello y los hombros se agarrotaron por el esfuerzo de mantenerme despierto. Enfilé mi calle saturada de luz. Se trataba de un callejón sin salida que le daba la espalda al latir nervioso del centro de la ciudad. Estacioné frente a mi casa. Entonces la vi. Estaba sentada en los escalones de la entrada. Tres peldaños que conducían a una puerta de dos hojas despostilladas. Apoyaba la cabeza en el

marco, el cuello doblado como el de un ahorcado. Su cuerpo rechoncho, sin rastro de la altivez de antaño, se desparramaba hasta la banquetta. La bragueta de su *short* abierta, la blusa a medio desfajar: parecía un cadáver. Una botella de whisky descansaba en el segundo escalón, a unos diez centímetros de su mano derecha. Estaba casi vacía. Las colillas de cigarro formaban un perfecto semicírculo alrededor de sus pies.

—Despierta —le ordené y le di una patada en la planta del pie—. ¿Qué haces aquí?

Se agitó como si le hubieran aplicado una descarga eléctrica. No parecía saber dónde estaba. Cuando logró enfocarme, reconocirme, hizo un puchero. Estaba a punto de soltar el llanto.

—¿Qué haces aquí? —insistí.

—Ricardo.

—¿Qué pasa con Ricardo?

—Está muerto.

Y empezó a llorar. Era un llanto teatral. Agitaba los hombros mientras se tapaba la cara con las manos.

—¿Qué dices, estás loca? Sabes qué, Marcia, mejor lárgate, vete, vete a la chingada de aquí.

Extraje las llaves del bolsillo del pantalón, di con la de la cerradura, la introduje y abrí la puerta. Antes de cerrarla alcancé a ver la expresión de asombro de Marcia. Esa sí era auténtica. No tenía manera de ocultar el odio, el miedo y el asco que yo le provocaba en ese momento. No había hombros convulsos ni manos crispadas, solo un par de ojos consumiéndose en el deseo de golpearme.

Di un portazo. Apoyé la espalda en la pared del recibidor y dejé caer las llaves al piso. Mis manos temblaban. Ricardo estaba muerto.

(f)

Una llanta de tractor en medio del solar. En el aro interno, Jaqueline agazapada, inmóvil, al acecho. Vista desde el cielo, era como la madriguera de un reptil. Una brisa caliente, apenas perceptible, peinaba el cabello negro de la niña. La brisa también traía las voces de otros niños. El sol de octubre, una caricia tibia, llegaba al cénit bañando de luz el solar, la llanta y a la niña escondida. El sonido de la respiración de Jaqueline era más fuerte que todos los sonidos del baldío, extrañamente callado, atento al aliento de la chiquilla. Los ojos de Jaqueline vigilaban el solar apenas asomados de la llanta mientras su pecho inhalaba y exhalaba sin perder el ritmo. Pronto la descubrirían. Ellos eran tres. Tenía pocas posibilidades. Su arma estaba cargada y guardaba municiones en el bolsillo derecho del pantalón. Carecía de una estrategia. Sus ojos barrían el solar sorteando la basura dispersa: otras llantas como la suya, una carriola agujereada y sin una rueda, una enorme guillotina de imprenta oxidada, los bulbos y la pantalla de un televisor en blanco y negro. Olía a tierra seca y vómito. Los tres niños aparecieron al extremo del campo, a unos cien metros. Esperar. Caminaban confiados, seguros de su triunfo. Eligió al de la izquierda. A quince metros estaría a tiro. Siguió esperando. Surgió del hueco de la llanta ya con el tira bolas listo y disparó. El proyectil pegó en el pecho del niño. Soltó un quejido, dio media vuelta y se alejó mientras se sobaba. Estaba eliminado. Los otros dos niños se echaron al piso bocabajo. Jaqueline volvió a agazaparse en su trinchera. Ya había perdido el elemento sorpresa pero ellos estaban más expuestos. El de la derecha quiso levantarse para probar un tiro desesperado. Jaqueline lo observaba y en cuanto puso la rodilla en tierra, la niña saltó de la llanta como esos payasos encerrados en una caja y disparó. También el enemigo. La bola del niño pegó en la parte externa de la llanta. La de Jaqueline, en la rodilla del adversario doblada en ángulo recto. Como un penitente, el crío mantuvo la rodilla en tierra mientras sujetaba la otra con las manos y observaba el hilo de sangre que le había arrancado el proyectil. Renqueante, dejó el campo de batalla. Solo quedaba uno, el más hábil. Jaqueline calculó sus opciones. No dejaba de pensar. Su enemigo había perdido la confianza. Las niñas son torpes e idiotas para jugar a la guerra de tira bolas. Pero esa que estaba escondida en la llanta de un tractor parecía un demonio. El enemigo seguía pecho a tierra. Un movimiento en falso y todo habría terminado. Jaqueline, sin despegarse mucho del piso, dejó la llanta y corrió en zigzag hasta el cascarón de un *cooler* situado a unos veinte metros. El rival reaccionó tarde. Su proyectil pisó el rastro de tierra que dejaba la niña. Ahora el niño estaba escondido en la llanta y Jaqueline parapetada tras la lámina del viejo aparato enfriador. La paja del *cooler*,

seca y podrida, era un vivero de cucarachas. Jaqueline las contempló con un asco frío. El impacto de una piedra en la chapa de metal la sacó del trance. Las cucarachas corrieron a esconderse. Jaqueline se concentró en la batalla. El niño se desesperó y tomó una decisión suicida. Abandonó el escondite y con el tira bolas cargado, corrió hacia la trinchera de Jaqueline mientras gritaba. El solar prolongó el grito hasta las lejanas casuchas, hasta la carretera que pasaba por el oriente ajena y rota. Cuando el grito fue devorado por el silencio, el niño ya estaba a diez metros. El silencio le trajo a Jaqueline una calma embriagadora. Sus sentidos se habían agudizado al grado de percibir el olor a carroña del solar, la luz del sol bañando la cabeza rojiza del enemigo. Todo se volvió lento y diáfano. Levantó el tira bolas, apuntó y disparó. El guijarro se estrelló en la frente del niño.

—¡Hija de tu puta madre!

Un escupitajo de sangre apareció en la frente del chamaco.

—La tuya, pendejo.

Jaqueline abandonó el viejo *cooler*. Las cucarachas reaparecieron entre la paja. El niño había dado media vuelta y caminaba derrotado hacia los jacales desperdigados en el horizonte. A la distancia, Jaqueline pudo percibir que la colonia estaba agitada, nerviosa.

—Espera —dijo.

—Me diste en la frente, babosa.

—Fue sin querer.

Caminaban hombro con hombro. La tierra agrietada no les devolvía el sonido de sus pasos. Pero la brisa les trajo gemidos y retazos de llanto.

—Pasó algo —dijo el niño, un año mayor que Jaqueline.

Ambos echaron a correr.

Las calles polvorientas de la colonia aún conservaban los banderines rojos, verdes y blancos que unos hombres del ayuntamiento habían colgado el día anterior. El alcalde en persona había acudido al barrio a repartir títulos de propiedad. Discursos, aplausos, fotos, menudo para todos los habitantes de la colonia Primero de Mayo. Se acercaban las elecciones municipales. Música y baile. Las calles tenían el aspecto de un salón de fiestas al amanecer. El murmullo indignado del tumulto fue guiando a los niños hasta la modesta capilla de la colonia.

Jaqueline distinguió a su madre en el centro de la multitud. Grávida de seis meses, el vestido de embarazada la convertía en un globo naranja. A su lado, Rigoberto trataba de calmar la indignación de la colonia. Jaqueline fue abriéndose paso entre la gente: una sopa de sudor, orines secos y sangre menstrual que fermentaba bajo el sol de la tarde. Por fin llegó a la altura de Reina Saldívar que consolaba a una señora parecida a ella, parecida a todas las señoras del lugar. El llanto y los gemidos que la habían guiado hasta allí salían de la garganta de la mujer escondida en el pecho de Reina Saldívar. Los jodidos, había sentenciado la Perra al contarme esta historia, ni siquiera tienen dignidad para sufrir. Gritan, patalean,

imploran a dios, es como una mala telenovela. El dolor de aquella mujer se acercaba a la comedia.

La asamblea, a retazos, fue dándole a Jaqueline el cuadro de una muchacha muerta. Años después conocería los detalles.

Tenía diecisiete años y su cadáver apareció en una zanja cercana a la carretera. Había sido estrangulada. Entre sus piernas encontraron la sangre seca de la vagina desgarrada. También el ano presentaba rastros de sangre. Semidesnuda, el vecino que la halló nunca pudo olvidar los ojos abiertos al cielo, la expresión implorante que la muerte no alcanzó a borrar. La noticia sacudió a la colonia. Espontáneamente se congregaron alrededor de la capilla y Rigoberto, una vez más, se hizo cargo. Muchos de los hijos de la Primero de Mayo purgaban condenas en la correccional o en la cárcel, según la edad. Otros se habían tirado a perder huyendo de una pelea a navajazos, un asalto, una violación. Pero el hallazgo de la muchacha en una zanja, ultrajada de aquella forma, asesinada de aquella manera, traspasaba el umbral del horror incluso de quienes convivían cotidianamente con el horror.

El mismo Rigoberto acompañó a la madre de la víctima a poner la denuncia ante el Ministerio Público. La oficina cochambrosa acumulaba indolencia. Un sujeto gordo que escuchaba cumbias en un pequeño radio transistor de pilas, desparramado en una silla giratoria demasiado estrecha para su enorme culo, sudoroso en un rincón viciado y húmedo, le tomó la declaración en una máquina de escribir eléctrica. A cada frase se detenía a corregir un gazapo con *liquid paper*. Constantemente pasaban judiciales a su lado que lo interrumpían con saludos, bromas o comentarios al azar. Mi lic esto, mi lic aquello. Mi lic, mi lic. También perdía la paciencia porque la mujer no acertaba a relatar los hechos con cierto orden o no entendía las preguntas que le hacía.

—A ver, doña —y resoplaba como un buey—, ¿la occisa tenía o no tenía novio?

Desde el principio quedó asentado que una suerte de amante la había asesinado. No existía tal, pero la madre de la víctima qué podía saber. Rigoberto tuvo que rogarle respeto al funcionario cuando le preguntó insistentemente sobre la vida sexual y social de la víctima. Tenía diecisiete años, le dijo la mujer. ¿Y eso qué?, replicó el sujeto, a esa edad ya le dan vuelo a la hilacha.

La mujer salió del Ministerio Público con la sensación de que su hija se lo había buscado por puta.

Cinco días después, llegó a la colonia una pick up destartada. En las puertas lucía el distintivo de la Procuraduría de Justicia. Los agentes hicieron preguntas. Los vecinos coincidieron en que la occisa se juntaba mucho con un chamaco de dieciocho años que vivía a media cuadra de la víctima. Se lo llevaron. Al día siguiente se declaró confeso. Después se sabría por una tía del supuesto homicida que en la comandancia le habían roto dos costillas y desfigurado los pies a macanazos.

En la colonia se instaló el miedo. A todos les quedaba claro que el acusado era inocente. Los rumores apuntaban a vagabundos de paso, hombres sin rostro, gente del

sur camino a la frontera, sombras escurridizas. El miedo barrió las calles arenosas de la colonia, se coló tras las frágiles puertas de los jacales, paralizó a las mujeres, humilló a los hombres, alimentó los mitos de los chiquillos.

La segunda muchacha apareció en la misma zanja casi un mes después. También la habían violado vaginal y analmente, y luego estrangulado. Tenía quince años. No existía madre ni padre. Una hermana mayor, acompañada de nuevo por Rigoberto, fue a poner la denuncia al Ministerio Público. Tal vez le tomó la declaración el mismo sujeto gordo. Tal vez fue otro. Esta vez la judicial no acudió a investigar. Los pocos agentes adscritos a la agencia estaban ocupados en la campaña electoral.

El miedo se convirtió en ira.

Cuando llegaron las patrullas de la policía municipal, del paisa que se había acercado a la colonia a pedir agua y comida solo quedaba una masa sanguinolenta que apenas respiraba. Hombres, mujeres y niños lo persiguieron por las calles de la Primero de Mayo hasta arrinconarlo cerca de la capilla. Una jauría que se abalanzó sobre el vagabundo sin más argumento que la rabia, lo molió a palos. Lo arrastraron por las calles polvorientas del antiguo basurero como un Judas en llamas. Murió camino al hospital. No hubo detenidos. No se puede encerrar en la cárcel a toda una colonia.

El barrio respiró tranquilo y avergonzado. Se había hecho justicia.

Al día siguiente, Jaqueline pasó toda la tarde y parte de la noche en el solar baldío. Los misterios del linchamiento fueron parte importante de la conversa entre los chamacos congregados para el juego. Los detalles de la sangre surgían alimentando futuras pesadillas. Era sábado y los sábados los chavales correteaban libres por los alrededores de la colonia hasta tarde. No había voces adultas reclamándolos para la cena o para juntar leña o para ir por las tortillas. Hacía menos de un mes que habían encontrado muerta a la segunda muchacha y la gente empezaba a salir de sus casas empeñada en el olvido. Un poco antes de la medianoche, Jaqueline decidió que era hora de regresar a casa.

La última cuadra la caminó sola, ninguno de los compañeros de juego vivía en su calle. Algunos perros atados a la entrada de los jacales ladraban a su paso. El calor de junio congregaba a cientos de grillos que callaban al sentir los pasos de la niña y reanudaban el concierto a sus espaldas. Algunos vecinos huían del calor instalados en la vereda con cerveza y abanicos improvisados. Hombres gordos en calzones. Mujeres gordas en camisón y ropa interior grande y percutida. Sudorosos. Hablaban poco. Frases sueltas que llegaban a Jaqueline sin ningún significado. Algunos vecinos la saludaban. Otros la regañaban por andar sola en la calle a esas horas. La oscuridad era un túnel largo y estrecho salpicado por la escasa luz que palpitaba en las entrañas de las casas. El candidato les había prometido alumbrado público en su visita más reciente. Mientras, al caer la noche, la Primero de Mayo se poblaba de las sombras que proyectaban los focos renegridos al interior de los hogares. Lengüetazos de luz.

Jaqueline se detuvo a unos metros del cerco de su casa y se entretuvo en respirar

la noche. No quería llegar. La luz estaba prendida, la puerta entornada. Hacía medio año que las paredes de cartón y lámina habían desaparecido. En su lugar se levantaban cuatro tabiques de bloque en obra negra. Las ventanas estaban cubiertas con plásticos. El techo era aún cemento vivo. Rigoberto y Reina Saldívar habían dejado de hablar de los acabados. Antes de que empezaran los gritos, los acabados eran su obsesión. Cuando hubiera dinero, decían, y callaban repasando con la mirada los muros desnudos. Jaqueline, a sus doce años, no veía la diferencia. Seguía durmiendo en un catre en el rincón más alejado de la cama matrimonial, a un lado de la cocineta. Rigoberto y Reina Saldívar habían dejado de hablar de cualquier cosa. En su lugar, vociferaban. En vez de comentar sobre los acabados, ella hablaba de las putas de las vecinas a las que él se estaba cogiendo. Putas, putas, putas. La palabra estallaba en los oídos de Jaqueline. Él la llamaba loca. Ella, huevón mantenido. Él, fodonga, gorda, sucia. Ella, borracho bueno para nada. Él también usaba la palabra puta y zorra y piruja. Ella lloraba. Él se dormía apestando a cerveza.

Jaqueline no quería llegar a su casa. Por eso respiraba la noche a bocanadas. Quería embriagarse antes de entrar.

De repente, oyó un ruido breve, un latigazo. Como si alguien hubiera dado un solo aplauso antes de arrepentirse. Luego su madre gritó. A Jaqueline el grito se le introdujo bajo las uñas. El grito iba acompañado de insultos. Hubo un segundo aplauso. Más fuerte. Jaqueline continuaba detenida a unos metros del cerco de su casa. Vio a Rigoberto salir dando un portazo, cruzar el patio y tomar la calle en el sentido opuesto al de ella. Caminaba vigoroso, decidido. De su espalda colgaba una mochila. Poco a poco fue perdiéndose en la distancia, no como si se alejara, parecía desvanecerse en la noche. Pensó en los pellizcos que Rigoberto le arrancaba de la nariz. En sus manos gigantes capaces de moldear todo. En su parloteo locuaz cuando estaba de buen humor. A todos los hombres que habían pasado por la vida de su madre los había llamado por su nombre. También a Rigoberto.

Tuvo que entrar. Encontró a Reina sentada en medio del colchón, abrazada a la panza con Marina dentro. Marina que pronto llegaría al mundo. El cabello de su madre caía sobre la cara. Semejaban arañazos negros en la cara tosca de su madre. Reina Saldívar sollozaba mientras acariciaba su estómago hinchado. No eran caricias, mecía al feto con un movimiento circular. Jaqueline se quedó en medio de la estancia contemplando a su madre. Nunca la había visto tan vulnerable, tan poca cosa. Reina levantó la vista sin reconocer a su hija. La miraba detrás de la maraña de pelos como si fuera un espejismo. De su labio inferior brotaba un hilito de sangre. El pómulo derecho estaba rojo e hinchado. Los ojos de Reina no podían enfocar a la distancia. Por fin pareció darse cuenta de que Jaqueline era quien la observaba.

—Se fue, hija, como todos, se largó.

Luego se concentró en el feto y continuó amasándolo.

Jaqueline no dijo nada. Después de unos segundos, se dirigió a su catre y se acostó bajo la cobija. Una cobija descosida que la aislaba de los gemidos y suspiros

de Rigoberto y Reina cuando cogían. De los ronquidos. De la luz matinal. Una cueva en la que permanecía inmóvil aún después de despertarse, retenida por su calor. Esta vez Jaqueline se durmió escuchando los lamentos y sollozos de Reina. A todos los llamaría por su nombre, pensó, también a Rigoberto.

Fuera del hospital Jaqueline era una roca que el viento y los años no habían podido erosionar. Una manada de lobos en el bosque tras su presa. No me lo había dicho abiertamente, pero intuía que la revancha con la Maniquí y su carrera en el boxeo en ese momento le importaban un carajo. La Perra solo podía ir en una dirección. Como un antiguo guerrero yaqui, para ella no habría sol ni muerte no dolor ni calor ni sed ni hambre ni lluvia ni aire ni enfermedad hasta no hallar a su hermana. Pero qué había de mí, hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Jaqueline conducía con la mano izquierda mientras reposaba la derecha sobre la palanca de cambios, a caballo entre la crispación y el abandono. No apartaba los ojos de la ruta. Al hablar torcía la boca como un fantoche. La dirigía hacia mí que viajaba de copiloto en su Honda Civic negro. El carro olía a piel y plástico. Acabábamos de abandonar las calles del centro. Me había recogido en mi casa y nos dirigíamos al norte de la ciudad, al barrio, como lo llamaba ella. Vamos a empezar por dónde la vieron la última vez, me dijo en su departamento, cuando accedí a esta búsqueda que ahora comenzaba a parecerme un moridero de buenas intenciones. En el hospital había pedido un permiso de un mes sin goce de sueldo. El pretexto fue una madre enferma en otro país, aunque en esta ciudad nadie veía al gabacho como otro país, sino como una prolongación incuestionable. La Perra me prometió que me compensaría generosamente. Esa no era la causa de haber aceptado, por supuesto. Pero en ese momento, cuando enfilábamos el bulevar Juárez ancho y congestionado, que conectaba con el Periférico Norte, me invadió una inquietante sensación de ruptura. Todo lo que tenía hasta hace unos días era mi rutina. Un flotador en medio de un mar de mierda. Ahora estaba a punto de sumergirme en ese mar del que ya había salido una vez indemne, pensé ingenuamente. El recuerdo de su putrefacción me asustaba. Solo el perfil de la Perra conduciendo por las calles de esta ciudad llena de estrías me tranquilizaba lo suficiente como para intentar darle un sentido a todo aquello.

Jaqueline manejaba con brusquedad. Embestía los espacios que los otros coches dejaban entre sí con un golpe matón del volante. El zigzag me sacudía como a un guajolote en un camión guajolotero. No teníamos ninguna prisa, se trataba de la velocidad por la velocidad misma.

—Vive a dos casas de la nuestra —me dijo la Perra de súbito, después de haber permanecido en silencio casi todo el trayecto.

—¿Quién?

—La Queta, una plebe que se la llevaba con mi hermana. No salía de la casa; desayunaba, comía y cenaba con nosotras. Ella debe saber algo.

—Y si te dice que se fue al otro lado con su novio como cree tu mamá, ¿vas a ir a buscarla? —le pregunté a sabiendas de que había descartado esa posibilidad.

—No me va a decir eso. Conozco a Marina, no se iría con un pendejo a jugarla de mojada, le gusta demasiado el baro. Y está lo de su cel. Todo el tiempo me manda al buzón, no le hace la hora que le marque.

Pensé en la foto que me había enseñado la Perra en su departamento. Quince años, flor de fango, mirada fatal, exceso de maquillaje. Peligrosa fórmula la de la belleza y la ambición.

—Cuando empecé a ganar lana con esto del box, pero lana en serio, se alocó la morra; traía un gastadero la hija de la chingada —agregó Jaqueline y soltó una carcajada llena de saliva.

Ya estábamos en el Periférico Norte y la ciudad comenzaba a avergonzarse de su aspecto seco y agrietado como una piel expuesta al frío. La mirada de sus habitantes conservaba ese recelo solapado aun cuando sonreían. Pronto llegaríamos a la avenida Cultura, que nos llevaría a la colonia Primero de Mayo.

—¿Qué crees que le pasó entonces? —le pregunté sabiendo la respuesta.

—En esta pinche ciudad, cualquier cosa.

El conglomerado de casuchas nos recibió envuelto en una nube de tierra. Se había levantado el viento de abril, cálido pero con reminiscencias de invierno. El viento agitaba las partículas de arena sucia de excrementos y meados, pedazos de plástico, de hule, un enjambre que golpeaba el auto de la Perra adentrándose en las callejuelas del barrio. Para mi sorpresa, no se detuvo frente a la casa de su madre. Siguió de largo y al terminar la cuadra estacionó frente a un cubo de ladrillos sin enjarrar, con ventanas cubiertas por cobijas, sábanas y jirones de tela y una puerta al frente. En el patio una gallina picoteaba el piso en busca de alimento, vigilada por un perro del tamaño de una rata. Cuando descendimos del carro, el chucho ladró. Una señora muy alta, muy flaca y muy encorvada, con cara de indiferencia, acudió al llamado del animal. El viento de pronto aminoró.

—Buenas tardes, doña Leo, ¿se encuentra la Queta? —preguntó Jaqueline.

—Buenas tardes, Jaqui. ¡Qué milagro! Desde que eres famosa ya ni nos pelas. ¿Cómo está tu mamá? ¿Y tú? Supe que tuviste un accidente.

La mujer, al hablar, arrastraba las palabras hasta rematar la última sílaba con una octava más alta. Me pareció cómico y desagradable.

—Todo bien, doña Leo, todo bien —dijo la Perra. Me di cuenta de que estaba incómoda. Había una suspicacia en la mirada de esa doña Leo que violentaba a Jaqueline.

—Fue por una soda, no tarda, ¿quieren pasar a esperarla?

—No, gracias, aquí estamos bien —dijo la Perra.

—¿Y para qué es buena mi hija? —preguntó doña Leo.

Jaqueline titubeó un instante. Si quería hablar con la amiga de su hermana, debía confesarle a su madre los motivos, pero desde el principio me había quedado claro

que la boxeadora no confiaba en esa mujer demasiado taimada para ser tan alta.

—Quiero preguntarle por Marina, tiene un rato que no sabemos nada de ella.

Una sonrisa triunfal se dibujó en el rostro de doña Leo. Empezaba a entender algunas cosas. En ese barrio no se podía tener una casa como la de las Saldívar. Debía preguntarle a la Perra por qué nunca se fueron de ahí.

—Mira, ya viene.

Doña Leo señaló a una muchacha de la misma edad de Marina. Solo eso tenían en común. La Queta era redonda, aún con cuerpo de niña, de rasgos vulgares y pelo rebelde y mal cortado. Caminaba arrastrando los pies y cargaba la botella de Coca Cola de dos litros como si fuera un apéndice inútil de su cuerpo. Al llegar a nuestra altura, la muchacha abrió los ojos y la boca al mismo tiempo, con lo que adquirió una expresión marcadamente idiota.

—¡La Perra Saldívar! —alcanzó a exclamar.

—Quiere hablar contigo de tu amiguita Marina —intervino doña Leo.

El rostro de la Queta se desfiguró por el miedo.

(g)

Llegué al velorio con la idea de constatar que Ricardo estuviera muerto. En la sala de la funeraria había dos grupos claramente separados por el féretro. A la derecha, unas cuantas mujeres —ningún hombre— de luto y cabizbajas: tías, sobrinas, hermanas tal vez, no lo sabía, congregadas como cuervos alrededor de la madre del difunto. A la izquierda, mucho más numerosa, una asamblea multicolor, melodramática, lacrimosa, vocinglera, venenosa pero devastada por la muerte del gran Richard, leyenda de los antros gay en esta ciudad macha y vaquera. Me presenté en el velorio unas horas antes de reportarme al hospital, a tiempo de contemplar por última vez el cadáver de Ricardo. Minutos después lo subirían a la carroza para emprender el viaje a la iglesia de San Juan, en donde se celebraría la misa de cuerpo presente.

Me asomé al féretro como si lo hiciera a un abismo. El vértigo que sentí, aunque parecido al de las grandes alturas, tenía que ver con la serenidad del rostro de Ricardo y la distancia insalvable entre él ahí acostado y yo junto al ataúd, sujeto de las paredes de la caja como si fueran barandas. Acostumbrado como estaba a la muerte clínica, conectada a máquinas y sondas, explicable en cierta forma, el cadáver de Richard acostado en el cajón me pareció mucho más definitivo. Lo observé largo rato tratando de sentir tristeza. Pero en su lugar persistía el misterio de la carne inerte. A mis espaldas, los susurros de los presentes hacían cuentas de la última vez que me habían visto, dónde, cómo y con quién. Yo era una aparición, un fantasma que debía algunas explicaciones. Di media vuelta para regresar a las bancas de los dolientes. Enfrenté la mirada de la madre de Ricardo. La esquivé y me encaminé al fondo del salón con la intención de desaparecer lo antes posible. Comenzaba a arrepentirme de haberme presentado en el velorio como una amante incómoda e indeseable, cuando Marcia me cerró el paso.

—Ya vamos a llevar a Ricardo a la iglesia. Quiero que seas parte del cortejo, se lo debes.

En un sentido estricto yo no le debía nada ni a Ricardo ni a Marcia. De todas formas, no pude negarme con todo ese tribunal de putos y lesbianas en espera de mi decisión. Me consideraban culpable, no de la muerte de Ricardo, de algo mucho peor: de su fracaso.

Asentí.

—¿Viniste en carro?

Volví a asentir.

—Voy contigo a la iglesia —dijo.

Empujado por los empleados de la funeraria, el féretro pasó a nuestro lado en

dirección a la carroza. Los deudos lo seguían con paso de procesión. Comenzamos a dispersarnos. Marcia caminaba unos metros detrás de mí en silencio. Cruzamos el estacionamiento de la funeraria y nos subimos al Chevy. Se hizo un pequeño caos cuando todos los autos trataron de ponerse detrás de la carroza al mismo tiempo. Nadie gritó ni gesticuló ni accionó el claxon. La presencia de la muerte nos dictaba una civilidad inusual en esta ciudad de cafres al volante. Por fin, logramos formar una hilera detrás del cadáver de Ricardo y el cortejo avanzó por las calles del barrio residencial en el que se encontraba la funeraria rumbo a la iglesia de San Juan.

El silencio persistía. Marcia tenía la mirada clavada al frente, como si tuviera miedo de perder de vista la carroza, elegante y gris, un último modelo de carroza.

—Es de cerezo —dijo de pronto.

—¿Qué es de cerezo?

—El ataúd. Es la madera más elegante. También la más cara. Eso me dijo el encargado de la funeraria.

El cortejo dio vuelta en una esquina y enfiló un bulevar ancho de árboles raquíticos y secos. Siempre a vuelta de rueda, por ese entendido de que los cadáveres no llevan prisa para llegar a ninguna parte.

—Un ojo de la cara.

Marcia hablaba del costo del féretro como si estuviera rezando.

—Sale caro enterrar a alguien —dije por no quedarme callado, por no dejar que aquello fuera un monólogo.

—Cada quién puso una lana, solo así.

—¿De a cuánto me toca? —pregunté.

—Vete a la chingada, no te estoy pidiendo dinero, pendejo —respondió Marcia sin dejar el tono de plegaria.

La gente en la calle hacía un alto al paso del cortejo, calculaba la capacidad de convocatoria del muerto y seguía con su vida. Un cortejo numeroso siempre produce un cierto consuelo.

—¿Qué quieres de mí? Primero me chingas por el celular, luego vas a mi casa. Ahora me pides que te lleve a la iglesia, ¿de qué se trata?

—Quiero que sepas cómo murió Richard.

Suspiré para que la repentina furia se largara. Me aferré al volante. Me sentí atrapado. No me importaba saber cómo había muerto Ricardo. Me había escapado a tiempo de todo aquello. Pero igual pregunté, porque Marcia esperaba que lo hiciera y ya nada podía ser peor.

—¿Cómo murió?

—Lo mataron.

No me extrañó. Esperaba esa respuesta, hacía mucho que la esperaba. Marcia dejó de observar la carroza fúnebre a lo lejos y volteó para estudiar mi reacción. Si pretendía encontrar dolor, indignación o al menos sorpresa, la decepcioné. Me inundó esa resignación de las cosas consumadas.

—¿Fue don Arnulfo?

—Claro que fue ese viejo jijo de su perra madre. Primero lo violaron con un tubo, luego le dieron veinte cuchilladas. Lo encontraron en el callejón del Pierrot.

—Me hubiera hecho caso. —En cuanto lo dije, me sentí la persona más insignificante del mundo.

—No seas mamón, pinche Jerry, no este día. Al menos él trató de salvar el changarro, no como otros.

Lo que seguía era un diálogo inútil. Nunca acepté la obstinación de Richard. Ellos nunca entendieron mi renuncia. Pero ahora estaba el factor de su muerte que lo convertía en un mártir. Y contra eso no hay argumentos. Así que ni siquiera intenté hacerle ver a Marcia que el asesinato de Ricardo a manos de unos canallas se trataba solo de la demagogia de esta ciudad.

—¿Por qué lo mataron? —pregunté aunque la respuesta no tenía importancia.

—Les debía un chingo de lana. El Pierrot se convirtió en un picadero de jotos de mala muerte. Nada que ver con lo que era cuando tú estabas. Las deudas hundieron al Richard.

Y la coca, pensé.

El cortejo había llegado a las puertas de la iglesia. Una iglesia moderna con no más de tres décadas de existencia. Tenía forma de bombín. Me estacioné a una cuadra.

—¿Vienes?

—Entro a chambear en media hora.

—Nos vemos.

—Nos vemos.

Marcia descendió del Chevy. Había logrado su cometido: hacerme responsable de la muerte de Ricardo. Así era Marcia, infantilmente arbitraria. Nuestra mascota. Ocurrente, la mejor animadora de las noches de esta ciudad sin culpables. La vi alejarse hacia el portón de la iglesia con forma de bombín y perderse entre el río de gente que entraba resignado al recinto. Curiosa la resignación, ¿no? No sirve de nada con la muerte, pero sí con la ausencia. Egoísta la resignación.

Enfilé al San Rafael. Faltaban veinte para las ocho. Llegaría barrido. No podría visitar a Jacqueline hasta pasado el turno. Tenía ganas de verla. Esta vez, el de las confesiones sería yo. También tenía una historia que contar. También era absurda, como todas las historias de esta ciudad. Tampoco tenía un final feliz porque los finales felices no eran propios de nuestra estirpe.

A esas horas, la ciudad comenzaba su transformación. De los más inverosímiles agujeros saldrían los criados de la noche. Del otro lado de la frontera, en un cortejo carnavalesco, vendrían pochos y gringos con dólares calientes a disfrutar de las mejores perversiones. El menú era tan extenso como la imaginación de los anfitriones.

¿Quiere usted una niña de doce años para desvirgar ganada en una apasionante

subasta? La tenemos.

¿Prefiere recorrer los barrios marginados propinando palizas a viejos desahuciados? No se preocupe, nos sobran.

¿Qué tal poder vivir la fantasía del oropel mafioso tipo Hollywood, rodeado de putas espectaculares traídas de los rincones más exóticos del mundo? Eso le costará un buen billete, una pequeña fortuna, pero la experiencia vale la pena.

Ah, entiendo, a usted le va más el sado, el cuero y todo eso. Ni pregunte, es de cajón.

¿Animales? ¿Se refiere usted a hermosos caballos con el miembro grande y firme penetrando a una mujer indefensa? Claro. ¿En vivo? Por supuesto. ¿A dónde cree usted que viene?

Durante un tiempo el Pierrot fue la cereza del pastel.

(h)

Jaqueline tenía mejor aspecto. Sentada en el sofá ubicado a la derecha de la cama, veía la tele con gesto aburrido. Me presenté en el cuarto unos minutos después de haber terminado el turno. Creí percibir una sonrisa, algo parecido a la alegría. Las cortinas del ventanal estaban abiertas y el sol de la mañana bañaba la habitación de una luz difusa. Jaqueline tenía puesto un pijama nuevo. De franela, hombruno en el diseño. El estampado se componía de divertidos cachorros en divertidas posturas. La interrogué con la mirada.

—Ah, ¿esto? Ayer por la tarde vino mi madre y un chingo de vecinos que se quedaron en la entrada. No los dejaron pasar. Pinche desmadre que se armó, vieras visto. Tuvo que ir el jefe de planta para calmarlos y explicarles que las normas del hospital y su puta madre.

—Está bonito, digo, para una chamaca de diez años.

Jaqueline sonrió desdeñosa y siguió absorta en la pantalla. Una película de *marines* en Afganistán. Muchas explosiones y hombres curtidos matando musulmanes con un inquebrantable sentido del deber.

—Ayer me dejaste esperando. Y mira que tenía ganas de verte, después de la visita de mi madre, pues, la neta...

—Sorry, fui a un velorio. Se murió un conocido y tenía que ir, ni cómo escaparme. Llegué barrido a trabajar.

—¿Cómo se murió?

—Lo mataron.

—Qué mal pedo. ¿De qué lo conocías?

—De cuando era estudiante de enfermería. Él no estaba en la escuela, nos hicimos amigos en el trabajo. ¿Ni vas a creer qué hacía en esa época?

—Eras travesti en un burlesque.

—¿Burlesque? ¿De dónde sacas esa palabra? Ya ni existen los burlesques.

—No sé. Creo que la solía decir mi mamá. Me gusta más que teibol.

—Pues no, no era travesti en un burlesque, aunque no era muy diferente.

Compañía de Teatro Musical Ginger and Fred, así se llamaba. La dirigía un putón gordo muy amanerado, de rostro cacarizo y aires de Rita Hayworth. Según él, la máxima expresión del glamur. Ni Marilyn ni Brigitte Bardot ni la Loren ni Dolores del Río alcanzaban las cumbres de sensualidad que la neoyorquina de origen español mostraba en *Gilda*. ¿A qué actriz le han puesto su cara en una bomba atómica?, preguntaba el putón dueño de la compañía cuando salía el tema, que era siempre, porque le encantaba sacarlo a colación. De los símbolos sexuales contemporáneos

ninguno se salvaba: todas eran unas teiboleras que solo sabían mover el culo como perras. Instalado en los años cincuenta, el director desdeñaba todo aquello que no se hubiera gestado en la época dorada de la comedia musical, a la que reverenciaba con fanatismo. Un culto vertical que alimentaba sin descanso, como si le fuera la vida en ello.

Ahí conocí a Ricardo y a Marcia.

Yo cursaba el séptimo semestre en la escuela de enfermería y me había inscrito en el grupo de teatro de la universidad. Mi madre me había animado a hacerlo para superar mi timidez. Era pretencioso en el repertorio y de pésima calidad. Dirigido por un actor aficionado, lo mismo montábamos una comedia de Lope que una pieza de Ibsen, siempre con resultados desastrosos. En el fondo, me había apuntado para conocer chicas. Tenía veintiún años y una vida social prácticamente nula. En el salón de clases de la carrera, la mayoría de los alumnos eran mujeres y unos cuantos gays. Por lo mismo, mis compañeras eran inaccesibles. Alguien me había dicho que las chicas del grupo de teatro se abrían de piernas a la menor provocación y a mí me urgía perder la virginidad. Debo reconocer que todo ese asunto del vestuario, la utilería y el cartón piedra también me atraían. De todas formas, mi proverbial timidez me impidió actuar y mucho menos conocer a una muchacha. El director, al final, me asignó la tarea de asistirlo, así que terminé sacando copias a los libretos, ayudando a memorizar parlamentos, marcando personajes durante los ensayos cuando faltaba un actor y ocupándome de los aspectos técnicos. Y resultó que tenía un talento especial para grabar las pistas, conseguir la utilería y manejar la precaria iluminación del auditorio de la universidad.

Cierto día, al llegar a un ensayo de *Bodas de sangre*, me encontré con un anuncio pegado en las puertas del auditorio. La Compañía de Teatro Musical Ginger and Fred solicitaba un asistente de dirección. Yo nunca tenía dinero suficiente. Mi madre había logrado cobrar un seguro de vida cuando mataron a mi padre. La aseguradora tuvo que soltar la lana porque el cadáver de mi padre salió en todos los periódicos. Con eso y su salario de secretaria administrativa en una primaria federal íbamos saliendo adelante. Por esa época, acababan de lanzar al mercado el Nintendo GameCube y yo estaba obsesionado con conseguirlo. Necesitaba un ingreso extra.

El putón gordo me recibió en un largo salón con piso de duela y un espejo impecable que cubría entera una de las paredes. En el extremo opuesto a la luna, el putón estaba sentado en una silla negra de plástico frente a una sencilla mesa de *camping*. De las paredes colgaban carteles de los musicales más famosos de Broadway, retratos de Rita Hayworth y fotos de él mismo, con veinte años menos, delgado y fibroso, vestido como bailarín de *Cats*. Me estudió con detenimiento y ostensible rechazo. Mi uno ochenta y cinco y más de cien kilos de peso, mi greña hasta los hombros algo sebosa, mi incapacidad para sostener esa y cualquier mirada, mi postura encorvada, mi ligero tartamudeo al hablar tenían pocas probabilidades en ese lugar. Irritado, probablemente seguro de que perdía el tiempo, me preguntó si

sabía lo que era un libreto técnico. Le dije que sí. El putón gordo esperó a que siguiera hablando. Me encontraba tan bloqueado que guardé silencio.

—A ver, palurdo, ¿dime qué contiene un libreto técnico?

Sabía muy bien la respuesta, pero mi memoria se había convertido en una nebulosa gris que flotaba dentro de mi cráneo.

—¿Hablas español o padeces de algún tipo de retraso?

El putón movía sus manos gordezuelas delante de su cara avinagrada y apretaba los labios para luego mordérselos. Hizo ademán de levantarse, me imaginé que para indicarme la salida. Empecé a recitar como un catequista ante la presencia de un cura pederasta lo que me pedía: el vestuario, la musicalización, los efectos especiales, la utilería, la escenografía, el tránsito escénico, la iluminación y los pies técnicos. Al terminar, me di cuenta de que estaba jadeando y que las manos me sudaban.

—¿Estás familiarizado con la iluminación teatral? —preguntó el director, seguramente decepcionado por mi respuesta, quiero decir, por el hecho de haber podido responderle.

—Sí. Sé lo que es un lico, un spot, un cañón, un foco, las micas y conozco algo de la escala cromática.

—Richaaaaaard —gritó de pronto el director de la compañía con resignación—. Tienes mucho que aprender y esta perra te va a enseñar —me dijo—. Richaaaaaard, te estoy hablando.

Richard tenía el cráneo rapado y el rostro de un matón con tendencia a la ternura. Algo más bajo que yo, su espalda era mucho más ancha que la mía y sus piernas, marcadas bajo una malla negra, parecían un manojo de rocas. Su piel mulata tendía a una claridad apagada. La masa muscular lo obligaba a caminar como un tractor entre zanjas. Varonil, displicente, dudé que de verdad fuera gay. Saludó con una inclinación de cabeza al putón gordo y le llamó maestro. Luego me indicó que lo siguiera. Desconcertado por el aire ceremonial que iba adquiriendo la escena, traté de despedirme del director de la compañía, pero este ya se había desentendido de mí y sumergido en una pila de ce des. Cruzamos un pasillo, una habitación desnuda con algunas sillas de jardín ocupadas por otros jóvenes y salimos a un patio cercado por tres altos muros.

—¿Cómo te llamas?

—Jeremías.

—Déjame te explico un par de cosas de esta compañía. Al hombre que conociste en el salón le decimos maestro, así le gusta y así es. Ensayamos todas las tardes, no faltes si no quieres quedarte sin chamba. No lo contradigas, no lo cuestiones, límitate a hacer tu trabajo. ¿A qué estamos hoy?

—A lunes.

—Muy bien, el viernes tenemos función. Te espero aquí mañana a las seis. Puntual, por favor. Marcia te entregará el libreto técnico para que lo vayas estudiando y te ayudará con las dudas.

Richard me indicó a una muchacha rechoncha, cara de luna, vestida como una *hippie*, que caminaba hacia nosotros sonriente. Sus dientes parecían glaciares. En los brazos cargaba un grueso manojo de hojas engargolado en pasta negra. Me lo entregó con una reverencia. El protocolo me pareció ridículo. Era una tarde fría de finales de noviembre. Se levantó un ligero viento que me provocó escalofríos.

—Bienvenido al showbusiness —dijo Marcia con voz engolada.

Ambos comenzaron a reírse en mi cara.

(Nos cuenta que)

Nos cuenta que caminabas por las calles y los ojos machete de los hombres te seguían sin pudicia rasgándote hasta el alma. Nos dice que de un día para otro, y a pesar de no contar con más de quince años, los chiquillos, los jóvenes, los viejos de la cuadra tenían tu nombre en los labios como una fruta recién caída del árbol, la más jugosa tal vez, la más deseada. Que encontraste la manera de disfrazarte de mujer sin que las huellas de tu niñez te traicionaran. Es más, que esas reminiscencias infantiles afloraban desconcertantes, oportunas, con encantadora naturalidad.

Pero no fuiste la primera Lolita del barrio ni serías la última. Ninguna hermosura alcanza para la leyenda, Marina. No podías saber eso, claro, como tampoco podías saber que ciertos venenos son dulces, embriagadores y, por lo mismo, mucho más letales.

Nos cuenta que te consumía la prisa por recorrer todas las fiestas de la colonia, a las que entrabas en medio de silencios, piropos y murmullos mientras la música de banda reventaba los tímpanos del personal. Y que los polluelos que revoloteaban a tu alrededor terminaron por aburrirte pronto, aun cuando las muñecas de tu cuarto todavía compartían secretos y desencantos. Te volviste inalcanzable, al menos para los malandrines que crecían contigo, apurados por adquirir una hombría de gatillos y navajas. El dinero de tu hermana compensaba su ausencia: el celular que nadie tenía, el vestido que nadie tenía, los zapatos que nadie tenía, el iPod que mucho menos.

Nos dice que la colonia se convirtió en una jaula y tú en una pantera bella y rabiosa que no dejaba de ver un punto en el horizonte, donde las calles no olían a letrina ni los hombres a sudor y semen. Ni las mujeres eran feas y preñadas, sumisas, tristes, miedosas, siempre a punto de parir o recién paridas. Que había un antro de moda, poco importa su nombre, no muy lejos de allí, y con esa minifalda y ese escote y esos tacones y esos aretes de fantasía, pero sobre todo, con esa actitud de desdén, furia y pestañas largas, sus puertas se te abrieron a pesar de no ser animal de esa granja ni tu estirpe la de las hembras que desfilaban frente a los guardias de la entrada. Que brillabas como un salmón contracorriente en ese río turbio de espejismos, lentejuelas y risas tontas. Que hubo galanes presuntuosos, verbos como montar, mamar, penetrar, acariciar, lamer, tocar, estrujar que astutamente no conjugabas, según nos dice, a pesar de tenerlos en la punta de la lengua, en tus caderas que aún no terminaban de florecer, en tus ojos crepusculares. Solo eras tentación sin epílogo, lo que los hombres en brama conocen como calientahuevos.

Y nos cuenta que muy probablemente no lo viste venir. Al fin y al cabo, detrás de todo ese maquillaje no había más que una chiquilla de quince años. A pesar del poder

que tu sexo ejercía en todos ellos, a pesar de la promesa con que los mantenías a raya, escurridiza y ambigua, el sujeto te sitió sin que te dieras cuenta y poco a poco fue derribando las murallas de un castillo que, como todos los castillos, guardaba una princesa ingenua y soñadora. Y la princesa se despojó de su disfraz de bruja y se mostró ambiciosamente desnuda, vulnerable.

Nos confiesa que lo vieron poco en la colonia. A veces pasó a buscarte con mucho escándalo y chulería. Su auto deportivo dejaba un reguero de polvo y chiquillos extasiados, tú adentro todo perfume embriagador. Nos susurra incrédula que te mantuvo inmaculada, si bien ya estabas ganosa y dispuesta. Caballero el tipo de discurso trasnochado.

Los retazos de la historia van armando un rompecabezas, Marina, cuyas piezas encajan dolorosa, perfectamente, y tu hermana Jaqueline ve surgir un cuadro con tu silueta en el centro y un grito que lamenta no haber oído a tiempo.

Nos confiesa que un día llegaste exultante, emperatriz de la basura, con un futuro por delante en lo único que creías tener futuro, con ganas de eclipsar la fama de tu hermana, con hambre de un mundo que nadie hubiera pensado que existía, una invención de mundo. Que tu madre, cansada de ser madre, prefirió pensar que sabías lo que hacías y claudicó. Que te volviste presuntuosa, obsesiva de la talla y el peso, tensa y oblicua. Que no dejabas de repetir, aunque nadie te lo preguntara, que te esperaban pasarelas y portadas de revista.

Hay que ser idiota, Marina, perdona que te lo diga sin matices.

Nos asegura que el sujeto, mi novio le decías ya, te había conectado con una agencia de edecanes donde te tomaron fotos envuelta para regalo y te prometieron lo que suelen prometer en estos casos.

Que hubo un par de centros comerciales al sur de la ciudad donde posaste en licra y carne, con la marca de cualquier cosa estampada en tus tetitas y en tus nalgas. Que tan solo era el principio, te alentaron, y que pronto saldrían mejores oportunidades.

Una noche llegaste al barrio en el auto deportivo de tu novio y descendiste enfundada en un vestido strapless muy corto de satín dorado, medias negras y tacones altísimos. Nos cuenta que habías dejado de parecer tú y que en tus ojos aún bailaban destellos fríos y brillantes, fulgores de codicia, me imagino. Que venías, nos dice que contaste, de la casa más grande y lujosa que habías visto en tu vida (un pobre parámetro, por cierto), en la que hombres maduros, sumergidos en agua de colonia y trajes inimaginables, jugaban póker y ruleta. Tú te paseabas entre ellos con recados, fichas de colores, copas de champán y sonrisas. Y también confesaste, aunque no sabe aclarar si indignada o complacida, que uno de esos hombres te había ofrecido dos mil dólares por llevarte a la cama pero no aceptaste.

Nos dice que al poco tiempo le pediste ayuda para largarte al gabacho con tu novio. Reina se oponía pero no podías dejar escapar esa oportunidad. En Los Ángeles, nos dice que decías, te esperaba un contrato para modelar trajes de baño de una célebre firma o algo así. Nos cuenta que desapareciste una mañana fría de

febrero, hace ya dos meses, con tan solo una pequeña mochila, pues tu novio te había dicho que allá, del otro lado de la frontera, podrías comprarte toda la ropa que quisieras.

Desde entonces no respondes llamadas ni *mails* ni mensajes de texto, y el muro de tu Facebook no registra actividad alguna.

Nos da un nombre que tu hermana graba en la memoria y que no va a olvidar fácilmente porque no ha venido a olvidar:

Ángel, alias el Estudiante.

Rencor movía la cola con una alegría inagotable mientras olisqueaba a Jaqueline. La boxeadora había abierto la puerta de la entrada con su propia llave. La seguí sin muchos deseos de volver a encontrarme con Reina. Un día antes le había prometido que haría regresar a su hija al cuadrilátero y ahora aparecía con la Perra hecha una furia, cruzando el patio a grandes zancadas y llamando a gritos a su madre.

—Espera, mujer, ¿qué vas a hacer? —Intenté detenerla pero Rencor se cruzó en mi camino y me gruñó.

—¡Reina! —vociferó Jaqueline—. ¡Reina!

¿Por qué no le decía madre o mamá?

Traté de rodear al perro. Di un paso y Rencor dejó de gruñir. De pronto ladraba con los pelos del cuello erizados. La patada en las costillas hizo rodar al chucho y gemir humilde, casi como una disculpa. En cuanto se recuperó, huyó al zaguán, a los pies de Reina que acababa de salir.

—¿Se puede saber por qué le pegas? —preguntó la mujer.

Jaqueline no supo qué contestar. Aún tenía el pie con el que había golpeado a Rencor un poco encogido. Por fin lo puso en el suelo y se quedó a unos metros de su madre con el compás de las piernas abierto y los brazos colgando flácidos a los costados. Otra vez se había levantado el viento de abril y la tierra del patio formaba pequeñas espirales sin destino. Reina me interrogó con la mirada. De su cuello colgaban unos lentes nuevos. Le sonreí. Rencor gruñó muy quedo. De golpe me entró la urgencia de que alguna de las dos abriera la boca.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a ese tal Ángel? —preguntó la Perra. Reina hizo un gesto de extrañeza. Con los ojos buscó el nombre en la memoria.

—¿Qué Ángel? No conozco a ningún Ángel —dijo.

—El novio de Marina, le dicen el Estudiante —añadió Jaqueline.

Reina, de pronto resignada, como si hubiera reconocido un instante que llevaba mucho tiempo esperando, dio media vuelta y se encaminó al interior de la casa. Nos indicó con una mano que la siguiéramos.

—¿Quieren agua, café? —nos preguntó al tiempo que detenía a Rencor del collar para que yo pudiera pasar. Jaqueline ya estaba bajo el dintel apremiándome. Apuré el paso y entré al recibidor. Rencor emitió un último ladrido antes de quedar afuera. Luego se lanzó contra la puerta y lloriqueó un rato. Jaqueline cruzó al recibidor y accedió a la sala que se abría frente a nosotros. Era espaciosa. Combinaba con abigarrado mal gusto muebles viejos y vulgares con alguna pieza moderna, de diseño vanguardista. La Perra se dejó caer en un sillón raído con rastros de pelos de Rencor.

Yo opté por un taburete beige de piel sintética.

—Un vaso con agua, por favor —le pedí a Reina.

La mujer dirigió la mirada a su hija y esta se limitó a negar con la cabeza. Recorrí las paredes con la vista. Eran un caos de adornos absurdos comprados por impulso, lo mismo en puestos callejeros que en *boutiques* de lujo. En un rincón colgaba una foto de Jaqueline en guardia, con los guantes rosas en alto, el izquierdo a la altura de la sien, el derecho amartillado bajo el mentón. La mirada enfrentaba la cámara aparentemente con furia, pero si uno se detenía un instante, podía percibir un destello de tristeza. Jaqueline me observaba observar la foto.

—De cuando gané el cinturón nacional —me ilustró—. Se lo arrebaté a una pinche india de Guerrero más correosa que su chingada madre.

Reina apareció de nuevo en la sala con un vaso de plástico verde y largo. Me lo tendió. Le di un trago. Era agua de limón artificial. Sabía a ciclamato. Mi paladar lo rechazó pero evité hacer algún gesto que me delatara. Me di cuenta de que las Saldívar, juntas, me intimidaban. Reina no se había sentado. De pie, encaraba a su hija con cierta dignidad.

—Mil veces le dije que ya no saliera con él. Luego se veía que era un cabrón bien hecho. Nunca estuvo en esta casa pero lo miré un par de veces por la ventana cuando venía a buscarla. Un vago bueno para nada, pero la niña estaba coladita por él. Y pues se terminó largando con el pendejo, ¿qué querías que hiciera?

—No me interesa —interrumpió la Perra cortante—. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—¿Que no me escuchas? Se largaron al otro lado y yo no pienso ir a buscarla. ¡Chamaca malagradecida!

—No te dijo a dónde, me imagino.

Reina arrastró los pies hacia una cómoda situada en el recibidor. Descubrí que esa forma de andar únicamente la usaba en ciertas situaciones. Ayer su zancada era bastante más vivaz. La Perra la siguió con la mirada. Yo quería decirle algo pero no se me ocurría qué. Quería hablar con ella para romper con su expresión pétrea. Una expresión que concentraba desprecio, rabia, ternura, amor, culpa, reclamo. Me dio por imaginarme que podía asomarme al interior de la boxeadora como si fuera una gruta húmeda, con estalactitas y estalagmitas formando figuras de ancianas, caballos o torres que nadie había profanado. Reina traía un pedazo de papel en la mano. Lo había tomado del primer cajón de la cómoda. Se lo dio a su hija. Jaqueline leyó el contenido muy despacio, moviendo los labios y murmurando cada palabra con dificultad. La Perra era semianalfabeta. El descubrimiento me conmovió estúpidamente.

—¿Tampoco sabes dónde queda esta pinche agencia de edecanes, cómo se llama, algo?

El tono de recriminación abrumó a Reina por un segundo. Seguía sin sentarse, ahora se apoyaba en el respaldo del sillón contiguo a Jaqueline.

—Tu hermana se puso muy difícil, Jaqui; no había forma de controlarla. Yo no sé qué se le metió en el cuerpo a esa chamaca pero nos la llevábamos de pleito. Y tú... pues, ya ves, con eso del box.

La voz de Reina era conciliadora, pero en el punto en que señaló la ausencia de la Perra adquirió un matiz de reproche. Reina se desplazó muy despacio y por fin tomó asiento. Parecía que no lo había hecho en mucho tiempo.

—No pensé que la cosa esa de la modelada fuera en serio, no le hice mucho caso, creí que se le pasaría.

Reina terminó de hablar y me observó porque no podía sostener la mirada de su hija. Supongo que le resultaba más sencillo martirizarse frente a un desconocido, un individuo que, aparentemente, solo veía a una madre rebasada por las circunstancias. Reina no sabía que conocía su historia a través de los ojos y las palabras de Jaqueline. Difícilmente lograría conmoverme. En la forma de sentarse había una actitud imperceptible que pretendía exculparla. En su momento Jaqueline y ahora Marina me han abandonado, parecía decirme la mujer cansada y de ojos rojos. Me revolví incómodo en el sillón y dirigí la cara hacia la Perra. Jaqueline contemplaba a su madre sin pestañear con el pedazo de papel aún en la mano.

—¿No puedes decirme nada que me ayude a encontrarla? ¿No sabes nada de ese tal Ángel, si tiene familia, si vive por la zona, dónde trabaja o estudia, nada?

Reina lo confirmó con el silencio.

—Nada —volvió a decir la Perra con esa incredulidad que no era tal porque en el fondo no le parecía tan disparatada la situación.

Jaqueline ojeó el pedazo de papel una vez más y después se incorporó. Lo guardó en el bolsillo delantero de su pantalón de mezclilla y con el mentón me señaló la salida.

—¿Y qué vas a hacer cuando la encuentres? ¿Traerla de las greñas? —estalló Reina Saldívar. El grito nos alcanzó en el recibidor. Era un grito cargado de desprecio, de exculpación.

—Si es necesario, sí —respondió Jaqueline antes de cerrar la puerta tras de nosotros.

Rencor humilló la testuz y huyó al patio trasero. Alcanzamos la acera y nos encaminamos a casa de Queta. El Honda Civic seguía estacionado en su entrada. Al cruzar la calle, una chiquilla nos cerró el paso con un recorte de periódico en la mano. Creí distinguir una foto de la Perra entrelazada con la Maniquí.

—¿Me das tu autógrafo? —dijo mientras tendía el recorte hacia el pecho de la boxeadora.

Jaqueline se quedó pasmada un instante. Se tanteó el pantalón y la sudadera en busca, imaginé, de una pluma. Volteó hacia mí y me interrogó con los ojos. Negué con una sacudida de la cabeza. La niña, muy seria, esperaba el autógrafo. Constantemente olvidaba que Jaqueline, al menos en ese lugar, era una celebridad. Me di cuenta de que una docena de personas se había asomado a los zaguanes y nos

observaba intimidada y sonriente.

—¿No traes una pluma? —le preguntó adustamente Jaqueline a la niña. Esta le dijo que no—. Pues ahí pa la próxima.

La Perra siguió su camino hacia el carro dejando a la niña en medio de la calle con el recorte de periódico en la mano. Tenía una cómica expresión de decepción en el rostro. Al pasar a su lado, le revolví el cabello negro y lacio que caía hasta sus hombros y apreté el paso. Cuando abordé el auto, Jaqueline ya había prendido el motor. Aceleró bruscamente. Las llantas delanteras derraparon en la tierra levantando una nube de polvo que el viento de abril desparramó en el parabrisas. El Honda se bamboleaba a causa de los baches y los hoyos de la calle sin pavimentar. Terracería compacta gracias al agua que un camión cisterna regaba dos veces por semana para evitar que la arena la volviera intransitable. Enfilamos la avenida Cultura. Aunque estaba asfaltada, tenía reductores de velocidad prácticamente al final de cada cuadra. Jaqueline pisaba el acelerador a fondo y frenaba de golpe unos centímetros antes del tope de cemento. La suspensión gemía con cada obstáculo. Algunos de ellos eran absurdamente elevados.

—¿Y ahora qué sigue? —pregunté al tiempo que eché un último vistazo a la colonia sumida en una nube de arena cobriza y marrón.

Sonó un celular. No era el mío. Jaqueline soltó la palanca de cambios y buscó en el bolsillo derecho. Extrajo su iPhone 4 y contestó.

—Bueno.

Alcancé a escuchar los fragmentos de una voz lejana y apremiante.

—Chingada madre, Varesi, ya te dije que la estoy pensando, firmaré cuando me dé la pinche gana; si la muñequita esa del carajo tiene prisa por pelear, búsquense a otra.

Jaqueline colgó y lanzó el teléfono sobre mi regazo.

—Ponlo en silencio —me ordenó—. ¿Quieres saber qué sigue? Le daremos una vuelta a un viejo amigo.

Hay lugares que huelen a derrota, a sueños ajenos, al fracaso predecible de todo intento. Es un olor al que no es fácil encontrarle analogías. Tal vez ni siquiera se trate de un olor, sino de una serie de vibraciones en el ambiente que adquieren tonalidades o aromas o incluso sonidos específicos, dependiendo de la hora, el día, el mes, el año. Hay lugares que transmiten un inmediato desasosiego. Hay madrigueras en las que se refugian hombres y mujeres tratando de darle un sentido a sus vidas.

Cuando Jaqueline abrió la puerta de aquella bodega hundida en el subsuelo del norte de la ciudad, no tuve duda de que me estaba adentrando en un lugar así. Nos encontrábamos en la última calle de la última colonia de la urbe. Dos cuadras antes, nos habíamos detenido por insistencia mía en un puesto de tacos de carne asada para engañar al hambre. Bajo una lona sucia que colgaba de una vieja camioneta hasta un

poste de luz, me engullí tres gringas que me supieron a gloria. La Perra solo quiso una quesadilla de carne. La Perra tenía prisa, quería recuperar el tiempo perdido. En el trayecto de la casa de Reina al changarro no abrí la boca. Era obvio que a medida que transcurrían las horas, la desaparición de Marina, a la luz del relato que nos habían contado, se parecía demasiado a un callejón sin salida. Las coartadas, los pretextos, las justificaciones perdían consistencia y un hecho se abría paso incubando una verdad siniestra.

—Estuve tres meses encerrada en el gimnasio preparando la pelea, no sabía nada de esto —me dijo al momento de pagar los tacos.

—Nadie le puso una pistola, la chamaca se fue porque quiso —traté de consolarla. Los dos, a esas alturas, intuíamos que no era suficiente.

A un lado de la puerta metálica, pintado en letras rojas sobre la pared despostillada, un letrero decía: Gimnasio de Lalo. Las letras eran una sombra. Atravesamos un pasillo estrecho que olía a cloaca, alumbrado por un foco desnudo envuelto en telarañas y cadáveres de zancudos. El eco de los golpes, los gritos, los pujidos, las mentadas de madre entraban al pasillo y se convertían en un murmullo extraño, como el de un idioma desconocido. Al cabo del corredor se abría un espacio reducido, sofocante, ocupado casi en su totalidad por un cuadrilátero hechizo. Alrededor de las vigas del techo que semejaban vías de ferrocarril, colgaban costales y peras. A la izquierda del *ring* había un cuadro de unos cinco metros por cuatro con pesas y mancuernas. En las partes más altas de las paredes unos ventanucos semiabiertos permitían la entrada de un aire viejo y caliente. Cuando la media docena de aspirantes a la gloria se percató de nuestra presencia, dejó de lanzar golpes al oponente o al costal o la pera. Las mancuernas quedaron detenidas a medio camino entre los bíceps y las caderas, las pesas cayeron al suelo con un ruido inoportuno. El gimnasio entero pareció sumirse en un silencio que conservó todavía unos segundos los ecos del esfuerzo hasta apagarse en un silencio definitivo. Estudiaban a la Perra con una mezcla de respeto, sorpresa y repulsión. Desconcertado, conteniendo la náusea por el penetrante olor que flotaba en el ambiente (a sudor, a orines, a escupitajo, a aliento desnutrido), veía a la boxeadora y a los boxeadores alternadamente en espera de una improbable fatalidad. Al fondo del local se abrió una puerta que alguna vez tuvo un color chillón y apareció un hombre encorvado y anciano, sin que hubiera ninguna relación entre ambos hechos: era encorvado y era anciano. Perplejo, abrió los ojos dilatados tras los cristales gruesos de unos lentes tan astrosos como los que usaba Reina hasta su encuentro con el diputado Porter. Antes de cerrar la puerta se quedó contemplando a Jaqueline sin mostrar ninguna emoción más que la propia perplejidad. Por fin, despacio, la cerró, y el sonido de la madera crujiente chocando con la madera del marco hizo que los pugilistas regresaran a sus actividades. Otra vez los golpes, los gritos, los pujidos, las mentadas de madre inundaron el lugar y la normalidad nos devolvió al anonimato. El hombre viejo y encorvado atravesó la estancia y se plantó delante de la Perra.

—Don Lalo —dijo esta con un deje de respeto.

—Niña —dijo el hombre. Había una neutralidad en su voz que no encajaba con la situación. Una neutralidad impostada.

—Le presento a mi amigo Jeremías; Jeremías, este es el hombre del que te platicué alguna vez, el que me enseñó todo lo que sé.

—Déjate de tonterías —interrumpió don Lalo—. ¿Qué te trae por aquí?

—¿Sigues sin perdonarme, don Lalo?

—No tengo nada que perdonarte. ¿Qué se te ofrece? Ando muy ocupado, niña.

Cada vez que ese hombre hosco y cansado pronunciaba la palabra niña, la voz se le quebraba en un punto imperceptible. De inmediato carraspeaba, apuntaba las pupilas color miel a sus botas pasadas de moda y volvía a enfrentar la mirada de la Perra. Los ojos de Jaqueline, como si fueran los de otra persona, mostraban ternura y respeto. Apreté los dientes, tragué saliva pero no pronuncié palabra. Cualquier cosa que hubiera dejado escapar habría parecido una idiotez.

—Si no fuera algo importante usted sabe que no viera venido. Sé muy bien que no soy bienvenida.

Por el rabillo del ojo pude ver que los más veteranos, aparentemente ocupados en el entrenamiento, seguían la escena. Estaban tensos, alerta, como si una amenaza se cerniera sobre todos nosotros.

—¿Y qué puede ser tan importante para aparecerte así nomás, después de tanto tiempo? ¿Ora sí quieres aprender a boxear para ganarle a la Maniquí?

El hombre sonrió con desdén y dos o tres de sus pupilos rieron abiertamente. La Perra también sonrió. Era una sonrisa con la que reconocía merecer el escarnio. Me sentí un poco cobarde por seguir callado, un monigote en ese mundo de testosterona que no perdonaba la debilidad de un tipo como yo. Me mantuve sin abrir la boca.

—No tiene nada que ver con la pelea. ¿Se acuerda de Marina, mi hermanita?

El viejo asintió.

—Hace dos meses que no sabemos de ella. Está desaparecida. Mi amá dice que se largó con un cabrón al gabacho; yo digo que ni madres. Como sea, acaba de cumplir dieciséis la plebe y no es cosa de que ande por ahí suelta.

Don Lalo, de pronto, se ablandó como un flan. Su joroba emergió de sus hombros como una muestra de empatía y alcanzó a decir:

—¿Marinita? ¿Pero cómo?

—Ando buscando a un bato, según esto su novio, pero a mí se me hace que es puro pedo. Tal vez usted o su gente han oído de él. Se llama Ángel, le dicen el Estudiante.

Don Lalo negó con la cabeza. Luego se mordió la lengua y emitió un silbido, un silbido que jamás hubiera pensado que podría salir de ese cuerpo enjuto.

—A ver, morros, dejen lo que están haciendo y vengan a saludar a la campeona.

Tampoco hubiera pensado que los seis sujetos en el gimnasio profesaran una obediencia tan ciega al anciano. Se acercaron jadeantes y sudorosos. Un par, los más

chicos, felices de conocer de cerca a la Perra Saldívar. Los otros guardaban aún el recelo original. Nos rodearon. Don Lalo siguió hablando.

—¿Quién de ustedes conoce a un tal Ángel? Le dicen el Estudiante, es de por aquí, del barrio.

—Anda metido en un rollo de una agencia de edecanes. Es el novio de esta morra, mi hermana.

Jaqueline extendió el celular con una foto de Marina en la carátula y lo desplazó en semicírculo frente a los pupilos de don Lalo. Uno de ellos le arrebató el teléfono y miró la imagen con cuidado.

—Está chula la plebe —dijo.

—Presta pacá —dijo otro y le quitó el iPhone.

—Respeto, canijo —exigió el viejo y le dio un coscorrón al que había reconocido la belleza de Marina.

El celular pasó de mano en mano hasta regresar a las de la Perra. La cercanía de los aspirantes a púgiles me intimidaba a tal grado que seguí sin emitir palabra. Tampoco me movía. Hablar, gesticular implicaba revelar una blandura que aunque había aprendido a contener ante ciertas situaciones, en ese lugar quedaría expuesta de inmediato. El más pequeño de los boxeadores, que tendría unos trece años, obeso y con cara de tamal, susurró algo.

—A ver, cállense todos. ¿Qué dijiste? —le interrogó don Lalo mientras pasaba un brazo por sus hombros carnosos.

—¿Se llama Ángel, no? ¿Siempre anda rodeado de viejas, no? —El chico quería afirmar pero solo le salían preguntas—. ¿Así como galán, no?

—Uy, sí, como galán —interrumpió alguien poniendo voz de marica.

Don Lalo chistó exigiendo silencio. Jaqueline se despojó de la actitud sumisa con que se había presentando al gimnasio y apuntando con el dedo índice de la mano izquierda al rostro del guasón, le dijo fríamente que si no cerraba el hocico le partía la madre. Don Lalo sonrió con nostalgia. El niño gordo contempló a la boxeadora como si estuviera delante de una estatua de bronce.

—Es camarada de mi hermano el mayor —agregó un poco más seguro—. Iban seguido al Oro Blanco, ahí se la llevaban, el tal Ángel tenía un conecte con el de la puerta y los dejaban pasar. Luego mi carnal torció y pues ya no supe qué onda con el morro.

El Oro Blanco era el antro que Marina había empezado a frecuentar en cuanto cumplió los quince, según nos había confesado su amiga Queta.

—¿Hace cuánto tiempo de eso? —quiso saber Jaqueline.

—Pues mi brother tiene como un año en la grande.

—Dime cómo es, todo lo que te acuerdes.

El chico abrió la boca, luego la cerró y su cara se volvió una olla exprés.

—Pues era buena onda, siempre estaba sacando cura de todo.

—La campeona se refiere al físico —intervino don Lalo con paciencia. Hubo un

coro de risitas que Jaqueline cortó con la mirada.

—Ah, sí, este, pues era alto, más alto que mi bro, delgado; no sé, con el cabello corto.

La descripción estaba siendo un desastre. Todo empezaba a parecerme una pérdida de tiempo. Me entraron unas repentinas ganas de salir del gimnasio y abandonar la búsqueda, regresar al lugar donde pertenecía, recuperar mi miserable vida. En el hospital estábamos en un terreno neutral, incluso más mío que de la Perra. La ilusión de haber encontrado una especie de alma gemela hermanada en la culpa y el desamparo tenía un sentido claro, incuestionable. Pero en el gimnasio de don Lalo, en la casa de Queta, en la casa de Reina, en esas geografías disfuncionales hasta el absurdo, Jaqueline ya no era una paciente confinada en una cama de hospital ni yo la persona que parecía tener todas las respuestas. Me sentí un estorbo, y me descubrí despreciando a toda esa gente que nos rodeaba.

Entonces, el niño gordo dijo algo con una voz de pito que parecía al fin haberse liberado del miedo.

—¡Ya me acordé! ¡En el cantón mi hermano guarda una foto con el Ángel y unas morras!

Don Lalo revolvió el cabello hirsuto del chico como si fuera un cachorro y le dijo al oído sin dejar de mirar a la Perra.

—Vas a llevar a la campeona a tu casa y le vas a enseñar esa foto, ¿ok? —Luego se dirigió a Jaqueline—. Vive a unas cuadras de aquí.

La Perra, ceremonial, le tendió la mano a don Lalo y se la estrechó.

—Muchas gracias —dijo.

Los pupilos del viejo entrenador se dispersaron. El niño, Jaqueline y yo nos encaminamos a la salida. Apenas alcancé a pronunciar un mucho gusto en dirección a don Lalo. El viejo abrió los ojos sorprendido, aunque se limitó a asentir con la cabeza. Al llegar a la altura del pasillo que comunicaba con la puerta de acceso, el entrenador llamó a la Perra.

—Niña, tienes con qué, no lo olvides —dijo.

Jaqueline se ruborizó y se encogió de hombros.

(i)

Aquella mañana Jaqueline quiso saber cómo era ese asunto de estudiar una carrera. Aunque fuera de enfermero, me dijo.

—Supongo que como todo —le contesté—, cuestión de disciplina.

No le convenció la explicación. Tenía que haber algo más. Algo que justificara tanto ruido en torno al tema. Algo que de verdad marcara la diferencia.

—La educación está sobrestimada —agregué sin comprender las implicaciones de su insistencia.

—No te entiendo.

—Los pendejos son pendejos, con título o sin título.

—La neta, sí. Pero los pendejos con título trabajan en un hospital como este y los pendejos sin título nos tenemos que romper el hocico arriba de un *ring*.

—¿Y luego?

—Y luego nada. ¿Alguna vez orinaste sangre?

—No, creo que no.

—Te acordarías.

—Ese no es el punto.

—No seas güey, claro que ese es el punto. Sientes unos navajazos en la panocha, y te duele como si se te fuera a romper algo por dentro. La primera vez que vi toda esa sangre en la taza del baño me saqué macizo de onda. Mi entrenador me dijo que era normal. Por eso tienes que mejorar esa guardia, me regañó, no puedes ir al frente encajando todo lo que te tiren. Así que no me digas que ese no es el punto.

Traté de imaginarme orinando sangre. El trauma renal provocaba un aumento de los glóbulos rojos en la orina. Quise verme parado frente a un excusado, el rojo diluido en el amarillo brotando de mi pene después de un esfuerzo prolongado, agonizante y estéril. Una cascada de colores y agujas finas. Cristal molido.

¿Ese era el punto? Jaqueline parecía tenerlo claro, yo no estaba tan convencido.

Antes de terminar el primer año de secundaria a la Perra la expulsaron de la escuela. Jaqueline ya había intuido que en ese lugar no aprendería nada. Los maestros solo nos pastoreaban, no podían hacer más, me confesó. A sus trece años recién cumplidos había acumulado tanta furia que siempre estaba al borde de la tragedia. Jaqueline estaba en pie de guerra. Y aquella escuela situada en la avenida Cultura, a un kilómetro de la colonia, fue su primer campo de batalla.

Dos edificios funcionales de dos pisos, uno frente al otro, y en medio un par de canchas de básquet contiguas. Los salones de clase olían a hormona, sudor y humedad. Las paredes, desconchadas, ostentaban enigmáticos sellos de identidad en

una poética prehistórica. Casi siempre había más alumnos en el patio que en las aulas. Los maestros solicitaban permisos, licencias o inventaban reuniones para no enfrentarse a esa masa morena y embrutecida que a duras penas sabía leer y escribir, sumar y restar; marcada por historias siniestras: amarillismo sabroso y mórbido. Las niñas solían ser más responsables que los niños. Pero las niñas salían embarazadas antes de graduarse. En cuanto se les notaba el bulto, desaparecían sin dejar rastro. Los niños alcanzaban el tercer grado y se hacían hombres. Hombres que no tenían nada que perder, duros, cansados y disponibles. Profesores envilecidos y semianalfabetas pasaban lista y ponían a los alumnos a resolver algún ejercicio del libro gratuito. Salvo dos o tres, el resto de los estudiantes dormitaba, se insultaba, contaba chistes, acosaba a un compañero, acosaba a una compañera hasta que sonaba el timbre. Salían en tropel al patio y continuaban con su rutina de palabras y gestos obscenos, siempre al límite de la ruptura. Jaqueline navegaba ingobernable en ese mar lodoso. El asedio a las niñas era una práctica común y hasta cierto punto tolerada por maestros y prefectos. El acoso sexual, la humillación y el insulto formaban parte de la cuota que la mayoría de las alumnas tenía que pagar por estar ahí, ante la indiferencia de los mayores que volteaban a otra parte para salvar la integridad del auto, de la casa, del cuerpo. Las reglas eran pocas y básicas. La Perra las había aprendido rápido y logrado ubicarse en un terreno neutral. Sus compañeras le tenían miedo, ellos, recelo. Jaqueline era una sombra que deambulaba por la escuela en espera de que pasara algo que la sacara de esa cárcel. Los días se acumulaban sin más objeto que acumularse. Jaqueline los observaba pasar y esperaba, esperaba sin tregua. Desde su mutismo inexpugnable, acechaba sabiendo que algún día le llegaría la hora de actuar. No había manera de escapar de ello. No se trataba de ser una buena o una mala alumna. No se trataba de adaptarse a un sistema diseñado para repartir diplomas y reducir los porcentajes de lo que fuera. No se trataba de declarar una guerra. La guerra estaba ahí, en los salones y los patios. Y Jaqueline había decidido no ser una víctima.

—¿Quieres saber por qué me pusieron la Perra?

—¿Desde entonces?

—Ajá.

—Pensé que era cosa del box.

No, no lo era. Jaqueline Saldívar comenzó a ser conocida por ese sobrenombre a los trece años. Posteriormente, cuando llegó al boxeo profesional, retomaría el alias para efectos de la verbena pugilista: originaria de la ciudad más violenta del mundo, con un récord de diez peleas ganadas por la vía del *knockout*, cero empates y cero derrotas, con todos ustedes, Jaqueline la Peeeeeerra Saldívar. Eso fue antes de caer ante Sandra Maniquí Rojas y terminar en una cama del hospital San Rafael.

Pero sí, sí quería que me contara cómo es que le pusieron ese apodo de puta rapera que, al parecer, llevaba con bastante orgullo.

Me dijo un nombre. Juan Pedro. Juan Pedro el uyuyuy, Juan Pedro el chinguetas, Juan Pedro el matón, descendiente de matones, hermano de asaltantes, un hijo de puta

en el sentido literal. El rey de la escuela con su pequeña corte de sádicos. El terror de todos aquellos que escapaban de su gracia. Las rutinas de Juan Pedro el cabroncete eran las rutinas que los hombres han ido acumulando durante siglos: elegía una víctima, la golpeaba, la humillaba, la vejaba, la sometía hasta el aburrimiento. Luego, como las abejas liban de flor en flor, acosaba a otra, a otra, a otra. Siempre impune y celebrado. Suficientemente listo como para que no lo sorprendieran. Suficientemente temido para que ni maestros ni prefectos averiguaran demasiado. Cursaba el tercer grado por segunda vez. Ha de haber tenido unos quince años cuando mucho. Era cuestión de tiempo para que esa niña morena, alta, flaca, de caminar simiesco, de rasgos toscos, deambulando por la escuela solitaria y muda, evitada porque despertaba una repulsión inexplicable, se convirtiera en un reto para Juan Pedro el madreador.

Ese día el timbre que anunciaba el fin de las clases sorprendió a Jaqueline meando en el baño. Se limpió con un pedazo de servilleta que llevaba en la mochila, se subió las bragas, se acomodó el uniforme color vino, salió al pasillo y se sumó al río de adolescentes que se dirigía a la salida. Alrededor de Jaqueline habitualmente se formaba una especie de vacío, de burbuja invisible que los demás estudiantes evitaban traspasar. Era como si una fuerza centrífuga girara en torno a ella sin descanso alejando a todo aquel cuerpo que se acercara a su órbita. Llegó al portón abierto y pasó cerca de don Lalo, el prefecto, un hombre encorvado, viejísimo, que se paraba en la salida de la escuela con la mirada perdida en las hormigas. Jaqueline le sonrió. Él le regresó la sonrisa. A veces le preguntaba cómo estaba o le regalaba dulces. Ese hombre le despertaba una desazonada ternura. Jaqueline se despidió de él con un breve golpe de cejas. Alcanzó la calle y giró a la izquierda. Enfiló la avenida Cultura hasta una pequeña calle sin pavimentar que descendía montuna a un solar baldío. Se trataba de un atajo que le ahorra quince minutos de caminata. De cada lado de la pequeña calle se levantaban dos muros grises que pertenecían a sendos almacenes abandonados. La niña recorrió los cuarenta metros que separaban la avenida del solar con paso distraído, como queriendo retardar el instante de llegar a casa. Era viernes y los viernes por la tarde Reina Saldívar y su hija cargaban el vocho hasta los topes con la mercancía que el fin de semana vendían en el tianguis. Jaqueline odiaba esa tarea. Jaqueline odiaba casi todas las tareas. Su única diversión eran los juegos del barrio y las caricaturas que veía en un televisor de diecisiete pulgadas puesto al extremo de la mesa de la cocina. De esos de antena de conejo y una perilla para cambiar los canales: crac, crac, crac. Todo lo demás flotaba en una distante nebulosa.

En la bocacalle que daba al solar apareció Juan Pedro acompañado de dos de sus esbirros. Jaqueline volteó al otro extremo de la calle y se encontró con que tres chamacos de la banda avanzaban hacia ella. Alguna vez tenía que llegar ese momento. Dejó la mochila en el piso, hizo un nudo entre sus piernas con la falda del uniforme y se plantó en medio del arroyo a esperar. Con los ojos buscó algún objeto

que pudiera servirle de arma. Los guijarros que se amontonaban en las cunetas de la calle eran muy ligeros. Tal vez se le hizo eterna la espera. Jaqueline tendía a recordar hechos, no emociones ni pensamientos. Pongamos que sentía miedo y ganas de salir corriendo. ¿Pero a dónde? Juan Pedro se desplazaba sin titubear directamente hacia ella, los demás parecían revolotear alrededor como parásitos. El muchacho se detuvo a unos tres pasos de Jaqueline. La miró con ese desprecio a las mujeres que se aprende pronto, impostado.

—¿Qué transa contigo, pinche puta? Dame toda la lana que traigas.

Ya en esa época a Jaqueline las palabras le parecían abundantes e inútiles. Su territorio era el silencio. En él se sentía cómoda en la medida en que incomodaba a los demás. Tiempo después pude comprobar que la única persona con la que había sostenido largas conversaciones era conmigo. Esto obedecía al hecho de que realmente sentía que hablaba con ella misma.

—¿Estás sorda o qué, pendeja?

Hay gente que en situaciones semejantes piensa con el cuerpo. No es instinto, el instinto nace del miedo y es caótico. Se trata más bien de un conocimiento orgánico que impulsa al cerebro a dar órdenes precisas. Jaqueline se encontraba precozmente entre esa gente. Del silencio pasó a la acción en menos de un segundo. La patada que le dio a Juan Pedro acertó de lleno en los testículos. Tuvo la suficiente contundencia para que el niño se encogiera y sintiera que el mundo era un barco a la deriva. Los demás no se esperaban esa violencia quirúrgica de una chamaca a la que creían medio idiota. Juan Pedro, encorvado, con las manos en la entrepierna, trataba de aplacar las agujas en su vientre. Cometió el error de darle la espalda a Jaqueline. La niña saltó sobre el agresor montándolo como a un caballo. Con las piernas le rodeó la cadera y con los brazos el cuello. Y con la misma lógica con que había actuado durante todo el trance, clavó los dientes en la oreja derecha de Juan Pedro y comenzó a tironear del cartílago hasta desgarrarlo.

Al lunes siguiente, la madre de Juan Pedro, de la que se rumoraba ejercía la prostitución en un local de masajes del centro de la ciudad, llegó a la escuela repartiendo gritos e insultos y exigiendo un castigo ejemplar. El director del plantel, un parásito del sindicato de maestros que estaba haciendo una pequeña fortuna con la venta de diplomas de secundaria, decidió expulsar a la niña. A Reina Saldívar le explicó que era mejor su baja inmediata a que terminara en la correccional de menores.

—¿No le hace que el pinche escuincle sea una hijo de la chingada que tiene aterrorizada a toda la escuela? —preguntó Reina Saldívar.

El director se encogió de hombros. A todos los maestros les encantó la idea de perder de vista a la niña perra. Le temían más que al aprendiz de matón. Un brabucón es un brabucón. Lo que Jaqueline encarnaba escapaba al razonamiento de sus profesores.

Desde el día en que conocí a la Perra, traté sin mucha suerte de entender la

naturaleza de sus actos. Era fácil caer en la tentación de considerarla un ser incapacitado para sentir empatía, piedad, amor, respeto, en fin. Pero conmigo, de una manera muy básica, había creado un lazo emocional. Con el tiempo descubriría que ese mismo lazo lo había tenido con un par de personas más. En el universo de la colonia Primero de Mayo la figura de la autoridad no existía, o existía como otra amenaza más. Jaqueline había aprendido desde muy niña que llevaba en la frente la marca de las víctimas y que era cuestión de tiempo sucumbir. Supo también que haber nacido con un agujero entre las piernas en un lugar como el norte de esta ciudad, significaba que tarde o temprano la aplastarían y lo harían de forma que nunca más podría ser ella misma. Y se preparó para evitarlo sin importar las consecuencias.

Ese día me quedé en la habitación de Jaqueline hasta la hora de comer. Mis compañeros entraban y salían del cuarto y me observaban como se observa a un insecto tropical, grande y horrible, expuesto en una urna de cristal. Mis constantes visitas a la paciente estrella habían despertado la curiosidad y el recelo de los empleados del San Rafael.

Comenzaron a verme de otra forma.

(j)

La alarma del celular, una canción con campanas y flautas, penetró lentamente en el sueño. Venía de un mundo al que me urgía regresar. Al principio no identifiqué la melodía y pensé que era parte del sueño. Fue cuestión de un segundo, si es que en el mundo onírico el tiempo tiene algún sentido. De repente, me di cuenta de que se trataba del despertador y el cadáver con el balazo en la frente fue desvaneciéndose. Hice un esfuerzo en medio de la modorra por retener el sueño en la memoria.

Me hallaba en un despacho, sentado frente a un hombre opulento en carnes y dinero. La decoración, la hechura de los muebles, el hombre mismo pertenecían a los años cuarenta. Con esa forma de saber algo propia de los sueños, tenía la certeza de que me encontraba en una entrevista laboral. Desconocía la naturaleza del trabajo. El entrevistador era afable. Arrogante y condescendentemente afable. De las paredes del despacho colgaban telas de Tamara de Lempicka. De pronto surgió una sombra de alguna parte que no pude identificar. Se trataba de un hombre de un cinismo fúnebre, vestido a la usanza de los gánsters de Chicago. Extraía un revólver de la sobaquera y le disparaba en la frente al entrevistador. De inmediato me encaraba, desplazaba el dedo índice enguantado a la altura de los labios y me ordenaba silencio. No podía ver su rostro porque estaba embozado tras una bufanda gris. Se llevaba la mano al ala del sombrero, me hacía una sutil reverencia y desaparecía dejándome sentado frente al hombre. De la herida de bala brotaba un hilo de sangre que recorría la nariz, los labios, el mentón hasta desaparecer en el cuello. Su expresión seguía siendo la de un paternal y condescendiente hijo de puta.

Fue todo lo que logré recordar: la ínfima fracción de una secuencia que podía haber durado días, meses o años.

Me desperecé. Eran las cinco de la tarde. Había dormido tres horas. Las visitas a Jaqueline iban a terminar por matarme. Pasé del calor fetal de la cobija al agradable fresco del invierno que se colaba por el largo pasillo. Un invierno a punto de irse. Había llegado del hospital directamente a la cama, tenía mucha hambre. En el refrigerador no había más que sobras viejas y enmohecidas. Uno abre el refrigerador a sabiendas de que no hay nada pero con las esperanza de encontrar cualquier cosa que calme el hambre. Nunca sucede. Fui de vuelta a la habitación, recuperé el celular, busqué en números favoritos el de la pizzería de siempre, marqué, me atendieron, pedí una clásica mediana y una coca cola. En media hora, me dijeron. Regresé a la cocina. Puse a calentar café. Sobre la mesa se encontraba arrumbada mi laptop que hacía varios días que no tocaba. A un lado, la edición de bolsillo de *Oryx y Crake*. Las visitas a Jaqueline también me estaban dejando sin tiempo para leer. Dudé entre

la novela y la computadora. Me decidí por esta última. La prendí. Accedí a mi cuenta de correo electrónico. Veintinueve *mails* sin leer. *Forwards* con chistes, peticiones y advertencias del fin del mundo. Cerré el Hotmail. Me serví café. Entré a mi cuenta de Facebook. En el muro, Marcia me había etiquetado en una serie de fotos de la época del Pierrot.

Ricardo aparecía en todas ellas ocupando el centro del universo. Las fotos han de haber tenido cuatro años y el Pierrot aún no entraba en su fase de agusanamiento. Una putrefacción que iba a alcanzarnos a todos. Richard dominaba el espectro de las imágenes. Era un Richard muy diferente al que me aguardaba al día siguiente de la entrevista con el putón gordo, en el mismo salón de danza donde había hecho la prueba. El de las fotos —recostado en la barra del antro, dando indicaciones a los integrantes del *show*, sentado entre Marcia y yo, posando a la entrada del local— se trataba de un Ricardo envilecido, de expresión canalla, de ojos impacientes. Un hombre dirigiéndose a una catástrofe con la determinación de un lemino. En casi todas las tomas Richard lucía una sonrisa que anunciaba la próxima ruptura con la realidad. La sonrisa de un cocainómano que es, más que todo, la de una máscara.

Cuando conocí a Ricardo había en sus maneras un punto de sumisión militar. No se trataba de una obediencia ciega al maestro, sino del temor reverencial que sienten algunos hijos por sus padres. La compañía teatral, entendí tiempo después, se había convertido en su hogar y el putón gordo en un mentor incestuoso. Antes de cumplir los veinte, Ricardo había huido de su casa. El padre, un policía municipal de espíritu vesánico, pensaba que tener un hijo maricón era mucho más vergonzoso que tenerlo retrasado mental. Trató de transmitirle su propia hombría a cintarazos. La vez que corrió con pistola en mano al bibliotecario del pueblo —con tremenda fama de loca— del zaguán de su casa, Ricardo, ayudado por la sombra evanescente de su madre, logró escapar de un pueblo serrano y macho, de caballo y testosterona, y refugiarse en la ciudad.

Tenía un sentido de la existencia totalmente teatral. El éxito del Pierrot, pero también su decadencia, se debieron a ello. El primer día de mi entrenamiento Marcia y Richard me recibieron en el salón del largo espejo. Él, en mallas de *ballet*. Ella en una minifalda de mezclilla que apretaba sus muslos rechonchos. Richard se dio cuenta que para mí ingresar en la Ginger and Fred se trataba de un modo como cualquier otro de obtener dinero. Así que se enfocó en mostrarme el significado de una compañía de teatro musical en una ciudad que no tenía ninguna identidad cultural, construida con gente de paso, absorta en el espejismo de la frontera. La fórmula era la siguiente: montaban todos los bodrios que Disney lanzaba respetando más o menos la historia, aderezados con números musicales en *play back*. Ahí es donde entraba Marcia, la productora ejecutiva. Hija renegada de un conocido empresario de la ciudad, aprovechaba las conexiones de papá para vender funciones en escuelas privadas y en los cumpleaños de los vástagos de otros prominentes empresarios de dudosa procedencia. En tres semanas montaban el espectáculo que

Marcia ofrecía con éxito a tarifas nada despreciables. Además, la compañía, gracias a los buenos oficios electorales de papá empresario, contaba con una beca del gobierno del estado. La decena de actores y actrices que integraban la Ginger and Fred, encabezados por Richard, aspiraba a la fama con ahínco. Normalmente terminaban abandonado la compañía y dedicándose a cualquier otra cosa.

Ese primer día, Marcia y Ricardo me pusieron el sobrenombre de Jerry. Era como una tradición. También me ayudaron a desentrañar los secretos del libreto técnico. Yo veía las piernas de Marcia mientras me explicaba los efectos de sonido, el diseño de iluminación, la secuencia musical. Trataba de prestarle atención pero me la imaginaba en ropa interior saltando en mi cama o montando mi pene como una ninfómana. Richard, en medio del salón de ensayos, practicaba las coreografías de *Aladino y la lámpara maravillosa*. De vez en cuando nos echaba la mano con alguna duda. Un poco antes de que llegara el resto de la compañía, Ricardo me soltó un sermón sobre el compromiso, el profesionalismo y la entrega que exigía el maestro. Yo seguía pensando en las piernas de Marcia. Semanas después, cuando ya había sido aceptado plenamente en la compañía, mi mentor me introdujo en una habitación de la casa a la que únicamente él y el maestro tenían acceso: una biblioteca plagada de libros alusivos a la historia del teatro, la danza y al arte de la actuación. Otra vez se apoderó de mí esa sensación iniciática. El sanctasanctorum respiraba silencio y monasterio. Como un devoto ante la figura de la virgen, Richard me mostró el lugar en penumbra y me hizo saber que nos encontrábamos frente a un misterio develado.

Ya en el Pierrot, el propio Richard se encargaría de profanar el misterio y llevarlo a su expresión más grotesca. Perdería la inocencia y traicionaría al maestro.

Las fotos en las que Marcia me había etiquetado revelaban el envilecimiento de Ricardo, el vacío que poco a poco iba consumiéndolo. Al contemplarlas, sentí una punzada de culpa y asco. Yo había inoculado el veneno de la sedición en ese espíritu obediente y dúctil. Cuando extravió el camino, decidí abandonarlo, huir montado en una afectación moral que frente a esas imágenes, cinco años después y a la luz de su muerte, me parecía despreciable.

El claxon de la moto repartidora, una chicharra estridente, rompió el hechizo de la pantalla azul. Acudí a la entrada, recibí la caja de cartón aún caliente y la soda, pagué el importe y regresé a la cocina. Volví a la serie de fotos mientras engullía un triángulo de pizza con doble queso y pepperoni. Estuve tentado de mandarle un mensaje a Marcia. ¿Una reconciliación? Pero yo había sido tajante en la ruptura. Todavía unos días antes de que mataran a Richard, ella acudió a mí en busca de ayuda y me había negado. ¿Hubiera cambiado algo? Ya era demasiado tarde, desde el principio cualquier intento por detener a Richard había sido demasiado tarde. Marcia no lo entendía así. Todo ese asunto del cortejo fúnebre y las fotos en el Facebook no se trataba más que de su empeño por encontrar un consuelo. Culparme, me pareció, le ayudaba a enfrentar un hecho devastador: la pérdida del hombre que amaba.

Marcia fue la más insistente de los tres en cerrar la compañía e instalarnos por

nuestra cuenta. En gran medida, el Pierrot existió gracias a ella y a la corte de maricones y lesbianas que la seguían a todas partes. Noctámbula, explosiva, veleidosa, desprendida, Marcia desde el principio nos eligió a modo de experimento. Ella fue una de las causas del rápido ascenso del negocio, junto al talento histriónico de Ricardo. Mi papel era el más modesto: me encargaba de las finanzas. Pero la medida no iba ni con los hábitos sibaritas de Marcia ni con el carácter autodestructivo de Richard. Además, Marcia lo amaba. Un amor tortuoso, desbordante, neurótico, esclavo, suficientemente sólido como para convertirme en el tercero en discordia. No, eso no es cierto. En cuanto aparecieron los primeros síntomas de la decadencia salí corriendo. El Pierrot era tan mío como de ellos. No tuve el valor de defenderlo.

Desistí de enviarle el mensaje a Marcia. En ese momento pensé que no tenía sentido. Tiempo después descubriría que aquellas fotos solo eran el comienzo de una campaña de desprestigio contra la que poco podría hacer.

Consulté el reloj de la laptop. Iban a dar las siete. Decidí ducharme y alistarme para ir al hospital.

Jueves por la noche. La ciudad aumentaba su estridencia y las calles se montaban en tacones, perfumes, minifaldas y camisas de seda. No para nosotros. Durante dos días, Jaqueline y yo no habíamos hecho otra cosa que dar vueltas por el norte de la ciudad con la foto que nos había proporcionado el niño gordinflón pegada en el salpicadero del Honda Civic. Un par de veces habíamos creído reconocer al Estudiante en algún muchacho a la entrada de un negocio o un portal. Siempre se parecían de lejos, nunca lo suficiente de cerca. Por las noches estacionábamos frente al Oro Blanco hasta la hora del cierre: a Ángel se lo había tragado la tierra. La tesis de que él y Marina habían cruzado la frontera comenzaba a cobrar fuerza, al menos en mi interior. La Perra no quería oír hablar de esa posibilidad. Mientras hacíamos guardia, marcábamos al celular de Marina sin resultado y revisábamos su Facebook con la esperanza de encontrar una pista. El argumento de Jaqueline para desechar la posibilidad de la huida se basaba en el hecho de que en el Muro de su hermana no había fotos del misterioso sujeto ni alusiones de ningún tipo al noviazgo. Alegaba que lo lógico sería que su hermana, adolescente al fin, hubiera registrado en la red social la existencia del Estudiante y gritado a los cuatro vientos el amor que se tenían. La Perra había concluido que la relación se mantuvo en secreto por algún motivo vinculado a la desaparición de su hermana. El secuestro quedaba descartado, los raptores ya hubieran hecho contacto con Reina o con ella. A esas alturas, a mí se me había pasado por la cabeza varias veces que estábamos buscando un cadáver. En los rincones más nauseabundos de esta ciudad aparecían mujeres violadas y mutiladas con una frecuencia litúrgica. Mujeres sin historia como las que florecían en la Primero de Mayo. Se lo había insinuado a Jaqueline e incluso le sugerí acudir a la policía. La Perra me contestó que solo a un pendejo se le ocurriría llamar a la chota en esas circunstancias y en esta ciudad: la mayoría de las veces ellos eran los delincuentes. En cuanto a lo de estar tras los pasos de un cadáver, zanjó la cuestión de manera irrefutable: si Marina no había aparecido muerta, entonces estaba viva.

Así que ahí estábamos, la Perra y yo, abordo de un automóvil convertido en un chiquero, frente a un centro de diversión llamado el Oro Blanco, un jueves por la noche, tras los pasos de un fantasma. La foto pegada en el salpicadero mostraba a un muchacho corpulento (el hermano del niño boxeador), a dos mujeres de unos treinta años vestidas y maquilladas como putas y a un joven espigado, de cuerpo torero, rostro sensual, mirada encantadora, tez blanca, pelo negro y crespo y ojos azules. No me costaba imaginar a Marina quince años cayendo rendida a sus pies. Al señalarle la belleza del Estudiante, Jaqueline se limitó a gruñir. La Perra observaba al tipo de la

foto unos segundos, como para fijar sus rasgos en la memoria, y de inmediato oteaba la calle en busca del original. Se había convertido en un gesto mecánico que repetía sin tregua. En esas casi dos semanas que tenía conviviendo con la boxeadora, salvo por la inconcebible relación con el Gitano, no volvió a referirse al sexo, al amor, a la pasión, al deseo, al desamor. Era como si hubiera erradicado de su vida esos impulsos y emociones. No se trataba de alguna suerte de pudor. Los detalles que me había contado sobre su vida sexual con el inválido descartaban esa posibilidad. Parecía más bien ese marasmo que se apodera lentamente de ciertas personas hasta secarlas. Conocía de sobra la sensación: unos dedos húmedos, pellejo y muerte, que iban poco a poco acariciando cada fibra del cuerpo, dejando a su paso un campo sembrado de atonía, una inmensa pereza de establecer contacto con los otros, de definirlos y definirse, de construir palabras que no estuvieran dichas tantas veces, actos con algún significado verdadero. Yo tampoco tenía mucho que contar, si exceptuamos la masturbación ocasional gracias al porno *online*. Damnificados de la piel y el corazón, tal vez ambos nos inventamos esa búsqueda para salir del marasmo, para sentir cualquier cosa, incluso el odio.

Jaqueline me ofreció uno de los dos triángulos del sándwich que acababa de extraer de una cajita de plástico. Lo rechacé. Preferí sacar un cigarro (otra vez estaba fumando demasiado) y salir del carro a estirar las piernas. Esa noche hacía más calor que las anteriores. Había días en abril que la temperatura aumentaba de golpe recordándonos lo que nos esperaba en dos meses más: 43, 44, 45, 46 grados que nos lacerarían la piel y nos achicharrarían el cerebro. Me recargué en la parte frontal del cofre del Honda Civic, de espaldas a Jaqueline, observando el Oro Blanco. Sentía cómo el impulso que me había empujado a embarcarme en esa aventura se diluía, en la misma medida en que Jaqueline se encerraba en la obsesión por encontrar a su hermana. Me descubrí una vez más añorando los días en que esperaba ansioso el fin de mi turno para correr al lado de la boxeadora y continuar construyendo lo que fuera que estuviéramos construyendo en la intimidad de ese cuarto de hospital. A pesar de estar tan cercanos (*esos días*), tenía la sensación de que había pasado tanto tiempo que la mujer sentada al volante se había convertido en mi enemiga.

Y en ese momento, para mi mala suerte, lo vi.

Ángel el Estudiante acababa de estacionar su auto deportivo, el mismo al que se había referido la Queta, en segunda fila, justo delante de la entrada del Oro Blanco. Descendió a medias del auto, le dijo algo al portero que no alcancé a escuchar, este negó con la cabeza, se subió de vuelta al carro y muy despacio se incorporó al carril de circulación. Cuando volteé a ver a Jaqueline, la boxeadora ya había prendido el motor y me hacía señas urgentes de que abordara el Honda. Tuve que tirar el cigarro sin terminar, abrir la puerta en marcha y saltar al asiento del copiloto. La Perra murmuraba es él, es él, es él, mientras daba una vuelta en U temeraria y se ponía tras la cola del coche del Estudiante. Este circulaba despacio sobre el carril de la derecha, respetuoso del límite de velocidad, de las señales de tráfico, camuflado en el tránsito

de la calle que a medida que nos alejaba del antro cambiaba las luces de neón por una apagada iluminación mercurial. Al principio resultó sencillo seguirlo, pero pronto no hubo más coches que el suyo y el nuestro. Ya no estábamos sobre la ancha avenida en la que se ubicaba el Oro Blanco. La habíamos dejado para adentrarnos en la antigua zona industrial, devorada hacía una década por la mancha urbana. Solo quedaban pabellones abandonados de empresas maquiladoras reubicadas en otras ciudades de la frontera. Atravesábamos las calles mal iluminadas, solitarias, con el pavimento cuarteado y con nombres como H, I, J, K, en un silencio espantoso. Los edificios, gigantes embalsamados por el tiempo, estaban a merced de las yedras, los grafitis y el vandalismo de bandas que encontraban refugio en sus entrañas.

—Deja más distancia, se va a dar cuenta —le sugerí a la Perra en voz baja: un acto reflejo por el miedo a ser descubiertos, por la incertidumbre de esos minutos que exigían susurros, que cobraban la verdadera dimensión de lo que estábamos haciendo: perseguir a un individuo en medio de la noche. La Perra me hizo caso a regañadientes. Los dos puntos rojos de las luces traseras del deportivo se alejaron de nosotros, aún visibles gracias a la oscuridad. Dos ojos diabólicos de una máscara nocturna. Un escalofrío recorrió mi espalda y me di cuenta de que tenía ganas de orinar. Jaqueline no perdía de vista la huella escarlata que iba dejando Ángel.

—¿Cuál es el plan?

—¿Eh?

—¿Que qué vamos a hacer?

—Pues preguntarle qué carajos hizo con mi hermana. Si no quiere hablar, le ponemos una putiza hasta que hable.

Una punzada en el vientre me obligó a inclinarme en el asiento y a apretar el esfínter.

—Me estoy meando.

—¡No mames!

—De veras, ya no aguanto.

—Neta, no mames.

—¿Es en serio lo de la golpiza?

—¿Tienes una idea mejor? ¡Putra madre! ¿Dónde se ha metido?

La calle por donde circulábamos atravesaba de oriente a poniente el antiguo parque industrial. Pequeñas calles confluían en ella de manera cuadrangular. Al extremo poniente, la calle principal se incorporaba a un bulevar que se adentraba en una colonia relativamente nueva, constituida por un sinnúmero de casas Infonavit rectangulares, de una sola planta, con un tinaco negro en el techo, todas pintadas de verde y blanco: un espectáculo escalofriante. Un poco antes de llegar al bulevar, el auto del Estudiante desapareció. La única teoría plausible era que hubiera girado a la derecha en la última callejuela del parque industrial. Pero con qué sentido. Se trataban sobre todo de accesos sin retorno a las plataformas de carga de los pabellones en ruinas. No llevaban a ninguna parte. Me pareció obvio que Ángel se

había dado cuenta de que lo seguíamos. Sentir pánico y ganas de orinar al mismo tiempo es una combinación poco aconsejable. Al acercarnos a la última callejuela — la N—, la Perra redujo la velocidad que había aumentado cuando perdimos de vista el deportivo y llegó al cruce lentamente. Ambos volteamos a nuestra derecha. De pronto, la oscuridad estalló en las luces altas del carro del Estudiante que nos golpearon en los ojos como si fueran pelotas de *ping-pong*. Un destello blanco tan violento que hizo que volteara el rostro hacia Jaqueline. La Perra había puesto sus dos manos de pantalla y trataba de enfocar el auto. Entonces, las luces avanzaron hacia nosotros precedidas del rugido del motor y de un acelerón breve pero intenso. Percibí el olor a llanta quemada como si me encontrara en un sueño y la pestilencia y el deportivo de Ángel embistiéndonos no fueran más que proyecciones de una imaginación aburrida. La Perra exclamó algo así como ¡quieres jugar a las carreras, hijo de tu puta madre!, al tiempo que metía reversa, retrocedía unos metros y embocaba la callejuela en dirección al Estudiante. La boxeadora pisó a fondo el acelerador y se lanzó contra el deportivo. Aferrada al volante, masticaba una letanía incomprensible en medio de los aullidos de los dos motores revolucionados al límite. Palabras inconexas dirigidas a la media tonelada de hierro luminoso que en medio minuto chocaría contra nosotros si Jaqueline no torcía el rumbo. Comprendí que no lo haría. Comprendí que para la Perra era inconcebible la opción de desviar el auto. Cerré los ojos, agarré con fuerza el pasamanos de la puerta y rogué para que la voluntad del Estudiante se quebrara a tiempo. Y de repente una idea desplazó a todas las demás ideas, quedándose sola, persistente y aterradora: no llevaba puesto el cinturón de seguridad. La orina brotó incontenible mojando mis pantalones un segundo antes de que el coche del Estudiante pasara a escasos centímetros del Honda Civic, exactamente del lado del copiloto: *fiuuuum*. Abrí los ojos y giré mi cuello en dirección al deportivo. Alcancé a ver cómo perdía el control, daba un giro de trescientos sesenta grados y otro más de ciento ochenta hasta estamparse de cola contra un poste de luz. Jaqueline, por el contrario, logró maniobrar con un limpio trompo que nos puso frente al Estudiante. Ahora éramos nosotros quienes alumbrábamos a Ángel con las luces altas. Este nos observaba como un venado lampareado, loco de miedo y adrenalina, aún aturdido por las vueltas involuntarias del carro. La Perra condujo muy despacio hacia el auto deportivo y se detuvo a poco más de un metro. Abrió la puerta de su lado, descendió, caminó decidida hasta la puerta del piloto del otro coche, la abrió y de un derechazo en la mandíbula puso a dormir a Ángel el Estudiante.

—Échame la mano —me dijo.

Jaqueline no hizo ninguna mención a mis pantalones mojados y al hedor penetrante que poco a poco había embargado al Honda Civic rumbo a mi casa. Su departamento, me explicó después de amordazar al Estudiante y arrojarlo en la cajuela, estaba

descartado por la seguridad privada del fraccionamiento y los muchos ojos indiscretos.

Ya en mi casa, me cambié de ropa sintiendo una vergüenza que nunca pensé que volvería a sentir desde mis años de adolescente. Mientras tomaba una ducha y me ponía otro pantalón, Jaqueline arrastró al Estudiante por el pasillo de mi casa hasta la cocina, la pieza más alejada de la calle, lo ató a una silla con un cinturón y se sentó a esperar.

Cuando entré en la cocina, Ángel me contempló con sus ojos azules y emitió un gruñido que el pedazo de cinta adhesiva industrial convirtió en un gimoteo. El iris del Estudiante era una estrella que se expandía desde la pupila dilatada por el miedo. Una estrella con vetas blancas sobre azules cobalto y turquesa. Sus ojos eran su mejor arma. Me limité a apoyarme en el quicio de la puerta y a contemplar la escena, dispuesto a involucrarme lo menos posible. Jaqueline, recargada en la barra, a un lado de la estufa, registraba la cartera del muchacho. Una credencial de elector, una licencia de manejo, una tarjeta bancaria de débito, una tarjeta de un centro comercial, un pedazo de papel con algo garabateado en una cara. La Perra iba colocando los objetos en una pila sobre la barra después de estudiarlos detenidamente. Intentaba reconstruir la existencia del sujeto que había secuestrado y atado a una silla, buscando una conexión con Marina. De pronto, pareció aburrirse, sacó del bolsillo del pantalón el celular, caminó hasta el Estudiante y le mostró la foto de su hermana fija en la carátula.

—¿La conoces?

Ángel negó con la cabeza rápidamente. Ni siquiera se dio tiempo de examinar a Marina. Jaqueline guardó el celular, dio un paso atrás, se encorvó apenas unos centímetros, alzó la guardia, cabeceó, fintó con la derecha y soltó un gancho de izquierda que entró como una brasa ardiente en el hígado del Estudiante. Este se encogió hasta donde el cinturón se lo permitió, crispó el rostro, exhaló una especie de suspiro y su cabeza terminó colgando sobre el pecho. La escena se repitió dos veces más. La Perra esperaba que el muchacho se recuperara, le hacía la pregunta, y acto seguido, ante la negativa, le lanzaba el gancho al hígado. Yo tenía la vaga idea de que el castigo a la zona hepática podría terminar matando al Estudiante. No se trataba de un golpe azaroso, sino del impacto de un puño entrenado para lastimar. En él se concentraba todo el peso del cuerpo impulsado al frente gracias a la flexión de las rodillas y el giro de cintura con los que la Perra lograba canalizar toda su fuerza. De repente tuve conciencia de que aquella escena estaba sucediendo en la cocina de mi casa, que fue la de mis padres. Un lugar en el que habíamos, a tumbos, a palos de ciego, tratado de vivir como se suponía que hombres y mujeres tenían que hacerlo. Por lo menos, antes de que papá acabara muerto en la acera de una calle a causa de una bala equivocada. De que mamá terminara refugiándose al otro lado de la frontera, expulsada por una ciudad que no admitía viudas tristes. Había sido feliz en esa casa hasta que el silencio de mi madre y el fantasma de mi padre nos convirtieron en

huéspedes incómodos, en extraños cortesanos que se toleraban en honor a un pasado que quería justificarlo todo. En ese momento, el corazón de mi hogar se convirtió en una sala de tortura y yo en un espectador obsesionado con los detalles. Y me sentí avergonzado. Pero no tuve el valor de pedirle a la Perra que se detuviera. Estaba en medio de una guerra y ya no era neutral. Había tomado partido. Tendría que inventarme una serie de coartadas para mis actos. Así que hice lo que en ese momento pensé que debía hacer: me abalancé sobre Ángel, le arranqué la cinta adhesiva con una mano, sujeté su mentón con la otra apretando sus mejillas hasta deformarlas y le grité con una voz histérica, demasiado aguda, que sabíamos muy bien que conocía a Marina y que nos dijera de una pinche vez dónde estaba. A Jaqueline el espectáculo le ha de haber parecido muy cómico, no podía parar de reír.

Entonces, Ángel comenzó a hablar.

—No sé dónde está, no lo sé, lo juro, lo juro —exclamó ahogado por el terror.

Me alejé impulsado por el asco de haber tocado a ese sujeto en la cara, por esa intimidad de la violencia. Jaqueline tomó mi lugar. La boxeadora lo prendió del cabello y le echó la cabeza hacia atrás.

—Entonces sí la conoces, hijo de tu puta madre.

—Sí, sí la conozco, pero hace rato que no la miro.

Jaqueline le propinó una cachetada con la mano abierta. Sonó como un cartón de leche estallando en el piso.

—¿Dónde está?

—No sé, te juro que no sé. —De pronto se dio cuenta de a quién tenía enfrente—. ¡Verga, si eres la Perra Saldívar!

—Sí, pendejo, y la morra a la que te andabas cogiendo, mi hermana.

—No me la cogí, la querían virgen, siempre las quieren sin estrenar.

—De qué hablas, hijo de la chingada, quién la quería virgen.

Ángel calló de golpe. Acababa de proporcionarnos demasiada información. Ya era tarde para cerrar la boca.

(k)

Por primera vez en esos días me sentí un intruso. El invasor de una vida tan lejana como la del habitante de otro planeta. Era absurdo que dos perfectos desconocidos se hubiesen entregado a esa intimidad de confidentes. En las horas muertas del cuarto de un hospital, dos personas que difícilmente habrían coincidido allá afuera, en la vida, se confiaban lo que jamás habían contado a nadie antes. A la Perra Saldívar no le quedaban más de cuarenta y ocho horas para abandonar esa habitación y regresar a su existencia, cualquiera que fuera.

La mujer me estudió lentamente, como se estudia a una tarántula atrapada en un frasco: con curiosidad y repulsión.

—¿Este es? —dijo.

—Disculpa. No sabía que tenías visita. Mejor vuelvo al rato.

El turno había estado movido esa noche. Un paciente octogenario, con un cáncer en el estómago, había logrado, a pesar de su extrema debilidad, saltar de la cama y recorrer el pasillo de la planta gritando que era víctima de un experimento. Amenazaba con llamar a los periódicos y denunciar al hospital por usarlo como cobaya. Traía un mal viaje de tranquilizantes. Con mucho tacto y paciencia lo convencimos de regresar al cuarto. Redoblamos la dosis y lo amarramos a la cama. Estaba más cansado que otras veces. La idea de irme a casa a dormir me parecía muy atractiva.

—Quédate —dijo Jaqueline—. Mi mamá ya se va.

Detrás de las arrugas del rostro prematuramente anciano de la mujer había un aire indefinible que la emparentaba con su hija. Me sentí intimidado. Jaqueline estaba desayunando. Su madre ocupaba el sillón destinado a las visitas. Me apoyé en la pared de la entrada, un poco dispuesto a huir.

—Reina Saldívar, mucho gusto —y extendió la mano sin levantarse del sillón. Crucé los tres metros que nos separaban y estreché la mano que me tendía, gastada, una mano de camionero.

—Jeremías Mendizábal —me presenté.

La mujer no hizo ademán de marcharse.

—Así que eres enfermero.

Estaba acostumbrado al deje de burla con que la gente se refería a mi trabajo.

—Sí, señora, trabajo en el piso de cuidados paliativos.

—Qué chistoso, nunca había conocido a un enfermero hombre —dijo.

—No conoces muchas cosas, madre.

Jaqueline pronunció la palabra madre triturándola entre los dientes. Traté de

mediar.

—No es muy común, es cierto. —Jaqueline hizo a un lado la charola del desayuno con molestia. Reina Saldívar suspiró exagerada—. ¿Y cómo ve a su hija? —agregué.

—Flaca y mustia. Pero es que son fregaderas lo que le dan de comer en este hospital. Y esta plebe que no hace caso, por más que le digo que coma bien.

—Ya vas a empezar.

—Es la verdad, hija. A ver, ¿qué tiene de malo que le traiga un caldo de gallina pinta?

La pregunta iba dirigida a mí. Comprendí que buscaba esa complicidad repugnante que buscan las madres cuando son contrariadas.

—La comida del hospital está pensada especialmente para cada uno de los pacientes dependiendo de su estado. No es muy aconsejable darles una dieta rica en grasas.

En las pupilas de Reina Saldívar, dos piedras negras que seguían el movimiento de mis labios con estupor, pude ver cómo se concentraba todo el desprecio del que era capaz esa mujer. Desvié la mirada hacia Jaqueline en busca de ayuda. La Perra, de pronto, estaba radiante. Ya no había trazos del hastío que detecté al llegar. Me guiñó un ojo. Fue grotesco, como si un *rigor mortis* hubiera sacudido su párpado.

—Ora resulta que las enfermeras saben más que los médicos. Tengo un cliente allá en el tianguis que es doctor y me dijo que le caería muy bien un caldito a mi Jaqui.

Reina Saldívar me había llamado puto a la cara. Sonrió satisfecha. Su hija acudió al rescate. Fuego cruzado y yo en medio.

—¿El Jeringas? Ay, amá, por favor, ese cabrón ni título tiene. Da consulta en su casa por treinta baros y lo único que receta son aspirinas. Tiene años inyectando a todo el barrio, por eso le dicen el Jeringas.

Jaqueline se rio sin ganas. Su madre se incorporó del sillón. Era una mujer morena, rechoncha, cansada. Con mucho rencor apretaba un bolso de diseño pirata contra su vientre. Imaginé que vendía ese tipo de bolsos en el tianguis, adonde acudía el Jeringas, un médico también pirata. Era una mujer triste y orgullosa que llevó su impotencia a la cabecera de la cama. Besó a su hija en la frente.

—En la tarde te doy otra vuelta.

—Amá, ¿sigues sin tener noticias?

—Ni las tendremos, hija, ni las tendremos. Si la conocieras como yo la conozco.

—Mejor que tú, te lo aseguro —le dijo Jaqueline a la espalda de su madre.

Reina Saldívar caminaba arrastrando los pies, unos pies hinchados y varicosos.

—Mucho gusto, señora —le dije cuando pasó a mi lado.

—A mí no me engañas, sé muy bien cómo son los de tu clase —murmuró mientras desaparecía por la puerta de la habitación. No supe a qué se refería.

La Perra Saldívar, apenada, contempló unos segundos el vacío en la puerta que

acababa de dejar la mujer que la había parido.

—Estoy hasta la madre de esta cama —soltó sin más Jaqueline.

—A más tardar, este fin te dan de alta —dije—. Ya nomás te tienen en observación porque eres una celebridad.

—Celebridad mis huevos.

El comentario tenía su dosis de mala leche. La mención a la próxima partida de Jaqueline me puso de mal humor. Me acerqué a la cama, recogí la charola del desayuno y la deposité en la mesa de servicio.

—¿Qué onda con tu mamá? ¿Siempre es tan perra?

—No le hagas caso, tiene un carácter de la chingada. Desde que tengo memoria ha sido una cabrona. Siempre nos hemos llevado del nabo. Odia que me dedique al box, hubiera querido que me quedara en el tianguis toda la pinche vida.

El tianguis La Bola era el más grande de la ciudad. Se extendía alrededor de un parque marchito de columpios oxidados que con el tiempo se convirtió en un basurero. Los habitantes de la Primero de Mayo y de otras colonias aledañas se habían acostumbrado a depositar los desperdicios en lo que tuvo la intención de ser un estanque, pero que terminó siendo un agujero en medio del parque. Los fines de semana, cientos de puestos se instalaban con sus toldos verdes y naranjas y su mercancía abigarrada: desechos de una sociedad que compraba obsesivamente. Todo se podía encontrar en el tianguis La Bola. Todo era posible en ese hormiguero con olor a fritanga y un millón de canciones gruperas, de banda, nortañas y tropicales sonando al mismo tiempo. La piratería sostenía el negocio y las mafias del norte de la ciudad lo controlaban. Desde películas *snuff* hasta remedios naturistas contra el cáncer, todo aquello que pudiera robarse o imitarse iba a dar al laberinto de puestos que en la madrugada de cada sábado brotaba como un salpullido. El domingo en la noche, cuando los propietarios levantaban el mercadillo, el parque y los alrededores quedaban sumidos en la mierda. El problema era que los trabajadores del Ayuntamiento no siempre acudían a limpiar el área. Entonces, la basura se acumulaba de una semana a otra y en el lugar flotaba una sopa espesa de olores nauseabundos que el viento llevaba a las colonias cercanas. Los habitantes más próximos habían desarrollado una especial insensibilidad para los hedores. El visitante, al llegar, sentía un golpe en la nariz y una arcada. Pero bien valía el tufo una camiseta de marca por ochenta pesos.

Jaqueline, cuando fue expulsada de la escuela, se convirtió en la ayudante de su madre. La Perra recordaba los tres años que pasó en el puesto de ropa, lentes y bisutería como un tiempo oblongo y triste. No solo por su trabajo en el tianguis. En esa época también se le fueron acabando los juegos. De pronto, esas niñas insípidas, incapaces de patear una pelota, correr por un descampado tan velozmente como un chico o treparse a un poste de luz, salieron a las calles de la colonia con sus tetas y sus culos respingones, en minifalda y *shorts* y blusas escotadas, contoneándose como si hubieran practicado durante toda su niñez, sonrientes y olorosas, dispuestas a

mostrarles a los niños un camino irrenunciable. Jaqueline se convirtió en una sombra que por las noches merodeaba a las parejas que iban formándose hasta que ellas quedaban preñadas y ellos se tiraban a perder. Se apagaron los retos y los desafíos infantiles, ese permanente estado de exaltación y zozobra. Y la Perra fue entonces la chiquilla que había arrancado una oreja de un mordisco. Una muchacha magra y correosa, morena y fea.

A las cuatro de la mañana de cada sábado, Reina y Jaqueline Saldívar cargaban hasta los topes el vocho oxidado y naranja, un estertor de coche. Amarraban los tubos y las lonas al techo y partían hacia el tianguis. La muchacha se hacía una bola a los pies del asiento del copiloto con su hermanastra de dos años en brazos: Marina, la hija de Rigoberto. Se hacía una bola a los pies del asiento del copiloto porque toda la cabina del auto iba repleta de mercancía. El trayecto no duraba más de veinte minutos. Hasta ese momento, su hermanastra no había sido más que un extraño pedazo de carne vivo. Al convertirse en la ayudante de su madre, una de sus principales tareas fue cuidarla. Reina Saldívar, cansada de cargar ese apéndice día y noche, le impuso poco a poco a su hija la responsabilidad de hacerse cargo del bulto. Lo que más le asqueaba, me contó Jaqueline, era cambiarle los pañales. Tenía dos años y aquello apestaba a desagüe. Poco antes de cumplir los tres aprendió a ir al baño. Su hermana mayor le enseñó, como muchas otras cosas. Las horas muertas en el tianguis, las horas muertas encerrada en casa le obligaron a Jaqueline a interesarse realmente por su hermana. De pronto, la Perra Saldívar tuvo que convivir con una especie de ingenuidad que se parecía a la pureza. Un ser vivo descubriendo el mundo, contaminándose de él, corrompiéndose a cada minuto que pasaba. Y de alguna forma que podríamos llamar instintiva, no un instinto maternal, más bien, un aliento gregario, Jaqueline sintió la responsabilidad de retardar ese proceso. Un proceso inevitable en la Primero de Mayo.

—¿Qué edad tiene tu hermana? —le pregunté aquella vez.

—Acaba de cumplir los dieciséis.

—¿No ha venido a visitarte?

La respuesta no fue una confesión. Fue una declaración de guerra. Para entonces ya era tarde. En ese momento no me di cuenta de que mi vida estaba a punto de dejar de ser una colección de postales ajenas. Lo que hasta ese instante había tenido algún significado (por más trivial que pareciera) ya no lo tendría.

—Hace dos meses que está desaparecida.

—¿Desaparecida?

—La pendeja de mi mamá cree que se largó con su novio al otro lado y se olvidó de nosotras. Suele decir que para ella está muerta. Tal vez Marina sí se olvidó de ella, pero de mí no, seguro que no, nunca. Así que para mí está desaparecida.

Cuando le pregunté qué creía que le podía haber pasado, Jaqueline no supo qué responder. Antes de ese instante, el relato de su vida había sido una sucesión de hechos inconfesables. Al aparecer Marina en la historia, la Perra Saldívar se mostró

como un ser vulnerable que cargaba con una culpa. Algo de lo que a últimas fechas yo empezaba a saber demasiado.

La existencia de Jaqueline comenzó a parecerse a la de la mayoría de las mujeres de la colonia. El fin de semana iba al puesto en el tianguis. Entre semana, limpiaba la casa, cuidaba a su hermana y aguardaba la llegada de un hombre a su vida, cosa que Reina Saldívar veía prácticamente imposible.

Mientras tanto, las calles de la Primero de Mayo iban convirtiéndose en un moridero de adictos al foco, de putitas y padrotillos, de vendedores de droga, de asaltantes y carteristas. Y con la Primero de Mayo, todas las colonias del norte. Un nombre se fue haciendo presente en las pláticas de los vecinos: don Arnulfo. Y una ley. Una frontera invisible separó el conglomerado de vidas confinadas en el norte de las restantes vidas de la ciudad. No era el miedo, era el olvido. Yo mismo había cruzado esa frontera muchas veces en el pasado. No estaba muy seguro de querer cruzarla de nuevo.

(1)

Cuando Jaqueline cumplió los dieciséis años sus pechos apenas habían crecido unos centímetros. Sus caderas seguían siendo las de un muchacho. Magra y nervuda, torva, no pesaba más de cincuenta kilos. El universo del tianguis y la Primero de Mayo, el único que conocía, la aletargaba. Una hibernación de animal viejo. Y a Reina Saldívar le había dado por putear. Dejaba a la Perra encargada del puesto y de Marina, se marchaba con algún cliente habitual, le bajaba una botana, unos tragos, cogía y poco antes de cerrar se presentaba en el puesto oliendo a ron y a jabón Rosa Venus.

Jaqueline veía pasar la vida desde el changarro con una niña de cinco años a su lado. Marina crecía precoz, vertiginosa, sin pedir permiso. Ya a esa edad echaba mano del maquillaje *made in Guatemala* que exhibían en el puesto y se lo embarraba en la cara. Una cara equilibrada y deslumbrante al mismo tiempo. Había heredado los ojos verde borrasca de su padre, su mirada indudable. No dejaba de ser inquietante en una niña que, por lo demás, tenía unos rasgos delicados e ingenuos.

Reina Saldívar se parecía cada vez más a un virus. Una presencia nociva que enrarecía el aire que sus hijas respiraban. La veían partir con alivio. La recibían con un silencio que cancelaba el paso del tiempo. Jaqueline, hasta entonces, había combatido sola el desaliento que le despertaba su madre. Ahora tenía una aliada. La Perra y Marina formaron un vínculo, si no indestructible, al menos resistente a la tristeza de Reina, a su rabia, a su sentido del humor. Compartían un código de miradas y gestos que despleaban en su presencia para que la oscuridad de su madre no se las tragara.

—Entonces conocí al Gitano —me dijo la Perra en su penúltimo día en el hospital—. Tenía dieciséis años y traía la calentura a todo lo que daba. Me fui alejando de Marina, del tianguis, la dejé sola, esa es la verdad, la dejé sola con mi madre. Tenía que salir de ahí, ¿me entiendes? Una es muy pendeja a los dieciséis años.

Al Gitano le decían así porque parecía un gitano. Tenía el cabello largo y ensortijado y una piel de aceituna. Fue Marina la primera en fijarse en el tatuaje: una virgen de Guadalupe que se fragmentaba en el relieve de los bíceps y tríceps del brazo derecho. La musculatura en las extremidades superiores del Gitano compensaba la de las extremidades inferiores: era parapléjico. Tenía la costumbre de recorrer el tianguis en su silla de ruedas saludando a los locatarios como si fuera una celebridad. Mercaba algo de cristal, de mota y de pronto, si se terciaba, un perico cortado y quemante. Nada del otro mundo. El Gitano era un parásito que se deslizaba entre los puestos con destreza vendiendo pequeñas soluciones. Ese era su negocio.

Contaban que a los diecisiete años había perdido la movilidad de las piernas en una persecución. El auto se estrelló contra el muro de una casa en ruinas en una curva muy cerrada. Él y dos sujetos más acababan de asaltar una joyería. El chofer perdió el control del Taurus con motor alterado en el que huían de la policía y fue a dar contra la casa abandonada. El auto terminó empotrado en lo que pudo haber sido la sala. El chofer murió a consecuencia del impacto. El otro resultó ileso. A los dieciocho habían dejado al Gitano libre de la correccional y lisiado. Cuando Jaqueline lo conoció ya había cumplido los treinta. Pero fue Marina la primera en fijarse en el tatuaje.

El Gitano llegó al puesto en busca de unos lentes de sol. Los que tenía los había triturado por descuido bajo las llantas de la silla. Todas las marcas estaban ahí, en el aparador: Ray-Ban, Gucci, Cavalli, Dolce and Gabbana. Por doscientos pesos. Don Arnulfo, entre otras cosas, poseía una bodega en alguna parte del norte de la ciudad en la que almacenaba los modelos de imitación importados de la India. Un ejército de centroamericanos ilegales, armado con esmeriles, grababa en los lentes la marca de imitación a cambio de techo y comida, y la promesa de pasarlos al otro lado en cuanto hubieran saldado la deuda.

El Gitano estiró la mano para alcanzar los lentes que le llamaron la atención. El tatuaje se desplegó sobre el brazo. La virgen del Tepeyac apareció ante los ojos de Marina.

—¿Es un marciano?

La niña apuntaba el dibujo con el dedo índice como si tratara de encontrarle forma.

—Ja, plebe del demonio. Ja. ¿Un marciano? Algo así.

Se probó unos Ray-Ban muy retro.

—¿Cómo me veo, plebe?

Marina siguió contemplando el tatuaje.

—Son doscientos pesos —dijo Jaqueline, que había observado la escena escondida tras el biombo que exhibía la bisutería. Apenas asomó el rostro.

—Mira, Jaqui, el señor tiene un marciano dibujado en el brazo.

—¿Va a llevarlos?

El Gitano se quitó los lentes. Posó los ojos en la muchacha que iba descubriéndose poco a poco ante él.

—A esta niña le urgen unas clasicitas de religión. Ja.

—Si no va a llevarlos, regréselos a su lugar —dijo Jaqueline señalando una cartulina blanca pegada a la estructura del puesto. Con un marcador rojo, Reina había escrito: *Favor no tocar mercansía*. La letra era como la lava petrificada en las faldas de un volcán.

El lisiado regresó los lentes al exhibidor y tomó unos Gucci muy grandes. Parecían los ojos de una mosca.

—Asco, qué feos —opinó Marina.

—¿Es tu hermanita? —quiso saber el hombre.

A Jaqueline no le gustaba que los clientes le sacaran plática. No se trataba de recelo. La Perra tenía una exacerbada conciencia de la economía de las palabras.

—¿Que no sabe leer? —preguntó sin dejar de señalar la cartulina.

El Gitano sonrió. Sus dientes eran regulares y blancos. El Gitano sonrió sabiendo que sus dientes eran regulares y blancos. Luego devolvió los Gucci al estante, volvió a coger los Ray-Ban, extrajo una cartera de una bolsa de cuero gastado que colgaba del lado derecho de la silla y sacó un billete de doscientos.

—En la esquina los venden a ciento cincuenta —regateó.

—Los de la esquina no te duran ni dos días —mintió Jaqueline. Todos los locatarios le compraban a don Arnulfo.

El Gitano le entregó los doscientos pesos y se perdió entre la multitud en su silla de ruedas y con los lentes puestos.

Entonces empezó el cortejo.

El Gitano le confesaría tiempo después que los cojones con que lo había enfrentado se la habían puesto dura. Era prosaico el inválido en eso de expresar afectos. Si tenemos en cuenta su condición de parapléjico, no dejaba de ser todo un homenaje.

Marina se convirtió en un buen pretexto. El Gitano pasaba por el puesto como por casualidad. Se cuidaba de que Jaqueline y la niña estuvieran solas. Siempre traía consigo una chuchería. Marina parlanchina encontraba una pregunta. Sobre el tatuaje, sobre la silla, sobre el cabello largo y ensortijado del Gitano. El hombre, como alguna vez el padre de Marina, tenía todas las repuestas. Jaqueline los observaba en silencio. Un día sonrió ante una ocurrencia de su hermana. Yo había visto sonreír a la Perra y el espectáculo podía ser deplorable. Era como si estuviera espantando una agrura, una sonrisa como un disparo de salva. Es probable que al hombre le haya parecido que la sonrisa iba destinada a él. No tiene mayor importancia. La invitó a una nieve de Oaxaca, ahí mismo, en el parque, cerca del estanque basurero. Jaqueline aceptó. Tal vez para dejar de ser ese animal hibernando. A su madre le dijo que iba a dar una vuelta con una amiga. Reina se sorprendió. La perspectiva de que su hija tuviera algo parecido a una vida social le dio esperanzas. Además, había decidido no salir en algún tiempo. Los últimos hombres con los que se había largado olían a muerto.

Jaqueline no hizo nada especial para aquella cita. Los mismos pantalones de mezclilla ajados y flojos. Una camiseta grande sin mangas que mostraba sus brazos nervudos. El cabello corto y desordenado. Sin maquillaje. Pidió una nieve de mango. Él, de pistache. Se las comieron a un lado del changarro. Después, ella caminó entre los árboles, unos eucaliptos enfermos y secos. Las plagas y el implacable sol los habían marchitado. Él, a su lado, se deslizaba en la silla sorteando los obstáculos con presteza. En esos doce años había logrado que la silla fuera una prolongación de su cuerpo, le dijo. Pero no le contó todo. Jaqueline le habló de su vida como si estuviera ante un médico. Tampoco le contó todo. El Gitano compartió sus sueños millonarios. A Jaqueline le parecieron una estupidez. Pero igual seguía clavada en ese árbol

alejado del tianguis, solitario, sintiendo en la espalda la rugosidad de la corteza, las piernas un poco abiertas y la presencia del Gitano ahí, a un par de metros. El lisiado hizo rodar la silla y se detuvo justo enfrente. La llanta izquierda podía rozar el pie derecho de Jaqueline. El Gitano estiró la mano, situó los dedos entre los muslos de ella y comenzó a masturbarla por encima del pantalón.

Jaqueline, clavadas las uñas en el tronco, se dejó hacer. Sintió una sacudida, una descarga que le hizo olvidar por un instante el barullo de alrededor.

Luego se marchó corriendo.

Los dedos del Gitano entraron al mundo de Jaqueline como una tormenta en el desierto. Después del incidente en el parque, se sucedieron una serie de encuentros en los que el lisiado charlaba un rato con Marina, y ahora con Reina, y luego se iba. Mientras, la Perra trataba de descifrar el enigma. El Gitano era paciente. Un hombre en silla de ruedas no tiene más remedio. Además, tenía un plan. Para Jaqueline las figuras masculinas representaban sangre y ausencia. Pero estaba el cuerpo que había adquirido un recuerdo tenaz que revivía cada noche al acostarse en el colchón desvencijado de la cocina. Cuando el silencio no era más que perros ladrando, el olor del hombre subía entre sus muslos y se convertía en aquellos dedos largos y hábiles. Hubiera podido huir del árbol y de esos dedos que ahora la acosaban. Haber dicho no, soltar un manotazo y plantar al Gitano en el parque. Por el contrario, permaneció recostada en el árbol, sus piernas habían desfallecido un instante y su pecho emitido un gemido que ahora le parecía repugnante.

El Gitano tenía un plan en el que la Perra encajaba perfectamente. Cuando encontró a aquella muchacha al borde del precipicio, le pareció que llevaba años buscándola y que la búsqueda había terminado. Diez días después, logró que Jaqueline consintiera tomarse otra nieve con él. La alegría con que Marina recibía al inválido también influyó. Reina vio en el Gitano al hombre que podría de nuevo instalarse en su casa. No le importó si en su cama o en la de su hija. Y a esas alturas, la silla de ruedas era un detalle intrascendente.

Fue en esa época que Reina Saldívar le habló a su hija de los hombres. Así, en genérico. No de unos hombres ni de sus hombres. Esos seres a los que les colgaba un pedazo de carne entre las piernas eran el enemigo, le dijo. Ese pedazo de carne es todo para ellos. Con ese pedazo de carne piensan, sienten, luchan, esclavizan y se esclavizan, le dijo. Es su mayor fortaleza pero su más grande debilidad, le advirtió. Detrás de sus bravuconerías solo encontrarás un chiquillo asustado.

—Por eso siempre terminan por largarse. Todos, escúchame bien, todos se van. Así que nada de enamorarse. Aprovechate del tullido ese, sácale todo lo que puedas y cuando te deje, espera al siguiente. Siempre llega otro.

Ella pidió nieve de mango; él, de pistache. El Gitano no hizo referencia al encuentro anterior. Tampoco avances ni alusiones sexuales. Con voz profesional, le explicó el negocio que tenía entre manos y la invitó a ser su socia. Ja.

Esa noche, cuando creyó que Reina y Marina dormían, Jaqueline se deslizó del

colchón, cruzó la colonia y se metió entre las sábanas del Gitano.

Yo había logrado sin proponérmelo que la Perra no sintiera ningún pudor en mi presencia. No tuvo reparos en platicarme que el inválido no siempre lograba la erección. Aunque el accidente no había afectado el área genital, a veces la sangre no fluía con suficiente fuerza a su miembro. Él compensaba el contratiempo con una lengua y unos dedos entrenados en los burdeles más sórdidos. Otras veces, Jaqueline se esmeraba alternando la boca con la mano —solía ser muy cansado, me dijo— hasta que el pene del Gitano alcanzaba la consistencia deseada. Entonces lo montaba con furia y se venía con sacudidas silenciosas. Nunca más volvió a emitir un gemido.

El Gitano, como amante, se comportaba servicial y sumiso. Pero en tanto socio, se convirtió en un maestro implacable.

Al salir de la correccional, entró a trabajar como aprendiz de herrero en el taller de su padrino. Para cuando cumplió los veinte, el Gitano ya conocía todos los secretos del hierro y el fuego. Descubrió que podía moldear el metal a su antojo. Este descubrimiento hizo que tuviera que analizar su futuro desde otra perspectiva. Sus sueños millonarios seguían intactos. Decidió poner al servicio de estos sueños los nuevos conocimientos. Abandonó el taller del padrino, contactó al cómplice que había salido ileso del accidente y lo convenció de compartir la empresa. Con él realizó la primera parte del plan. Pero el socio comenzó a ver las fallas y, sobre todo, el delirio que impulsaba al Gitano. La silla de ruedas también tuvo que ver. Un día dejó de seguirle la corriente y lo abandonó a su suerte.

Tal vez porque hasta ese momento la vida de Jaqueline había sido una serie de absurdos despropósitos. Tal vez porque tenía dieciséis años, el cuerpo en brama y nunca le había pertenecido un sueño. El caso es que la Perra no tuvo que pensar mucho la proposición del Gitano y aceptó.

El Gitano vivía al otro extremo de la colonia, en un cuarto en obra negra levantado en un lote bastante extenso. Pertenecía a un hermano que había emigrado al otro lado con todo y esposa. Al fondo del terreno, bajo un tejabán de lámina, el Gitano instaló un modesto taller de herrería. A la entrada del cuarto estaba estacionada una furgoneta de la Volkswagen, de esas que pusieron de moda los *hippies* en los sesenta. El auto probablemente pertenecía a esa década. Únicamente poseía el asiento del piloto y del copiloto. El resto de la camioneta estaba vacío, salvo por dos ranuras en medio del suelo. Un mecanismo bastante ingenioso creado por el Gitano hacía que, al abrir la puerta lateral trasera, una rampa descendiera al nivel del piso. Al cerrarla, la rampa se plegaba al interior de la furgoneta.

La primera tarea de Jaqueline en esa sociedad fue aprender a manejar. No simplemente a manejar, tenía que lograr hacerlo como un piloto de carreras. Una vez que adquirió los rudimentos básicos, la pareja se subía a la camioneta con rumbo a las afueras de la ciudad y en carreteras secundarias y descampados, Jaqueline practicaba trompos y zigzags. Tomaba curvas a alta velocidad. Conducía en reversa a ciento veinte kilómetros por hora. Con una mano, con las rodillas, con los codos. El Gitano,

paciente y severo como un monje, subía por la rampa a la parte trasera de la camioneta, enganchaba las llantas en las ranuras del piso y le transmitía la confianza y la temeridad necesarias.

A medida que la Perra, confinada en esa cama de hospital como una muñeca de trapo, me iba revelando los pormenores del proyecto, recuerdo haber pensado que se trataba del plan más estúpido que había escuchado en mi vida.

¿Pero quién no ha soñado con huir del infierno e instalarse en un paraíso con una buena lana que lo perpetúe? Del infierno ya he hablado mucho. El paraíso tenía la vaga forma de una playa tropical en alguna costa del sur. Aquí el relato se vuelve confuso: tal vez fue un anuncio o un documental que el Gitano vio en la tele. O una revista de viajes que cayó en sus manos o el cuento de un mitotero en los mentideros de la miseria. El caso es que el paraíso del Gitano tenía nombre: Zipolite, la playa de los muertos y del amor.

Para instalarse en sus infinitas arenas sembradas de palmeras, el Gitano planeó una serie de asaltos a sucursales bancarias de zonas retiradas de la ciudad cuyas normas de seguridad eran bastante laxas. Cuatro asaltos relámpago en dos días y atravesar el país con el botín en esa misma furgoneta trasnochada.

—¿En serio no te diste cuenta de lo pendeja que era la idea? —le pregunté aquella vez incrédulo.

La Perra, sin dejar de observar el techo del cuarto de hospital, me contestó:

—Cállate los ojos, baboso, y déjame seguir platicándote.

A Jaqueline le llevó poco tiempo aprender a disparar. El Gitano le regaló un viejo revólver Llama calibre 38. Antes de robar la primera de las cuatro sucursales bancarias, el Gitano decidió que había que romper con los nervios de sacar un arma en un lugar y gritar: esto es un asalto. Lograr mantener la cabeza fría mientras todo alrededor sucede a una velocidad de vértigo. No dejar escapar ni un detalle y cumplir con cada paso del plan. Para el entrenamiento de Jaqueline, el inválido escogió un Oxxo. Le explicó que esas tiendas de autoservicio tenían un estacionamiento para discapacitados y una rampa en la entrada. Circularon una tarde entera por el norte de la ciudad estudiando la infinidad de negocios de fachada roja y amarilla que habían brotado en cada esquina en la última década. Por fin se decidieron por uno solitario, ubicado en la salida de la carretera que llevaba a la frontera. Eran las once de la noche. Estacionaron en el cajón azul destinado a los inválidos. Dejaron la camioneta prendida y la rampa de la puerta trasera a nivel de piso. Jaqueline empujó la silla de ruedas hasta la entrada. El Gitano cubría sus piernas inertes con una cobija roja. Oculta, descansaba una escopeta recortada del doce. El Gitano le instaló una extensión de hierro que se acoplaba a su antebrazo como una agarradera. De esta forma podía manipular el arma con una mano mientras desplazaba la silla con la otra. Entraron. La dependienta, una muchacha inmensamente gorda y albina, embozada en una bata roja, les sonrió afable. Un hombre de pelo cano, flaco y vencido, nadando en otra bata roja, la ayudaba en las tareas propias de la tienda. En ese momento no había

clientes. Jaqueline situó al Gitano justo en frente de la caja. Este hizo a un lado la cobija y apuntó a la cabeza de la cajera. Mientras, Jaqueline extrajo el revólver de su cintura y encañonó al empleado. Esto es un asalto. No hagan pendejadas y nadie saldrá lastimado. La Perra, a gritos, obligó al hombre a acostarse boca abajo a los pies de la silla de ruedas. Luego se deslizó al otro lado del mostrador. Puso el cañón de la pistola en la nuca de la cajera y le ordenó que echara el dinero en una bolsa de la misma tienda. El Gitano, por un momento, perdió la concentración: admiraba la seguridad con que su pupila se movía, hablaba e intimidaba con el arma. Es probable que se haya sentido orgulloso. No me cuesta imaginar creciendo en su pecho de toro la certeza de que esta vez el paraíso no se le escurriría entre los dedos. Jaqueline se mostraba implacable. Desconcertaba ese rostro de niña transformado en una máscara de hielo consumiéndose en el fuego de su mirada. El mismo rostro con que había despedido del cuarto a su representante unos días atrás. El mismo fuego con que emprendió tiempo después el camino que nos llevaría al abismo.

Una vez que Jaqueline se hizo del dinero, corrió a la puerta y la abrió con la cadera. Mientras, el Gitano apuntaba con la escopeta a los empleados. Después se desplazó hasta la salida. Lo hacía de espaldas a la misma, impulsándose con una mano mientras sostenía el arma con la otra. Cuando el inválido atravesó la puerta, Jaqueline quedó expuesta. Se trataba del punto débil del plan. Contaban con que, en realidad, la gente no acostumbraba a hacerse el héroe con un cañón frente a sus ojos. La muchacha tenía que mantener controlada la situación durante el tiempo en que el Gitano, con la escopeta sobre sus piernas inertes, descendía por el acceso de discapacitados, alcanzaba la rampa de la camioneta, ascendía, daba media vuelta, retomaba el arma y cubría las espaldas de su socia. Luego, salir de ahí con la adrenalina explotando en las venas. Luego, llegar a coger como si en la piel del otro estuvieran acumulándose todas las arenas del paraíso.

—Luego, todo se fue al carajo.

Hubo un segundo Oxxo. Debían afinar detalles del plan que el Gitano consideraba fundamentales. Hubo un propietario no tan dispuesto a dejar ir las ganancias de la tarde. Un arma, o lo que parecía un arma, saliendo del mostrador. Un buqué florido de perdigones que la escopeta recortada vomitó en el pecho del propietario. Quedó malherido, no murió. Hubo testigos que vieron a un inválido y a un muchacho, tal vez muchacha, huir del lugar en un vehículo de tal color, tal marca, tales características. Hubo una redada en el tianguis La Bola. Hubo gente que se fue de la lengua. El Gitano terminó en el bote y Jaqueline en la granja correccional de menores.

El paraíso debía esperar. Para entonces, más de medio país hacía fila con la intención de entrar en él sin importar mucho cómo.

Tengo que confesar que fui yo quien eligió liberar al Estudiante. No habíamos pensado qué haríamos con él. No teníamos conciencia de que apenas habíamos hallado la punta de una madeja cuya vileza superaba la de las miles de historias de esta ciudad desollada. Ángel comenzó a hablar en la cocina de mi casa sin que pudiéramos detenerlo. A medida que contaba los detalles de su papel dentro de la organización, un aliento frío fue creciendo en mi interior, engordando a tal grado que terminó por estallar con un ruido parecido al que hacen las ramas secas al partirse.

Seré breve: el Estudiante era uno de los muchos ganchos para atraer a las muchachas. Primero las seducía, luego las envolvía en promesas. Al final, cuando lograba ganarse su confianza, las convencía de que lo siguieran al otro lado después de hacerles firmar un contrato para trabajar como edecanes. La labor del enganchador terminaba cuando las citaba en una agencia ubicada en el *mall* en el que me había encontrado con Marcia días atrás; de ahí supuestamente partían al gabacho juntos. Ángel no acudía a la cita. Después de eso, jamás volvía a saber de ellas. Una vez al mes, un sobre con veinte mil pesos aparecía en su casa. Nunca había podido ver quién se lo llevaba. Aparecía sin más. Las muchachas solían proceder de barrios marginales, pertenecientes a familias rotas, con un historial de abusos y violencia. El Estudiante había aprendido en los boleros el arte de conquistarlas.

Cuando terminó la confesión, la Perra se plantó delante de Ángel y le descargó una serie de puñetazos en el rostro hasta sumirlo en la inconsciencia. La cara, esa cara condenadamente armoniosa, se convirtió en una masa sanguinolenta e hinchada, una monstruosidad de cardenales y cicatrices sangrantes. Llegué a pensar que lo había matado. Al acercarme, pude comprobar que aún respiraba. Una respiración silbante. Tal vez le había roto el tabique. Yo no hice ningún esfuerzo por detener la andanada de golpes que Jaqueline le lanzaba al Estudiante. No parecía furiosa, solo concentrada en echar a andar la maquinaria de huesos, tendones y músculos que le permitían estallar sus nudillos en el objetivo con la mayor efectividad posible. No me quedaba muy claro si la boxeadora, al detener la paliza, me había preguntado si lo matábamos como una broma o realmente pretendía acabar con la vida del muchacho. Le contesté que estaba loca. Al final lo dejamos tirado a un lado de su auto deportivo, en el antiguo parque industrial, lloriqueando y lleno de moretones.

Cinco horas después estábamos en el recibidor de la agencia de edecanes Allure. Nos recibiría la gerente general, una tal señora Garmendia. En esa antesala rosa y malva, con sillones rojos *vintage*, floreros y cuadros art déco, y una recepción en formica atendida por una niña flaca y alta, Jaqueline parecía un animal de feria. La

repcionista fijaba la mirada en la Perra con un deje maquilladísimo de repulsión. No habíamos dormido más que un par de horas. Muy temprano nos presentamos en el *mall* buscando la agencia según las indicaciones que nos proporcionó el Estudiante. Jaqueline iba enfundada en un pants, traía el cabello corto sin peinar, la cara demacrada y ojerosa y los nudillos aún enrojecidos. Yo no presentaba mejor aspecto. La Perra se levantaba del sillón, caminaba por la recepción observando los cuadros dispuestos en la pared y se volvía a sentar después de enfrentar los ojos de la recepcionista. Un grupo de muchachas en *short* y top de licra salieron de la única puerta que había detrás del mostrador. Caminaban garbosa y tontas, meneando las nalgas, llenando de risas la agencia y después los corredores del centro comercial. Luego entró un sujeto gordo, ancho y duro como un luchador, cruzó la antesala y se perdió tras la única puerta. Unos minutos después, la recepcionista nos informó que la señora Garmendia nos atendería. De entrada, nos había negado la entrevista con la gerente. Cuando Jaqueline le mostró la foto de Marina e insistió a gritos que quería hablar con el encargado del changarro ese de mierda, hizo de inmediato un hueco en la apretada agenda de la señora Garmendia.

Detrás de la única puerta se extendía un pasillo que la recepcionista recorrió hasta la mitad cloqueando con sus tacones de veinte centímetros. Pensé que en cualquier momento azotaría contra el piso y se rompería en pedazos como una muñeca de porcelana. Se detuvo ante una puerta parecida a la de la recepción, tocó con los nudillos, la abrió y nos indicó que pasáramos. Mientras me sentaba en una de las dos sillas situadas frente a un escritorio de cristal, alcancé a oír el taconeo alejándose.

—Buenos días. Díganme, ¿en qué puedo ayudarles?

La señora Garmendia tenía cara de puta vieja y arribista. La cirugía y el botox sostenían su pellejo moreno, oculto bajo una base mucho más clara que el color de su piel. Las cejas como tales no existían, eran dos líneas pintadas sobre la frente estirada. Los labios brotaban obtusos y rígidos, pintarrajeados de rosa, y el cabello disimulaba su escasez como podía. Un pelo teñido de rubio botella, casi blanco. Su voz pasaba por unas cuerdas vocales llagadas por la nicotina. La expresión de sus ojos había sido sustituida por una neutralidad clínica.

El sujeto con pinta de luchador la escoltaba marcial un metro más atrás.

—¿Conoces a esta muchacha? —preguntó Jaqueline mostrando una vez más la foto de Marina en el celular.

La señora Garmendia se tomó varios segundos para contemplarla. Iba a contestar, pero guardó silencio y la observó todavía un rato más.

—Pasan muchas chicas por la agencia —dijo al fin—; es posible que haya trabajado con nosotros pero no puedo asegurarles. ¿Por qué la buscan?

—Es mi hermana, está desaparecida y lo último que supimos es que trabajó aquí —dijo Jaqueline aún con el teléfono tendido al frente, invitando a la gerente de la agencia a que viera bien la foto.

—Si me dicen su nombre, tal vez pueda buscar en mis archivos. ¿Pero cómo es

eso de que está desaparecida? ¿No se habrá fugado? Ya ve cómo son las muchachas de ahora.

—Está desaparecida —insistió la Perra—. Se llama Marina Saldívar.

—¿Saldívar, como la boxeadora? ¿Así se apellida, no? ¿Es usted?

—Jaqueline la Perra Saldívar —intervino el luchador—. Sí, es ella.

—Pero qué emoción, tenemos una boxeadora famosa con nosotros. Le pido una disculpa por la recepcionista, es mi sobrina; una inútil de primera, pero bueno, usted mejor que nadie sabe lo importante que es ayudar a la familia. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Marina Saldívar —repitió la Perra. Sentía que en cualquier momento Jaqueline iba a estallar.

—A ver, déjeme checar, aquí en la computadora tenemos una relación de las muchachas que han trabajado para nosotros. ¿Y usted también es familiar? —me preguntó.

—Soy un amigo de la familia —respondí.

La señora Garmendia, mientras manipulaba el teclado del ordenador, me miró de arriba abajo por el rabillo del ojo y sonrió. Era una sonrisa que resumía todo lo que podía pensar una mujer como aquella de un tipo como yo.

—Miren, aquí está —exclamó mientras giraba la pantalla de la computadora en nuestra dirección—. ¿Ya ven? Ahí, donde dice Marina Saldívar.

Ante nuestros ojos se desplegaba un archivo de Excel. En las columnas contiguas a la columna en que estaba escrito el nombre de Marina, podían leerse los nombre de dos empresas, una de comida chatarra y otra de celulares. Dos fechas las acompañaban correspondientes al mes de enero.

—Su hermana, luego de los dos servicios que aparecen ahí, ya no respondió a los llamados que le hicimos. Pensamos que ya no quería trabajar de edecán, suele ser muy común que después de probar no sigan.

—Mi hermana dejó dicho en este mensaje —Jaqueline extrajo del bolsillo del pants el papel arrugado que Reina le había dado un día antes— que se iba al otro lado a trabajar de edecán. Y su novio Ángel confesó que era con esta agencia. Así que déjate de mamadas y dime dónde carajos está mi hermana.

El luchador dio un paso al frente. La señora Garmendia lo detuvo con un gesto de la mano. Jaqueline, aún sentada, apoyó su peso en la punta de los pies y cerró los puños. Yo me revolví en el asiento tratando de encontrar un lugar en esa escena. En mi puta vida le había levantado la mano a nadie. En veinticuatro horas había enfrentado más violencia que en toda mi existencia. Es una guerra, me decía, es una guerra, esto es una guerra. A medida que repetía la afirmación, el temblor de mis manos iba en aumento. Las oculté en los bolsillos del pantalón.

—Señorita Saldívar, ya le dije todo lo que sé de su hermana. Le recomiendo que vaya al ministerio público y ponga una denuncia y si cree que nosotros escondemos algo, no tengo ningún reparo en ir a declarar o en dejar que cateen este lugar, pero no

le voy a permitir que nos insulte.

Hablaba bien la vieja puta, con serenidad pero con firmeza. Parecía que estaba leyendo un guión. El botox y los estiramientos faciales le ayudaban a que su rostro fuera una máscara en la que únicamente la boca se movía, abriéndose y cerrándose como la de una marioneta. Su mano, suspendida en el aire, aún detenía al gorila, dispuesto a atacar en cuanto la dueña le diera la señal. Jaqueline se puso de pie y yo con ella. Por un segundo me pareció que le soltaría un puñetazo a la vieja puta. O que le escupiría en la cara. La jalé de la manga del pants sutilmente. Vámonos, le dije. Jaqueline vio la foto de su hermana una vez más antes de guardar el celular.

—La voy a encontrar, hijos de la chingada, y me los voy a joder a todos —dijo, dio media vuelta y se dirigió a la salida. Seguí sus pasos pensando que estábamos en una guerra y que hasta ahora no habíamos ganado una maldita batalla.

Jaqueline la Perra Saldívar se fue quedando sin palabras. Me parece que ninguna del centenar con que acostumbraba a nombrar el mundo le alcanzaba para el cúmulo de sensaciones que la iban sumiendo en ese silencio aborrecido. La ciudad la estaba apabullando. Porque la ciudad tenía sus propios silencios. Un puto acantilado que nos devolvía el eco de nuestros gritos. Un millón de pares de ojos que no habían visto nada. Un millón de pares de oídos que no habían oído nada. Si alguna vez existió una muchacha de nombre Marina, si recorrió sus calles, si olió sus aromas, si rio en sus parques, si lloró en sus esquinas, simplemente ya no estaba. Puf, había desaparecido sin dejar ni siquiera una nube tras ella. No había huellas, no había rastros, no había pistas, no había indicios, no había un carajo. Ahora me doy cuenta de que Reina lo había entendido desde el día en que encontró la nota de la muchacha. Eligió convencerse de que Marina se había fugado al otro lado tras el imbécil sueño de ser modelo. Al menos así conservaba la esperanza de que un día, al abrir la puerta de su casa, encontraría a su hija detenida bajo el dintel, dispuesta al perdón y al olvido.

Luego hallamos ese sitio gracias al azar y el asunto dejó de ser personal, al menos para mí. Y conocimos a esas personas con cicatrices permanentemente abiertas, lunáticas, tristes, inquebrantables. Y nos subimos a su barco en medio de la tempestad sin tener ni la más remota idea de las aguas que surcaríamos. Y dejamos de ser nosotros dos para ser nosotros un chingo, gritando en medio de esa ciudad los nombres de todas las personas que ya no estaban. Siempre con el mismo resultado.

En el trayecto de la agencia de edecanes Allure a mi casa, convencí a Jaqueline de que no podíamos ir por la vida secuestrando gente y madreándola hasta encontrar lo que buscábamos. La Perra proponía vigilar la agencia, seguir a la señora Garmendia, raptarla y obligarla a confesar. Pero la vieja puta no era el Estudiante: la rapidez con que había acudido el gorila a causa de nuestra presencia era señal de que la gerente del Allure tenía sus galones en esa organización o banda o lo que fuera. Ya en la sala de mi casa, caímos en cuenta de que habíamos agotado todos los caminos. Volví a

insinuar la denuncia ante las autoridades. Jaqueline se puso echa una furia. Me dijo que era un pendejo, que en todo ese tiempo no había entendido un carajo. ¿Por qué crees que la vieja puta nos retó a que fuéramos con la policía? La Perra gritaba y yo me hundía en el sillón odiándola un poco, con ganas de mandarla a la mierda y recuperar mi reconfortante monotonía: ese tránsito entre instantes congelados. Entonces Jaqueline se acostó en el sillón de dos piezas cuan larga era, se tapó la cara con los antebrazos y ya no dijo nada. La contemplé unos segundos, los suficientes para recuperar la imagen de la boxeadora tendida en la cama del San Rafael contándome su historia. Entendí que yo era rehén de su pasado, presente en cada gesto, en cada idea, en cada mutismo. Y como un caballero andante, me recordé la promesa de salvarla de sí misma. En eso me había convertido entonces: en un jodido Perceval, gordo y torpe, bastante cobarde. Un tipo cruzando una llanura para salvar al mundo. Cierto que no tenía espada ni armadura, pero sí internet, y muchísimas horas de vuelo buscando cualquier cantidad de tonterías, algunas que me avergüenza confesar.

Prendí mi laptop y puse en el buscador el nombre de esa ciudad de tumbas abiertas + personas desaparecidas + pornografía + prostitución: aparecieron miles de resultados. La mayoría se trataba de notas periodísticas con fuentes oficiales declarando cualquier cantidad de mentiras. Solo una página me llamó la atención. Correspondía a una asociación civil dedicada a la protección de víctimas de trata de personas. Respondía al nombre de Casa Refugio para Mujeres Víctimas de Trata Camila A. C. Le dije a la Perra que no perdíamos nada. La Perra se encogió de hombros.

(m)

Dejé de hacerme preguntas. No tenía sentido. No mientras las respuestas siguieran siendo cascarones vacíos. Llevaba cuatro días prácticamente encerrado en el hospital. Entre las guardias y las mañanas al lado de Jaqueline, solo tenía tiempo de ir a casa a darme un duchazo, comer cualquier cosa y dormir unas horas antes de entrar a mi turno. Ansioso, esperaba que dieran las ocho de la mañana para correr a la habitación de la Perra. Tuve que perfeccionar la mentira: nos convertimos en los mejores amigos de la secundaria. En el fondo, el embuste con que justificaba ante el personal del San Rafael las horas que pasaba en esa habitación, acompañando a una perfecta desconocida, era una manera de encontrarle cierta lógica a mi comportamiento. Terminé por crearme el pasado mutuo que construía cuando mis compañeros preguntaban por qué, cómo, dónde, cuándo había conocido a la campeona. Para ellos era la campeona. Para mí, ¿qué putas era? Ya no buscaba respuestas. No se trataba del halo que empezó a rodearme por la intimidación que tenía con el único símbolo de una ciudad sin símbolos. Debo reconocer que me ayudó a suavizar mi condición de paria. Dejé de importarme de qué se trataba. Jaqueline no parecía preocupada por la extraña comunión que alimentábamos sin promesas ni pactos. Una vez aludió al hecho. Me dijo que jamás hubiera pensado que le contaría su vida a un enfermero que odiaba el box. Fue todo.

Yo corría a su lado para escuchar su historia, cierto. Pero también para contar la mía. En el fondo, no eran tan distintas. Y fue así que le relaté el nacimiento, la grandeza y la caída del Pierrot.

Todo empezó con la muerte del putón gordo, el dueño de la Compañía de Teatro Musical Ginger and Fred. Le detectaron muy tarde un cáncer en el hígado. En cosa de tres meses falleció en su casa rodeado de los actores y actrices de mayor confianza, yo entre ellos. Tengo que aclarar que mi presencia a los pies de esa cama estilo imperio, un exceso de cama, obedecía a la amistad que Ricardo, Marcia y yo habíamos forjado. El putón gordo, Santiago Lebrun (dejo constancia del nombre por tratarse de un muerto), nunca terminó de verme con buenos ojos. Tal vez porque no me tomaba muy en serio toda esa charada del espacio escénico como un rito al que aspiraba el maestro con sus montajes. Para mí nunca dejó de ser una compañía de actores aficionados. Como sea, en los días en que Ricardo y Marcia me fueron enseñando los secretos del oficio, nació una relación llena de equívocos. Marcia amaba a Richard pero cogía conmigo, al menos durante un tiempo. Con ella, al fin, perdí la virginidad. Una noche terminamos borrachos en la cama de Ricardo, ahí mismo, en la Ginger and Fred, donde vivía, mientras Richard cumplía en la cama del

maestro. No duró mucho. No sé si el sexo era bueno. Ni entonces ni ahora tengo parámetros para saberlo. Entiendo que para Marcia no se trataba más que de una transferencia. Al mes dejamos de hacerlo. Fue cuando nació esa fijación por sus muslos y comencé a matarme a chaquetas. El director de la compañía intentó varias veces correrme. Ricardo siempre me rescataba. Me aferré al trabajo: levantaba una lana fácilmente, podía seguir con mis estudios y, para qué negarlo, había una mórbida fascinación en el grotesco trío que íbamos construyendo. El putón gordo terminó aceptando nuestra amistad a regañadientes. Un día llegó con la noticia. Le daban de uno a seis meses de vida. Para el tercero, su cuerpo orondo se había reducido al de un esqueleto frágil y difuso. No tuvo opción. Cuando descubrieron el tumor, las células malignas habían arrasado con el hígado y alcanzado el estómago y el páncreas. Era tarde para cualquier tratamiento. Murió en medio de intensos dolores, rodeado de sus pupilos. Murió sin el estilo con el que había vivido, maldiciendo una enfermedad que le arrebató lo único que siempre había poseído: el glamur trasnochado de una época en blanco y negro. Ahora que he visto fallecer a tanta gente en el piso de cuidados paliativos del hospital San Rafael, puedo decir que el cáncer es la enfermedad de nuestro tiempo: silenciosa e implacable.

Santiago Lebrun fue enterrado con los discretos honores que le profesamos sus alumnos. Horas después, el abogado de la compañía, un viejo gay de clóset con el que probablemente el putón gordo tuvo algo que ver, le comunicó a Richard la noticia: era el único heredero de todas las propiedades del maestro. La casa, una Ford Explorer de reciente modelo y una suma de dinero que ascendía a doscientos mil pesos. El putón gordo no tenía más familia que Ricardo.

—Si te cuento esta historia, Perra de mi corazón, es porque si en ese momento yo no hubiera abierto el hocico, es probable que Richard aún estaría vivo.

—No seas mamón, pinche Jerry.

Y ahí, en ese cuarto de hospital, al lado de una leyenda que había nacido muerta, caí en cuenta de que acababa de reconocer un hecho al que me había negado mucho tiempo: me sentía responsable del destino de Ricardo. Cuando se encontró huérfano y dueño de la Ginger and Fred, debí haberme dado cuenta de que el camino que le proponía era intransitable para alguien como él. Cierra la compañía, le dije, vende la casa y pongamos el negocio que siempre hemos soñado.

¡Qué peligrosos son los sueños! Sobre todo los de los otros. Qué desastre vivirlos como si fueran nuestros.

Solíamos abrir una botella de tinto argentino, un Malbec peleón y barato. Poníamos tres copas sobre la mesa de plástico del patio y hablábamos del futuro. En el mío, la carrera de enfermero cada vez ocupaba un lugar más sospechoso, una especie de equívoco. ¿Cuándo y dónde había nacido en mí una vocación semejante? No me reconocía en su sacrificio. Ricardo no dudaba: el primer *cabaret* de la ciudad con verdadero estilo. Un lugar en donde los clientes se sintieran seguros, libres y dispuestos a vivir una fantasía. Incluso tenía un nombre: Pierrot.

Ricardo no lo pensó dos veces. Les dijimos adiós a las funciones decadentes para los niños ricos de la ciudad. Vendimos la propiedad, la camioneta, buscamos un local en la zona más animada del norte de la ciudad, la y griega, una zona que reunía la oferta más extrema de diversión y sexo. Lo inauguramos un otoño frío y gris. Al principio fue un éxito.

El local imitaba una plaza renacentista de Florencia. Arcos, balaustradas, balcones, pórticos, fuentes y fachadas en cartón piedra copiados de la parte antigua de la ciudad italiana. Al fondo, un rústico escenario servía para el espectáculo que ofrecíamos las noches de jueves, viernes y sábado. Los personajes eran los de la Comedia del Arte, por la que Ricardo tenía una fascinación nacida de los libros de historia del teatro que había estudiado con el maestro. Pierrot, Colombina, Pantalón, Dottore, Arlequín, Polichinela, Zanni, Somardino, Pantaleón, Brighella, el capitán Matamoros, todos subían al escenario con sus disfraces genuinos e improvisaban las tramas que el propio Ricardo escribía. Esas tramas poco tenían que ver con las originales del siglo XVI. Hábilmente, el autor las adaptaba al mundo contemporáneo. Enormes y grotescos falos, culos al aire, enredos y otras artimañas arrancaban las carcajadas de un público que comenzó a construir un culto en torno al Pierrot.

Marcia, como ya dije antes, arrastró a su corte de admiradores. Gays, lesbianas y heterosexuales por igual comenzaron a asistir para presenciar el novedoso y extraño espectáculo que ofrecíamos. En el Pierrot se sentían a salvo.

Pero los halcones de don Arnulfo pusieron los ojos en el antro. Y don Arnulfo sacó la calculadora y descubrió que éramos un muy buen negocio.

Una noche, a la hora del cierre, se presentó en el local un travesti caballuno, musculoso y de enormes tetas operadas. Se tambaleaba sobre unos tacones de diez centímetros y llevaba un vestido de satín plateado, muy corto y escotado. Un vestido de puta barata. Iba solo. Se plantó en medio del antro y preguntó al azar si se encontraba el dueño. Uno de los meseros lo reconoció y corrió a nuestro encuentro. Estábamos al fondo del local, en un pequeño privado acondicionado como oficina. Marcia había llevado una botella de champán y había dibujado unas líneas de coca sobre el cristal del buró.

—Un travesti pregunta por el dueño —anunció el mesero. Su rostro estaba a punto de desvanecerse.

—¿Y? —pregunté.

—Pues que tiene toda la facha de ser la Muñeca.

—¿Y? —preguntó esta vez Ricardo.

El mesero nos miró como si fuéramos un par de retrasados mentales. Marcia nos puso al corriente.

—Pues que si es la mentada Muñeca, estamos en problemas. Se trata del brazo derecho de don Arnulfo, el hijo de puta más grande de esta ciudad, y si a hijos de puta vamos, pues hay un chingo por aquí. Controla la y griega.

Todos los mitos, todas las leyendas de pronto tuvieron un rostro.

—¿Y qué pasa si nos negamos a verlo? —quiso saber Ricardo.

—¿Estás loco? —gimió el mesero, un hombre ya maduro que tenía años rodando por los peores hoyos del ambiente.

—Vamos a calmarnos —dije en un tono que no me correspondía—. No perdemos nada con escuchar lo que tenga que decirnos. Dile que venga.

Detrás de la Muñeca se coló un aire espeso, denso, enervante. Un aire que fue instalándose en cada rincón de la pequeña oficina. Marcia, en cuanto entró el enviado, se esfumó en silencio. Le indiqué al travesti que tomara asiento.

—Shulada de antro que tienen, muñecos; con razón no se le cae de la boca a todo el joterío de la ciudad —dijo.

Su voz era apagada y grave, como la de un moribundo.

—¿Qué se le ofrece? —pregunté con extrema cortesía.

El travesti me observó de arriba abajo con mucha sorna. El vestido dejaba al descubierto unas piernas musculosas. Las mantenía cruzadas como una provocación. Luego desvió la mirada hacia Ricardo, de pie, recargado en la pared a mis espaldas. La mentada Muñeca sonreía con su hocico caballuno y sus dientes saltones. Sonreía con una dulzura fría y densa, como el aire que flotaba en el privado.

—Ustedes saben muy bien qué se me ofrece.

—Pues no sabemos —dijo Ricardo hostil.

—Somos nuevos en esto —interrumpí a Ricardo, conciliador y tartamudo—, y no nos vendría mal que nos explicara.

El travesti se irguió en el asiento y nos lanzó sus tetas duras a la cara con orgullo. Luego juntó sus manos largas y huesudas y aplaudió como una niña ante un par de payasos.

—¡Qué ternura! Me encanta cuando me tocan tan polluelos. Miren, muñecos, les está yendo rebién con el numerito que tienen montado. La calle está tranquila, libre de fokemonos; las putitas, limpias, y no hay broncas entre padrotes. Todo eso tiene un precio. A como veo que les llega gente, empezaremos con diez mil al mes. Y la venta de las tachas y el perico, claro.

Estiró la mano derecha hasta una de las líneas de polvo blanco que había dejado Marcia, tomó una muestra con el dedo índice, se lo llevó a la boca y lo chupó.

—¿Quién les vendió esta mierda?

—Nos la regaló una amiga —contestó Ricardo.

El travesti sacó del escote una bolsa de plástico con un polvo más amarillento, mucho menos cortado, y la arrojó sobre la mesa.

—Prueben lo que es bueno. Es gratis, muñecos, una muestra de lo bien que nos vamos a llevar. Besitos.

Se levantó de la silla, dio media vuelta y salió de la oficina meneando el culo. No pude imaginarme quién querría irse a la cama con ese engendro.

—Ya sé quién es esa pinche Muñeca —interrumpió de súbito el relato Jaqueline—. Me lo presentaron una vez que fue a ver una de mis peleas. Iba con un par de

cabrones que dizque le estaban metiendo un baro a mi carrera.

—Ora te esperas, que cuando tú estás hablando yo no te interrumpo.

—¡Cómo eres panchero, cabrón!

Esa noche algo se quebró dentro de Ricardo. El putón gordo había logrado proteger a su pupilo de esta ciudad cínica y obispal. La compañía de teatro era un huevo que incubaba a un niño incapaz de crecer. Al morir, su heredero simplemente intentaba romper el cascarón, encontrar su propia identidad. Pero la Muñeca se encargó de abrirle los ojos. Era el vivo ejemplo del mundo en el que nos íbamos a zambullir. Todos los negocios del norte de la ciudad estaban sometidos al régimen de protección de don Arnulfo. Esa noche pensé que mientras el dinero estuviera listo cada mes, no tendría por qué haber problemas. Esa noche Ricardo decidió desentenderse del asunto. Él se encargaría de la parte creativa. Yo, de los aspectos sórdidos.

A la Muñeca le encantaban los espectáculos que presentábamos en el Pierrot. Nunca envió a un subalterno. Se presentaba solo, se tomaba un trago, presenciaba el *show*, pasaba al privado, charlábamos un rato sobre la marcha del negocio, le entregaba el dinero y desaparecía hasta el siguiente mes.

Al principio, recaudar la cuota no nos supuso ninguna dificultad. El dinero entraba a manos llenas. Cubríamos también las mordidas de los inspectores de alcoholes, salubridad, protección civil. De la policía se encargaba la Muñeca. De jueves a sábado se formaba una larga fila a las puertas del Pierrot. Un par de porteros seleccionaba a la clientela: solo gente bonita.

Pero esa noche, la de la primera visita del travesti, algo se había roto en Ricardo. Se veía a sí mismo como un creador de mundos fantásticos, un genio de la diversión. Los aspectos más oscuros de mantener abierto un antro como el Pierrot, la sordidez en el que se sostenía, la impunidad de la parvada de zopilotes que se presentaba a extorsionarnos cada treinta días, salpicaban de mierda su obra y el olor nos impregnaba. Así que se encerró en un universo en el que solo existían sus espectáculos y Marcia, a quien el Pierrot había comenzado a aburrir y cada vez se desentendía más. Un universo del que me fueron excluyendo porque la podredumbre en la que me tenía que sumergir para hacer funcionar el negocio comenzó a formar parte de mí.

¿Richard y Marcia se amaban? Sí, a su manera. Marcia amaba la pureza y la pasión con que Ricardo se entregaba a la creación de cada *show*. Richard amaba la admiración que despertaba en Marcia, la burbuja que su amiga había construido alrededor para preservarlo de la fealdad y la violencia que nos rodeaba. Una burbuja que flotaba sobre nuestras cabezas gracias a las cantidades ingentes de tachas, perico y champán sufragadas directamente por la caja del Pierrot.

El primer desencuentro que tuvimos fue por el espectáculo. A Richard se le metió en la cabeza que había que renovarlo. Acababa de descubrir *Cabaret* y quedó prendado de la actuación de la Minnelli. Un día se presentó con un nuevo diseño

inspirado en la película de Bob Fosse. Traté de persuadirlo de que cambiar todo el decorado del antro nos iba a dejar en la ruina, sin contar el tiempo que permanecería cerrado. Me argumentó que si no nos renovábamos, entonces sí terminaríamos en la ruina. Marcia se alió con Richard y acabaron por convencerme.

Fue un desastre. El nuevo concepto nos dejó sin un quinto y los clientes acogieron el cambio con poco entusiasmo. La verdad es que Ricardo solamente había logrado una mala y chabacana copia de un film pasado de moda. Sin las enormes vergas y los culos al aire, sin los enredos de cuernos propios de la Comedia del Arte, el nuevo concepto de Ricardo se trataba de un musical soso interpretado de forma espantosa por una pléyade de actores sin talento.

Por esa época, a Marcia y a Ricardo les dio por desaparecer entre semana. Huían al otro lado para zambullirse en una sofisticación que no encontraban de este lado de la frontera. Pero nadie puede reinventarse a ese grado. El Pierrot pagaba las cuentas.

La primera vez que no pude completar la cuota, la Muñeca se mostró indulgente. Le prometí que en la siguiente entrega nos pondríamos a mano. Por tratarse de ustedes, cabroncitos, pero no abusen, me advirtió. La segunda vez no tuve más remedio que aceptar su contrapropuesta: una brigada de putitos tipo efebo que se prostituirían en el Pierrot. Ricardo, cuando se lo conté, puso el grito en el cielo. Marcia lo secundó. De todas formas terminaron por desentenderse como se iban desentendiendo poco a poco de todo. Al Pierrot dejó de ir gente bonita. Empezó a llenarse de gays de clóset cincuentones en busca de nalgas prohibidas. El espectáculo entró en decadencia: una caricatura amarga del oropel de los inicios. El tren de vida de mi socio me obligó a asignarle un salario y prohibirle acercarse a los ingresos. Para entonces la relación estaba totalmente desgastada. En el momento en que le restringí el acceso al dinero, Marcia —secundada por esa corte de maricones y lesbianas que la seguía a todas partes y que exprimía el negocio sin escrúpulos— logró convencer a Ricardo de que él era el alma del Pierrot. No me necesitaban.

En ese punto, sentí que había llegado la hora de abandonar el barco. Se iba a pique y no pensaba dejar que me arrastrara con él. Antes de darle la espalda definitivamente, le propuse a Ricardo traspasar el negocio. Me respondió que me compraba mi parte. Pero ¿cuál parte? Yo no había puesto un quinto, solo mi trabajo.

Recuerdo que fue una mañana del mes de julio. Se acercaba mi cumpleaños número veintiséis. El termómetro alcanzaba los cuarenta y cinco grados. Llegué al Pierrot antes del mediodía. A esas horas, las luces blancas de las lámparas fluorescentes y el sol que entraba por las rendijas de las ventanas de la fachada le daban un aire de cementerio. Como si las sillas volteadas y puestas sobre las mesas fueran nichos y pequeños mausoleos. Entré en el privado, recogí algunas pertenencias, me extendí un cheque por cincuenta mil pesos —un finiquito más que justo por los dos años que había invertido en la empresa, pensé—, dejé las llaves sobre la mesa y salí por la puerta del callejón. Nunca más volví. A media tarde, recibí un mensaje de texto de Ricardo: gracias por tus servicios. No contesté. Ese no era su

estilo.

Regresé a la universidad. No tenía más remedio. Había abandonado la carrera a punto de terminarla. Me inscribí en las tres materias que aún debía y ese mismo año me gradué. Que yo hubiera ingresado en la escuela de enfermería era el resultado de una negociación: mi madre soñaba con que yo fuera médico, yo carecía de aspiraciones. Hice un año de internado en el Hospital General, un lugar donde la escoria acude a morir. Mi madre conocía al jefe administrativo del hospital San Rafael, venían del mismo pueblo. Hice un año de residencia y me quedé a trabajar aquí. Al principio extrañaba el mundo del Pierrot. Algunas noches tuve que vencer la tentación de presentarme en el antro y tratar de hacer las paces con Ricardo y Marcia. Entendí que reconciliarme con ellos no era el verdadero motivo. Llevaba metido en las venas el veneno de la ciudad. Como toda adicción, tuve que enfrentarla día a día. Estaba tan acostumbrado a vivir de noche que terminé por solicitar el turno nocturno de forma permanente. Así, cuando caía la tarde y las luces de neón comenzaban a parpadear, podía correr a refugiarme en el hospital y desde ahí observar la ciudad, vigilarla, mantenerla a raya.

(n)

Estaba exhausto. Remontarse en el pasado semeja una carrera de fondo. Nombrar lo que hasta el momento de narrarlo no es más que una secuencia vaga y nebulosa exige abrirse en canal. Sin embrago, era lo único que habíamos hecho durante todos esos días. Jaqueline me observaba desde el sillón del cuarto mientras daba cuenta de una gelatina de piña. Sus ojos no parecían conmovidos, ni siquiera expresaban compasión. Creí adivinar un eco de alguna clase de sentimiento.

Entonces, la habitación se llenó del perfume violento y áspero y de la voz nasal, como de cantante grupero, del representante de la Perra Saldívar. De nuevo, como la vez en que nos conocimos, me ignoró por completo.

—Te traigo un regalito, princesa —dijo mientras abanicaba el aire con un folder azul claro.

En esta ocasión su rostro me pareció una máscara de hule, de esas que cubren la cabeza completa. Era a causa de su mentón corto y agudo: hacía que la piel de la cara cayera flácida juntándose con la papada y el cuello. Además, lucía esa sonrisa permanente de asco, también de hule.

Jaqueline no hizo ademán de extender la mano para recibir el fólder. Siguió comiendo la gelatina sin inmutarse. En sus ojos ya no quedaba rastro de ningún sentimiento. El representante no supo si sentarse en el sillón, a un lado de la boxeadora, o quedarse de pie, frente a Jaqueline, con el fólder como una ofrenda de paz. Yo ocupaba la única silla del cuarto. Decidió sentarse al borde de la cama.

—¿Y este güey quién es?

—Un amigo —contestó la Perra.

—¿Puedes salir un momento, necesito hablar con la señorita Saldívar a solas? —me pidió.

Mientras me incorporaba de la silla, pensé que en la boca de ese sujeto la palabra señorita se empapaba de babas. No terminé de ponerme de pie, me detuvo la voz de la Perra.

—Quédate —me dijo—. ¿Qué traes ahí? —le preguntó al representante mientras señalaba con el mentón el fólder. De nuevo, no hizo nada por alcanzarlo.

El hombre, incómodo, me vio de reojo y se encogió de hombros cansado.

—El contrato de la revancha con la Maniquí Rojas. Estamos hablando de un millón de pesos, el doble del primer combate. Está pactado para dentro de seis meses. Hablé con tu médico, me dijo que podías pelear de nuevo sin ningún problema.

Al llegar a la palabra millón, ya se había quedado sin aliento. Jadeaba levemente, como si hubiera levantado una maleta pesada. Jaqueline guardó silencio. Observaba

el fólder con los ojos de una anaconda adormecida.

—Un meloncito, princesa. ¿Cómo la ves? —Extrajo una pluma de plástico de la bolsa de la camisa blanca con ribetes de piel.

—No lo voy a firmar horita, Varesi. Déjalo y al rato lo leo con calma. Mañana te digo qué onda.

Varesi volteó a verme con aversión. Le sonreí asustado. Le tembló un poco la papada.

—¿Qué pasó, mi Jaqui? ¿Ya me perdió la confianza? El contrato no tiene madre. Si la cosa se pone fea, te puedes tirar al cuarto o al quinto y te llevas la bolsa completa. Si en una de esas ganas, te quedas con el título y la bolsa de la tercera pelea sería en dolarucos, medio milloncito.

¡Quinientos mil dólares! Estaba a punto de decirle que sería la perra más pendeja del mundo si no firmaba en ese mismo instante. El gordo se dio cuenta del impacto que había tenido en mí la cifra. Me guiñó un ojo. Si abría la boca me convertía en su cómplice. Eso me provocó náuseas. No pude contenerme.

—Pues si tú no firmas, lo hago yo.

Jaqueline cerró los ojos y suspiró como el gordo un momento antes se había encogido de hombros. Se incorporó del sillón, cruzó el cuarto y desapareció en el baño dando un portazo. Al pasar a mi lado murmuró:

—Vete mucho a la verga.

¿Podía ser tan estúpido? Sí, sí podía. ¿Qué intentaba demostrarme, que tenía algún tipo de influjo sobre ella? ¿De eso se trataba entonces? Tal vez era un parásito que se adhería a la gente que poseía algún talento. Había saltado de la carne de Ricardo a la de Jacqueline.

—Espero que la puedas convencer. Es la oportunidad de su vida.

La voz de Varesi me sustrajo del vértigo de percibirme de golpe como una garrapata. El hombre dejó el fólder sobre el buró y alcanzó la puerta de la habitación.

—Necesito la respuesta para mañana, princesa, que tengas un buen día.

Antes de desaparecer, volvió a mostrarme su sonrisa de asco y volvió a guiñar el ojo. ¿Era posible que ese gordo zafio se hubiera dado cuenta de inmediato del tipo de persona que era yo? ¿Pero de veras era esa garrapata retratada en el guiño del representante?

Jaqueline salió del baño, pasó a mi lado sin mirarme, se dirigió a la cama, se acostó indolente, tomó el control a distancia, a un lado del fólder azul claro, y prendió la tele. De donde yo estaba sentado no alcanzaba a ver la pantalla. A ráfagas me llegaban las voces que salían del aparato. Anuncios publicitarios, series, películas, revistas matutinas en español, en inglés. Jacqueline no le daba más de dos segundos a cada canal. Saltaba de uno a otro con una furia contenida que descargaba en el botón de la cajita negra.

—No hay nada en la pinche tele —dijo y arrojó el control sobre la sábana. Se perdió en un pliegue.

—Sorry —me animé a confesar de pronto—, la regué gacho. ¿Ahora me crees cuando te digo que no sé cerrar el hocico a tiempo?

Jaqueline sonrió a medias. Ella tampoco estaba muy acostumbrada a conceder. Me levanté de la silla, me acerqué a la cama y me recosté a su lado. Nuestros cuerpos no se tocaron. Con la nalga derecha aplasté el control. Lo puse sobre el fólter azul. La Perra se apartó de mí unos centímetros. No pretendía hacer contacto con ella. Era agradable acostarse en una cama y sentir la presencia de otro cuerpo. Solo eso. Entonces me atreví a hacerle la pregunta que hacía cinco días me quemaba en la boca.

—¿Cómo es que te hiciste boxeadora?

Jaqueline había evitado hablarme de su carrera. No sabía por qué me negaba la parte más visible de su vida. Más allá de lo obvio, yo quería entender cómo es que una persona podía ganarse la vida hiriendo el cuerpo de otra persona, lastimándolo.

—No sé. Simplemente pasó.

—¿Así nomás? ¿Leíste un anuncio en el periódico: se necesita boxeadora; requisitos, un buen gancho de izquierda?

—¡Cómo eres pendejo, me cae! No sé, solito se fue dando. Al cumplir los dieciocho me soltaron de la correccional para mujeres. Se llamaba Santa Teresita del Niño Jesús. Chíngate ese nombrecito, bato. Me aventé dos años ahí encerrada. Al Gitano le dieron la máxima y lo refundieron en la grande. Ahí sigue el cabrón. Chance y le den la libre en cinco por buen comportamiento. Nos hizo el paro que el bato del Oxxo no la petateó. Ya se jodió todito el buen Gitano. Sabes, nunca he ido a visitarlo. Cuando me dieron la libre regresé al barrio con mi madre y mi hermanita. La jefa no me dejó abajo, la neta, siempre estuvo al pie del cañón durante el encierro. Que si la ropa, la botana, esas cosas. Pues volví. Me esperaba el tianguis, cuidar a Marina, la misma chingadera de antes. Pensé en entrar a la prepa. En la granja había logrado terminar la secundaria. Sabes, encerrada piensas un chingo de pendejadas. Que si el futuro, que si hacer las cosas bien, tomar las decisiones correctas. Es culero torcer. Te marca. A casi todas las viejas que estaban ahí las agarraron por seguirles el rollo a sus batitos o por encubrirlos. Yo estaba en las mismas, ¿no? Cuando salgas, vas a hacer algo por ti misma, me decía —hizo una pausa—. Y acabé de boxeadora, ¿qué loco, no?

La voz de Jaqueline iba perdiendo el tono de invierno con que me había contado otros pasajes de su vida. Pero no había orgullo ni petulancia. Era una cadencia amarga que iba comiéndose las palabras. Al principio no entendí por qué. Gracias al boxeo consiguió reconocimiento, fama, respeto, dinero. La mayoría de los habitantes de esta ciudad difícilmente obtendríamos algo más que la vergüenza de haberla habitado.

Con esa misma voz impregnada en lodo me contó que todo empezó en el parque alrededor del cual se instalaba el tianguis La Bola.

Como muchas otras veces, llevó a su hermana a los juegos oxidados y rotos. Ahí

otros niños como Marina intentaban ser niños. No había mucho que hacer, pero a la cría igual le fascinaba mecerse en alguno de los dos columpios que quedaban enteros. Tenía siete años y se había convertido en una niña espigada, de larga cabellera azabache. Su porte, los rasgos con que su cara iba construyéndose anunciaban ya una futura belleza silvestre, como esas flores blancas que nacen en los pantanos. En la Primero de Mayo nadie dudaba que Marina un día se convertiría en una hermosa muchacha y después en una mujer espléndida. Jaqueline columpió a su hermana hasta que le dolieron los brazos. Marina asía con fuerza las cadenas roñosas, cerraba los ojos, echaba atrás la cabeza con cada impulso y una estela negra y brillante la seguía hasta el cielo. Aburrída y cansada del vaivén y del chirriar de los goznes, la Perra le dijo a Marina que debían regresar al tianguis. La niña rezongó, quiso seguir volando un rato. No, ya era tarde, Reina se enojaría. Al emprender el camino de vuelta, Jaqueline los vio. Se trataba de un grupo de unos diez jóvenes que hacían ejercicios de calentamiento alrededor de un viejo que a Jaqueline le pareció conocido. Se encontraban en un claro formado por los eucaliptos secos y enfermos al poniente del parque. El hombre parecía dar indicaciones e instrucciones a los muchachos. Estos obedecían. Jaqueline, con la sensación de familiaridad que le despertaba el viejo, se acercó al grupo. Pero fue el hombre quien la reconoció primero: ¿Saldívar?, preguntó, ¿Jaqueline Saldívar? La voz del hombre bastó para ubicar el rostro de pergamino: un anciano encorvado que se paraba a la salida de la secundaria a observar las hormigas: el prefecto de la sonrisa cómplice. La Perra se sorprendió de que la hubiera recordado. Luego supo que mucha más gente de la que pensaba estaba al tanto de sus hazañas de asaltante. Se lo debía a La Voz de la Frontera, un pasquín distribuido en las barriadas de la ciudad gracias a unos carros destartados. Mediante un megáfono voceaban las violaciones, los robos, los homicidios, los asaltos y los secuestros que protagonizaban los habitantes de esos mismos barrios. A cambio de cinco pesos, el periódico ponía al alcance del lector la colección de delincuentes que la Primero de Mayo prohijaba. Lectura predilecta entre los vecinos de Jaqueline, aparecer en sus páginas concedía un toque de prestigio en ciertos círculos.

Así empezó todo. Con el prefecto de la escuela de la que había sido expulsada cinco años atrás. El viejo le explicó que todas las tardes se juntaban en el parque para entrenar. Se trataba de un programa que el ayuntamiento impulsaba en los barrios más jodidos: mucho deporte para alejar a los jóvenes del vicio y enseñarles valores. Por el aspecto del par de costales que colgaban de las ramas bajas de un árbol y los guantes cuarteados que se amontonaban en un rincón, al ayuntamiento no parecía interesarle mucho el programa. No era la primera vez, no sería la última. De vez en cuando llegaban brigadas de cualquier cosa a regalar despensas, lentes graduados, exploraciones médicas para prevenir el sida, el cáncer de mama, el pánico. Instructores de baile o dibujo o karate o box. Los niños y los jóvenes de la Primero de Mayo se entusiasmaban con la novedad. Pasados dos, tres meses, los instructores desaparecían. Los niños y los jóvenes regresaban a sus rutinas. Con el tiempo, se

reactivaban los programas con otros nombres. El viejo prefecto tenía un pasado de boxeador profesional. Una docena de peleas mal pagadas. Le dijo a Jaqueline que si no tenía nada mejor que hacer, podía incorporarse al grupo. ¿Una mujer? El box femenino está agarrando mucha fuerza en el país, somos potencia mundial, dijo con orgullo, como si él fuera uno de los artífices de esa grandeza. Jaqueline le contestó que lo pensaría. De regreso al tianguis, Marina le externó su opinión: las mujeres no podían ser boxeadoras. Marina, a sus siete años, tenía opiniones firmes sobre muchas cosas. Jaqueline le pidió que no le comentara nada a Reina. Marina sabía respetar un pacto entre hermanas.

Al día siguiente, a las cinco de la tarde, Jaqueline se presentó en el parque vestida con un pants roto y decolorado. El viejo prefecto, al verla, sonrió de la misma forma en que le había sonreído cinco años atrás, cuando salió de la escuela y le arrancó una oreja de un mordisco a un niño para ganarse el sobrenombre de la Perra.

Al principio nadie la tomó en serio, ni ella misma. Con una paciencia antigua, de esas que no esperan nada, el viejo trataba de enseñarle los rudimentos básicos del arte del pugilismo: caminar con el compás abierto, mantener la guardia arriba, desplazarse con pasos laterales, guardar el mentón en el pecho, cabecear, mover la cintura. Todo en una exasperante cámara lenta, un *ballet* de hipopótamos. La velocidad, le decía, vendrá con el tiempo.

—La neta es que nunca le aprendí nada al pobre viejo. Lo mío era caminar al frente y tirar golpes. Me pasaba algo bien cabrón, en el *ring* no sentía los putazos.

Al menos transcurrió un año antes de que Jaqueline subiera al encordado que el viejo logró que el ayuntamiento instalara en el parque: una lona a ras de suelo y cuatro postes mal clavados. A la Perra le gustaba el entrenamiento. Se fue haciendo adicta a las abdominales, las lagartijas, las sentadillas, el salto a la cuerda, la barra, las mancuernas. Su cuerpo asimilaba el rigor del ejercicio como si fuera una droga alucinante. Cada día necesitaba más, solo así podía aplacar el vacío que crecía en su interior. Una mancha que se adhería a su alma como el alquitrán a los pulmones de un fumador. Cuando el viejo, finalmente, se decidió a ponerla frente a un costal, la Perra Saldívar descubrió que con cada golpe que enviaba al pesado saco, el tiempo se detenía, los ruidos propios del parque callaban y en su cerebro dejaban de sucederse las explosiones que la acompañaban día y noche. El viejo la regañaba casi siempre porque en los directos, jabs, ganchos y opers de Jaqueline no había gracia. Tampoco algo cuya ausencia era mucho más aterradora: vida.

En esa época, un integrante del grupo estaba preparándose para participar en un torneo amateur. Se trataba de un peso paja. El viejo se enteró de que uno de los competidores tenía una pegada durísima. Consciente de que la quijada de su pupilo era frágil, pensó en la Perra como sparring. Jaqueline pesaba siete kilos más que el muchacho y le sacaba unos cinco centímetros. Al tipo no le gustó mucho la idea de pelear con una mujer. Ella entró al *ring* con la misma actitud con que se plantaba frente al costal. Encajó todos los golpes que le tiró el oponente. Eran blandos, sin eso

que los expertos llaman punch y que no tiene que ver ni con la fuerza ni con la técnica. Jaqueline lo prendió un par de veces y lo dejó tambaleante. El viejo entrenador pudo comprobar su teoría: el muchacho no tenía futuro; la niña, como acostumbraba a decirle, si al menos lograba aprender un poco, sí.

Pero que una mujer tuviera futuro en el boxeo no significaba nada. Una mujer en ese mundo era nalgas, tetas y un agujero en donde meter la verga. Jaqueline carecía de esos atributos, pero tampoco era un hombre. Todos los conceptos ancestrales aceptados sin otro criterio que el de su existencia, Jaqueline los vivía como lo había hecho hasta entonces: alimentando esa fuerza centrífuga que alejaba a todo aquel cuerpo que se acercara a su órbita. Solo el viejo boxeador parecía inmune a su efecto.

—Me aventé un año más de sparring; el viejo me ponía siempre con pesos inferiores; subía al *ring*, aguantaba los putazos y tiraba duro hasta que los prendía. Nunca aprendí un carajo. Un día se presentó en el parque el cabrón este que acaba de largarse. Su boxeadora estrella se había dado un pasón de cristal y no podría pelear contra una guacha dizque muy picuda. El viejo le dijo que yo no estaba lista para una pelea profesional. Me ofreció cinco bolas, me valió madres lo que dijera el viejo, acepté y me fui con el gordo Varesi. Don Lalo se emputó conmigo, dejamos de hablarnos. De todas formas le di en su madre a la chilanga y el gordo Varesi me jaló a su gimnasio. Al gordo Varesi le importaba un carajo si yo sabía pelear o no. Nomás le interesaba poder meter en la cartelera un par de viejas para que los cabrones que iban a vernos se la jalaran después pensando en nosotras, ¿no?

Carne dura, joven y sudorosa. Carne amoratada, sangre y cardenales. Y la cosita de los machitos del público brincando inquieta en el pantalón. Un buen negocio. Durante dos años más, a Jaqueline le siguieron pagando cinco, seis, siete mil pesos por función. Luego vinieron peleadoras con más cartel, bolsas más jugosas. La Perra Saldívar comenzó a hacerse de un nombre. Que hubiera nacido en esta ciudad violenta y sin memoria, adicta a los cuerpos de mujeres mutiladas y arrojadas en basureros, alimentaba el morbo.

Pero también vino la distancia y la ruptura. Como si fuera una bañista que una marea arrastra sutil pero inexorablemente, Jaqueline fue alejándose de Reina y Marina. La primera se avergonzaba de la profesión de su hija. La segunda crecía embebida en su belleza, sin más argumento que el influjo que su cuerpo ejercía sobre las cosas y las personas. Una maldita luna.

—Hace dos meses, cuando se acercaba el cumpleaños de Marina, hablé con Reina, quería hacerle algo especial a mi hermana, una fiesta chingona. Yo estaba clavada con la preparación para el combate contra la Maniquí. Un año atrás, no había podido estar en su quinceañera porque tenía una pelea en el otro lado contra una negra gorda y torpe. Estaba agarrando buena feria y la neta, me sentía mal con la morrita, como si la hubiera abandonado. Reina me dijo que hacía por lo menos una semana que no sabía nada de ella. Le pregunté encabronada que por qué no me había avisado, me dijo que pa qué si ni ella ni mi hermana me importaban un carajo.

Discutimos gacho. Me dijo que Marina había salido igual de puta que ella; me dijo a gritos que creía que se había largado al gabacho con el noviecito caguengue con el que anda dizque para trabajar de modelo. Un morro mayor que ella con el que llevaba saliendo un par de meses, creo. Según esto, Marina le había platicado a mi madre algo de un contrato para trabajar de edecán en el otro lado o una mamada así. Reina le dijo que estaba loca, que terminara la prepa y se dejara de chingaderas. Mi madre pensaba que se había fugado con el galán. Desde entonces no he sabido nada de ella, nada, ni una llamada, un mensaje, nada de nada. Pero yo sé que Marina no me haría eso, me cae, a pesar de que casi no la veía, mi hermana me tenía fe y no se hubiera ido al gabacho así nomás, sin avisar.

Pensé que se la había tragado la ciudad, como a tantas otras muchachas, como a tantos de nosotros. Solamente lo pensé.

II

LOS CARNICEROS DE LA SOLEDAD

La cita era a las seis de la tarde. Un poco antes de la hora llegamos a una casa amarilla con tejado de dos aguas, en un ejido polvoriento y sucio del poniente de la ciudad. Un pequeño letrero en la entrada tenía escrito Casa Refugio para Víctimas de Trata Camila A. C. La persona que nos atendió al teléfono al principio se mostró reacia a programarnos una reunión con la directora. Solo después de contarle el caso de Marina y rogarle tercamente, accedió. Un zaguán con buganvillas y sábilas acogía a dos muchachas que se mecían en sendas mecedoras de mimbre. Una escuchaba música con unos auriculares, la otra leía una revista. El cielo en ese momento del día era un lienzo de rojos, naranjas y grises que hinchaban las nubes. Al cruzar a su lado, las muchachas nos miraron desde kilómetros de distancia, de la misma forma en que hubieran observado pasar a un perro o un zopilote. El sol del desierto calentaba apacible. Alrededor de la casa se extendía un terreno bastante amplio con algunos mezquites. Muy pocos. Me pareció reconocer una media docena de árboles frutales. Naranjos y limoneros. Traspasamos el umbral. El recibidor tenía una barra de madera sin tallar, áspera, y unas cuantas sillas de cuero de vaca dispersas por la estancia. Al interior, las paredes eran blancas. Una mujer nos sonreía detrás de la barra. Una mujer entrada en carnes y rubicunda con el cabello gris.

—Buenas tardes —dijo.

—Buenas tardes —dije—. Tenemos una cita con la directora. Hablamos ayer para...

—Remedios los atenderá en un momento, tomen asiento. ¿Quieren agua, un café, una soda?

La voz de la mujer era profesionalmente apacible, como la de algunas enfermeras veteranas del San Rafael.

—No, gracias —dijo Jaqueline.

—Un café, por favor —dije yo.

La mujer desapareció por un pasillo contiguo a la barra. Una melodía llegaba de alguna parte. Jazz de elevador, inofensivo. Una tercera muchacha cruzó el recibidor y se unió a las otras dos en el zaguán. Caminaba con la vista clavada en el suelo. La mujer apareció de nuevo con el café en un vaso de cartón. Me lo tendió al tiempo que nos indicaba que la siguiéramos. El pasillo tenía en el techo grandes ventiladores que giraban lentamente. La oficina de la directora era la primera de una serie de puertas rojas fabricadas con tabloncillos verticales. Entramos tras los pasos de la mujer que se acomodó en un sillón al fondo de la estancia. Jaqueline y yo nos sentamos en dos sillas iguales a las de la entrada, frente a una mesa también rústica, llena de papeles,

carpetas y una PC negra, grande y vieja. La directora del refugio estaba absorta en la pantalla. Usaba unos diminutos lentes para ver de cerca. Tenía alrededor de cincuenta años, el cabello muy corto, como el de un hombre, con mechones blancos en las sienes. Era delgada. Su rostro adusto no presentaba trazos de maquillaje. Dejó de observar el monitor y nos recorrió con la mirada. Sus ojos saltaron por encima de los lentes. Luego se los quitó y los depositó sobre la mesa con cuidado. Por fin habló. Su voz, al igual que su cabello, era muy masculina.

—Jaqueline y Jeremías, supongo.

Asentimos. Ambos intuimos que no debíamos decir nada aún, o que debíamos hacerlo cuando nos lo indicaran.

—Mucho gusto, soy Remedios, la directora del centro, y ella es Yolanda, la subdirectora.

Se estiró para tendernos la mano por encima del escritorio. Una enorme cadera que el talle esbelto desmentía golpeó con el canto de la mesa.

—¿Cuándo fue la última vez que vieron —la directora ojeó imperceptiblemente una libreta— a Mariana?

—Marina —corrigió Jaqueline—. Hace dos meses.

—Perdón, Marina, Marina Saldívar, ¿verdad?

Asentimos otra vez.

—Les voy a pedir que traten de recordar o conseguir la fecha exacta, es importante. También necesito que me digan dónde fue la última vez que la vieron, con quién, cómo iba vestida, de dónde venía o a dónde iba. No tiene que ser ahora, posiblemente no puedan recordar esos detalles o no los sepan. Tendrán que indagar un poco. En cuanto los tengan, me los hacen llegar, junto con una foto; así podremos subir el aviso de búsqueda en nuestra página de internet. Vengan, vean esto.

Jaqueline y yo nos incorporamos y rodeamos la mesa hasta quedar frente a la pantalla de la computadora. Ante nuestros ojos se desplegaba un sinnúmero de fotografías de adolescentes, con el nombre y los detalles que nos acababa de pedir la directora a pie de foto. La mayoría sonreía a la cámara, algunas la miraban melancólicas, otras indiferentes. Eran fotos de un tiempo en que estaban con sus familias, iban a la escuela, celebraban cumpleaños y alguien se había tomado la molestia de fijarlas para siempre en una imagen.

—¿Todas están desaparecidas? —pregunté.

—Así es; las pocas que aparecen las retiramos. Tenemos una sección de muchachos y otra de adultos.

Nos indicó que regresáramos a nuestros asientos con un gesto enérgico de la mano. Observé de reojo a Jaqueline. Nunca la había visto tan sumisa, tan hundida.

—Platíqueme todo lo que saben de Marina y cómo desapareció.

Fui yo quien tomó la palabra. La Perra no parecía capaz de hablar. Era como si ese mar de rostros parecidos al de su hermana la hubiera despojado de toda esperanza. Había miles de Marinas. En cosa de diez minutos resumí lo poco que

sabíamos, omitiendo la paliza al Estudiante. Cuando terminé, Remedios retomó el hilo de la conversación.

—Muy bien, los felicito, poca gente llega a nosotros con tanta información. Antes que nada, debo ponerles al tanto de lo que es la trata de personas. Todos los días desaparece casi medio centenar de menores en México con fines de explotación sexual y pornografía. Somos el segundo país en trata de personas, solo Tailandia nos supera. El mundo nos ve como un paraíso del turismo sexual y las mafias dedicadas a la trata obtienen bajita la mano unos veinte mil millones de pesos al mes, así que después de la venta de armas y el narcotráfico, es el negocio ilícito más rentable.

Remedios se detuvo un instante para beber de una botella de agua ubicada sobre el escritorio. Aspiró fatigada y siguió hablando.

—A diferencia del narcotráfico, que es el delito estrella para el gobierno, la trata de personas no es perseguida; es más, hace un par de años ni siquiera estaba tipificada como delito a nivel federal. En muchos estados, como en este, sigue sin estarlo. De todas formas, ni ministerios públicos ni jueces conocen la ley, no saben cómo aplicarla y en muchos casos ni les interesa. Las víctimas de trata son estigmatizadas por la sociedad, extorsionadas por la policía, y rara vez, cuando logran escapar de las redes, denuncian, porque se avergüenzan, porque las avergüenzan, porque se culpan y las culpamos. Las ramificaciones son tantas que las muchachas que caen en las redes de las mafias pueden ser explotadas sexualmente de la forma tradicional, por internet, utilizadas como sicarios, como burreras o halcones. El delito es móvil, es decir, se origina en un lugar y va cambiando de estado y de país, por lo que se hace más difícil perseguirlo. Muchas veces utilizan la persuasión y el engaño, otras, las víctimas son levantadas por la fuerza. A todo esto hay que sumarle que muchos políticos de altos vuelos protegen y son cómplices de las redes de trata, pues son dueños de giros negros que se benefician directamente. A las organizaciones como la nuestra nos tiran de a locos, rara vez nos hacen caso y la mayoría de las veces no contamos con ningún apoyo.

La directora dejó de hablar y nos estudió con cuidado mientras tomaba otro trago de agua. Jaqueline había apoyado los codos en las rodillas y escondido el rostro entre sus manos. Yo tenía la boca semiabierta mientras contemplaba a esa mujer de rasgos duros y tonos bajos. Estaba subyugado por el caudal de palabras que acababa de proporcionarnos sin ninguna concesión. Un puñetazo en el hocico.

—¿Y qué tiene que ver todo eso con Marina? —preguntó la Perra con los ojos enrojecidos por la presión que habían ejercido sus manos.

Cuando Remedios siguió hablando, su voz se dulcificó un poco.

—Todo y nada. Puede que su hermana se haya fugado como muchas adolescentes que huyen de hogares rotos; ese sería el mejor de los casos. Pero no quiero darles falsas esperanzas. Por lo que me platican, hay muchas posibilidades de que Marina haya sido captada por una red de trata de personas y es muy probable que ya no esté en esta ciudad. Si les he soltado todo este rollo es para que se den cuenta de lo que

enfrentan, para que sepan que si van a seguir buscándola, van a toparse una y otra vez con pared y cada día va a ser un día de frustración. Podemos ayudarles, pero tienen que tener muy claro qué clase de monstruo es este. No sería ético de mi parte apapacharlos y decirles que todo va a estar bien, porque no es cierto. Este centro lleva el nombre de mi hija Camila, desaparecida hace cinco años. Todavía la sigo buscando. ¿Ya pusieron la denuncia ante las autoridades?

Jaqueline no contestó. Por alguna razón que no alcanzaba a entender se mostraba hostil. En cierta forma, parecía culpar a la directora del centro por lo que acababa de decirnos. Infantilmente la acusé con la mujer.

—Ella no quiso. Dice que no sirve para nada y que seguramente la policía sea parte.

Remedios asintió como un médico al que le describen un síntoma.

—Y tiene razón, no sirve para nada, no las buscan y casi siempre son cómplices. Poco más del uno por ciento de las denuncias terminan en orden de aprehensión. Pero es necesario ponerla. Es el primer paso. Yo les puedo hablar de mi caso. En estos cinco años me he dedicado a investigar el paradero de Camila y cuando encuentro algo, voy con las autoridades y les comparto lo que sé. De esta forma los presiono para que investiguen, para que busquen; aunque hasta ahora no ha habido resultados, muchas veces ha servido para que agarren a un padrote o cierren un giro negro.

—Sigo sin verle el caso —interrumpió la Perra—. Mire, señora, con todo respeto, pero de donde yo vengo la chota solo sirve para jodernos y ni loca me paro en un eme pe para que me vean la cara de pendeja. Venimos aquí para ver si podía ayudarnos a encontrar a Marina, por lo que veo, pues ni a su hija puede encontrar, así que con su permiso.

Jaqueline se levantó del asiento de repente y se dispuso a abandonar la habitación. La voz de la tal Yolanda, que hasta ese momento se había limitado a asentir desde el sillón, la detuvo. Se había transformado en esas voces cuya autoridad descansan en la convicción.

—Ahora mismo, en esta casa, hay cuatro jovencitas como su hermana que rescatamos de la calle. Algunas tienen diecisiete años y desde los catorce las prostituían. Les damos apoyo psicológico, legal, las rehabilitamos porque normalmente las enganchan en la droga, tratamos de que se recuperen para que tal vez algún día, con mucha, mucha suerte, puedan volver a tener una vida normal. Yo entiendo que quiera encontrar a su hermana y que esté furiosa, pero el trabajo que hace Remedios, que hacemos en este lugar, merece una consideración de su parte. A mi hija la hallaron muerta en un lote baldío, tenía veinte años, estudiaba derecho; la violaron y mataron a golpes. Hacía un año que no sabíamos de ella. Lo peor del caso es que al principio uno cree que es algo único, después descubre que todos los días pasan cosas así, que su hermana, mi hija, la hija de Remedios son parte de una estadística que de vez en cuando sale en un periódico y que la gente lee pensando que por algo terminaron así, que a sus hijas o hermanas o nietas o sobrinas nunca les va a

pasar. Y luego pasa. Y dejas de ser la persona que leía el periódico para convertirte en la que permitió que pasara.

Cuando la señora Yolanda terminó de hablar, Jaqueline la Perra Saldívar tenía los ojos húmedos. No eran lágrimas abiertas, solo una película acuosa que cubría sus pupilas, que les daba un brillo intenso. Como el del horizonte después de una lluvia torrencial. Sería la primera y la última vez que la vería en ese estado.

—Yo puedo ir a poner la denuncia —dije—. ¿Tiene que ser a fuerzas un familiar?

—No, para nada —intervino Remedios—. Yoli, qué te parece si le hablas al lic para que te diga cuándo puede acompañar a Jeremías a poner la denuncia. —Hizo una pausa y volvió a tomar agua. Jaqueline se había sentado de nuevo en el borde de la silla—. Disculpen, tengo diabetes y debo tomar mucho líquido. El licenciado Espinosa tiene toda nuestra confianza, se encarga de la parte legal y ya es todo un experto. Mire, Jaqueline, si alguien entiende la impotencia de la espera soy yo, créame. Llevo cinco años esperando a que suene el teléfono y me digan que la encontraron. Creo que ya no me importa si viva o muerta, solo quiero que aparezca. Veo que están muy decididos, les voy a proponer algo: hoy en la noche saldremos de cacería —al decir esto, soltó una risa amarga—. Vamos mi hijo el mayor, Yoli, su sobrino y una servidora. Entramos a teibols y burdeles, nos paramos en medio del lugar y gritamos si alguna de las mujeres ahí presentes está contra su voluntad. A veces tenemos suerte y regresamos a casa con una o dos muchachas que se animan. No les prometo nada, pero en una de esas, nos topamos con una chica que se cruzó con Marina en alguna de las casas de seguridad que tienen estos hijos de la chingada y puede darnos algo de información. Las posibilidades son mínimas. ¿Le entran?

El callejón de las putas llevaba el nombre de un antiguo alcalde que nadie recordaba ya. Al norte de la ciudad, muy cerca de la colonia Primero de Mayo, tres avenidas confluían formando una y griega. La intersección se había convertido con el paso de los años en el epicentro del mercado sexual más grande de la frontera norte. Desde la prostitución callejera hasta las lujosas casas de masaje, la oferta superaba cualquier ejercicio perverso de la imaginación. Sexo día y noche, tumultuoso, onanista, voyerista, zoofílico, sadomasoquista, virtual o en carne viva. Sexo mercenario para todos los bolsillos. Cuerpos jóvenes y viejos para ver, tocar, poseer, ultrajar y desechar. Sexo como promesa. Sexo como una realidad de tiempo invariable previa tarifa acordada. Sexo para olvidar, sexo para no llorar, sexo para la soledad, sexo para el desprecio, sexo para el poder, sexo proclamado como la última experiencia de vida. Sexo con lucecitas de neón intermitente. Y un río de dinero que pasaba de mano en mano hasta llegar a los bolsillos de sujetos que nunca se paraban por ahí. Dentro de este carnaval, el callejón de las putas no era más que una antigua herida purulenta. El origen modesto de una geografía que había olvidado hacía mucho tiempo su vocación provinciana de zona roja. Una boca mal iluminada sin salida a ninguna parte, rematada por un hotelucho de paso con habitaciones húmedas y sucias y padrotes cuidando la entrada. Sobre las aceras, recargados en los muros agrietados de las casas abandonadas, los travestis aguardaban a los clientes. Obreros, albañiles, desempleados, rateros de poca monta que a cambio de ciento cincuenta pesos recibían una buena mamada en boca de alguien que tenía un par de tetas y el cabello largo. Al fondo del callejón, en la puerta del hotelucho, ocultas de miradas indiscretas, con los ojos extraviados por el miedo y el cristal, pintarrajeadas obscenamente, vestidas con minifaldas y tops, botas hasta la rodilla de tacones de aguja, un puñado de adolescentes era ofrecido a una clientela un poco más selecta.

—La mayoría de las niñas que ven ahí son centroamericanas. Las agarraron las autoridades migratorias en la frontera sur y las vendieron a las mafias que controlan la prostitución. Casi todas son menores de edad. Después de explotarlas un tiempo, las cruzarán al otro lado con una mochila cargada —nos explicó Remedios a medida que la camioneta (una Van muy maltrecha con el nombre de la casa refugio a los lados) se adentraba en el callejón—; cuando terminen con ellas preferirán estar muertas.

El hijo de Remedios iba al volante. Tenía unos veinticinco años. Casi tan alto como yo, su cuerpo era una imponente masa de músculos. Se llamaba Omar. Hablaba poco y masticaba chicle sin parar, como un animal rumiante y aburrido. El sitio del

copiloto lo ocupaba la propia Remedios. En el asiento inmediatamente posterior, la señora Yolanda observaba el callejón con un cierto brillo fanático en los ojos. Esta vez su sobrino no había podido acompañarla. En la segunda hilera de asientos, Jaqueline y yo, hombro con hombro, nos adentrábamos en el infierno como espectadores mudos y privilegiados. Al llegar a la y griega, había sentido cómo unos dedos largos entraban en mi estómago, asían mis tripas, las retorcían y las convertían en un amasijo que me impedía respirar. Tuve un pequeño ataque de taquicardia. De inmediato comenzó a dolerme la cabeza. Muy cerca de ahí se encontraba lo que quedaba del Pierrot. Tres años atrás había logrado escapar de esas calles. De esos rostros que nos contemplaban pasar como si fuéramos marcianos metidos en una Van. De esa noche artificiosa, embriagadora, pegajosa, adictiva. Y ahora estaba de vuelta. En esas calles había perdido la fe en un mundo blando que debía existir en alguna parte. En esas mismas calles a las que regresaba, se había extraviado un muchacho bastante idiota, cándido (un polluelo, como me llamaba la Muñeca), para convertirse en un ermitaño sin mayor objeto que el miedo.

Y ahora estaba de vuelta.

La Van estacionó unos pocos metros antes del final del callejón. El hijo de Remedios apagó el motor y las luces. De entre los dos asientos extrajo una cámara fotográfica, una Canon profesional con un teleobjetivo bastante grande. La envolvió en una sudadera; el lente de enfoque quedó libre. La colocó sobre el salpicadero. Sin encuadrar, sin apuntar siquiera, disparó varias fotos al grupo de adolescentes que se encontraba a la entrada del motel.

—Omar es fotógrafo profesional —dijo con orgullo su madre—; trabaja para varias agencias.

Su hijo siguió apretando el disparador sin mover un solo músculo, indiferente al comentario de Remedios.

—Nunca hemos rescatado a ninguna chica de este callejón. Los padrotes están muy pendientes y no se atreven a subirse con nosotros. Venimos para que Omar pueda sacarles fotos y luego las comparamos con las que tenemos en nuestra base de datos. Ahora Yolanda y yo vamos a bajar, nos vamos a acercar y vamos a invitarlas a que nos acompañen a la casa refugio. Seguramente se negarán. Les voy a pedir que se queden en el carro con mi hijo. Dos viejitas como nosotras no suponemos ninguna amenaza, pero si ven a dos hombres y a una mujer jóvenes la cosa puede ponerse fea.

Asentí aliviado de no tener que acompañarlas. Jaqueline siguió encerrada en su mutismo. Remedios y Yolanda descendieron de la Van y encaminaron sus pasos hacia las prostitutas. Algunas de ellas, a pesar del maquillaje y la ropa, seguían mostrando la poca edad que tenían. Paseaban en círculos frente a la puerta del hotelucho. Marchaban de forma desmadejada, tambaleante, con una sonrisa inconclusa que quería ser putesca pero que únicamente dejaba traslucir la ausencia de todo. Daban la impresión de no estar ahí. Únicamente sus cuerpos famélicos que deambulaban semidesnudos presos de la inercia. Cuando las dos mujeres llegaron a la altura de las

adolescentes, Jaqueline abrió la puerta trasera de la Van y saltó a la acera. Traté de detenerla pero el hijo de Remedios me asió de la camiseta y me espetó que me quedara en el auto. La Perra Saldívar avanzó despacio, medio ladeada, con el mentón enterrado en el cuello. Se había puesto una gorra de visera larga, creo que para evitar que la reconocieran. Al lado de cualquiera de nosotros parecía un felino en la noche a punto de cazar una presa. En cuanto sintieron su presencia, las pequeñas putas se dispersaron. Remedios y Yolanda voltearon hacia nosotros al unísono, desconcertadas. Alcancé a distinguir cómo la Perra les hablaba a las chicas que la miraban entre curiosas y alucinadas. Remedios le dijo algo a la boxeadora y le indicó que regresara al auto. Jaqueline se negó. Trató de acercarse a una de las prostitutas. De inmediato, del portal del motel se desprendieron dos sujetos. Uno era mucho más gordo que yo pero también más bajo. El otro parecía un niño. Gracias a la luz de la única farola al fondo del callejón, me di cuenta de que se trataba de un hombre de rostro cacarizo y vesánico que rozaba el enanismo. Ambos formaron una barrera entre las chicas y Jaqueline. Gesticulaban frenéticamente. Remedios trataba de calmarlos mientras jalaba del codo de la boxeadora con la intención de llevársela de ahí. La Perra se resistía. Parecía querer retar a los dos tipos. El casi enano extrajo un pequeño revolver de detrás de la cintura y lo agitó frente a la cara de Jaqueline. No le apuntó con el arma. Las pequeñas putas desaparecieron en el motel. Remedios y Yolanda, sin dejar de observar a los padrotes, emprendieron el regreso a la Van muy despacio. Entonces la Saldívar entendió que estaba en desventaja. Se dio cuenta de que en cualquier momento podía caer muerta con un balazo en el corazón o en el estómago o en los pulmones. Y también emprendió el regreso al vehículo, también sin dar la espalda a los padrotes.

—¿Qué le pasa a tu amiga? ¡Es una inconsciente! —exclamó Remedios según abordaba el asiento del copiloto. La señora Yolanda subió a la Van temblando, pálida, descajada.

Los dos sujetos habían decidido seguir a Jaqueline.

—Esconde esa cámara, Omar, y vámonos de aquí —dijo Remedios.

—¿Y Jaqueline? —pregunté histérico.

—Que se chingue, para qué no se queda en el carro —me contestó Omar. Y prendió el motor y las luces. Era la primera vez que hablaba en toda la noche. Tenía una voz sorprendentemente átona.

Alcancé a asomar la cabeza por la puerta trasera aún abierta y gritarle a la Perra que se apurara. Fue un acto que ni siquiera me detuve a pensar. Los dos padrotes se frenaron en seco. Tal vez creyeron que yo iba armado o que descendería del carro para enfrentarlos. Fue un segundo, un titubeo de un segundo. El tiempo que le tomó a la Perra dar media vuelta, correr hacia la Van y saltar adentro. Omar ya había metido la reversa y abandonaba el callejón de las putas conduciendo marcha atrás. No iba muy rápido. De haberlo querido, los dos sujetos nos habrían dado alcance. Simplemente nos dejaron ir.

Primero fue el silencio. Cada quien trataba de reducir los latidos del corazón, recuperar el aliento, permitir que la adrenalina terminara de fluir por el cuerpo como una fiebre exótica. La Van circulaba entre el tráfico de la y griega a la deriva. La noche llegaba a su cénit. Sus habitantes ya habían invertido suficiente tiempo y dinero para que se convirtiera en aquello que anhelaban desde el primer minuto. Ese momento en que encarnaban en sus más inconfesables deseos. Lo había presenciado tantas veces en el Pierrot.

Remedios rompió el silencio. Hablaba como si cada palabra se escondiera en los lugares más recónditos de su cerebro y le costara encontrarla.

—Mire, Jaqueline, yo sé que es usted una boxeadora muy famosa y tal vez esté acostumbrada a hacer lo que le dé la gana, pero nosotros no podemos permitirnos ese lujo.

La Perra y yo dejamos de observar por la ventana de la camioneta simultáneamente y clavamos los ojos en la directora de la casa refugio.

—¿Usted sabe quién soy yo? —preguntó Jaqueline. En ese momento me pareció una niña frente a uno de esos descubrimientos que te marcan de por vida.

—Claro que sé quién es usted. Cuando la conocí en la oficina no sabía, para qué le voy a echar mentiras. Pero Yolanda la reconoció, ella sí está más al pendiente de la tele y esas cosas. No quisimos tocar el tema porque usted no vino con nosotras como una celebridad sino como la hermana de una menor desaparecida. Déjeme decirle lo que significa que nos acompañe: corremos el riesgo de atraer demasiado la atención. Eso no les va a gustar nadita a los chulos que controlan el negocio. ¿Sabe por qué nos toleran? Porque meterse con activistas sociales llenaría de periodistas la y griega. Con los periodistas vendría la policía. Para el gobierno, peor que un activista social muerto es un reportero muerto. Pero hay límites que tenemos que respetar. La forma tan irresponsable como se comportó en el callejón nos puso a todos en peligro, pero algo mucho peor, usted ha puesto en riesgo que podamos seguir viniendo a tratar de rescatar de la calle a esas muchachas.

Jaqueline se encontraba en un páramo totalmente desconocido. Remedios sustentaba sus actitudes, sus emociones, sus actos con argumentos basados en la lógica. Una arquitectura construida con enunciados que exigían ser rebatidos o aceptados. Yo estaba seguro de que la Perra Saldívar nunca había tenido la necesidad ni la ocasión de debatir nada en su vida. Hasta cierta edad, se limitó a obedecer las órdenes de su madre. Después, simplemente actuó conforme a un primitivo instinto de supervivencia, eligiendo lo que pensaba que era más conveniente para ella. Y de repente, esa mujer le obligaba a defender sus actos, a justificarlos, a darles un sentido comunal. Estar en esa camioneta que tiraba aceite y transpiraba chatarra, cuyos lados ostentaban el nombre de una asociación civil, le confería a Jaqueline una responsabilidad que jamás en su vida había experimentado. La suerte de otras personas estaba en sus manos. Pensé que la boxeadora, abrumada por la carga, daría la espalda a la casa refugio y los plantaría ahí mismo. Me equivocaba.

—La neta, la regué gacho. Les pido una disculpa. Les juro que no volverá a pasar, de veras que ora sí haré lo que me pidan.

Tengo la idea de que una imagen imborrable empujó a la Perra a pronunciar esas palabras. La misma imagen que no ha dejado de acosarme desde entonces: las putitas niñas caminando en círculo a la entrada del motel en espera de un cliente.

Esa noche pude comprobar una vez más la fortaleza de la directora de la casa refugio. Después de circular un rato alrededor de la y griega, Omar se detuvo frente a uno de los teibols más afamados de la ciudad —propiedad del secretario del ayuntamiento—, nos dijo Remedios. A Jaqueline le pidieron que aguardara en la camioneta. A mí que los acompañara. Hubiera querido negarme. Tenía los nervios destrozados. El pasado me mordisqueaba los tobillos como un cachorro neurótico. Me di cuenta de que estaba mucho más enfermo de esta ciudad que se devoraba a sí misma de lo que llegué a pensar durante mi aislamiento. Al descender de la Van, las luces de neón, los acelerones, los gritos, las carcajadas, la música estridente saliendo de los antros y bares, los rostros de los chulos, los rostros de los narcos, los rostros de las buchonas, los rostros de los gays, los de los viejos consumidos por el alcohol y el juego, se me arrojaron a la garganta. Hubiera querido salir corriendo. Regresar a la Van, cerrar los ojos y esperar a que todo pasara como si se tratase de un intenso diluvio capaz de limpiar el mundo. Pero seguí avanzando sin remedio hacia la entrada del teibol, con los ojos de Jaqueline clavados en mi espalda, empujándome al interior del club sin remedio. La señora Yolanda distrajo al portero hábilmente. Le preguntó por una dirección. Le pidió que le repitiera la explicación porque no entendía. Lo sacó de su puesto para que le señalara el rumbo. Lo envolvió en delirios de vieja loca. Omar, Remedios y yo nos colamos al lugar. No recuerdo los detalles porque todos los teibols, al final, siempre resultan ser el mismo. Las mujeres columpiaban su desnudez en los tubos de la pista como si fueran faisanes en un zoo. Estábamos en un club para empresarios, políticos y mafiosos. Además, todo sucedió muy rápido. En una pausa entre un número y otro, Remedios se plantó en la pista y preguntó a gritos con esa voz ronca, voz macha y nicotina, que si había en ese lugar alguna mujer que estuviera contra su voluntad. A pesar de los silbidos y los insultos de los clientes, volvió a decirlo una y otra vez durante al menos un minuto. Un largo, interminable, absurdo minuto. Omar me susurró que me pegara a él y que estuviera alerta. La directora de la casa refugio repetía aquello como un cantante de ópera gordo y alucinante, un Pavarotti prostibular. Unos sujetos con aspecto de guardias de seguridad fueron cercando la pista. ¿Hay alguna mujer en este lugar que esté contra su voluntad? ¿Hay alguna mujer en este lugar que esté contra su voluntad? ¿Hay alguna mujer en este lugar que esté contra su voluntad? Lo decía sin variaciones, sin matices, solo lo decía. Los guardias de seguridad no sabían qué hacer. Se miraban entre ellos y esperaban una orden que no llegaba. Entonces, una muchacha de no más de veinte años, enfundada en lentejuela, entró a la pista como si fuera a comenzar a bailar. Era muy hermosa. Tenía un cuerpo de gacela. Cruzó la pista hasta donde estaba Remedios y le

habló al oído. La directora de la casa refugio pasó su brazo derecho por los hombros de la bailarina, la atrajo hacia sí y comenzó a caminar a nuestro encuentro. Los clientes dejaron la rechifla y el insulto. Callaron atónitos, incómodos, callaron con odio. Los guardias de seguridad seguían renuentes, no había manual para aquello. Cuando las dos mujeres nos alcanzaron, Omar se situó a la derecha y me indicó que lo hiciera del lado izquierdo. Remedios no dejó de abrazar a la bailarina mientras abandonábamos el club. Al salir a la calle, el portero hizo ademán de detenernos. El hijo de Remedios interpuso su corpulencia y permaneció encarando al sujeto hasta que abordamos la Van. Omar nos alcanzó de inmediato. No dejaba de mascar chicle como un animal rumiante y aburrido. Admiré su temple. Cuando nos alejábamos de la y griega, la teibolera rompió a llorar. Nos rogaba que la regresáramos al club, que todo se trataba de un error, que tenía miedo, que la iban a matar, que iban a matar a sus padres. Y lloraba. Y pedía con voz queda, un hilo roto de voz, que la devolviéramos al teibol. La señora Yolanda le tomó las manos, le exigió que la viera a los ojos y empezó a hablarle con una dulzura tan ancestral, tan de madre antigua y sabia, que la muchacha pareció caer hechizada.

La bailarina colombiana tenía diecinueve años. Hacía dos que había salido de su país. La engancharon con la promesa de un trabajo de niñera en Vancouver. Cuando comenzaron a prostituirla, le enseñaron unas fotos de sus padres y su hermano menor saliendo y entrando de la casa en donde vivían, en San Juan de Pasto, frontera con Ecuador. Si huía, los mataban. Esa noche no dijo mucho más. Se llamaba Nadia. Murmuraba el nombre de un sujeto. Al parecer el hombre que la controlaba. Nos rogaba, nos suplicaba con una voz estrangulada por el terror que por nada del mundo permitiéramos que se le acercara de nuevo. Jaqueline, previa autorización de Remedios, le enseñó la foto de Marina y le preguntó con una delicadeza nueva, inverosímil, si la había visto, si se había cruzado con ella. La Perra Saldívar, en un sentido estricto, nunca había sido una víctima. Nadia negó con la cabeza varias veces, como niegan los niños sorprendidos en una travesura, mientras se enconchaba al fondo del asiento de la camioneta acorralada por su propio miedo.

Llegamos a la casa refugio alrededor de las tres de la mañana. Abordamos el Honda Civic de la Perra y dejamos a Remedios, Yolanda, Omar y Nadia en aquel lugar aislado con un profundo e injusto sentido de derrota. Tiempo después entenderíamos que el paso que había dado Nadia requería de un valor que iba más allá de la valentía misma. El regreso a mi casa se nos fue en las imágenes de la aventura que acabábamos de vivir. Imagino que cada quien íbamos reconstruyendo los sucesos en ese estadio en donde todo parece irreal. El mismo estadio en el que suceden las pesadillas. La ciudad nos recibió altanera y petulante como siempre, tras su máscara de normalidad aprehendida. Lejos del norte, de la y griega, las calles se ocultaban en el silencio nocturno, en la tranquilidad de esas horas en las que la gente duerme encerrada en sus hogares con algo parecido a la paz. En el centro no había ni un alma rezagada, ni siquiera un trasnochador huyendo del amanecer. Nadie. Jaqueline estacionó frente a la entrada de mi casa pero no apagó el motor. Quisimos despedirnos sin hacer planes para el día siguiente ni el siguiente ni el siguiente. A esas alturas no nos quedaban fuerzas ni para simular la esperanza. Entonces me di cuenta de que la puerta de mi casa se encontraba ligeramente entornada. Estaba seguro de que la había cerrado como siempre que salía. En el centro solían entrar a robar con bastante frecuencia. Lo primero que pensé fue eso, que un ladrón había forzado la entrada.

—Alguien entró a la casa —dije en un susurro, como si el ratero aún continuara adentro y pudiera oírme. No fui capaz de bajar del carro.

—No me chingues. ¿Cómo sabes?

—Checa la puerta, está abierta.

—No seas culón, claro que no.

Jaqueline descendió del Honda y se dirigió a la entrada con cautela. Al llegar, empujó la puerta con los dedos de la mano derecha. Esta cedió hasta abrirse a medias. La Perra volteó a verme y me confirmó con señas lo que era obvio. La apremié para que regresara al auto. Me ignoró. El cansancio y el miedo son una mezcla extraña pero efectiva. En otras circunstancias hubiera insistido en que volviera al carro. Esa noche abrí la portezuela, puse un pie en la calle, luego otro, me incorporé y caminé a la altura de Jaqueline como si fuera otra persona quien estuviera realizando esos actos. Tuve una última idea tranquilizadora antes de cruzar el umbral: mi madre había venido a visitarme por sorpresa y había olvidado cerrar. La ilusión duró poco. Cruzamos el largo pasillo de la vieja casona prendiendo todas las luces a nuestro paso. Dábamos voces con las que pretendíamos asustar a quien estuviera ahí, tal vez acechándonos desde algún rincón. No llegó ni un ruido hasta nosotros salvo los que hacíamos en nuestra torpeza. Jaqueline fue la primera en darse cuenta. Al extremo del corredor, bajo el marco de la puerta de la cocina, había una hielera roja con tapa blanca. De esas hieleras de plástico que se utilizan para conservar fría la cerveza. Me preguntó si era mía. Le dije que no. Dimos unos pasos más. Nos detuvimos a medio metro y la contemplamos embobados. Jaqueline, de repente, se agachó y abrió la tapa de un golpe.

Amanecía en el desierto. Las sombras se fueron llenando de la luz repentina del sol. Sin obstáculos en la inmensa llanura, los rayos del alba penetraban en el espacio con una fuerza asombrosa. La bola de fuego asomaba por el horizonte quemando la arena y la escasa vegetación. Nos rodeaba un pequeño bosque de saguaros. Eran saguaros gruesos con largos y retorcidos brazos llenos de espinas. Formaban figuras que parecían anunciar el fin del mundo. La tierra cedía fácilmente bajo nuestros dedos. Jaqueline y yo, exhaustos, escarbábamos con las manos. Después de poco más de media hora, a duras penas habíamos logrado hacer un hueco en el que cupiera la hielera. De vez en cuando interrumpíamos la tarea para mirarnos a los ojos. Jadeábamos, solo jadeábamos. Luego continuábamos con desesperación y rabia. Cuando el amanecer fue una realidad incuestionable, nos detuvimos. La Perra tomó la hielera del asa, la depositó al fondo del agujero y comenzamos a taparlo con la misma tierra que habíamos extraído. Terminamos y volvimos al Honda Civic. Lentamente regresamos a la brecha que nos había llevado hasta allí. Estábamos como a cinco kilómetros de la ciudad. A lo largo de la brecha se extendía la vegetación yerma del desierto en total silencio. En abril, la fauna en esas latitudes permanece aletargada sin gastar un gramo de energía. Se trata de supervivencia. Jaqueline y yo sudábamos. La brecha nos condujo a una estrecha cinta de asfalto que entraba a la ciudad por el oriente. El cansancio de la noche en vela se mezclaba con la incredulidad de la tarea

que recién habíamos ejecutado, poniéndonos en un estado entre la alucinación y el abandono, semejante al bajón que experimentan los adictos al cristal. Por más que tomaba agua, no podía quitarme de la boca el regusto a vómito. Tampoco ahuyentar el hedor que la cabeza de Ángel el Estudiante despedía, a pesar de estar conservada en hielo; ni la imagen de su rostro hinchado, la piel en tonos azules, negruzcos y verdes, y los ojos a punto de dejar las órbitas. Un cadáver despierta aversión y miedo. Una cabeza, solo una cabeza sin su correspondiente cuerpo, dentro de una hielera, en la cocina de tu casa, tiene un efecto múltiple: el terror, el asco, la sensación de irrealidad, el pudor, la indefensión, la impotencia, el terror de nuevo, sobre todo el terror.

A los pocos segundos de que la Perra abriera la hielera, vomité, ahí mismo, en el pasillo. Vomité todo lo que estaba en mi estómago, incluida la bilis. Seguí vomitando a pesar de que Jaqueline cerró la tapa de inmediato y solo quedó flotando en el aire el olor de la cabeza del Estudiante. Después me acurruqué en el piso y empecé a temblar y a gimotear. ¡Una cabeza arrancada de su cuerpo dentro de una hielera en la casa de mis padres! La Perra se sentó a mi lado y después de unos segundos de indecisión, terminó por pasar un brazo sobre mis hombros. Mi primer impulso fue alejarme de ella pero no tuve fuerzas. No quería su contacto, sus humores, su cuerpo cerca de mí. Todo lo que fuera carne y piel me provocaba un asco indecible. Todo lo que fuera sangre y pellejo me incitaban al vómito. Jaqueline dejó su brazo sobre mis hombros como una obligación. Su mente procesaba el momento y buscaba soluciones. No dejó que transcurriera mucho tiempo, que terminara de derrumbarme, que me entregara a la histeria. Su voz pasó de una cierta suavidad solidaria a la dureza de las decisiones prácticas. Teníamos que desaparecer la cabeza de Ángel antes del amanecer. No podíamos perder tiempo.

La idea de enterrarla en el desierto había sido de la Perra Saldívar.

El sol estallaba en el parabrisas porque íbamos a su encuentro, en dirección al este. Las primeras casas de la ciudad aparecieron a lo lejos bañadas en destellos dorados. La luz era demasiado intensa. Cerré los ojos. La imagen de la cabeza de Ángel metida en la hielera roja surgió al instante. Abrí los ojos de nuevo para ahuyentarla. Pensé que nunca más podría volver a cerrarlos. Jaqueline, a mi lado, murmuraba conjeturas sobre quiénes y por qué habían decapitado al muchacho. Decía algo de un mensaje que nos habían enviado quienes tenían a Marina. Habían matado al Estudiante por soplón y, de paso, nos advertían de lo que nos pasaría si no continuábamos investigando. Hablaba de la urgencia de contraatacar, de no quedarse con los brazos cruzados. De súbito, me di cuenta de que esa persona era una total desconocida para mí. Habíamos convivido cinco días en el cuarto de un hospital, un par de horas a lo sumo al día. La conciencia repentina de que había puesto toda mi existencia en manos de esa mujer me pareció increíblemente cómica. Me sentí muy estúpido. Tan estúpido que me ruboricé. Descubrí que ya no quedaba rastro de mis propósitos de ayudarla en su redención que también era la mía. Solo quería terminar

con todo aquello. Jaqueline, a mi lado, parecía electrificada. La adrenalina recorría su cuerpo y se transformaba en una energía devastadora. Quería ir de nuevo con la gerente de la agencia de edecanes y sacarle a golpes la información que nos llevara de una vez a hallar a Marina.

—Deja de decir pendejadas. Nunca vamos a encontrar a tu hermana y terminaremos muertos y sin cabeza.

No grité. Las palabras salieron, solo eso, de lo más profundo de mi cansancio, como si hubiera pensado en voz alta. Y quedaron flotando en el interior del auto. Ahí estaban acusándome una vez más de traición. La boxeadora quitó el pie del acelerador. El coche no iba a más de cuarenta kilómetros por hora. Por un momento pensé que se detendría y me abandonaría al borde de la carretera. Pero siguió avanzando lentamente. En unos minutos más entraríamos en la ciudad. Contuve el aliento mientras observaba el perfil de Jaqueline. Volví a pensar, como cuando la vi por primera vez en la camilla de la ambulancia, que de cerca no era tan tosca, incluso poseía cierta belleza. Jaqueline asentía en silencio con golpes breves y nerviosos del mentón. Me pareció que buscaba palabras, proposiciones, oraciones, pero que no las encontraba. Dejé de contemplar su perfil y miré sus manos crispadas en el volante. La ciudad nos dio la bienvenida con un letrero oxidado y enterrado en grafitis. El desierto se convirtió en asfalto. Me dolían los dedos de las manos y los músculos de los brazos. En las uñas tenía arena enterrada. Jaqueline desvió un par de veces la vista de la carretera para clavarla en mí. No me pareció que con coraje. Creo que se le estaba viniendo el mundo encima.

—Tengo que encontrarla —dijo al fin—. No puedo hacer otra cosa más que seguir buscando. Si me lleva toda la pinche vida, pues toda la pinche vida será. No hay de otra. No tengo para dónde hacerme. Si te quieres rajar, la neta, lo entiendo. Ya se puso muy cabrón esto y has hecho por mí más de lo que nadie hizo nunca. Ora mismo te boto en el cantón y ahí muere, que lo que menos quiero es que te pase algo, pinche Jerry. Todo bien.

La Perra aceleró y enfiló hacia el centro tomando el distribuidor vial de la entrada del oriente de la ciudad. Eso era todo. Quince minutos después me dejaría en mi casa y difícilmente volvería a saber de ella. Regresaría a mi encierro voluntario, a los videojuegos, los libros, la televisión, las redes sociales. Al porno en línea, a las chaquetas frenéticas, a los enfermos terminales, a los turnos de noche. A mi vida. A lo que había sido mi vida en los últimos tres años.

No abrí la boca hasta que el Honda Civic entró en el callejón y se detuvo frente a la vieja casona de mis padres. Eso era todo. Examiné la fachada. La encontré vieja, con grietas en algunas partes, descolorida. Y me dio miedo entrar solo.

—Te invito a un café —le propuse.

Jaqueline me vio sorprendida. Iba a negarse pero a ella tampoco se le antojaba quedarse sola. Buscó dónde estacionar el auto, descendimos y entramos arrastrando los pies, con la sensación de tener un grano de arena incrustado en cada poro de la

piel, con la náusea instalada en la boca del estómago. Me pareció que el olor putrefacto de la cabeza del Estudiante continuaba flotando en el aire. Era curioso, ni ella ni yo habíamos sentido culpa por su brutal muerte. No después de haber estado en el callejón de las putas. Le ofrecí a Jacqueline darse un regaderazo.

—Chilo, lo necesito macizo.

La Perra desapareció en el baño. Abrí las ventanas de la cocina y rocié ambientador con aroma a rosas por toda la casa. El espray debía tener años bajo el fregadero. No sirvió de mucho. Puse la cafetera y se me antojó cocinar unos huevos con jamón. El refrigerador estaba vacío. Me dio una inmensa pereza pedir comida por teléfono. Tengo que hacer mandado, me dije una vez más. El sonido del agua de la ducha me devolvió la conciencia de que la Perra Saldívar se encontraba en mi baño, desnuda bajo la regadera. Alejé de mí la idea de su cuerpo. Hasta ese momento no había pensado en ella como mujer. Pretendía que siguiera siendo así. Recordé que en el baño colgaba una sola toalla que hacía tiempo no lavaba. Pero mi madre, en alguna de sus últimas visitas, dejó en el clóset de la entrada un par de toallas limpias. Fui a buscar una para Jacqueline. Luego me dirigí al baño. Encontré la puerta entornada. A causa de una ligera inclinación de la casa, si no se cerraba bien, poco a poco se abría hasta la mitad. La cortina de la ducha era translúcida, casi transparente. Tuve la intención de avisarle a la Perra de que iba a dejarle una toalla limpia sobre la taza, incluso de cerrar los ojos. Sin embargo, me quedé bajo el dintel de la puerta contemplando la silueta de Jacqueline, de espaldas a mí, entregada al chorro del agua. Las formas eran las de una mujer. Su espalda musculosa se perdía en una cintura diminuta. La cintura se convertía en unas caderas no muy anchas, pero con una curvatura suficientemente pronunciada como para despertar el deseo de tomarlas, atraerlas hacia mí y restregar mi pene en las nalgas duras y respingadas que alcanzaba a adivinar a través de la cortina de la ducha. Jacqueline comenzó a enjabonar sus muslos. Se inclinó apenas unos centímetros hacia adelante y flexionó la pierna derecha. Sus glúteos se abrieron como las nubes de un cielo tormentoso un poco antes de escampar. Tuve una erección repentina, un golpe de sangre que se aglutinó en mi miembro de forma impetuosa. Arrojé la toalla desde la puerta hasta la taza y me alejé a toda prisa mientras le avisaba a gritos que usara esa toalla limpia.

Llegué a mi cuarto con la erección a cuestas y me encerré en él. La cama tenía meses deshecha. Las sábanas, la colcha, las fundas de las almohadas olían a sudor rancio, a humedad, a célula muerta, a cabello seco. De todas formas me tiré sobre el colchón bocarriba. Este gimió bajo mi peso. Sentí cómo algunos muelles se clavaban en mi espalda baja. Un dolor intenso atravesó mi columna vertebral. Pero nada de eso impidió que la erección continuara ahí, testimonio ineludible de las ganas que tenía de coger (¿con Jacqueline?). Me movía bien en el terreno de las confesiones y las confidencias. Siempre había sabido ser un buen amigo de las mujeres. Esta vez no sería diferente. Busqué una camiseta sucia arrumbada en un rincón de la recámara, extraje el pene de mi pantalón y empecé a deslizar mis dedos por él cadenciosamente.

Me concentré en la imagen de Jaqueline enjabonando sus muslos. Al cabo de unos minutos eyaculé con un profundo sentimiento de culpa. Aún no terminaba de limpiarme, cuando la voz de la Perra llegó hasta mí a través de la puerta.

—Ey, güey, ¿estás ahí?

—Ahorita voy, vine por ropa limpia. Yo también me quiero bañar. En la cocina hay café.

—Ok.

Esperé a que Jaqueline se alejara. Abandoné mi cuarto, fui al baño, cerré la puerta como era debido, abrí la llave del agua fría, no abrí la del agua caliente, dejé que corriera mientras me desnudaba. Contemplé mi cuerpo obeso y grande en el espejo un instante y me metí bajo la ducha. Los filos helados fueron arrancándome cada grano de arena de las cavidades de mi cuerpo: el culo, las orejas, la nariz. Restregué las uñas de los dedos contra las palmas de la mano para desaparecer todo rastro de desierto. Bloqueé varias veces la imagen de la cabeza de Ángel el Estudiante metida en la hielera como si se tratase de un embutido para un *picnic*. Entonces, me asaltaba la de Jaqueline en ese mismo lugar unos minutos antes. Y la de las niñas putas en el callejón de las putas. Y la de la bailarina colombiana temblando de miedo al fondo de la camioneta de la casa refugio. Y la de Marina en la foto que su hermana cargaba en el celular. Me acordé también de la escena del carro, cuando le había dicho a la boxeadora que nunca encontraríamos a la muchacha. Y me enjaboné con furia, sintiéndome un perfecto cobarde.

Al salir del baño, me encontré a Jaqueline con una taza de café en las manos, instalada en el sillón de la sala, viendo caricaturas en la tele. Tom y Jerry. No paraba de reír tonta, insípida, desganadamente. Me señaló una taza sobre la mesa de centro.

—Le puse una de azúcar. No tienes ni crema ni leche, te pasas.

—Así está bien, gracias.

Me senté a su lado. Dejé de tener voluntad sobre mi cuerpo. Se hundió en un abismo de doloroso cansancio.

De las dos llamadas que recibí aquel día, la primera me despertó y me hizo regresar de lleno al juego. Soñaba de nuevo con el diputado Sócrates Pórter y el hombre embozado en el traje de los años cuarenta tipo gánster. Esta vez, el diputado se encontraba en medio de una suite elegante de un hotel cinco estrellas. A través de los ventanales de la suite alcanzaba a ver un pedazo de mar. No había modo de saberlo, pero tenía la certeza de que era el Mediterráneo. Sócrates Porter vestía una larga bata de seda color mostaza. Con la mano derecha sostenía una copa de coñac. La mano izquierda flotaba desganada a media altura, desdeñosa, y se movía al compás de las palabras que salían de su boca. Pero la voz, y esto me provocaba risa y vergüenza, era la de Reina Saldívar.

—Conozco a los de tu tipo —me decía el diputado con la voz de Reina Saldívar—. Pusilánimes, indecisos, incapaces de tomar partido. Siempre al margen, sufriendo por todos los males del mundo, condenando a quienes se arriesgan, pero tan cobardes y mezquinos que no lucharían ni por su propia vida. Todos los días me desayuno a dos o tres como tú.

Yo estaba sentado en el suelo, a los pies de Sócrates Pórter, con las piernas cruzadas y el mentón apoyado en la palma de las manos, los codos sobre los muslos. Yo era un yo adulto pero encerrado en mi cuerpo de niño. Veía mis tobillos gruesos, mis muslos rollizos, mis dedos regordetes. Sentía mis cachetes inflados como globos y mi cabello largo y rebelde. El yo adulto se avergonzaba de la obesidad del yo niño. Las palabras de Sócrates Pórter solo lograban aumentar mi humillación. A intervalos, la hilaridad que me provocaba la voz de doña Reina brotando de la boca delineada del diputado desplazaba el sentimiento degradante que me quemaba por dentro. De pronto, la puerta de la habitación se abrió a mis espaldas y Sócrates Porter interrumpió su discurso.

—Por fin llegas. Ven, quiero que conozcas al cerdito que cocinaremos para la cena de esta noche.

El hombre que había aparecido en mis anteriores sueños, el mismo que mató al opulento industrial de un tiro en la frente, el que había usurpado la bicicleta en la que paseaba Sócrates Pórter, cruzó la suite, se situó a un lado del diputado y me observó fijamente. La bufanda continuaba ocultando su rostro. De nuevo, se llevó el dedo índice a la altura de su boca y me pidió silencio. Luego, extrajo su pene del pantalón y lo acercó a los labios de Sócrates Pórter.

—¡Ñami! —exclamó el político con ojos voraces.

El timbre del celular me sacó del sueño. Lo llevaba en el bolsillo delantero del

pantalón. Vibraba y sonaba. Al intentar atender la llamada, me di cuenta de que Jaqueline dormía a mi lado, desparramada en el sillón. Su cabeza descansaba sobre mi brazo. Para poder contestar, tuve que despertarla. En cuanto abrió los ojos, como impulsada por un repentino golpe de viento, se alejó de mi cuerpo. Luego, después de una breve pausa, se incorporó y se dirigió a la cocina. Al teléfono, la señora Yolanda me preguntaba si ese mismo día, a las cinco de la tarde, podría ir a poner la denuncia al Ministerio público. El abogado de la casa refugio tenía disponible ese horario. Le dije que sí. Al colgar, me fijé en la hora del celular: la una de la tarde. Habíamos dormido unas cinco horas.

Me despecé como un gato viejo y gordo. Un pinchazo en el lumbago me advirtió de que había dormido en una mala postura. Me puse en pie y fui en busca de la Perra. La encontré asomada al refrigerador.

—No tienes ni un jodido huevo, bro, ni madres de botana.

Revolví entre los folletos publicitarios de comida a domicilio que estaban sobre la mesa.

—¿Qué se te antoja? ¿Pizza, sushi, pollo al carbón, tortas, hamburguesas, unos tacos de asada? Era la señora Yolanda. A las cinco iré a poner la denuncia.

La Perra cerró el refrigerador y se recostó en la barra de formica.

—¿Estás seguro? —me preguntó.

Dudé un instante antes de responder.

—No, no estoy seguro. Lo que estoy es cagado de miedo. Pero alguien tiene que poner la denuncia, ¿no?

Jaqueline sonrió, cruzó la distancia que nos separaba, se puso frente a mí, titubeó medio segundo y me abrazó. Fue un abrazo masculino, fraternal. Olí el aroma que despedía su cuello y besé fugazmente su cabello corto y desordenado.

—Vente, vamos, te invito a los mejores tacos de pescado de la ciudad —me propuso mientras se deshacía del abrazo y se acomodaba de un manotazo el pelo, ahí donde había depositado mis labios.

La segunda llamada llegó como a las siete de la tarde. Ya había puesto la denuncia: un trámite inútil, la Perra tenía razón. La indolencia del ministerio público, la hediondez a comida pútrida de las oficinas, la vileza de los rostros de los judiciales que entraban y salían del lugar, la luz fluorescente que desnudaban todas las cosas, vulgarizándolas, desmintiéndolas. La frase simplificadora del absurdo de quien tomó la denuncia: todos los días desaparecen veinte o treinta personas en esta ciudad. El asco. La indefensión. El aburrimiento. Todo aquello no era más que una mascarada.

Al salir, el abogado me insinuó que la fama de la Perra Saldívar le haría mucho bien al caso. Le dije que, entre otras cosas, por eso no había acudido la boxeadora a la cita. Nos despedimos con un apretón de manos y regresé a mi casa. La Perra había ido a la suya a cambiarse y a verificar que todo estuviera en orden.

La segunda llamada la hizo la señora Remedios en persona. Nos convocaba a una reunión en la casa refugio a las nueve de la noche. Me encontraba en el sillón de la

sala jugando *The Walking Dead* en el Xbox. Tenía la esperanza de que el resto del día pudiera encerrarme en mi casa y dedicarme unas horas a aquello que había hecho durante los últimos tres años, antes de empezar con la búsqueda. Lo necesitaba realmente. No de la manera veleidosa en que creemos necesitar algo. Se trataba de un apremio biológico. Mi cuerpo estaba saturado de miedo, sangre, dolor e impotencia. Ya había acudido a denunciar la desaparición de Marina y, de forma tácita, le había dado a entender a Jacqueline que aún contaba conmigo. Pero me urgía durante unas horas volver a ser el tipo gordo y grande, torpe, tímido, inseguro, cobarde y atolondrado que era: empatarme con la imagen que tenía de mí. Es decir, concentrarme en la existencia de un mono virtual obligado a salvar al mundo de la invasión zombi. Esa certeza de morir y resucitar apretando el pequeño botón verde en la parte inferior del control. Esa segunda, tercera, cuarta o quinta oportunidad después de fallar.

La segunda llamada dio al traste con todo. La directora de la casa refugio se comportó muy parca. No me dijo para qué nos quería. Jacqueline, cuando le avisé de la reunión, quedó de pasar por mí. Minutos después de las ocho y media salí a su encuentro, abordé el auto y enfilamos a la casa refugio. Abril había dejado sus amagos calurosos y regresaba a las noches frescas, las mejores noches del desierto. Solo teníamos dos estaciones, calor y frío. Pero entre ellas, ambos equinoccios mostraban su clemencia brevemente. En esos días, al caer la tarde, el desierto parecía respirar más alegremente, como si su oculta y aletargada vida se atreviera a aparecer ante nuestros ojos miopes. Por la ventanilla abierta entraba la efímera fragancia de las dunas en flor. La Perra tenía un talante casi disoluto. En el estéreo del Honda sonaba una de las cien estaciones de la ciudad dedicadas a la música de banda. Por lo regular, no solía tolerar más de cinco minutos la voz aguda de los cantantes, la violencia de la tarola, la tuba y el bombo, y las previsibles letras de ese tipo de canciones. Pero Jacqueline tarareaba a mi lado y la noche del desierto entraba por mis ojos como una explosión de silencio, aislándome del estruendo canalla de los narcocorridos.

Llegamos a la casa refugio a las nueve cinco. Además de la camioneta, había dos coches más estacionados a la entrada. La casa estaba iluminada por todas partes, como si hubiera una fiesta al interior. En el pórtico no se veía a nadie. En la recepción nos topamos con Omar y la señora Yolanda. Sentada en los sillones del recibidor, una muchacha de unos veinte años mecía en sus brazos a un niño de aproximadamente un año. Tenía una prominente panza de embarazada.

—Vengan, apúrenle, Remedios los está esperando —nos dijo Yolanda. Omar nos saludó desde la distancia. Parecía ocupado en alguna tarea.

La seguimos por el pasillo hasta la oficina de la directora.

—Les voy a pedir por favor que sean muy cuidadosos; esta situación necesita de mucho tacto. No hablen y háganle caso a Remedios. Nunca nos habíamos encontrado con un caso así.

Yolanda, antes de abrir la puerta, se aseguró de que habíamos entendido la

gravedad del momento. Luego nos cedió el paso al interior del privado de Remedios. La directora estaba sentada en su escritorio. Nos recibió con una fugaz sonrisa y sin decir palabra nos indicó que ocupáramos el sofá al fondo de la oficina. Frente a Remedios estaba sentada una señora de unos cuarenta años cuyo cuerpo se desparramaba en la silla como un manatí. A su lado, ocupando la otra silla, estaba sentada una chica de no más de dieciséis años, delgada, de pelo negro, tez blanca y una nariz respingona que parecía brotar de entre el cabello que le cubría a medias el rostro. En cuanto entramos, se puso rígida y nos volteó la cara. Su espalda no tocaba el respaldo, como si nuestra presencia le despertara repulsión. Con los dedos de las manos rastrillaba sus muslos de forma automática, dejando surcos efímeros en el pantalón de mezclilla. La señora parecía sollozar.

—Les he mandado llamar porque María tal vez tenga información sobre el paradero de su hermana. Escapó de forma milagrosa de una red de explotación sexual después de estar cerca de dos meses en su poder. Le pedí que intentara identificar a algunas de las muchachas que tenemos registradas como desaparecidas y reconoció a Marina como una de las chicas que estaban con ella. Nada de lo que diga María puede salir de esta habitación. Todo lo que cuente es estrictamente confidencial. No pueden hacer preguntas ni interrumpirla. María contará lo que pueda o quiera y cuando ella lo decida se irá a su habitación a descansar. Si están de acuerdo, pueden quedarse, si no, les tendré que pedir que se vayan.

Jaqueline asintió. La muchacha, todavía de espaldas a nosotros, comenzó a hablar. Su voz era como un pájaro extraviado en una habitación buscando una salida.

(Nos cuenta que)

Otra vez, Marina, nos hablan de ti. María nos cuenta que te subieron en una camioneta aún con la idea de que te llevarían al otro lado a cumplir con el contrato. Que tal vez preguntaste por el Estudiante. Que te dijeron que te alcanzaría después; le había salido un contratiempo. Que a medio camino te cubrieron la cabeza y te obligaron a tirarte al piso. Entonces todo dejó de ser real. Las voces ya no fueron ni alegres ni atentas ni prometedoras. Solo gritos, insultos, gritos e insultos. Las palabras puta, zorra, culo, pinche vieja se convirtieron en tu nombre. Pasaron algunas horas, no sabes cuántas. Encogida a los pies de esos sujetos y sumida en la oscuridad de la capucha, el tiempo transcurría sin otro parámetro que el ronroneo del motor y las curvas pronunciadas de un camino que imaginaste ascendía. Al principio gritaste o intentaste gritar. Déjenme, suéltanme, dónde está Ángel, cosas así. Uno de tus carceleros te puso una pistola entre las piernas, encañonó tu sexo y te dijo que si no te callabas te reventaba la panocha de un balazo. Empezaste a llorar quedamente. Un llanto suave que apenas llegaba hasta tus captores. Al cabo de un rato incluso el llanto te pareció inútil y terminaste por guardar silencio. Pero con el silencio y la oscuridad, el terror cobró un peso específico, tangible: una sombra alrededor del cuello que te impedía respirar. Te orinaste encima. Uno de los captores se dio cuenta: Pinche putita cochina, mira nada más qué desmadre hiciste. O cualquier otra cosa parecida. Eso le contaste a María, o María te lo contó a ti, o alguna de las otras chicas que coincidieron en el sótano enorme de un caserón del que nunca conocieron otra cosa que el sótano mismo y aquella otra habitación.

Nos dice que cuando te bajaron de la camioneta, sentiste el viento fresco de la sierra en tus brazos y tus piernas descubiertas. No te quitaron la capucha. Hasta ti llegaban los sonidos propios de la noche serrana. Te hicieron caminar unos cien metros. Bajo tus pies crujían guijarros, ramas y polvo. Tal vez preguntaste dónde estabas. Es posible que te hayan respondido que en tu nuevo hogar. Se abrió una puerta. Se abrió otra. Bajaste por unas escaleras. Te pareció escuchar la música de un trío norteño. Olía a vómito y moho. Se abrió una tercera puerta. Te quitaron la capucha y te arrojaron a una habitación espaciosa con tres literas de madera pegadas a las paredes, un foco desnudo a la mitad del techo y dos sillas de madera carcomida. Al fondo, un pequeño cuarto con un lavabo, una taza y una regadera. Un pedazo de cortina decolorada, en algún momento rosa, pretendía dividir el baño de la estancia. Te quedaste parada en medio del sótano. Las paredes rezumaban humedad. Manchas negras brotaban como una plaga en casi todos los rincones. Poco a poco iban devorando el color verde de los muros. Cuatro pares de ojos se asomaron de las

literas, entre ellos los de María. Te observaron alucinados, como si fueras una pesadilla. Aunque la pesadilla eran esos ojos y ese sótano y esa puerta cerrándose tras de ti con el ruido siniestro del cerrojo. Durante un rato no supiste qué hacer. Te quedaste en medio del sótano mirando el piso, con los brazos tratando de cubrir tu cuerpo. Los ojos seguían observándote. Por fin tuvieron un rostro, el de unas muchachas semejantes a ti. No te dijeron nada. Continuaban contemplándote igual que a una aparición, un efecto óptico, una charada. Una de ellas, posiblemente María, aunque ese no es su verdadero nombre, te indicó que ocuparas una de las dos literas libres. Te acostaste rígida, alerta a la respiración de la casa que adivinabas sobre tu cabeza. Te sentías hambrienta, sucia, sedienta, pero tan asustada que nada de ello parecía importar. ¿Cómo, si ni siquiera sabías si al día siguiente estarías viva? Más adelante, con el transcurrir de los días, nos cuenta María que hubieras preferido morir esa misma noche, cuando aún era posible.

Llegó el amanecer entre gemidos, vómitos y gritos de impotencia. No tuyos. De las otras. A ti parecía que te habían arrancado la lengua, se asombra María. Callabas empeñada en que tu voz fuera lo único que no pudieran destruir. Llegó el amanecer y lo supiste porque un leve resplandor brilló en un ventanuco cubierto con papel periódico. Con la luz del sol entró al sótano una mujer ancha, muy baja, de pelo negro, tez morena y rasgos indígenas. Luego sabrías que era de algún país centroamericano y que trabajaba en la casa limpiando y cocinando. Dejó sobre la silla dos bolsas de plástico. Una contenía cinco jugos de naranja en cajas de cartón. La otra, nueve piezas de pan dulce. Tus compañeras se abalanzaron sobre la comida. Solo te dejaron una concha seca y un jugo. Sentadas sobre las camas, recostadas en la pared, devoraron el desayuno con el ímpetu de no saber cuándo volverían a comer. Mordisqueaste la concha inapetente y bebiste el jugo. Terminaste por regalarle la mitad del pan a María. Ese pequeño gesto de humildad hizo que María te dirigiera por primera vez la palabra. Hablaba en un susurro. Al usar tu tono de voz normal, descubriste por qué. De inmediato uno de los carceleros aporreó la puerta de hierro y exigió silencio. De todas formas, poco podían decirte. La que más tiempo llevaba encerrada ahí tenía tres días.

Un runrún esporádico, hecho de retazos, fue construyendo parte de la historia de cada una de las chicas. En todas ellas había un Ángel como el tuyo, Marina. Todas ellas terminaban en ese sótano, en ese terror sólido como una roca en el estómago. En esa sensación de que la vida se había detenido en espera de la muerte.

El leve resplandor en el ventanuco era tu única medida de tiempo. Una vez más se iluminó el papel periódico antes de que apareciera alguien que no fuese la india que les llevaba la comida. Se trataba de un sujeto que María describe como asqueroso. Pero sus ojos, al evocarlo, no reflejan asco sino miedo. Portaba un pistolón fajado en la cintura y un puñal del tamaño de su antebrazo. De una mochila extrajo una pipa de cristal y una bolsita de plástico que contenía unas pequeñas piedras traslúcidas con formas diamantinas. Introdujo unas pocas en el cazo de la pipa, calentó la base, las

piedras se diluyeron, se hicieron humo, el tipo lo aspiró. Luego les ordenó que fumaran de la pipa y obedecieron. Lo hicieron, Marina, porque no tenían que ser muy listas para entender que la obediencia compraba tiempo. En ese momento no importaba otra cosa.

Esta operación se repitió dos veces al día durante la primera semana.

¿Imaginaste alguna vez, Marina, que la felicidad sería así? ¿Que alcanzarías ese grado de bienestar y confianza encerrada en ese hoyo? ¿Que podías olvidar el hambre, la sed, el terror, la angustia, el desprecio, la opresión, el odio, la nostalgia, la melancolía, los rostros que significaban algo en tu vida? ¿Olvidarlo todo y no ser en un limbo indefinido de euforia interminable?

Esta operación se repitió tres veces al día durante la segunda semana.

Solo entonces comenzaron a llevarse una por una a las muchachas. Desaparecían una hora más o menos y regresaban totalmente intoxicadas de cristal, incapaces de explicar qué había sucedido. Fuiste la última. Al parecer, respetaban el orden de llegada.

Bondage. Es probable que desconozcas el significado de la palabra. Ni María ni tu hermana lo conocen. Es Remedios quien lo explica. Poco importa quién es Remedios, Marina.

Después de la segunda dosis de cristal de ese día, llegaron por ti. Te pusieron la capucha de nuevo, te condujeron por la escalera ascendente, recorriste un pasillo, te introdujeron en una habitación y te despojaron de la capucha. Te despojaron de tu ropa. Te ordenaron que te vistieras con una minifalda a cuadros y una blusa ombliguera de pronunciado escote. Una especie de uniforme escolar porno. Cuando tus pupilas se acostumbraron a la luz, alcanzaste a distinguir una habitación cuyas paredes estaban tapizadas con cortinas negras rematadas con visillos malvas, una cama en medio con una colcha escarlata y candelabros de pie en los cuatro rincones del cuarto. Te arrojaron a la cama y uno de los individuos que te escoltó a la habitación se abalanzó sobre ti. Luchaste. Nos dice María que luchaste contra esos brazos gruesos como piernas, contra el descomunal pecho, grasa y músculo, que te aplastaba al grado de que ibas poco a poco quedándote sin aire. El sujeto nunca te golpeó, se limitó a someterte hasta que las fuerzas te abandonaron. Entonces, te puso bocabajo, te llevó los brazos a la espalda y con una soga negra te ató las muñecas. El individuo estiró del cabo de la soga de forma que te obligó a arquearte. Luego, con ese mismo cabo, te amarró los tobillos. Remató la faena poniéndote una mordaza de cuero en la boca. Entonces, los sujetos que te habían escoltado a la recámara se marcharon. Menos de un minuto después entró un tercer sujeto. No era fuerte como los otros. Más bien blando, gelatinoso. Llevaba una cámara fotográfica muy grande en las manos con un potente *flash*. Comenzó a sacarte fotos. Rodeaba la cama sin dejar de disparar. Subía tu falda, la bajaba. Te acomodaba el cabello, te abría el escote. Y apretaba el obturador sin decir palabra. Muchas de las fotos fueron acercamientos a tus ojos aterrorizados. Después de medio centenar de tomas, el

fotógrafo desapareció. Una vez más entraron los forzudos. Te desataron. Te quitaron la mordaza. Te dieron a fumar cristal y fumaste. Te amordazaron de nuevo. Esta vez te amarraron a las cuatro esquinas de la cama. Las muñecas a las esquinas superiores, los tobillos a las inferiores. Bocarriba. De nuevo los sujetos desaparecieron y reapareció el fotógrafo. De nuevo te tomó fotos desde todos los ángulos posibles. El sujeto blando y gelatinoso dejó la habitación. Los matones entraron, te desataron, te quitaron la mordaza, te dieron a fumar más cristal. Fumaste. En esta ocasión te desnudaron. Te pusieron bocabajo. Ataron tus muñecas a los extremos superiores de la cama y tus tobillos a los inferiores. Los sujetos desaparecieron. El fotógrafo entró y sacó otro medio centenar de fotos. El fotógrafo abandonó la habitación. Los sujetos te desataron, vistieron y llevaron arrastras, de vuelta al sótano. Te arrojaron a la litera, como un día antes habían arrojado a María y antes a las otras muchachas cuyos nombres María no nos quiere decir.

Bondage, nos dice Remedios. Mujeres sometidas, amordazadas, humilladas para deleite de los hombres. Un catálogo en algún *chat room* secreto, encriptado — especula— para clientes de alcurnia. Prostitución a la carta. Eligen, pagan miles de dólares y les llevan muchachas como tú, Marina, para desvirgar a gusto.

Jaqueline interrumpió el relato de la muchacha con una especie de cuchillada en el aire: ¡hijos de su puta madre!, dijo. Salió de la oficina de la directora dando un portazo. María calló como si nunca más fuera a hablar. Remedios me indicó en silencio que siguiera a la Perra. La obedecí. Recorrí el pasillo de la casa refugio sujetándome de las paredes. La cabeza me daba vueltas y las piernas no atinaban a dar dos pasos en línea recta. Al salir al zaguán, me encontré a Jaqueline golpeando con los puños una de las vigas de madera que sujetaba el porche. Sus nudillos estallaban en sangre, igual la Perra no dejaba de descargar puñetazos. Su rostro era la máscara de una emoción indefinible. De su boca no brotaba ni un gemido. Ni siquiera la respiración jadeante de la rabia. Los nudillos acertaban una y otra vez en el mismo lugar como si fueran émbolos de una máquina fabricada para demoler. No me atreví a acercarme. La llamé por su nombre varias veces. Lo hice si levantar la voz pero con firmeza. Le pedí que parara otras tantas veces. Algunas astillas de la viga de madera se desprendieron. Jaqueline se detuvo, las manos empapadas en sangre. Me miró lentamente. Sus ojos ya no eran los mismos de aquella primera vez en la entrada de urgencias del hospital San Rafael. Un vacío siniestro brotaba de sus pupilas como un manantial nace de una gruta en invierno. Comenzó a frotarse los puños sin dejar de contemplarme. El izquierdo con la palma de la mano derecha y viceversa. Una pomada de sangre embadurnó sus dedos. Tenía la frente empapada en sudor. La noche inmensa del desierto se fue llenando de grillos. Un concierto persistente y monótono. Enloquecedor. Entonces me di cuenta de que unas lágrimas escurrían por mis mejillas. No eran muchas. No se trataban de lágrimas de impotencia o de coraje o de frustración. Nacían de una profunda melancolía. También me sentía cansado y egoísta. Solo podía pensar en huir de ese lugar, renunciar, tal vez cruzar la frontera e ir con mi madre. Jaqueline me contemplaba desde ese nuevo abismo que se había abierto entre nosotros reprochándome mi tristeza. De pronto, arrancó sin decir palabra en dirección al Honda Civic, montó en él, prendió el motor y enfiló la salida de la casa refugio. No tuve fuerzas para detenerla. Me sentí culpable. Me sentí indignado. Omar se asomó a la puerta de la casa atraído por el ruido del motor. Se sorprendió de verme en el zaguán con la vista perdida en la negrura que acababa de dejar Jaqueline en el camino. La misma cámara que llevaba en la incursión al callejón de las putas colgaba de su cuello.

—Al rato se le pasa —dijo y me sacó una foto con la cámara.

—No me gusta que me tomen fotos y menos sin permiso.

—Es para un proyecto que traemos mi madre y yo. Una exposición de fotos de

familiares de las víctimas de trata. ¿Me permites usarla?

Omar se acercó y me mostró en la pantalla de la cámara la foto que acababa de sacarme.

—Yo no soy familiar —atiné a decir mientras me veía congelado en una imagen que captaba con toda precisión la melancolía y la fatiga. Era una foto desgarradoramente bella. Observarme en esa pantalla fue como si, por un instante, yo hubiera dejado de ser yo y ante mí se desplegara un sujeto lejano, de otro tiempo, otro país, otra historia.

Doña Remedios apareció en el porche con una taza en las manos.

—¿Cómo está la muchacha? —le pregunté.

—En su habitación con su madre y Yolanda —dijo mientras se sentaba en una de las mecedoras. El reflejo de un padecimiento añejo atravesó su cara por un instante. Se llevó la taza a los labios y saboreó la bebida—. Omar te dará raite a tu casa.

—Gracias —musité—. ¿Se pondrá bien?

—¿Quién? —preguntó Remedios como si la conversación no le concerniera.

—La muchacha.

Se encogió de hombros.

—Tuvo mucha suerte. Son muy pocas las que escapan. Lo difícil va a ser que deje de culparse por lo que le pasó. A veces no lo logran y regresan al mismo agujero del que salieron o a otro.

—¿Cómo escapó? —preguntó Omar.

—Parece que la llevaban al gabacho con un cliente: *room service* que le llaman. Dice que llegaron a una gasolinera, no se acuerda a cuál; ahí los vigilantes se distrajeron, pudo bajar del carro, correr hasta el Oxxo de la gasolinera y una vez ahí, se puso a gritar que la habían secuestrado. Parece que había bastante gente, se hizo un desmadre y los cuates que la tenían prefirieron huir.

—¿Alguien llamó a la policía? —pregunté.

—No. Creo pidió que le hablaran a la familia. No quiere saber nada de policías ni de denunciar. Jura que algunos de los clientes con los que la llevaron era gente importante, que se veía que eran influyentes. Está muerta de miedo.

—¿Y Marina? —dije incrédulo.

Remedios volvió a encogerse de hombros.

—Si vamos al ministerio público con la historia de un rancho perdido en la sierra que funciona como un prostíbulo para perversos millonarios se van a reír de nosotros. Eso sin contar que alguien dé el pitazo —Remedios le dio otro sorbo a la taza—. Me preocupa lo de esta red de prostitución. Es nueva, no había oído de nada parecido por aquí. Se ve que tienen recursos y que los clientes son selectos. No se trata de proxenetas de medio pelo. Esto es mucho más grave.

Remedios se levantó de la mecedora pausadamente.

—Con su permiso, me voy a dormir, ha sido un día muy largo. Espero que tu amiga no haga ninguna pendejada, lo único que va a lograr es que la maten.

Remedios desapareció en el interior de la casa. Omar me dijo que iba a buscar las llaves de la camioneta para llevarme a casa. Los grillos, con nuestro silencio, volvieron a la carga. Era para volverse loco. Omar regresó del interior de la casa y se dirigió a la camioneta. Lo seguí. Abordamos el auto y emprendimos el regreso a la ciudad. De inmediato, Omar prendió el estéreo. Comenzó a sonar una música que no identifiqué. El cantante era argentino. Inconfundible.

—¿Quién canta?

—Bersuit Vergarabat, un grupo argentino.

La canción hablaba del desgaste de una relación, del aburrimiento, de la monotonía, del desencanto. La voz del vocalista era muy triste. La canción era muy triste. La camioneta, poco a poco, dejó atrás el polvoriento ejido y los escasos campos de algodón recién sembrados. Hacía tiempo que el oro blanco había dejado de ser negocio. A lo lejos, las luces de la ciudad parpadeaban sin un patrón fijo. Omar tarareaba la siguiente canción del CD. Me acomodé en el asiento y descansé la cabeza en el vidrio de la ventana. El desierto pasaba ante mí con su simpleza. La canción había terminado de hundirme en un estado de ánimo parecido a la perplejidad. Pensé en la Perra. ¿Dónde estaba?

—Disculpa que me meta, pero tienes que hacer que tu amiga se calme. Anda muy alterada, muy pirata; mi mamá tiene razón, va a terminar mal, y tú con ella.

—Pero es que está cabrón lo de su hermana. Y después de lo que contó la muchacha...

—Si alguien sabe por lo que está pasando somos nosotros. Si alguien puede ayudarla somos nosotros. A veces parece que nos ve como sus enemigos.

—Jaqueline no se fía de nadie, no es fácil que se abra a la gente.

Omar bajó un poco el volumen del estéreo. La música nos obligaba a forzar la voz.

—Al menos ahora sabe que Marina sigue viva. Nosotros, en cinco años, hemos tenido cero noticias, nada.

—¿Cómo se puede vivir con eso?

—Fundando un refugio para mujeres víctimas de trata.

Omar me sonrió. Se concentró en manejar. Le expliqué dónde vivía y la manera más rápida de llegar. La música de Bersuit Vergarabat siguió tocando en el estéreo en medio de nuestro silencio. Llegamos a mi casa. Pasaba la medianoche.

—Servido —dijo Omar. Desde el principio me había parecido que tenía muchos más años de los que en realidad tenía. Esa noche se me figuró un hombre adulto, endurecido, encadenado a una búsqueda infructuosa y a una madre enloquecida de dolor—. De veras, estamos para ayudarnos, estamos juntos en esto.

—Gracias —dije—. Voy a tratar de hablar con Jaqueline.

Esperé a que se alejara unos metros antes de buscar las llaves de mi casa. Abrí la puerta y entré con cautela. Me dio rabia sentir miedo al entrar a mi propia casa. La cabeza del Estudiante dentro de la hielera roja se había adherido a mis pupilas. Prendí

todas las luces de la casa, prendí la tele a todo volumen, me fijé que las ventanas estuvieran cerradas. Oteé la calle en busca de alguna presencia sospechosa. Me obligué a neutralizar el temor. Tenía sed. Mi refrigerador cada vez daba más lástima. Ni una cerveza ni un jugo. Me serví un vaso de agua. Fui a la sala, me tiré en el sillón y me quedé absorto en la televisión. Pasaban un programa de *telemarketing* en el que trataban de venderme una aspiradora. Yo no tenía pisos alfombrados, para qué quería una aspiradora. Pensé en retomar el juego de *The Walking Dead* donde lo había dejado. Me dio flojera. Seguí absorto en las maravillas de la aspiradora, luego me puse a observar las notables tetas y el redondo culo de la vendedora televisiva: una gringa hinchada de gimnasio y silicón, con un cabello rubio que brillaba intensamente con las luces del set. No quería pensar en la Perra. ¿Qué estaría haciendo? La vendedora gringuita mostraba cómo usar la aspiradora contoneando las caderas y moviendo los senos de arriba abajo, a los lados, al frente. En otras circunstancias tal vez me hubiera masturbado. En ese momento no podía. Tal vez en otras circunstancias. Por fin hice a un lado mi indignación y me dispuse a llamar a Jaqueline. En el momento en que echaba mano al bolsillo para extraer el celular, este sonó. Era la Perra.

—En cinco minutos estoy en tu casa. Mete algo de ropa en una mochila y en cuanto llegue, te trepas al carro y nos vamos en chinga de ahí.

—¿Qué dices? ¿De qué hablas? ¿Qué chingados hiciste?

—Orita te platico, haz lo que te digo, apúrale, güey.

Colgó.

—¡Putra madre! —dije y me quedé sentado en el sillón.

Conjeturar. Había un tono de alarma en su voz, una cierta aprehensión. Me pedía que echara algo de ropa en una mochila y que estuviera listo en cuanto se presentara en mi casa. Se trataba de una huida. Pero yo no estaba muy seguro de querer seguir viajando en ese tren embalado que amenazaba con descarrilarse en cualquier momento. Me di cuenta de que no tenía muchas opciones. No se detendría para que pudiera bajar en una estación acogedora. Pongamos por caso el hospital San Rafael con sus noches de tranquilos moribundos. ¿Saltar en marcha? Me incorporé rápidamente, fui a mi cuarto, metí un par de camisetas y un par de pantalones en una mochila de mi época de estudiante. Un par de bóxers, calcetines. Una gorra verde con la imagen de Darth Vader. Corrí al baño, guardé el cepillo de dientes y la pasta en uno de los bolsillos de la mochila. El ruido del motor de un auto se insinuó en el callejón hasta detenerse ante la puerta de mi casa. Me trasladé a la sala, me asomé por la ventana. Era el Honda Civic de la Perra. Cogí las llaves de la consola de la entrada, salí, cerré con doble vuelta y abordé el carro. La cabina olía a gasolina. Un olor penetrante que consiguió aturdirme.

—¿Pero qué hiciste? ¿Por qué apesta a gasolina tu carro?

Jaqueline aceleró para salir pitando del callejón.

—Le prendí fuego a la agencia de edecanes. Los hijos de la chingada tienen

ubicada tu casa, así que mejor nos desaparecemos unos días, por si acaso.

El escaparate de la agencia de edecanes daba a uno de los pasillos externos del centro comercial. La seguridad era una tomadura de pelo: no más de tres guardias que, pasada la medianoche, se tiraban a dormir en cualquier rincón propicio. Solo había cámaras al interior del *mall*. La Perra se cubrió la cara con un paliacate, reventó una de las lunas, se introdujo en el local. No sonó ninguna alarma. Para qué si aquello no era más que una fachada. Vació un galón de gasolina, aventó un cerillo y salió corriendo. No quiso quedarse ni un instante, así que solo pudo imaginarse el espectáculo de las llamas devorando el decorado de esa gran simulación. La venganza es un plato que se come en el infierno.

La Perra se dirigía al norte de la ciudad.

—¿A dónde vamos?

—Al gimnasio de don Lalo, no se me ocurre otro lugar.

—¿Qué tal a un hotel o algo parecido? —comenté molesto.

—Muy placa —se limitó a decir.

—Justo me acaba de decir la señora Remedios que cuide de que no hagas ninguna pendejada y ¡madres!, le prendes fuego a un centro comercial. ¡No mames!

—¿De cuándo acá tú me cuidas? Ora resulta.

—Tienes razón. Mejor regrésate por donde venías y me tiras en la casa.

Un buen pretexto para la ruptura. Cualquiera que fuera el origen de la confrontación, el otro era el responsable. Estaba tan indignado que ni siquiera pensé en que la Perra le había dado una segunda patada al avispero y podía terminar picoteado hasta reventar. Esperé la reacción de Jaqueline. Continuó rumbo al norte. Había ignorado mi comentario. Por un momento imaginé que la Perra alcanzaba a escuchar mi sangre pulsando mis sienes, mi yugular, mi pecho. El torrente de sangre corría por mi cuerpo bombeado por un ventrículo izquierdo enloquecido. Un ligero temblor atacó mis manos. Jaqueline conducía concentrada, echando miradas constantes por el retrovisor. Reconocí la calle en donde se ubicaba el gimnasio de don Lalo. Jaqueline desaceleró. Pasó de largo muy despacio, vigilante. Don Lalo se encontraba en la entrada del local. Hizo como si no nos conociera. Después de asegurarse de que no había ningún auto sospechoso, Jaqueline regresó al gimnasio. Estacionó justo enfrente. A esas horas, la calle lucía yerma, cansada, vacía. Sucia aún de los últimos estertores de la jornada. La boxeadora cogió una mochila del asiento trasero y descendió del carro. La imité. En ese momento no tenía ni la más remota idea de qué hacer. Caminé por la banqueta de arriba abajo. Don Lalo apenas me saludó con un cabeceo que devolví de la misma forma. Jaqueline y el viejo entrenador intercambiaron llaves. Don Lalo abordó el Honda Civic y se marchó.

—¿Vienes? —me preguntó la Perra.

Me esperó unos segundos. Solo acertaba a observarla. Jaqueline desapareció en el interior del gimnasio. Me apoyé en la pared. Estaba agotado. Se me antojó un cigarro. Los había dejado en la casa. El antojo arremetió con más fuerza. Frente a mí, un

charco de agua azul y negra que había dejado un puesto de tacos despedía un hedor penetrante. La calle entera olía a los residuos de los changarros de fritangas que invadían las aceras durante el día. De reojo pude ver que Jaqueline había dejado abierta la puerta. Un cuadro de luz se reflejaba en el piso. Pasó un carro muy despacio. Me dije que el orgullo podía esperar. Por fin entré en el gimnasio de don Lalo. Cuando llegué al cuadrilátero, me encontré a la boxeadora acostada en el centro, bocarriba, los brazos cruzados bajo la nuca, mirando al techo.

—Tenía que hacerlo. Si me quedaba cruzada de brazos —no terminó la frase.

Me senté al borde del *ring*. Las pantorrillas y los pies estaban embotados. Los desparramé sobre la lona y apoyé mi espalda en el encordado.

—¿Tienes un cigarro?

—¿Qué clase de hermana sería si no la encuentro?

—No es culpa tuya —dije pensando que no tenía un cigarro. Los pulmones seguían apremiantes consumiéndose a sí mismos.

—Busca en el vestidor, tal vez encuentres uno —dijo Jaqueline—. No sé qué voy a hacer si no la encuentro —hizo una pausa—. Pienso ir a la sierra.

No me sorprendió la idea. La soltó cuando cruzaba el gimnasio rumbo al vestidor. Entré en un cuarto sin ventilación, de unos cinco por tres metros. Al fondo había una regadera asquerosa que no se había usado en mucho tiempo, disimulada por una cortina hecha jirones. A lo largo de la pared derecha se extendían unos casilleros metálicos, verdes, abollados y abiertos en su mayoría. Los registré. Encontré un paquete de Delicados si filtro con dos cigarros. Me los eché a la bolsa y regresé al *ring*. No tenía lumbre.

—¿Tienes cerillos?

Jaqueline sonrió. Se incorporó, buscó en la mochila, extrajo una caja de fósforos y me los arrojó. Volvió a su posición original.

—Estás de suerte. Nunca traigo.

Yo también sonreí mientras prendía el Delicado. El humo lijó mi garganta. Tosí. Yo fumaba Marlboro blancos. En cuanto sentí el humo inundar los pulmones por segunda vez, pude tranquilizarme.

—¿Y qué harás cuando encuentres el rancho? ¿Entrar como Rambo y rescatarla? Eso, si lo hallas, te puede llevar meses.

—Rambo es un pendejo. Mejor como Rocky —matizó—. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—No tienes la culpa, Jaqui, métete eso en la cabeza. Hicimos todo lo posible, ya pusimos la denuncia. Puede que también logre escapar.

La Perra se incorporó a medias, se apoyó en el codo izquierdo y me contempló en silencio. Terminé el cigarro y prendí el otro.

—No vuelvas a decir que no tengo la culpa. Me caga la madre que digas que no tengo la culpa. No vuelvas a decirlo, ¿me oyes?

—No tienes la culpa, tu madre tampoco, quizás nadie tenga la culpa. Bueno, sí,

los hijos de la chingada que se la llevaron la tienen. Ellos tienen la culpa, ¿ok? Pero no puedes hacer nada, entiende que no puedes hacer nada.

—Chinga a tu madre.

Jaqueline se dejó caer sobre su costado, de espaldas a mí, y se enroscó como una víbora. Tan solo veía su espalda encorvada. La cabeza, las piernas se habían refugiado en su pecho. Un feto inmóvil en medio de un *ring* improvisado. Caminé por el cuadrilátero hacia ella. En mi vida había estado sobre uno. Era más mullido de lo que pensaba. Cuando llegué a su altura, le toqué el hombro.

—Vete a la verga —murmuró.

Me arrodillé a su lado. No me atreví a tocarla de nuevo. La idea llegó de repente, impulsada por la desesperación de detener la caída de la Perra Saldívar. Una idea temeraria y estúpida.

—Sé de alguien que podría ayudarnos. Al menos, tal vez pueda decirnos dónde encontrar el rancho.

La y griega en todo su esplendor, promesa y punto ciego. Ahí estaba, un palacio de los espejos feriante. Y ahí estaban deambulando los reflejos deformados de miles de individuos dispuestos a todo. Alcohol, tachas, cristal, coca, sexo, juego. El negocio de la soledad. Y ahí estábamos nosotros, más solos que nunca.

En cuanto Jaqueline escuchó la idea, nos pusimos en marcha. Era como si le hubiera inyectado una dosis de adrenalina pura. En cambio yo, desde el momento en que abordamos el viejo Datsun de don Lalo, no hice otra cosa que recriminarme. Había un desamparo en la Perra que me orillaba a tomar las decisiones más absurdas. Aquella superaba a todas. Entrar una vez a la boca del lobo puede ser excitante. Entrar una segunda vez es de idiotas. ¿De dónde sacaba yo que la Muñeca querría ayudarnos? ¿Cómo había llegado a esa conclusión? ¿Por qué ese espeluznante sujeto, en caso de saberlo, nos diría dónde encontrar el rancho? Me aferraba a las palabras de la señora Remedios. En la casa refugio había dicho que le preocupaba esa nueva red de prostitución, que tenía recursos y que sus clientes eran selectos. La Muñeca controlaba las calles del norte de la ciudad y su estilo (el de don Arnulfo) era el clásico: putas en las esquinas y moteles de segunda. Nada sofisticado. Tenía la esperanza de que el asunto del rancho fuera algo ajeno a los negocios de la Muñeca. De lo contrario... no quería imaginar qué pasaría de lo contrario.

Durante un año, una vez al mes, el travesti había visitado el Pierrot para cobrar la cuota de protección. Después del *show*, el original, que disfrutaba como una niña huérfana, solía ser yo quien lo atendía. Pasaba a la oficina, le entregaba el sobre, platicábamos un rato sobre el negocio y se largaba. No volvía a saber nada de la Muñeca hasta el siguiente mes. Había sido extremadamente indulgente. Su fama de matón implacable lo precedía. Pero con nosotros, tal vez por el influjo que el espectáculo tenía sobre el travesti, siempre se comportó como una especie de gran

madre de tetas operadas. Luego, mucho tiempo después de mi renuncia, Richard había aparecido muerto en el callejón del Pierrot. Todas las voces de la y griega murmuraron el nombre de don Arnulfo. Yo nunca estuve seguro. En cuanto terminó de quebrar, el Pierrot pasó a manos de la Muñeca. Lo había convertido en un picadero gay. ¿Para qué matar a Richard?

Y ahí estábamos de nuevo, esquivando a los promotores de los salones de masaje, de los teibols, de las cantinas. Nos asaltaban tarjeta en mano en plena calle y trataban de meternos en el hoyo en el que trabajaban. Nos ofrecían cristal, nos ofrecían chiva, nos ofrecían perico y tachas. Nos ofrecían mujeres, nos ofrecían hombres. Nos olfateaban el dinero para dejarnos limpios. Nos los sacábamos de encima con gruñidos y desplantes. Dos cuabras enteras. De pronto surgió el Pierrot. La tabla estilo taberna medieval con un Arlequín pintado de ambos lados seguía colgando del tubo de fierro sobre la entrada. Apenas se distinguían los contornos del dibujo. Richard se sentía orgulloso de esa tabla austera que contrastaba con los anuncios de neón de los otros negocios. También Richard había mandado construir en la entrada un arco de cartón piedra que imitaba a los arcos de las villas renacentistas. Estaba muy deteriorado.

—Así que este es el famoso Pierrot —dijo la Perra—. Lo tienen bien jodido.

Por un momento olvidé por qué estábamos ahí. Hombres maduros, hombres viejos, hombres cenizos entraban y salían acompañados de adolescentes con credenciales falsas. Del interior surgía una música que no alcanzaba a identificar, pero que me pareció un aullido lento. Un guardia de seguridad franqueaba la entrada. Se trataba de un anciano alfeñique con lentes de fondo de botella. Sentado sobre un banco de madera, ignoraba el vaivén de los clientes. Sus ojos miopes pendían del extremo de la calle como calcetines percutidos de un tenderete. Atestiguar la decadencia de cualquier cosa siempre es desgarrador. Por un momento me olvidé de Jaqueline y Marina.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó la Perra.

El callejón donde Richard había sido asesinado estaba a la vuelta de la esquina. Lo habían violado con un tubo y cosido a cuchilladas a unos cuantos metros de ahí. El anciano alfeñique posó sus lentes obtusos sobre nosotros. Su expresión era la misma de antes.

—¿Entramos o qué? —volvió a preguntar la Perra.

—Espera, no creo que esté ahí.

Me dirigí al portero de la entrada.

—Estoy buscando a la Muñeca. Soy Jerry, antiguo socio de este local. ¿Sabes dónde puedo encontrarla?

Me di cuenta de que me había referido a la Muñeca en femenino. Siempre tuve problemas para establecer su género. El portero hizo un gesto con la mano y desapareció en el interior del Pierrot. Encaré a Jaqueline y le sonreí. Jaqueline introdujo las manos en las bolsas del pantalón y apoyó la planta del pie izquierdo en

la defensa de un carro estacionado frente al Pierrot. Contemplaba el extremo de la calle como el portero un momento antes, solo que del lado opuesto. El bullicio seguía como una constante imprescindible. Sentí que a la Perra le rodeaba un halo espeso de silencio. Un grupo de muchachos pasó a su lado y la reconoció.

—¡Es la Perra Saldívar! ¿Una foto, campeona?

Dos de los muchachos se pusieron a los lados de Jaqueline, apretujándola. Uno de ellos alejó el celular tanto como se lo permitió el brazo, lo levantó a la altura de sus rostros y disparó. En cuestión de minutos la foto estaría en el muro de su Facebook. Con frecuencia olvidaba que me encontraba con una celebridad menor en esta ciudad sin estrellas. Creo que la Perra no sonrió cuando le tomaron la foto. Los muchachos se alejaron alborozados. El portero anciano había presenciado la escena desde la puerta del Pierrot. Lo acompañaba un individuo mucho más joven y corpulento. Lucía una barba negra y un cabello de puerco espín. El color de su piel tenía un tono hepático. Estaban desconcertados. Sobre todo el de la barba. El viejo portero miope me señaló con un dedo huesudo y artrítico.

—¿A quién buscas? —me preguntó el sujeto.

—A la Muñeca. Soy Jerry, el socio de Richard, el antiguo propietario.

El sujeto se puso nervioso.

—¿Y ella?

—Es la Perra Saldívar, la boxeadora, ¿la ubicas?

—No seas pendejo, claro que la ubico, ¿qué hace aquí?

—Viene conmigo, estamos buscando a la Muñeca.

—¿Para qué?

—Eso no puedo decírtelo.

El matón me llegaba al pecho. Pero eso no significaba nada. Con cada pregunta me intimidaba, me arrinconaba, sin que yo no pudiera hacer nada al respecto.

—Espera aquí, no te vayas —dijo después de valorar la situación.

Jaqueline me interrogó con la mirada. Le hice un gesto de que tuviera paciencia. El portero miope extrajo una cajetilla de Raleigh. Estaba abierta por la parte de abajo. Una costumbre que me desagradaba. De cualquier forma le pedí un cigarro. Me lo tendió sin decir palabra, al igual que la lumbre. El Raleigh no me raspó la garganta como el Delicado una hora antes; explotó en mis pulmones y su sabor amargo inundó mi boca. El barbudo reapareció en la puerta.

—Ve al Venus. Sobre esta misma calle, todo derecho, como a unas tres cuadras.

Jaqueline se puso en marcha sin esperarme. El sujeto ya había vuelto al interior del antro. Le di las gracias al portero. Detrás de los vidrios de aumento, sus ojos parecían dos vacas pastando.

Tuve que apresurarme para alcanzar a la boxeadora. Le pedí que se tranquilizara, que no podíamos llegar con la Muñeca en ese plan.

—Está medio tumbada del burro —dije. Seguía refiriéndome a la Muñeca en femenino.

Jaqueline continuó su camino sin aminorar la velocidad.

Una patrulla nos emparejó y circuló unos metros a nuestra marcha. La pareja de chotas nos estudió detenidamente. Después aceleró. Unos cincuenta metros más adelante se detuvo. Un padrote se asomó a la ventana del auto y les entregó una bolsa. Continuaron patrullando la y griega. Por fin divisamos el Venus. No recordaba haberme sentido así de cansado. Mis pies hormigueaban dentro de los tenis y una roca pesada parecía colgar de cada una de mis pantorrillas. Cuando estábamos a escasos diez metros de la entrada, surgió la Muñeca del brazo de un muchacho de no más de veinte años.

—Anda, chíngate esa última línea, muñeco. ¿Cómo es que perdiste la pelea, nena, explícamelo?

—Cosas que pasan. En el asalto que envié a la Maniquí a la lona me vacié todita, me quedé sin nada. Ella se recuperó rápido del madrazo y yo estaba bofeada y sin fuerzas y pues me chingó.

—Fíjate que estuve a punto de apostar por ti, por eso de que eres de aquí, del barrio. Pero me dijeron que estaba muy cabrón que le ganaras a esa Maniquí, así que cambié de idea. ¡Y qué bueno! Ahora te estaría cobrando.

La Muñeca rio su chiste. Yo estaba inclinado sobre la mesa de una taquería sin más clientes que nosotros. Aspiré con el tabique nasal izquierdo y el polvo entró suave hasta el cerebro a través del billete de cien. Todas las conexiones neuronales hicieron cortocircuito. No me metía coca desde la época del Pierrot. En ese entonces le ponía a la nieve de vez en cuando. De inmediato sentí la efervescencia y el control. Snif: soy Dios.

La Muñeca nos había invitado a cenar unos tacos de asada. Aún llevaba a su galán veinteañero todo músculos colgado del brazo. El chamaco no abría la boca. La Muñeca nos invitó a la taquería, a la vuelta del Venus, para recordar los viejos tiempos. La verdad es que estaba encantada con la Perra Saldívar. De inmediato se declaró su fan y nos arrastró hasta ese lugar solitario.

—Come, muñeca, come —le decía a Jaqueline fascinada de tenerla sentada enfrente.

La Perra tragaba sin hambre, consciente de que tenía que agradar al travesti. La Perra no estaba acostumbrada a esas concesiones. La Muñeca vestía con su habitual uniforme de puta. Hacía mucho que no ejercía. Tal vez nunca había necesitado hacerlo. Las grietas alrededor de sus ojos acumulaban grumos de maquillaje. En esos tres años le habían brotado algunas arrugas en la frente y acentuado las patas de gallo. Las ojeras iban en camino de convertirse en bolsas.

—¿Y para cuándo la revancha? —preguntó el travesti.

Jaqueline se encogió de hombros mientras le daba un trago al agua de horchata. Yo sentí la necesidad de intervenir, de soltar el torrente de palabras que el polvo amontonaba en mi cerebro.

—Jaqui le va a dar en toda su madre a la pinche vieja esa. En caliente apuesto a que la tumba antes del sexto. Nada más que solucionemos un problema pendiente y aquí la Perra regresa al gimnasio, se pone a punto y a chingar a su madre la Maniquí. Están viendo a la próxima campeona del mundo. Acuérdense de mí.

La Perra puso su mano sobre mi rodilla derecha para detener el tic nervioso. Sin darme cuenta, había comenzado a golpear el piso con el talón como si fuera un telégrafo. Cerró con fuerza sus dedos alrededor de la rótula hasta que cesó el movimiento compulsivo. Empecé a tamborilear con las yemas sobre la mesa. Una mosca dejó el guacamole en paz y salió volando.

—¿Qué problema? —se interesó la Muñeca.

—Pláticale, Jaqui. O prefieres que yo le cuente. Si quieres, yo le digo cómo está el rollo. Aquí a mi amiga no le gusta mucho hablar. Bueno, no siempre, porque cuando quiere, no le para la lengua.

—Ya cállate, güey —dijo la Perra. El travesti y su semental me observaban divertidísimos. Me encontraba en el clímax. El perico de la Muñeca no tenía casi corte. Mi corazón latía a ritmo de chachachá.

—Se trata de mi hermana, se la llevaron unos hijos de la chingada —explicó la Perra.

—¿La secuestraron? —preguntó el galán.

—Algo así.

El habitual laconismo de la boxeadora, bajo los efectos de la nieve, me pareció insípido, una claudicación.

—Acaba de cumplir dieciséis años —intervine de nuevo— y estamos seguros que cayó en manos de una red de prostitución. Estuvimos investigando macizo, nos metimos hasta la cocina, aquí la Perra hasta le prendió fuego a un negocio tapadera que tienen en el *mall* del sur, el caso es que alguien de toda confianza, puta madre, qué sed tengo, ¿no venden cheve aquí?, qué estaba diciendo, ah, sí, esta persona la vio en un rancho que está en la sierra, no sabe dónde exactamente —la Muñeca me interrumpió con un movimiento de la mano. Sus dedos fuertes y huesudos terminaban en unas uñas postizas de fantasía.

—Espérame afuera, no me tardo —le ordenó a su acompañante. Este se levantó de la silla y se largó sin despedirse. La Muñeca esperó a que el semental cruzara la puerta de la taquería para seguir hablando—. Cuidado con lo que dices, muñeco, y a quién se lo dices. Haz de cuenta que no estuvimos aquí, que no nos vimos, que no nos conocemos, ¿ok? Bueno, Perrita, un gusto, si hay revancha apostaré por ti.

La Muñeca hizo ademán de marcharse. La Perra lanzó su brazo derecho sobre la mesa y asió al travesti del codo.

—Espera, no te vayas. Si sabes algo, si sabes dónde queda el rancho o quién puede decirnos, te pido por favor, te suplico que me ayudes.

—Ay, campeona, olvídate de tu hermana, hazte a la idea de que está muerta. Hora es mejor que me sueltes, lo digo en serio, suéltame antes de que me encabrone.

Jaqueline mantuvo su presa unos segundos. Después abrió la mano lentamente y se recostó en el respaldo de la silla. Observaba al travesti, lo medía, parecía calcular su peso, su fuerza, sus agallas. Sonrió con desdén. Mientras, la coca seguía su viaje a través de mis entrañas electrizando mis terminales nerviosas.

—¿Sabes lo que les hacen en ese rancho a las plebes? Las amarran gacho, les sacan fotos y las venden al mejor postor. No me lo estoy inventado, es neta. Ninguna tiene más de veinte años. Yo sé que no es tu estilo, Muñeca, te conozco desde hace tiempo. Vi cómo tratabas a las morras que trabajaban para ti. Siempre me decías que tus putas estaban limpias y contentas, que tenías a raya a los padrotes para que no se pasaran de lanza. Chingada madre, Muñeca, si hubieras escuchado lo que yo escuché me cae que te emputas. Eres nuestra última esperanza. Jaqui, enséñale la foto de Marina. Vieras que chula la plebe.

La sed iba en aumento. Le arrebaté la horchata a la Perra y le di un trago. Se me antojaba una cerveza helada. Jaqueline extrajo su celular y le mostró la foto de Marina que siempre llevaba en la carátula. El Travesti vio la imagen sin prestar atención. Echaba miradas constantes a la puerta de la taquería.

—Por los viejos tiempos, Muñeca, por favor —insistí.

—Pinche Jerry —dijo la Muñeca—. Apunta, rápido: 6522862617. Háblenme mañana al mediodía, a ver si les tengo algo. Nada más les digo que se están metiendo con gente muy pesada. Van a terminar en un hoyo en el desierto.

Jaqueline acabó de escribir el número en el celular y lo guardó en sus contactos. La Muñeca ya se había levantado.

—Gracias, Muñeca. ¿Puedo preguntarte algo más?

—Putra madre, pareces periodista.

—¿Por qué don Arnulfo mandó matar a Richard?

—¿Don Arnulfo? ¿De qué hablas, muñeco pendejo? A tu amigo lo mataron por andar joteando con quien no debía. Se lo chingó un padrote al que le dicen el Gringo. Se lo chingó por puto nomás.

Parecía que un gigante descomunal hubiera arrojado un puñado de rocas de origen ígneo como si fueran dados en pleno desierto. Parecía que hubieran caído al azar conformando una sierra de mil metros de altitud, muy escarpada en su vertiente oriental. La transición era abrupta: sin previo aviso brotaba de las dunas la formación rocosa que en la región conocíamos como La Ventisca. Partía en dos el desierto. Del lado este, la grupa montañosa conservaba su vocación árida. Del lado oeste, la vegetación iba poco a poco convirtiéndose en un paisaje andaluz hasta llegar al mar. Estaba a unos trescientos kilómetros de la ciudad. Poco más de tres horas en carro.

Llegamos a las faldas de La Ventisca con las primeras luces del alba. El Jeep Wrangler que había rentado Jaqueline era cómodo por dentro. Por fuera, la carrocería, la amortiguación, el motor, las llantas, especiales para adentrarnos en los caminos de la sierra.

La Muñeca había cumplido con su parte. Al día siguiente de nuestro encuentro, le hablamos a la hora convenida. Nos dio el rumbo donde podíamos encontrar el rancho y colgó. Después, Google Earth terminó de proporcionarnos una ubicación bastante

exacta. Con esa información acudimos a la casa refugio y nos reunimos con Remedios, Yolanda y Omar. Hasta ese momento no teníamos ningún plan. La Perra solo pretendía ir. Allá pensaría en algo. Un suicidio. Remedios y Yolanda no quisieron saber nada del proyecto. Todos seguíamos siendo conscientes de que no solucionaríamos nada con acudir a la policía. Omar fue el de la idea. Remedios se volvió loca de coraje. Le prohibió acompañarnos. Omar argumentó a su estilo, pocas palabras, rotundas: ¿de qué servía la casa refugio, las salidas nocturnas al rescate de las chicas si cuando se presentaba la oportunidad de desbaratar una red de trata se acobardaban? Remedios tenía miedo, miedo a perder a otro hijo, miedo a descubrir que el olvido podía, a la postre, resultar más útil. ¿Pero cómo se olvida a alguien que de la noche a la mañana desaparece sin dejar más rastro que un puñado de sonidos e imágenes congeladas? ¿Alguien al que le dijiste unas horas antes de esfumarse que fuera a la tienda a comprar una soda y pan para la cena? ¿Cómo se vive sin un cuerpo nueve metros bajo tierra y una lápida a la que llorarle? Al final, Remedios no tuvo más palabras y se resignó. Omar había crecido con una sola constante en su vida, la ausencia de su hermana. Su plan era acercarse lo más posible al rancho y fotografiar su actividad. Luego, lanzar la bomba a través de los periódicos. La clase política reaccionaría, las autoridades actuarían para acallar el escándalo. No era mucho, cierto. Era mejor que entrar al lugar en plan superhéroe a rescatar a Marina. Sobre todo, había más probabilidades de salvar el pellejo.

¿Las había?

La carreteo ascendía por La Ventisca enredada en curvas muy pronunciadas, en medio de tajos en las rocas, de vaivenes de vértigo. Un carril estrecho de ida, otro de vuelta. De vez en cuando, un tráiler surgía de una curva invadiendo un pedazo de nuestro carril y nos empujaba a la orilla. Pasaba cerca, con el rugido del motor en segunda para frenar el tonelaje en descenso, y nos sacudía de pies a cabeza. Los tres íbamos embebidos en el paisaje. Las primeras lluvias se habían adelantado casi un mes. El desierto florecido es como una mujer desnuda por los pasillos de un monasterio cartujo. Los ocotillos pintan de rojo sus crestas, la flor amarilla de las gobernadoras se pavonea, los mezquites reverdecen y los saguaros engordan. El desierto nos ofrecía su vida breve, contada en meses: un tributo a lo efímero. Jaqueline conducía muy concentrada. Omar sacaba fotos desde el asiento de atrás. Yo trataba de que el miedo no arruinara el amanecer en esa geografía escarpada, silenciosa y austera. Pensé que una buena línea de la nieve que nos había obsequiado la Muñeca dos días antes me concedería la audacia suficiente. Snif, soy valiente. Snif, me como el mundo. Desde el principio había establecido una relación de respeto con el perico. Intuía que mi carácter apocado terminaría por lanzarme de bruces a las pequeñas montañas blancas que llegaron a erigirse en los buenos tiempos del Pierrot. Así que me lo tomaba con calma. En el ocaso del antro, Richard acabó pareciéndose a un espantapájaros con Parkinson. Cuando entré a trabajar al hospital, me fue sencillo olvidar el polvo. Con el cigarro seguía intentándolo. El San Rafael había sido el

refugio perfecto para esconderme de este talento de mierda para el naufragio. Había durado poco.

El Jeep se aproximaba a la cima de La Ventisca. Yo iba adentro y seguía sin tener muy claro por qué. Ya saben: si esa mañana, en lugar de entrar al cuarto de Jaqueline la Perra Saldívar me hubiera largado a mi casa... De todas formas, una línea de coca me caería a toda madre. Todo lo demás ya no tenía remedio.

Unos cuarenta kilómetros antes de la cumbre, un camino sin pavimentar se adentraba en el monte hasta El Tapui, un pueblo semiabandonado con reses de costillas claras, perros sarnosos y medio millar de campesinos desnutridos. Según la aproximación del Google Earth, la brecha atravesaba El Tapui y ascendía unos tres kilómetros por un cerro rocoso. Al pasar el promontorio, al fondo de una hondonada, se encontraba el rancho donde tenían secuestrada a Marina. Al menos, eso creíamos. Nos alejamos de la carretera poco más de quinientos metros y estacionamos el Jeep bajo un mezquite bastante alto que lo disimulaba. De ahí, andaríamos hasta El Tapui, lo rodearíamos y seguiríamos rumbo al rancho. No podíamos llegar al pueblo en el Jeep, los halcones nos detectarían de inmediato. Tampoco desplazarnos por el camino de terracería. Así que emprendimos la marcha monte a través, siempre paralelos a la brecha, hasta divisar El Tapui. Omar cargaba una mochila a sus espaldas con el equipo fotográfico. Yo una bandolera cruzada con unas botellas de agua, frutos secos y unos sándwiches. Jaqueline se apoyaba en una rama que había cortado del mezquite. Había tratado de convencernos de conseguir una pistola en el barrio antes de partir al rancho. Solo era cuestión de hacer un par de llamadas, dijo. Omar y yo le dejamos claro que nada de armas. Una vez más, aceptó a regañadientes. El hijo de Remedios abría la marcha. Sus zancadas parecían habituadas al terreno irregular. A pesar de su corpulencia, desplazaba su peso con ligereza. La Perra lo seguía de cerca. A veces tropezaba con una piedra o perdía el paso al pisar un hoyo. Se reponía de inmediato. En cambio yo, como a los diez minutos, empecé a rezagarme. El sol nos había alcanzado muy rápido. El calor se dejaba sentir aun con el suave viento que corría de norte a sur. Mi cuerpo gordo y torpe, mis pies blandos, mi tranco urbano y sedentario me convertían en un animal grotesco en medio de ese pasaje agreste. Omar y Jaqueline tuvieron que detenerse en dos ocasiones antes de ver a lo lejos los primeros tejados del pueblo. Cuando los alcanzaba, reiniciaban la marcha en silencio. No hablábamos por miedo a que alguien nos oyera. Tampoco teníamos mucho que decir. Cada quien iba sumido en sus pensamientos. Los míos eran, más que nada, una queja constante. El miedo seguía ahí. Con el miedo, todos los ruidos, las sombras y los reflejos propios del monte se magnificaban. El miedo también me cerraba la garganta y multiplicaba la sed. Bebía demasiada agua, sin pensar en las horas que estaríamos en La Ventisca. Rodeamos El Tapui. No nos cruzamos con nadie. El ascenso al promontorio después de una hora de marcha se convirtió en un suplicio. Mis pulmones, a causa de la respiración agitada, comenzaron a expulsar flemas que me hacían toser. Jaqueline y Omar apretaban el paso. Sabían que debíamos encontrar

cuanto antes un lugar lo más cercano posible al rancho que permitiera ocultarnos. Todo dependía de esa azarosa posibilidad. La subida fue empinándose. Mis pasos cada vez eran menos firmes. Resbalaba fácilmente. Caí de rodillas al menos tres veces. Al llegar a la parte más alta del promontorio, Omar me apremió para que me tumbara en el piso. Me dejé caer agotado. Por momentos, mis pulmones detenían su respiración, apenas un instante. Suficiente para sentir que me ahogaba. Estaba bocarriba. Cuando logré calmarme, abrí los ojos. El cielo azul apareció inmenso. Unos pocos jirones de nubes se confundían con el rastro que dejaba un lejano avión surcando el espacio. Un punto diminuto con una cauda blanca tras de sí. Dentro de ese punto, un centenar de individuos atravesaba el firmamento rumbo a alguna parte. Soy una rata de ciudad que procura vivir en un mundo virtual. La inmensidad de ese cielo y esa sierra me provocaba un intenso desasosiego. Tenía ganas de llorar. De no estar ahí y al mismo tiempo de quedarme para siempre. Los susurros de Omar y Jaqueline llegaban hasta mí confundidos con el viento. Estaban unos metros más adelante, bocabajo, observando la hondonada. Me imaginé que habíamos dado con el rancho. A gatas, me acerqué a ellos. El declive del promontorio, en esa cara, no era muy pronunciado. En el pequeño valle se distinguía una construcción cuadrada, amplia, de dos pisos, de paredes encaladas y tejas ocres. El camino de tierra que partía de la carretera y atravesaba El Tapui moría en la entrada del rancho. Un par de camionetas negras estaban estacionadas en la explanada que se abría ante el porche de la casa. No más de tres sujetos rodeaban el edificio en un radio de unos veinte metros. Probablemente armados.

—Tenemos que acercarnos más —dijo Omar—. Desde aquí no tengo chance.

—Vamos, pues.

Cuando intentó incorporarse, Omar detuvo a Jaqueline de la pierna.

—Espera. Nos pueden ver, hay que pensarla bien.

—Yo hasta aquí llegué —dije.

Jaqueline apretaba los guijarros y la tierra del suelo con los puños. Era como si necesitara que el cerro la detuviese. Me contempló sonriendo.

—Abusado, cabrón, que no te cachén. Si nos agarran, te vas en chinga y pides ayuda.

Omar observaba el declive en busca del mejor lugar.

—Necesitamos acercarnos a unos doscientos metros. Traigo un telefoto de setenta y cinco trescientos. Con un Iso de doscientos y una velocidad de uno sobre ochenta podré sacar unas fotos bastante claras. Voy a tener que abrir el diafragma a once.

Omar hablaba para sí, consciente de que no entendíamos una palabra de su jerga. Omar hablaba para disipar el miedo sin dejar de observar el declive.

—Mira —le dijo a Jaqueline—, ¿ves ese grupo de rocas allá, entre los dos saguaros más altos? Ese lugar está al fregadazo.

Le alcancé a la Perra dos botellas de agua, un par de sándwiches y una bolsa de cacahuates japoneses. Jaqueline insistió en que si les pasaba algo, fuera en busca de

ayuda. Luego me dio las gracias y me pidió que me cuidara. Pensé que me abrazaría. Ambos titubeamos, al final, en cuclillas, Jaqueline inició el descenso tras los pasos de Omar. Los seguí todo el trayecto con la vista. Buscaban las rocas más altas, los ocotillos, los mezquites, los saguaros para ocultarse. Era una marcha lenta, oblicua, un largo rodeo para llegar al sitio que Omar había elegido, una especie de balcón natural que hacía una roca lisa oculta tras unas piedras de medio metro de alto en el extremo. Yo alternaba mi vigilancia entre ellos y los sujetos que cuidaban el rancho. Quise creer que la confianza que les daba la impunidad con que actuaban los tendría aletargados. Me dije que difícilmente podrían imaginar que una boxeadora y un fotógrafo estuvieran merodeando por el negocio en ese momento. Veinte minutos después, Jaqueline y Omar alcanzaron el objetivo. Aparentemente, los gorilas no los habían detectado. Eché mano de mi celular para enviarle un mensaje de texto a la Perra. Sin señal. La soledad cayó sobre mi nuca como un pájaro herido. El sol de las diez de la mañana ya era un sol adulto, procaz. Extraje mi gorra de la bolsa. Una vieja gorra verde con la imagen de Darth Vader en la parte frontal. La mojé con un chorrito de agua y me la puse. Jaqueline y Omar se habían instalado en la roca. Apenas alcanzaba a ver sus cabezas. No aprecié ningún movimiento especial en el rancho. Recosté mi frente sobre los antebrazos. El silencio nada más le dejaba sitio a los latidos del corazón. El golpeteo retumbaba en la tierra y la tierra me regresaba el sístole y el diástole cada vez más pausados. El viento, que al llegar a La Ventisca era apenas una caricia, afortunadamente arreció. Lo sentía atravesar la humedad de la gorra, refrescarla y refrescar mi cuero cabelludo. Cerré los ojos, me concentré en las pulsaciones. Era agradable ese ritmo constante. La modorra me alcanzó y se transformó en duermevela. No terminaba de dormirme cuando el graznido de un chanate o el eco de una probable voz traída por el viento me regresaban al cerro. No sé muy bien si fue un sueño. De pronto, apareció ante mí una mujer descomunadamente desnuda, gorda y alta. Una gigante que ascendía entre las rocas. De su costado derecho brotaba una protuberancia que podía identificarse con un cuerpo en miniatura. En donde iba la cabeza, distinguí claramente el rostro de Sócrates Porter. Es probable que el lejano ruido de un motor me haya hecho abrir los ojos. Tal vez fue la desagradable imagen de esa mujer subiendo hacia mí. Ya despabilado me atreví a espiar la hondonada. Una camioneta negra parecida a las estacionadas en la entrada recorría el camino hacia el arco de acceso al rancho. La seguí con la mirada. Un poco más abajo, percibí el movimiento de Jaqueline y Omar. Imaginé que se alistaban para fotografiar la llegada del vehículo. Entró a la explanada y se detuvo a unos pocos metros de la escalinata. Unos segundos después, descendieron dos individuos y abrieron la puerta de atrás. Apareció una silueta menuda con formas de mujer. Agucé la vista. Tal vez se trataba de una muchacha. Una capucha negra cubría su cabeza. Los sujetos la guiaron en el ascenso a las escalinatas, uno a cada lado. La sujetaban del brazo. La chica caminaba cabizbaja. No se resistía. Desaparecieron en el interior del edificio. Ya teníamos lo que buscábamos. Si las fotos salían bien, no

necesitábamos más pruebas para destapar la cloaca. Me entró un ataque de pánico. Hasta ese momento, la paz del cerro me había alejado por un rato del propósito por el que estábamos ahí, de Marina tal vez secuestrada en esa casa, del hecho de que ese rancho funcionara como un burdel para millonarios aburridos, abúlicos de dinero. Intenté de nuevo enviarle un mensaje de texto a la Perra. En esa parte del cerro no había señal ni la habría. Pasaron los minutos. Media hora. Omar y Jaqueline continuaban apostados en la roca. ¿No habían podido fotografiar la llegada de la adolescente encapuchada? Pensé en arrastrarme hasta ellos. Descarté la idea casi al instante. ¿Qué esperaban para regresar? El mediodía se acercaba y el sol caía como si anunciara el apocalipsis. Tuve que racionar la poca agua que me quedaba. El viento dejó de correr. La fauna se aletargó. El tiempo pareció detenerse, como materializado en una diapositiva ondulante. Tenía la garganta seca y el ánimo deshidratado. Me tendí bocarriba tratando de contener el ataque de pánico. Respiré profundamente. El aire secaba aún más mi garganta. Si no cedí al impulso de emprender el regreso al Jeep fue porque todavía conservaba un poco de dignidad. Agucé el oído como para escuchar al tiempo reanudar su marcha. Alguna señal que me indicara que el mundo seguía en movimiento. Nada. Volví a asomarme. Jaqueline y Omar continuaban agazapados en su puesto. Revisé el celular. El mediodía era casi un hecho. Me puse a jugar Sudoku. Un par de gotas de sudor salpicaron la pantalla del teléfono. Cada vez que verificaba la disposición numérica, había dos o tres errores. Y de nuevo hubo movimiento en el rancho. Una segunda camioneta atravesó el camino, cruzó el arco y se estacionó a un lado de la primera. De nuevo descendieron dos sujetos y otra adolescente encapuchada. Al poco rato de que desaparecieran en el interior de la casa, distinguí actividad en el puesto de Jaqueline y Omar. Parecía que emprendían el regreso. Prácticamente se arrastraban entre las rocas, los mezquites y los saguaros. Estábamos muy cerca de salir de ahí con vida y con las pruebas necesarias para reventar el negocio.

Gracias a las ampliaciones que pudo hacer Omar, era posible distinguir con bastante precisión a las chicas encapuchadas arribando al rancho. Por lo menos seis de las más de cincuenta fotos que disparó el hijo de Mercedes mostraban nítidamente lo que sucedía en ese lugar. Omar las había impreso y ahora estaban esparcidas en la mesa del comedor de la casa refugio. Sentados alrededor, Yolanda, Remedios, su hijo, Jaqueline y yo las observábamos como si fuera una liturgia. Mucho más inquietante que las imágenes era la comprobación gráfica del testimonio de María. Hasta ese momento, su relato había flotado en un cómodo limbo más cercano a la ficción que a la realidad. Con las fotos delante de nuestras narices, la realidad era de nuevo ese monstruo constante. La muchacha continuaba hospedada en la casa refugio en una suerte de estado catatónico del que la psicóloga voluntaria no lograba sacar. Su madre la visitaba todos los días. Su madre estaba arreglando todo para que María se fuera a vivir al sur con unos familiares. Remedios le había aconsejado que la mejor forma de rehabilitar a su hija era poner tierra de por medio. Volver a empezar en un lugar donde nada pudiera recordarle la pesadilla que había vivido. Además, Remedios y Yolanda habían logrado el patrocinio de una empresa para que pagara el boleto de regreso de la bailarina colombiana. Más o menos a la misma hora en que andábamos en La Ventisca, la habían puesto en un avión rumbo a su país.

Jaqueline a esas alturas era una sombra de su odio. No me atrevía ni siquiera a imaginar qué pasaba por su mente al presenciar las fotos. Había perdido el habla. Solo aguardaba a entrar en acción. Yo sabía que si el plan de Omar no funcionaba, la Perra regresaría al rancho a encontrar la muerte.

Entonces Omar empezó con las llamadas. Sus colegas periodistas, uno a uno, le fueron diciendo que lo sentían pero que no publicaban nada relacionado con el crimen organizado si no venía de una fuente oficial. Omar, a medida que las negativas iban acumulándose, palidecía y farfullaba disculpas, promesas de que el siguiente aceptaría. Pero la agenda se agotaba. Con cada no, yo volteaba a observar la reacción de la Perra. Parecía absorta en un punto lejano en algún lugar del techo del comedor. No movía un músculo. Solo contemplaba ese pedazo de nada suspendido en la nada. Yolanda se disculpó y se retiró del comedor. A los pocos minutos Remedios la imitó. Omar seguía en el empeño. Después de la última llamada arrojó su celular sobre la mesa, me vio a los ojos un instante y luego escondió la mirada en el teléfono, que había caído sobre una de las fotos.

—Tiene que haber alguien —dije—. No puede ser que nadie se atreva.

—Están los blogs. Hay algunos que no censuran nada, pero no tienen mayor

impacto. Nadie los pela. Para que la bomba estalle, debe ser en un medio importante —dijo Omar.

Jaqueline cambió de postura sobre la silla. Abandonó el punto indefinido en el techo y posó sus ojos en las fotografías. Aún ahora me es difícil describir su expresión. Era la de alguien que ha tomado una determinación, pero también la de alguien que sabe que va a morir. Era la expresión de quien emprende un viaje del que no piensa volver. La expresión de quien ha comprendido que nada tiene importancia, que cualquier acto impostergable al final niega todos los actos. Me observó unos segundos, observó a Omar, extendió los brazos, mostró las palmas como si fuera a rezar y dijo:

—Mañana en la noche regreso a ese pinche rancho. Voy a ir sola y voy a sacar a mi hermana de ahí. Gracias por todo lo que hicieron, fue chilo, muy chilo, neta, pero ya no hay para dónde hacerse.

—¿Si encuentro la manera de que alguien reviente la noticia antes de mañana en la noche, te quedas? —le pregunté a Jaqueline.

La Perra sonrió.

—Qué cabrón estás, pinche Jeremías. ¿No estás viendo que todos son una bola de culones?

—Tienes que entender, ya se han echado a varios —terció Omar.

—Culones, eso es lo que son, unos culones de mierda.

—Lo único que necesitan es una fuente oficial. Yo la consigo —arriesgué sin saber muy bien qué estaba diciendo.

La Perra se encogió de hombros, volvió a decir que al día siguiente, en cuanto cayera la noche, acudiría al rancho y dejó el comedor.

—Está loca. No va a poder acercarse ni a la entrada. Mañana a estas horas la estarán enterrando en algún lugar de La Ventisca —vaticinó Omar.

—No si encontramos esa fuente oficial.

—Como si estuviera tan pelada. Podemos arriesgarnos en la Procu, es probable que terminemos por quemar la información y que no pase nada, pero no se me ocurre otra cosa.

—Deja pienso algo, no voy a permitir que vaya a ese lugar.

Omar recogió las fotos sobre la mesa, su celular y me dio las buenas noches. Remedios me había asignado una habitación de la casa refugio. Se lo agradecí en el alma. Volver a mi casa después de la cabeza del Estudiante en la hielera y el incendio provocado por la Perra estaba descartado. Escuché el motor del Honda Civic alejándose. Jaqueline no había aceptado la hospitalidad de Remedios. Imaginé que se quedaría en el gimnasio de don Lalo. Esa noche supe que era irremediable perderla. Pero igual me mantuve en la promesa que me había hecho cuando la conocí: salvarla de ella misma.

La habitación era austera. Una cómoda, un espejo, una silla, una cama individual y un clóset. Guardé la mochila con la que había huido de mi casa dos días antes en el

clóset y me tiré en la cama cuan largo era. Los pies asomaban unos centímetros del colchón. Sentí que profanaba una casa de muñecas. Las dimensiones de los muebles, del cuarto mismo, me remitían a las ocupantes que me habían precedido. Jóvenes, casi niñas, vejadas de la peor manera posible. Les habían arrebatado el futuro. Les habían quitado toda posibilidad de mirarse en un espejo y reconocerse más allá de ese cuerpo hecho objeto, mercancía desechable. Las sobrevivientes, las que escapaban, las que regresaban a la vida, ¿cómo olvidaban? ¿Cómo celebraban un cumpleaños? ¿Cómo amaban? ¿Cómo veían la televisión? ¿Cómo cerraban los ojos por las noches? ¿Cómo volvían a confiar en los otros?

Detuve la cascada de preguntas porque las probables respuestas me horrorizaban. Cambié de posición en la cama y traté de concentrarme en la forma de impedir que Jaqueline regresara a ese rancho. Me imaginé que en ese momento estaría buscando un arma. Probablemente pensaba ir a la sierra al caer la tarde del día siguiente. Ya noche se aproximaría a la casa, tal vez alcanzara a matar a un guardia. Después, moriría acribillada. Caí en cuenta que si eso o algo parecido sucedía, antes de cumplir los treinta habrían fallecido de forma violenta tres de las personas más cercanas a mi vida: mi padre, Richard y Jaqueline la Perra Saldívar. Odié en silencio esta ciudad de cadáveres sangrientos. Odié la manera en que nos iba disminuyendo, acobardando, silenciando. Odié a sus dueños y señores. Odié la miseria que nos envilecía, que nos empujaba al sadismo y la barbarie. Recordé los sueños de Richard que había hecho míos y su desastroso final. Con ellos apareció Marcia y de la mano de Marcia, qué ironía, la posible solución al problema.

Por fin, después de no sé cuantas horas, cerré los ojos y pude dormir.

Luego de dos llamadas infructuosas, le envié un mensaje de texto: *tengo informacion sobre quienes y por que mataron a Richard necesito verte ya.*

Pasaron cinco minutos y mi celular vibró. En la carátula decía: 1 nuevo mensaje, Marcia. Lo abrí: *no tengo tiempo yo te busco luego.*

Respondí de inmediato: *estoy afuera de tu casa es urgente.*

Omar, antes de las nueve de la mañana, me había dejado frente a la villa de la familia de Marcia. Una casona sesentera de techos planos y grandes ventanales. El jardín que la rodeaba era impecable. El barrio residencial donde estaba era impecable. A lo lejos, el césped del campo de golf lucía impecable. Las aceras, los árboles decorativos, los camellones, el silencio suburbial aparecían impecables ante mí. A unos cien metros de donde estaba, la carretera del cerro que dominaba la ciudad iniciaba su ascenso hasta el hospital San Rafael. Un cerro cuyas faldas habían sido pobladas paulatinamente por los dueños de la ciudad. Alcurnia, poder y dinero. Marcia era hija de Agustín Zabaleta, próspero industrial, el rey del acero. Don Agustín invertía dinero en las campañas de todos los candidatos con posibilidades reales de ganar. ¿Querían una fuente oficial? La tendrían. Mi celular vibró

nuevamente. Otro mensaje de Marcia: voy.

Marcia atravesó el caminito de piedras blancas hasta la entrada principal enfundada en un breve *short* que marcaba sus muslos gordos y redondos. Ahí venía una de las escasísimas mujeres con las que había tenido sexo en mi vida odiándome, maldiciéndome, repudiándome. Le sonreí. Ella abrió el cerco sin corresponder mi sonrisa e hizo ademán de que pasara. No entramos a la casa, nos instalamos en unas sillas jardineras forjadas en hierro. Una sombrilla surgía del agujero situado en el centro de una mesa redonda también forjada en hierro. A nuestras espaldas, una benjamina crecía exultante y verde, demasiado verde para el desierto. Marcia no me ofreció nada. Al sentarse, sus muslos parecieron querer reventar las costuras del *short*. Siempre había tenido una fijación insana por los muslos de Marcia. Solía acariciarlos demasiado tiempo antes de entrar en acción. Marcia, al final, se desesperaba y me exigía que la penetrara, casi como un trámite. Yo lo hacía sin dejar de pensar en sus muslos.

—¿Qué chingaos quieres, a qué viniste?

—Es una larga historia. Te va a sonar raro, pero necesito que me ayudes con algo. La vida de varias jóvenes.

—¿Qué es eso de que sabes quién mató a Richard? —me interrumpió Marcia.

—Así es, sé quién lo mató. Me lo dijo la Muñeca.

—¿La Muñeca? Puta madre, con qué gente te juntas.

—Ya te lo dije, es una larga historia. Necesito que tu papá me conecte con alguien del gobierno, alguien pesado, influyente de a de veras.

—¿Y la nieve de limón? No me chingues, güey. ¿Quién mató a Richard?

—No te lo voy a decir hasta que me prometas que hablarás con tu padre.

—Estás pero bien pendejo si crees, en serio, no mames, cómo vienes aquí pidiéndome algo así.

Marcia se levantó y se acomodó el *short*. Se había clavado en su entrepierna.

—Me tengo que meter a bañar, se me hace tarde —dijo a manera de despedida.

Entonces, sin nada que perder ya, me largué contando mi encuentro con la Perra Saldívar, la desaparición de Marina, la entrevista con la Muñeca, la existencia del Rancho. Marcia, poco a poco, fue bajando la guardia. Regresó a su asiento. Comenzó a escucharme con una atención rabiosa y tierna. A veces, su rostro redondo y de porcelana reflejaba incredulidad. A veces, asco. A veces, furia. Cuando terminé de hablar le pedí un cigarro. Marcia, sin hacer un solo comentario, entró a la casa y unos minutos después regresó con una cajetilla de Marlboro blancos y una jarra de té helado con dos vasos de plástico.

—Entonces, ¿quieres que le pida a mi papá que te conecte con alguien del gobierno para que les ayude? —me preguntó mientras servía la bebida.

Aspiré con culpa y desazón el humo del cigarro.

—Mi amiga va a regresar a ese rancho a intentar sacar a su hermana de ahí. Ya te imaginas lo que le espera. Y la neta, no tengo los huevos de acompañarla.

—Cierto, nunca se te ha dado eso de la valentía.

Ignoré el comentario de Marcia. Vi la hora en mi celular. El tiempo pasaba rápido. En ese momento, Jaqueline tal vez recorría la Primero de Mayo en busca de un arma. ¿Se despediría de su madre? Adiós, Reina: tendrás dos hijas muertas.

—¿Qué te dijo la Muñeca sobre Richard? —quiso saber Marcia.

—Cuando fui a pedirle el paro, le pregunté por qué don Arnulfo había mandado matar a Richard. Me tiró de a loco, me dijo que se lo había echado un cabrón que le dicen el Gringo. Que se lo chingó por puto.

Marcia abrió los ojos y la boca como si estuviera a punto de sufrir un infarto. Bebió un sorbo del vaso de té. Tragó espeso. Negó con la cabeza algo que le parecía imposible, una descomunal broma.

—¿El Gringo? No me chingues.

—¿Lo conoces?

—Es un padrotillo de medio pelo de la y griega. Tiene un hijo putísimo, como de dieciséis o diecisiete años. En los últimos tiempos andaba con Richard todo el tiempo, no se le despegaba. Todo mundo sabía que se lo andaba cogiendo.

—Pues al mentado Gringo no le gustó ni madres la relación.

—Hijo de su puta madre —dijo Marcia—. Claro que voy a hablar con mi papá, no solo del problema de tu amiga. Me lo voy a joder al pinche Gringo.

—En serio, Marcia, muévete rápido, ya no sé cómo parar a Jaqueline.

—Tú tranquilo, don Agustín Zabaleta solo tiene que levantar el teléfono y todo mundo se cuadra.

Sean puntuales, el diputado tiene una agenda muy apretada, se hizo un hueco para recibirlos, diez minutos nada más, había dicho una voz del otro lado del teléfono tres horas después de mi encuentro con Marcia. Una voz amarga interrumpida cada tres o cuatro palabras por las agruras, me había parecido. La cita era a las cinco de la tarde en la oficina de enlace de Sócrates Porter.

La Perra Saldívar no me contestó las dos primeras veces que le marqué. Le envié un mensaje de texto y volví a llamarla. Cuando por fin respondió, creí detectar un deje de decepción en su voz. Me costó convencerla de asistir a la cita. Al final le prometí que si después de la entrevista con el diputado no veía nada claro, yo no trataría por ningún medio de impedirle que regresara a La Ventisca.

Lo había soñado tantas veces. Por eso no me sorprendió que fuera una asistente del diputado quien se comunicara conmigo. De entre todas las posibilidades, finalmente aparecía Sócrates Porter, no ya como parte de una pesadilla recurrente, sino como el posible salvador de Marina. Jaqueline y yo hacíamos antesala en un recibidor con sillones de piel sintética y un mostrador en forma de herradura. Los sillones eran mullidos. Teníamos la sensación de estar siendo tragados por esa piel artificial. Una boca que succionaba nuestros cuerpos. Cuando quise levantarme, por un momento pensé que no podría. Luché contra ese enredo de cuero simulado, en medio de ruidos semejantes a pedos, ante la mirada censora de la asistente.

—Pueden pasar —nos dijo. La asistente era como una jirafa con un culo demasiado grande.

Lo había soñado tantas veces. ¿Cómo actúa uno cuando va a conocer al protagonista de sus pesadillas? Había un vínculo secreto, indescifrable, esotérico tal vez, entre ese hombre atildado, pulcro, reprimido hasta la cortesía, y yo. Un lazo inconfesable. Hace un mes que sueño recurrentemente con usted, podría comentarle al cruzar el umbral de la oficina y estrechar su mano. Pero no tuve oportunidad. En cuanto Jaqueline la Perra Saldívar entró en el despacho del diputado Sócrates Porter, este fue hacia ella, la abrazó, la sentó en un sillón parecido al de la recepción, se sentó a su lado, y sin soltarle la mano, le expresó la admiración que sentía, el ejemplo que era para la juventud y su vehemente interés en que se realizara la revancha.

—Necesitamos símbolos ganadores en la ciudad, eso, claro, si está bien de salud, porque primero es su salud, señorita Saldívar.

Sócrates Porter hablaba como si un pinche auditorio entero estuviera escuchándolo. Cada palabra, cada gesto, cada visaje eran la perfecta representación de un arquetipo labrado con disciplina y dedicación. Modulaba la voz como un

hipnotizador y sin descuidar las formalidades, se permitía ciertos comentarios jocosos, familiares, que hacían sentir al interlocutor como el elegido de una pandilla de dioses en traje Armani. Me senté en una silla frente al escritorio con el fólder que contenía las fotos del rancho bajo el brazo y contemplé la escena con esa misma sensación que tuve al verlo llegar a la colonia Primero de Mayo. Nada es gratis, me dije. Y Jaqueline estaba dispuesta a pagar cualquier precio con tal de recuperar a su hermana. La Perra aún no lo sabía, abrumada por el perfume y la lisonja de un sujeto exultante de poder. No se trataba del vendedor de paletas de la esquina que la reconocía al pasar: ey, campeona, eres la mejor. Era un pulpo de mil palabras. Por primera vez desde que la conocí, vi empequeñecer a Jaqueline, convertirse en su versión más Primero de Mayo.

Después de unos minutos en los que Sócrates Porter tuvo la mira puesta en la Perra, volteó hacia mí, me sonrió, y me preguntó en qué podía ayudarnos. La sonrisa por si sola me pareció una más de las pesadillas que había tenido con él de protagonista. El diputado Porter podía, con una sola inflexión de voz, una sola imperceptible, establecer distancias y cercanías. Yo solo era el portador de un mensaje, alguien prescindible. Me incorporé de la silla y le tendí el fólder. Regresé a mi lugar y mientras el diputado observaba las fotos con detenimiento, conté una vez más la historia de Marina. Omití la parte de cómo había conocido a Jaqueline. Me concentré en la red de trata de personas. De pronto, a medida que iba dando los detalles, comprendí que el relato caía en el terreno difuso de los despropósitos. En ese elegante despacho, con ese sujeto de traje a la medida y modales felinos, con la asistente jirafa entrando charola en mano con sodas y café, con el aire acondicionado, con los olores del poder flotando en el ambiente, parecía imposible que existiera en una lejana sierra un burdel de niñas putas con perversiones a la carta. Era como si estuviera hablando de un documental sobre Bangladesh proyectado por la BBC. Algo que sucedía siempre en otra parte, no aquí, en esta ciudad de diputados como Sócrates Porter que habían decretado en alguna sesión solemne una inmerecida prosperidad. Me sentí un pobre y fantasioso diablo. Jaqueline no era de mucha ayuda, había enmudecido. De alguna forma parecía sentirse culpable de haber importunado al diputado con un destino tan insignificante como el de su hermana. Comprendí que la Perra Saldívar hubiera preferido enfrentar a los captores de Marina a tiros que estar en ese sitio en el que todo la intimidaba.

Sócrates Porter me interrumpió poco, únicamente con algunas preguntas para precisar tal o cual cosa. Cuando terminé, me ignoró de nuevo. Se dirigió a la boxeadora y le prometió con una mano sobre la rodilla izquierda que haría todo lo que estuviera a su alcance para ayudar a su hermana. Le pidió que no cometiera ninguna tontería y que dejara todo en manos de los expertos. Muy pronto, dijo, tendría noticias de él.

Cuando salimos del despacho del diputado, habían pasado diecisiete minutos. Nos había regalado siete de su valioso tiempo.

En ese momento fui incapaz de entender qué es lo que había sucedido. Solo acertaba a sentir el peso de mi ingenuidad. Jaqueline parecía más tranquila, había recuperado un semblante que me remitió a ciertos momentos en el hospital, esos por los que yo me había atrevido a cruzar el infierno. Encaminamos nuestros pasos al Honda Civic. Jaqueline me hacía preguntas que esperaban respuestas alentadoras. La confirmación de que ese era el camino. Yo trataba de sostener el tipo, a pesar de que había algo que no terminaba de convencerme. Le pedí que me llevara a casa. Estaba cansado de esconderme. La Perra me confesó que tenía el presentimiento de que pronto vería a Marina. Me dijo que las cosas iban a cambiar en la familia Saldívar. Comencé a sentir un pánico creciente ante la idea de que Sócrates Porter aventara el fólter al último cajón de su escritorio y se olvidara del asunto. Traté de controlarme. Al fin y al cabo, yo había propiciado ese encuentro. Apenas alcancé a escuchar a Jaqueline darme la noticia de que no pensaba pelear la revancha con la Maniquí Rojas. Pero nada de eso me importaba ya, solo quería llegar a mi casa, alejarme de la Perra, claudicar una vez más, agotado por el siniestro cinismo de todo lo que nos rodeaba.

Esta vez fue un abrazo fuerte, locuaz, largo, cálido, que no supe corresponder. Me dio las gracias. Me dijo que más noche me llamaría por si se me ofrecía algo. Fue la última vez que estuve cara a cara con Jaqueline la Perra Saldívar.

Entré a mi casa como si me fuera extraña, un espacio irreconocible. En él habíamos torturado a un muchacho. En él había aparecido la cabeza de ese mismo muchacho metida en una hielera. La soledad se hizo específica a medida que la memoria se empeñaba en no traicionarme. Descarnada y puntual memoria. Mi refrigerador seguía vacío. Pedí una pizza por teléfono. Luego llamé a Omar y le conté sobre el encuentro con el diputado. No le compartí mis reservas. Omar pareció alegrarse. Colgué y me arrojé en el sillón de la sala.

Me dio vértigo el vacío que subía desde las tripas. Era hambre y asco, culpa y abandono. Prendí la tele y el Xbox 360. Continué en donde había dejado el juego de *The Walking Dead*. La máquina me planteaba dilemas simples que tenía que resolver bajo un principio inequívoco: la supervivencia en un mundo infestado de zombis. Un mundo virtual que tuvo el inmediato efecto de anestesiarne. Un mundo que podía apagar, reiniciar, controlar con dos palancas y unos cuantos botones. Un mundo perfecto de barbarie y muerte. Llegó la pizza y la soda de dos litros. Seguí jugando con escasas pausas hasta muy entrada la madrugada. La última vez que vi el reloj del celular antes de caer dormido eran las cuatro de la mañana.

Doce horas más tarde desperté con el cuello hecho pedazos. El sillón era cualquier cosa menos cómodo. La televisión se había autoapagado en algún punto de la mañana. Probablemente desde la niñez no dormía tanto tiempo. Había sido un sueño neutro, como si un bloque de cemento hubiera invadido mi cerebro. Consulté el celular. Tenía como quince llamadas perdidas. Tres eran de Jaqueline, dos de mi madre, una más de Marcia, el resto, de Omar. También había varios mensajes de texto

del hijo de Mercedes.

Uno de ellos me alarmó: *¿ya viste las noticias?, que carajos hicieron la regaron gacho pendejos.*

Mi primera intención fue marcarle pero en el último momento me abstuve. Preferí averiguar qué estaba pasando. Prendí la laptop y entré en la página web del diario de mayor circulación del estado. Ahí estaba la noticia. Habían echado a andar la maquinaria del circo mediático. Nada la pararía en mucho tiempo. Una foto grande mostraba a Jaqueline la Perra Saldívar abrazando a su hermana Marina en las puertas de la Procuraduría de Justicia. En una esquina decía *hace dos horas*. Cuando empecé a leer la nota, tuve un ataque de risa. Con cada línea mi admiración y mi desprecio por Sócrates Porter crecían en proporciones iguales.

En resumen decía que la policía estatal había rescatado a Marina Saldívar, hermana de la famosa boxeadora Jaqueline la Perra Saldívar, de las garras de una banda de secuestradores que la tenía encerrada en un rancho cercano a El Tapui, en la sierra. El exitoso operativo se había efectuado durante las primeras horas de la mañana y había arrojado como resultado dos detenidos, un hombre y una mujer que, al parecer, vigilaban a la secuestrada. La policía continuaba buscando a los demás cómplices que habían logrado huir. El reportero informaba que la Procuraduría no había proporcionado datos sobre un posible monto de rescate ni la fecha en la que la menor de edad había sido secuestrada. Una foto más mostraba el rancho rodeado de efectivos policiacos y un hombre y una mujer esposados. Me pareció reconocer en el hombre al gorila de la agencia de edecanes. La mujer tenía marcados rasgos indígenas.

Nada decía la nota de la red de trata de personas con fines de explotación sexual, de otras víctimas encontradas en el rancho, de que, en realidad, se trataba de un prostíbulo. Nada. Habían limpiado el lugar y dejado a Marina para que la rescatara la policía.

Cerré la página web. Apagué la laptop y el teléfono. Estaba profundamente avergonzado.

El ruido duró lo que tarda en llegar cualquier otro negocio del olvido. Una matanza, un diluvio, un exabrupto, la cara más reciente del fin del mundo. El nacimiento de un niño con dos cabezas, el hallazgo del rostro de una virgen —la virgen— en la piedra lavada de uno de los cerros de la miseria. El ruido se fue apagando conforme el tiempo iba curándolo todo como suele, sin remedio. Y cada quien trató de encontrar la manera de justificarse, de guardar silencio para no tener que conjugar esos verbos con los que nos habíamos comprometido, tan ingenuos, y que ya nunca más volveríamos a conjugar. La infamia hizo su parte, como suele, y siempre hubo un pretexto.

Nunca conocí a Marina. En persona quiero decir. Hubo intentos. Vente a comer tal día a la casa, acompáñanos a tal parte. Nos vemos el próximo sábado. Al final, siempre se cruzaba algo de última hora y nada se concretaba. Las llamadas se fueron espaciando, los mensajes de texto se redujeron a saludos esporádicos. Un buen día nos quedamos esperando a que el otro tomara la iniciativa hasta que de nuevo fuimos esos extraños que se habían encontrado en un hospital. Nunca conocí a Marina más allá de esa foto que la Perra cargaba siempre. Supe que Jaqueline había vuelto a la Primero de Mayo. Es probable que las tres hayan encontrado una manera de perdonarse, de vivir con el remordimiento sin tener que justificarse. Sobre todo Reina Saldívar, encerrada en su pequeño palacio en medio del basural, obstinada en un mundo del que nunca recibió nada pero que, sorprendentemente, le daba una segunda oportunidad, a pesar de la vejez y la tristeza.

Tuvo que pasar un mes para que reuniera el valor de llamar a Omar. Esperaba lo peor, pero sentía la obligación de hacerlo. Ni en su voz ni en sus palabras detecté hostilidad ni resentimiento. Me sorprendió enterarme de que Marina acudía todos los días a la casa refugio para rehabilitarse. Me dijo que pronto se cambiarían a un lugar más amplio. Les habían prometido un subsidio gubernamental que les permitiría crecer como organización. Podrían salvar a más chicas, me dijo optimista. Prometió invitarme a la inauguración de la nueva casa refugio. No lo hizo.

Dos meses después, el diputado Sócrates Porter apareció en la televisión anunciando un proyecto de ley por el que se modificaba el código penal del estado y se tipificaba el delito de trata de personas. Analistas, expertos, opinadores profesionales, juristas, ONG celebraron la iniciativa. Sócrates Porter se convirtió durante cinco minutos en el político de moda.

Casi al mismo tiempo, la noticia de que en diciembre se celebraría la revancha entre Sandra Maniquí Rojas y Jaqueline la Perra Saldívar en Los Ángeles electrizó a

la ciudad. Revancha era una palabra que en esta ciudad de sparrings pocas veces se pronunciaba.

Regresé al San Rafael al término de mi permiso sin goce de sueldo. Me reintegré al horario nocturno, al piso de cuidados paliativos. De nuevo recorrí sus pasillos tras los pasos de la muerte, a veces engañándola, casi siempre deseando que llegara a esos cuerpos decrepitos; y poner fin a una agonía capaz de reducir todo a esa simple ecuación por la que las consecuencias de nuestros actos parecen importarnos poco. Regresé a mi vida de enfermero solitario, de conversaciones telefónicas con mi madre, de lecturas imposibles, de juegos virtuales, de presencias remotas que llegaban a mí a través de esa red imaginaria, el Facebook. No puede resistir la tentación de abrir de nuevo una cuenta. En el otro extremo, otros seres humanos como yo se escondían de la existencia letal, de carne y hueso. De los fluidos que se desparramaban ensuciándolo todo.

Un día vi en el Facebook que Marcia había pegado un enlace a una noticia de un periódico local. En él se daba cuenta de que un sujeto cuyo nombre no recuerdo, al que apodaban el Gringo, había sido detenido por el homicidio de Richard. Marcia había escrito: Por fin se hizo justicia. Le puse me gusta. Al parecer, quedaba liberado de toda culpa. A esas alturas, poco me importaba. A esas alturas, había logrado perdonarme suficientes veces.

Llegó diciembre. La ciudad, de alguna forma, se entregó al combate de su hija predilecta que, para colmo, había recuperado a su hermana raptada por una banda de sanguinarios secuestradores. Incluso la televisión nacional hizo negocio. Previo a la pelea, enfocaban constantemente a Marina y a Reina Saldívar, sentaditas en primera fila, alentando a Jaqueline. En el rostro de Marina pude reconocer las huellas de su paso por aquel rancho. Aunque tal vez eran suposiciones mías. La hermosa cara de la muchacha parecía una máscara blanca en la que solo había un par de agujeros para los ojos y uno más para la boca.

La pelea coincidió con mi día de descanso. Solo en mi casa, prendí la tele, abrí una cerveza y seguí los derroteros del enfrentamiento. Los comentaristas coincidían en que Jaqueline Saldívar había mejorado su técnica. Tenía que ver con que don Lalo estuviera en su esquina asistiéndola. El anciano le hablaba al oído como si fuera la muerte. Pero seguía siendo un blanco fácil para la Maniquí. La Perra, decían, le apostaba una vez más a un golpe de suerte, un bombazo que terminara con la oponente. Llegaron al último *round* y dos jueces dieron el triunfo a la Maniquí Rojas. Uno, a Jaqueline. La decisión dividida aseguraba un tercer combate, vaticinaron los comentaristas. Terminada la pelea, pude ver al representante de la Perra Saldívar, el tal Varesi, subir al *ring* y alentar al público, mayoritariamente a favor de Jaqueline, en sus reclamos por el supuesto robo. Me pareció que la indignación que mostraba por el resultado era una simulación más.

En la pernera derecha del pantaloncillo de Jaqueline la Perra Saldívar podía leerse en letras púrpuras: diputado Sócrates Porter.

Al menos, no he vuelto a soñar con él.

A veces extraño a Jaqueline y un impulso pertinaz pero débil me empuja a llamarla. Mis dedos incluso han llegado a buscarla en la lista de contactos del celular. La tengo como Perra. Siempre termino por detenerme en el momento en que voy a oprimir el botón verde. La razón es sencilla: no sé quién es Jaqueline Saldívar. Solo conocí su dolor y su furia. Los fragmentos de una existencia atrapada en la espiral de una soledad violenta, engréida, sangrante. A veces pienso en Marina y la reconstruyo para mí solo a partir de una foto y un relato. Dialogo con su sombra con el maldito desdén de los héroes. Una suficiencia que me consuela por unas horas. También la imagino en las cientos de muchachas con las que me cruzo en la calle. Un encuentro inesperado lleno de sobrentendidos.

A veces aguardo inútilmente la llamada de Jaqueline. Pero las cosas pocas veces son como uno esperaría. Uno no busca a las personas a las que piensa que ha traicionado. Y posterga el momento. Y se sienta a que la vida le brinde otras oportunidades, otras personas para reivindicarse. Pero al final somos lo que somos y poco podemos hacer al respecto.



IMANOL CANEYADA (San Sebastián, 1968). Periodista y narrador de origen vasco pero sonorenses por adopción reside desde hace veintitrés años en México, país en el que ha desarrollado su trabajo periodístico y literario.

Ha colaborado en diferentes publicaciones como *Replicante*, *Revista La Otra*, *10/4*, *Shandy* y *Pez Banana*.

Con su libro de relatos *La nariz roja de Stalin* obtuvo el Premio Nacional de Cuento Efrén Hernández en el 2011; también ha publicado el libro de cuentos *La ciudad antes del alba* y las novelas *Un camello en el ojo de la aguja* y *Espectáculo para avestruces*.